



# *El viaje de Tanaka*

David Cantero



Lectulandia

Cuenta la leyenda que existe un lugar en Japón al que muchos ancianos van a morir y que guarda, tal vez, el secreto de la inmortalidad. Su nombre es Yonsú.

Mei Tanaka es una joven que jamás ha salido de Tokio. Vive en una enorme isla y detesta viajar. Se siente feliz con la rutina del cuidado de su madre. El mundo que existe fuera lo conoce por los libros, la radio y la televisión. Pero todo cambiará para ella cuando su madre muera y decida emprender un largo viaje con sus cenizas hasta encontrar la misteriosa aldea de Yonsú.

David Cantero ha escrito una bella fábula que destila amor y optimismo y que nos enseña el poder de superación que posee todo ser humano.

**Lectulandia**

David Cantero

# **El viaje de Tanaka**

ePub r1.0

lezer 08.11.14

Título original: *El viaje de Tanaka*

David Cantero, 2014

Editor digital: lezer

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A mis tres hijos, Alejandro, Adriano y Álvaro,  
esto, como todo lo que hago, es para ellos.  
A Pedro Piqueras, un hombre honesto, una  
gran persona, un buen amigo que con su  
insistencia y su cariño me cambió la vida.  
A Joaquín Ruiz Llorente, el maestro Quino,  
el mejor «sensei», uno de los más grandes  
judokas de todos los tiempos y una  
de las mejores personas que conozco.  
A Hayao Miyazaky, por todo cuanto  
me ha hecho gozar.  
A Berta, con todo mi Amor, siempre.*

*A los siete con ternura...*

Y por encima de todo, observa con ojos vivos y brillantes el mundo que te rodea porque los mayores secretos siempre están escondidos en los lugares más insospechados. Aquellos que no creen en lo mágico nunca lo encontrarán...

ROALD DAHL

El primer cuarto de siglo de su existencia lo ha vivido, indudablemente, bajo la nube de ser demasiado joven para ciertas cosas; mientras que el último lustro lo vivirá más ensombrecido aún por la espesa nube de considerarse demasiado viejo; y entre esas dos nubes, ¡cuán menguados y escasos son los rayos de sol que iluminan una vida humana! Pero usted, hijo mío, está predestinado a ser más afortunado, puesto que en Shangri-La sus años luminosos apenas han empezado... ¡Sucederá!

JAMES HILTON, *Horizontes perdidos* (1933)

(James Hilton era un genial autor británico al que también dedico este libro, ya que esa maravillosa obra suya, la novela *Horizontes perdidos*, junto con la película que con el mismo título Frank Capra dirigió en 1937 basándose en ella, me fascinó y me sirvió de inspiración siendo yo apenas un niño; de esa inspiración también nació la historia de Mei Tanaka).

## UN BREVE PREÁMBULO

Cuenta la leyenda que en algún lugar de los frondosos bosques de las islas más septentrionales del Japón, donde la naturaleza es realmente salvaje y el clima suele ser extremo, no demasiado lejos de la moderna ciudad de Sapporo, existe un paraje al que todos llaman *el bosque de los abandonados*, aunque muy pocos se atreven a reconocer su existencia, ni siquiera a mencionarlo. Es un aciago mar de árboles muy similar a otro cercano a Tokio, el Aokigahara, conocido este como *el bosque de los suicidas*. En ellos, cada año, son abandonados decenas de ancianos. La mayoría mueren y desaparecen, de eso se ocupan las alimañas, el tiempo y las larvas. De tanto en tanto se retiran los restos más visibles, huesos, ropa y objetos personales, para no espantar a los turistas. Otros, muy pocos, quizá los más fuertes o tenaces, los que tienen un mayor instinto de supervivencia, consiguen resistir y escapar de la muerte. Cuentan que uno de esos supervivientes, de forma completamente casual, fue el primero en llegar a Yonsú, una remota aldea abandonada por sus moradores en las montañas de Hokkaido, en las antiguas tierras de la maltrecha etnia ainu. Allí encontró lo suficiente para ir tirando y sobrevivir. Detrás de él llegaron más. Poco a poco fueron sumándose otros desdichados que también encontraron refugio y consuelo en ese lugar, donde se ayudaban unos a otros. Nadie sabe con exactitud dónde está, siquiera si existe realmente. Yonsú es un lugar entre sagrado y maldito en el que, según las supersticiones, habitan algunos de esos ancianos desaparecidos, tal vez como una especie de muertos vivientes que aguardan el momento del desagravio. Las fantásticas y aterradoras historias que se cuentan sobre ese lugar incierto y sobrenatural flotan siempre a medias entre el mito y la realidad. Pero lo único cierto sobre la aldea de Yonsú es que nadie o casi nadie ha osado jamás acercarse a ella...

Les invito, pues, a leer esta humilde fábula japonesa que gira en torno a una de nuestras más ancestrales y eternas inquietudes: la calamidad que para todo ser vivo supone envejecer, aceptar el paso del tiempo, el deterioro y la muerte. También discurre alrededor del sueño improbable de poder existir mucho más allá de lo imaginable, tal vez eternamente. Espero que la disfruten...

**M**ei salió a tirar la basura. Depositó la bolsa en el cubo con cuidado y regresó caminando despacito. Hacía una noche espléndida. Miró su casa que se recortaba en la oscuridad bajo el cielo estrellado, la fachada de madera quedaba apenas iluminada por las farolas que salpicaban las angostas aceras, la calle estaba desierta. ¡Era una vivienda tan bella, noble y antigua! La luz de su cuarto estaba encendida, había olvidado apagarla. También brillaba tras el ventanal de la planta baja la lamparilla bajo la que aún leía o cosía su madre. Nada le gustaba más que estar en casa, ahí arriba, en su habitación, viendo pasar la vida a través del rosetón ovalado que coronaba la parte delantera. El gran ojo siempre entreabierto de su hogar. Ver desde allí pasar a la gente, los gatos, las bicicletas, los coches, o a los pequeños del vecindario correteando, jugando al escondite, saltando de jardín en jardín, ocultándose tras los setos, entre los arbustos, como ella hacía de niña. También los pocos aviones que aterrizaban o despegaban del viejo aeropuerto cercano. Desde esa ventana, que quedaba casi al ras de la tarima del suelo, divisaba bien toda su calle y mucho más allá, las lejanas luces del centro de Tokio, su fulgor de amanecer de neón por encima de los tejados de las casas de enfrente. Miraba afuera tendida de lado en el futón, bocabajo o bocarriba, descalza, con el pelo recogido en una coleta, enfundada en un suave camisón y abrazada a su maravillosa almohada, la misma que la acompañaba desde la cuna. Nada le gustaba más que eso, que pasar el tiempo holgazaneando en ese lugar. Ensimismarse, dejar la mirada perdida en las telarañas que remataban el alto techo abuhardillado, leer o escribir allí, dibujar, acariciar las cuerdas del *koto* o escuchar música en la radio estando allí arriba, segura, serena, silenciosa, mientras oía trastear abajo a su amada madre. Eso era para ella la felicidad. El resto de elementos de la existencia eran algo amenazante y turbio, pero allí adentro apenas se notaba, apenas se sentía el miedo a una vida que le parecía plagada de sinsabores, de amenazas, de dilemas, de relaciones indeseables, de compromisos estúpidos, de obligaciones baldías, de dolores inesperados, de extravagantes desgracias, de palabras vacías, de vicios absurdos, de sentimientos desatinados, de ingratitudes. Pero había que vivirla, ¡qué remedio! ¡Pide un deseo!, pensaba: ser niña siempre sin enterarme de nada o casi nada, al menos sin saber de ese aluvión de asuntos frívolos que llenan las horas y los sueños de todos los adultos. ¡Ah! ¡Y no tener que ir nunca más a la escuela!, total, ¿para qué?, allí no enseñaban

más que cosas tontas, completamente inútiles. Y crecer muy poquito a poco, madurar y envejecer muy lentamente, sin darse cuenta apenas, hasta que un día o una noche, transformada ya en una ancianita, morir de sueño y ya no despertar nunca más. No sentir nada. Nada más. Tal vez el paraíso consistía en eso, en estar ahí, sin hacer nada práctico, nada útil, nada común, nada de nada. Solo beber y comer frugalmente de vez en cuando, mirar afuera a través del cristal o de la televisión, algo que hacía cada vez menos. No hablar con nadie excepto con mamá cuando era necesario.

¿Qué haría cuando se fuera? No iba a vivir eternamente. No. Llegaría el momento, se apagaría y ¿entonces?, ¿qué sería de ella? Del bienestar de su octogenaria madre dependía por completo su bienestar. «Del bienestar de los muertos depende el bienestar de los vivos, no lo olvides —le recordaba mamá de vez en cuando—; debemos rendir culto a nuestros ancestros, niña, tampoco lo olvides». ¿Y si no hay otros dioses que los difuntos, mamá? Llegará el día en que las dos seamos solo eso, dos muertas, dos espíritus, dos entes invisibles vagando por un mundo invisible a los ojos de los vivos, tal vez felices para siempre, juntas y dichosas del mismo modo que lo estuvimos y lo fuimos en vida. Eternas. Como el espejismo etéreo de una diminuta y feliz familia japonesa, sin recelar ya de la devastación ni del olvido, sin más necesidad de bienes y dineros, sin recordar o temer ya nada triste o doloroso. Las dos de la mano volando a ras del suelo o sobrevolando altísimos templos y pagodas, árboles y jardines extraordinarios, saboreando divertidas el regusto de las vidas pasadas allá abajo, rememorando el sorprendente encanto de sus antiguas existencias, los buenos recuerdos. Y reír las dos por encima del cielo y de todos los mares, absolutamente despreocupadas ya de la muerte. «No había otros dioses que los muertos, ¿ves?, y ahora, mamá, nosotras somos dos de ellos, ¡ven!, ¡sígueme!, ¡sobrevolemos una vez más nuestras tumbas!, ¡acariciemos las flores y las ofrendas que nos dejaron nuestros familiares! Gocemos de esta fabulosa eternidad, ahora que ya hemos aprendido que no había nada que aprender...»

Después de pasar un rato rumiando estas cosas en la oscuridad, sentada en el banquito del jardín, se descalzó y entró en la casa sin hacer ruido. Mamá dormitaba en la mecedora con la costura aún entre las manos. «¡Qué belleza! ¡Qué bella estampa! ¡Qué buena mujer!»... La arropó con cuidado de no despertarla, la besó con suavidad en la frente y apagó la luz. Subió las escaleras con mucho sigilo, procurando no hacer crujir demasiado los peldaños. Ya en su habitación se arrodilló frente al enorme óvalo de la ventana y, mirando al cielo anaranjado y negro, rezó a sus dioses pidiéndoles salud y vida para su madre, también para ella, para así poder cuidarla como merecía. Luego buscó música sosegada en el dial de su pequeño transistor. Se tumbó en el colchón, cerró los ojos y en apenas un minuto empezó a quedarse plácidamente dormida.

—¡Dulces sueños, pequeña Mei! —oyó que le decía su madre desde abajo.

—¡Dulces sueños, mamá! ¡¿Pero no estabas ya dormida?! —rezongó con cariño —. No tardes en acostarte, por favor, debes descansar...

Debería haber intentado llegar con ella a Yonsú. Al menos haber probado suerte, haberla hecho creer que buscarían juntas ese lugar, que algún día lo encontrarían, por lejano e imposible que pudiera parecer ese destino. Lo había pensado mil veces, pero ya era tarde. ¿Y si fuera cierto? ¿Y si la leyenda fuera algo más que eso? ¿Y si hubiera sabido antes de su posible existencia? Tal vez las cosas habrían sido distintas...

Su madre siempre estuvo convencida de que era real, de que existía, absolutamente, del mismo modo en que millones de seres humanos en este planeta viven convencidos de la existencia de los dioses. Había desarrollado una fe inquebrantable en ese sitio que ella presentía sereno y hechizado, colmado de maravillas y misterios, tan celestial como improbable.

—Llévame allí, hija —le suplicaba de tanto en tanto—, allí donde la vida puede ser eterna, donde ya no se envejece más, nunca más, llévame antes de que sea tarde. Ya no queda mucho tiempo —añadía siempre en un sollozo, en un susurro.

Nunca le hizo demasiado caso, nunca la tomó demasiado en serio. Llegado el momento desistió de convencerla de abandonar esa quimera, ese delirio senil. Solo le seguía la corriente, como tantas veces hacemos con los niños y con los viejos. Ahora detestaba haberlo hecho.

¿Eso era Yonsú en realidad?, ¿una locura, un sueño infantil perdido en la extraviada cabeza de una pobre anciana? Aunque lo cierto es que su insistencia venía de antiguo, de muchos años atrás, de mucho antes de que su mente se empezara a ver envuelta en las tenebrosas tinieblas de la demencia y el aturdimiento. Bajo su futón guardaba celosamente un viejo pedazo de seda, enrollado como un pergamino, en el que alguien había garabateado a tinta una especie de plano. Estaba descolorido y deshilachado y las letras y las líneas trazadas con mano temblorosa ya eran casi ilegibles, pero aquella misteriosa y bella cartografía era su más valioso tesoro.

—Aquí, ¿ves? —señalaba con su arqueado dedo índice—, justo donde indica este símbolo, ahí está. Hacia el norte, muy al norte, casi en el centro de la isla de Hokkaido, en las antiguas tierras de los ainu. Camino del mar del norte, mucho más allá del bosque de los abandonados, ese del que hablaron un día en las noticias, en algún rincón de las montañas que rodean Yubari, en alguna de esas laderas, allí está la remota aldea de Yonsú. Es un lugar bellísimo en el que habitan los *kodamas* y otros espíritus maravillosos, un lugar perdido entre frondosos bosques surcados por torrentes, acantilados y cascadas. Allí está Yonsú. No es sencillo llegar, seguramente, pero se puede, lo sé. Créeme —le suplicaba—. Tu abuela lo sabía bien, ella me lo contó todo, conoció a alguien que estuvo allí, alguien que regresó, para su desgracia. Pobre mujer, ella trazó este plano poco antes de morir y se lo entregó a tu abuela. Míralo bien, anda. Hazme caso, hija...

A pesar de su febril entusiasmo, sus fábulas y conjeturas eran siempre demasiado vagas, sus evocaciones torpes y confusas. Sus lloriqueos resultaban fatigosos.

—¿Pero dónde está exactamente ese lugar? —le preguntaba Mei—. ¿Cómo averiguarlo? ¿Cómo llegar hasta allí? ¿Dónde está, mamá?

—Lejos —respondía ella aturdida.

—Pero ¿cómo de lejos?

—Muy lejos de casa, hija.

—Pero ¿lejos dónde es?

—Justo ahí, donde indica este sagrado mapa en el que tú no confías, en el que no quieres creer. Ahí está. —Señalaba con el dedo tembloroso ya visiblemente enojada.

La lógica no servía de nada al hablar de este asunto. Ningún razonamiento era suficientemente persuasivo.

En cualquier caso ya daba igual, el sueño de llegar a su edén en la tierra se había esfumado para siempre. El tiempo había concluido. Quizá debería haberle hecho caso, debería haber apartado los inconvenientes, las precauciones y sus miedos y haber viajado con ella hacia algún paraje semejante, haberle hecho creer que realmente se encaminaban juntas a su siempre soñado lugar...

Su único y verdadero afán fue siempre que los días al lado de su madre transcurrieran lentos y plácidos, silenciosos, pacíficos, lejos del chirriar de la multitud, de la desgracia o de la muerte. Desde que su padre desapareciera, desde que se largara allá donde fuera, estuviera vivo o muerto, se empeñó en la serenidad con toda su alma. Y lo había conseguido. La vida junto a su madre fue un largo, ancho y maravilloso remanso de paz. Las dos solas saludando a la vida día tras día, del alba al ocaso, sin estrépitos. Dejó de pensar en ello. Había demasiadas cosas que hacer, tenía que preparar un hermoso funeral para su madre, disponer todos los detalles, avisar a familiares, amigos y vecinos. También, si hallaba el ánimo, escribir a su hermana para darle tan mala nueva...

La misma tarde en que recibió la inquietante noticia acerca de su propia dolencia en la consulta del doctor Akira Sugimoto, encontró a su madre muerta al llegar a casa. Estaba tendida en el suelo, gélida y acurrucada, hecha un ovillo junto a unos trapos y un barreño de agua turbia y jabonosa. La imagen, en contra de lo que cabría imaginar, no le pareció aterradora ni le sobresaltó en exceso. No gritó ni se contrajo, no sollozó, apenas se movió, pero la invadió una tristeza inmensa, palpable, caliente como una rara fiebre. Le pareció aún más pequeña de lo que ya era en vida. El calor en la calle era sofocante mientras que dentro de la casa, en la estancia donde yacía, el ambiente estaba fresco. Todo olía a jazmín, a incienso y a jabón de sebo. Le reconfortó que fuera así. Se arrodilló con suavidad a su lado y acarició lentamente su pelo corto, brillante y negro, aún de aspecto vivo, como una crin ansiosa de brisas y carreras. No haría mucho de su muerte cuando descubrió el cuerpo, como mucho un cuarto de hora. El suelo aún estaba húmedo a su alrededor. Puso la mano en su pecho buscando algún latido, aproximó la boca a las ventanas de su nariz esperando sentir

un leve aliento, tomó entre los dedos su diminuta muñeca, pero nada, no halló ni el más leve signo de vida. Estaba muerta, sin duda. Qué buena mujer y qué buena madre había sido, imposible ser mejor, pensó Mei, y con cuánta dignidad y discreción había vivido y fallecido. La tarima brillaba oscura, impoluta, y el reflejo de la cara en la caoba difuminaba su diminuto rostro sonriente, detenido para siempre en una mueca casi cómica. No parecía haber sufrido. No había gesto de agonía o dolor. Simplemente se había ido mientras fregaba. Le gustaba hacerlo como cuando era una niña, deslizando veloz por el suelo el paño escurrido y enrollado. Correteaba con las manos sobre él de un extremo a otro de las alcobas, impulsándose con los pies a la carrera, en un loco ir y venir como de vivaz insecto o de ágil reptil. Sonriendo siempre como una niña traviesa y divertida. Así enjabonaba, enceraba, enjuagaba, secaba y abrillantaba el pavimento cada día. Así había fallecido en una calurosa tarde de primavera que más parecía de verano.

Los pensamientos se le enturbiaron y un par de lágrimas silenciosas resbalaron por su mejilla para ir a caer en el agua sucia del cubo. Debería tomar algunas de esas decisiones que trae consigo cualquier defunción y que requieren de eficacia y serenidad. Se preguntó cómo un ser tan diminuto como su amada madre podía hacer sentir de inmediato un vacío tan inmenso, una ausencia tan inabarcable, inesperada e infinita como el estrellado cielo nocturno. La casa estaba desolada, rotundamente hueca. Un silencio de muerte lo llenaba todo y oprimía. Ahora sí que estaba sola, muy sola. Había sucedido.

Lo primero sería llamar al doctor Sugimoto para que certificara lo evidente, también a la prefectura de Policía y comunicar la defunción, como era obligatorio. Después, ocuparse de todos los pormenores de un funeral que sería sencillo y humilde. Seguir los pasos del ritual del *nokân*, como ella deseaba. Acicalar, perfumar, maquillar y vestir el cadáver de su madre antes de la cremación. Tal y como mamá le insistió una y otra vez en sus últimos años de vida. Era algo muy importante para ella. Debía cuidar con esmero todos esos pequeños detalles mortuorios que ella, previsora, tantas veces le había descrito con su voz aguda, susurrante y cantarina. Quedaba escribir o llamar a su hermana Misha para darle tan triste noticia y esperar a su llegada, si acaso se dignaba a venir, para esparcir juntas las cenizas en el jardín. No, no lo haría. No vendría. Dudaba mucho que ella regresara desde tan lejos, ni siquiera tras la muerte de mamá. Las malas noticias, aunque suelen volar, a veces no tienen prisa. Mei no tenía ordenador, pero podría enviarle un *e-mail* desde algún cibercafé. ¿Qué hora sería allí donde vivía? Habría unas doce horas de diferencia, estaría dormida. Siempre vivían al revés. En ningún caso llegaría Misha a tiempo para el sepelio, para qué engañarse, para qué precipitarse. Mejor, tal vez, mandarle un telegrama, unas letras escuetas, dolientes, sencillas... Ya vería.

Tomó el cuerpo en brazos y subió con él por la escalera hasta la habitación de su madre, apenas pesaba. La tumbó en el futón y le cubrió el rostro con un pañuelo de seda. Luego se acercó hasta el teléfono. «La existencia humana es insólita», pensó

mientras buscaba en el listín el número del doctor; la suya y la de todos los seres que pueblan el planeta. ¿Cuántos más habrían muerto en el mundo esa misma mañana, en el mismo y preciso instante que su madre? Miles. Todos aferrados a un ideal de trascendencia inexistente, imposible. Tentados por la idea de una eternidad inalcanzable. La vida empieza y acaba, tarde o temprano. ¿Y ya está? Las dos van siempre de la mano, enmarañadas, encariñadas. El tránsito final le llega a cada uno en su momento, se dijo, y así debe ser. Así sería también para ella. ¿Pero cuándo? Unas cuantas palabras retumbaron otra vez en su mente, términos médicos, malignos y siniestros que ya, seguramente, la acompañarían durante toda su existencia, durante el tiempo que le quedara de vida. No quería pensar en ello. Ahora no. La muerte llegó para su madre cuando y como tenía que llegar, discreta y a tiempo. ¿Y la suya? ¿Cuándo y cómo llegaría? Entrevió que demasiado pronto y absolutamente a destiempo. Mamá pasó su vida rogando a Shinigami que no se la llevara hasta que sus hijas hubieran cumplido al menos veinte años. Probablemente entonces, tanto la que partía como las que quedaban podrían asumir la muerte de buena manera. Nunca son sencillas de entender las decisiones del dios de la muerte, ni se puede confiar en que atienda a tus súplicas, pues sus designios son del todo incomprensibles para los vivos. Él decide quién muere, cuándo y cómo. No es bueno ni malo por ello. Flexible o implacable, resulta simplemente tan justo como desconcertante. Con su madre se había portado bien. Había cumplido. Se la llevó antes que a sus dos hijas, como ella le suplicaba silenciosa y febril. Como tenía que ser. Y además eligió el momento preciso para llevarse su alma. Mei y su madre habían nacido en la misma fecha, con cuarenta años de diferencia, un dos de abril, de 1932 y de 1972. ¡Qué bella casualidad! La anciana falleció precisamente en la primavera de 2012, justo el día en que cumplía ochenta años y cuando Mei, su pequeña, anotaba en el calendario su cuarta década. Justo la mitad. Un cumpleaños doblemente triste. Pero el sombrío Shinigami fue paciente, justo y generoso con su madre y pudo partir tranquila. No había de qué lamentarse. ¿Cómo sería con ella llegado el momento? Le aterraba pensarlo. No, no quería morir, por nada quería perderse la fiesta cotidiana de este mundo, aunque ella percibiera los días con tanta compostura y los viviera con aparente desapego y distancia. Muchos pensaban que era un ser un tanto ajeno a la vida, pero adoraba existir y poder sentir, mirar, olisquear, saborear, escuchar, acariciar, leer, escribir...

Adoraba la vida.

Su hermana Misha se marchó hacía ya muchos años y muy lejos, a los Estados Unidos. Ahora tenía un marido y dos hijos a los que cuidar. Otra vida. Había pasado demasiado tiempo desde su huida, aunque todo pareciera aún tan reciente. Al menos hacía una década. Debía decírselo, decirle que mamá...

Tras comunicar el deceso al médico y a la prefectura, se sentó a esperar a la

sombra de uno de los frondosos cerezos del jardín, los brotes sonrosados ya asomaban tímidos, no tardarían en florecer. Tampoco tardarían mucho en llegar los hombres con la cajita blanca a hombros, los pésames, los papeleos y la mortal burocracia de la muerte. Tomó una libreta y un lápiz y empezó a escribir a su hermana Misha. ¿Cuánto tiempo llevaba ya sin verla, sin hablar con ella? Unos seis años, la edad que tendría su sobrino pequeño, al que no conocía salvo por algunas fotos. El mayor ya habría cumplido ocho. Encontraría la fuerza y las palabras precisas para decírselo, para decirle que mamá había muerto. Para decirle otras muchas cosas. Ya no era necesario que viniera, no encontraría a mamá, tampoco a ella. No habría ya nadie en casa. Si era capaz de hacerlo, en cuanto el buzón se tragara aquella carta, metería cuatro cosas en la maleta, cubriría los muebles, cerraría bien las contraventanas y el portón, y partiría dejando todo atrás. Lo poco que quedaba, apenas nada. La idea de dejar su hogar, de viajar, era aterradora, casi tanto como la de la expiración. Nunca hasta entonces lo había hecho, no más allá de algún trayecto de ida y vuelta en tren hasta Tokio, los apenas treinta kilómetros que separaban su casa de la costa, del centro de la ciudad, de la bahía. Pero tras la muerte de mamá, sintió que una fuerza inusitada tiraba de ella y de su estómago incitándola a marchar. No soportaría estar en esa casa sin ella. Hallaría el valor necesario para hacerlo. Encontraría ese lugar, lo haría...

Kento nació en el invierno de 1962 en un sórdido y pequeño prostíbulo del centro de Tokio, uno de los más lúgubres y antiguos del barrio de Kabukicho. Su madre era una prostituta. Se llamaba Sakura, tenía cerca de cincuenta años y muy poca salud ya como para parir, menos aún gemelos. Pero la mujer se empeñó en seguir adelante con aquel inesperado, insólito e inoportuno embarazo y tener a aquellos dos bebés. No tenía ni idea de quién podría ser el padre, a saber, cualquier miserable, pero eso no importaba. No se sentía capaz de abortar. Aquellos niños serían posiblemente el único símbolo de belleza que habría tenido en toda su vida. Los pequeños, pensaba, podrían ser una alegría, un aliciente, un cambio de rumbo en su triste vida. Nunca se sabe. La maternidad tal vez pudiera ser la tabla de salvación que llevaba años esperando, la que precisaba para no perecer ahogada en aquel lago de infortunio. ¡Insensata! La noche que Kento y su hermano vinieron al mundo diluviaba. En la habitación número quince, donde metieron a la mujer para que pariera, las goteras componían una extraña y armónica melodía mientras llenaban cuencos y cubos. Todo olía a rancio y a humedad en aquel lugar siniestro. Cada una de las estancias, cinco en cada planta, angostas como pasillos, fue pintada en su día con paisajes alegóricos del Japón. Por las paredes se alzaban montañas y acantilados, campos, árboles y flores, y los techos estaban surcados por nubes, estrellas y extrañas aves del paraíso. Después de décadas de humedades, alientos y sudores, los frescos tenían ya un aspecto patético, descoloridos, descascarados, sucios, cubiertos de moho en buena parte. En cada cuarto había un camastro o un roído colchón en el suelo, un sucio lavabo o una palangana. En algunos, en los más «amplios», dos camas apenas separadas por un biombo; cuando el negocio iba bien dos clientes fornicaban y jadeaban a la vez a poco más de un metro de distancia.

A esa misma hora, cerca de la medianoche, la Policía entraba en el burdel dando una patada en la puerta para llevarse esposada, una vez más y sin más contemplaciones, a *madame* Risako, la patrona. Otra vez acusada de regentar un local que violaba casi todas las normas antiprostitución del Japón. Eso sucedía de tanto en tanto, pero esta vez no hubo registros, no buscaban drogas ni alcohol ilegal, solo querían a la vieja proxeneta, y no se demoraron demasiado en llevársela. Solían soltarla a la mañana siguiente o un par de días después, a lo sumo, cuando al fin le sacaban la información que precisaban. *Madame* Risako sabía mucho de mucha mala

gente, tenía legendarios contactos con la *yakuza*. Bajo su implacable tutela trabajaban quince mujeres de entre cuarenta y sesenta años, putas ya viejas para muchos, por eso sus principales clientes eran jubilados, ancianos depravados, enfermos ávidos de sexo fácil, inseguro y barato. Años atrás, cuando ella era muchísimo más joven y la mayoría de sus chicas unas bellísimas y sensuales adolescentes, casi unas niñas, los que frecuentaban su local y aquellas dulces entropiernas eran hombres bastante distintos, distinguidos jefes de la mafia, poderosos empresarios, deportistas famosos, sobre todo jugadores de béisbol o luchadores de sumo, gente rica, influyente e importante. Pero los buenos tiempos hacía mucho que quedaron atrás. *Madame* Risako y todo cuanto la rodeaba ya era pura decadencia, lumpen, impudicia, sordidez. Un triste panorama. Mientras los agentes se la llevaban detenida, arriba, sobre un sucio lecho, la madre de Kento chillaba junto a las dos compañeras que intentaban asistir el parto prematuro. Se había adelantado casi un mes. Llamaron a un médico, el mismo que solía atenderlas casi siempre para tratar sus gonorreas y otras infecciones vaginales, pero el doctor ladillas se tomó su tiempo, mucho tiempo. Cuando el galeno borrachín al fin llegó la mujer ya estaba muerta, medio desangrada. También uno de los dos fetos había nacido sin vida o la perdió en el tránsito. Fue el único que el incompetente doctor llegó a ver. Tal vez, pensaron, habría sido mejor que los dos pequeños hubieran fallecido en el alumbramiento, pero Kento sobrevivió. Se aferró a la vida con desesperación. Nada más salir rompió a llorar y su llanto recorrió los tenebrosos pasillos como una aguda alarma, como un inquietante aviso. Su hermano guardaba un tétrico silencio aún sobre el vientre ensangrentado del que había salido. Los últimos alaridos de la madre y los primeros aullidos del bebé ahuyentaron a los pocos clientes que quedaban en el local, algunos todavía escondidos en el altillo, tres o cuatro viejos que salieron de allí tan rápido como pudieron.

Lo primero que pensaron en mitad de aquel drama fue que ellas no podrían hacerse cargo del bebé. ¡Qué locura! Se plantearon llevarlo a la inclusa o dejarlo a las puertas de alguna casa rica o de algún templo dentro de un capazo, pero mirando al bebé todas se estremecieron ante aquella mala idea. Se conmovieron, se enternecieron profundamente. Fue una de las meretrices, Sora, buena amiga de la malograda Sakura, quien dio el primer paso y decidió hacerse cargo del pequeño, darle un nombre y su apellido.

—Te llamarás Kento como mi padre —le susurró al hermoso chiquitín meciéndolo entre sus brazos—, Kento Yokoto, y yo seré tu mamá, ¿te gusto?

No había mucho donde elegir y seguramente ella era la mejor apuesta como madre dentro de aquel antro. Todas querían serlo de alguna manera. Antes de que llegara el médico ocultaron al bebé, lo llevaron a otra habitación. El niño, tras su primer y vigoroso berrinche, se calmó y ya no volvió a llorar en varias horas. No iban a declarar ese nacimiento, no, seguro que se lo arrebatarían y el niño quedaría en manos de los servicios sociales. Lo querían para ellas. Dirían a la Policía que madre e hijo habían muerto y a él lo criarían en secreto.

Antes de que llegara el médico y los de la funeraria a llevarse los cuerpos de la madre y de la criatura, Sora colocó al pequeño en su regazo para que mamara de la teta todavía henchida de leche del cadáver. Posiblemente fue una buena forma de despedirse de su verdadera madre, de probarla, de sentir el poco calor que le quedaba. Además, ahí estaba aún el calostro que tanto bien podría proporcionar al hijo. La leche, por inconcebible que pueda parecer, manó de forma generosa de aquel pezón que empezaba a ponerse macilento. En la penumbra del calado cuchitril, mientras el niño se amamantaba de forma tan macabra, todas las mujeres del prostíbulo fueron pasando a dar su último adiós a su compañera y la bienvenida al niño. Les costó desengancharlo del pecho de la madre que quedó flácido y vacío. Pálido ya como todo su cuerpo. Debían esconderlo cuanto antes. También encontrar una matrona que le diera de mamar, aunque, de no poder ser, lo criarían a base de biberones.

Más tarde, junto al médico y los funcionarios del tanatorio, llegaron al burdel de nuevo los policías para averiguar qué había pasado y levantar acta. La versión de los hechos fue unánime, verosímil, y a nadie extrañó. «Una desgracia más en la vida de esas desgraciadas. ¡Sucia vida de zorras!». Todas apoyaron y ratificaron la declaración de Sora, la tragedia había sido rotunda, completa, madre e hijo habían muerto en un parto inesperado, de muy alto riesgo, sin asistencia ni higiene, con enorme dolor. El niño llegó mal, ya debía de estar muerto, y se llevó con él a su desdichada progenitora. El médico, después de beberse de un trago media botella de *whisky*, certificó sin más preguntas la muerte de la mujer y del bebé. Los metieron a los dos en una misma bolsa blanca, la bajaron en una camilla hasta la calle y la introdujeron en un furgón. Al día siguiente se celebró un escueto y pobre funeral, madre e hijo fueron incinerados juntos.

Aprovechando que la jefa estaba momentáneamente entre rejas, abrieron la caja y cogieron algo de dinero para esos menesteres de la maternidad. Entre lo que sacaron del cajón y lo que aportaron, reunieron lo suficiente para comprar una cunita y cuanto era necesario para atender al recién nacido. Sora juró ante ellas que haría cualquier cosa por sacar adelante al diminuto Kento, a aquel niño que jamás conocería a su madre. Apoyaron su arriesgada e insólita decisión. Limpiaron a fondo y pintaron una de las habitaciones, allí instalaron a su pequeño. Una semana después de la tragedia todas menos Sora, juntas y enlutadas, fueron a esparcir las cenizas en las aguas del río Sumida. Las vertieron despacito desde uno de los puentes. Rezaron mientras el polvo gris desaparecía llevado por el viento y por la corriente. Luego regresaron caminando en silencio hasta el prostíbulo. Por el camino se comieron su dolor y ya nunca volvieron a hablar de ello. Ahora tenían una pequeña vida entre sus manos. Una nueva vida en el diminuto cuerpo de un bebé...

Kento resultó ser un niño amoroso y risueño. Apenas lloraba, se limitaba a comer, dormir y sonreír. Una ricura que jamás rechazaba a ninguna de ellas. Muy pronto,

gracias a sus denodados cuidados, cogió lustre y peso. Su llegada llenó de nuevas emociones y alegrías aquel lugar siniestro, que antes parecía maldito, olvidado por los dioses. Allí, en esa singular casa de citas, pasó Kento sus primeros años de vida, al cuidado de Sora y de las demás prostitutas. La hermana de una de ellas, que acababa de dar a luz a una niña, hizo de ama de cría durante unos meses, eso le dio a Kento más fuerza y salud de la que ya tenía. Era un superviviente nato. Todas lo adoptaron con gusto, alborozadas. Todas sintieron por él un poderoso instinto maternal que en algo mejoró y dignificó sus ingratas vidas. Incluso la agria *madame* Risako, a la que no sin temor tuvieron que confesar aquel secreto, aceptó al pequeño de buen grado. También ella mejoró gracias a él, al implicarse, aunque fuera de forma un tanto particular y disimulada, en esa aventura de la crianza. El bebé creció fuerte y sano a pesar del entorno, de las circunstancias, de lo peculiar de su «hogar» y de sus «tutoras», de la escasez y las penurias que tantas veces sufrían aquellas buenas *malas* mujeres.

No tuvo una sola madre, tuvo varias, muy gentiles y amorosas. Aunque algunas ya más que madres parecieran abuelas y así se comportaban con él. No le faltaron atenciones y cariño. Lo cuidaron siempre con mimo, lo mejor que pudieron, especialmente Sora, a la que él llamaba madre. Pero Sora también murió demasiado pronto, la sífilis se la llevó poco después de que Kento cumpliera seis años. Fue una gran pérdida para el pequeño. Tras la muerte de Sora, también falleció la propietaria del local, la señora Risako. Su corazón de hielo se detuvo y acabó derretido. Nunca fue trigo limpio, era seca casi siempre y cruel muchas veces. No es que la apreciaran demasiado, pero de algún modo sintieron su muerte, la fuerza de la costumbre genera sorprendentes lazos. La sorpresa y la alegría llegó al descubrir que la vieja, en su testamento, había dejado a sus «chicas» todos sus ahorros, unos cuantos millones de yenes, y también la propiedad, las escrituras de la casa. Aquello cambió todo para ellas y para Kento. Con aquel dinero, las que quedaban, las supervivientes a tantos años de mancebía, remozaron la casa casi por completo. Repararon los maltrechos tejados y pusieron cristales en todas las ventanas donde faltaban. Arreglaron la calefacción, compraron una nueva caldera y nuevos radiadores, ya no volverían a pasar frío. Los fontaneros cambiaron todas las viejas tuberías, arreglaron los baños y la cocina, tiraron paredes, redistribuyeron puertas y tabiques, no quedó ni rastro de aquellas viejas habitaciones en las que durante tantos años malvendieron sus cuerpos y sus almas. Se gastaron muchísimo en renovar prácticamente todo. Convirtieron aquel tenebroso refugio del pecado en un luminoso hogar. Transformaron un sucio negocio en el más pulcro que pudieron imaginar, en una lavandería. ¡Qué paradoja! Adecentaron y limpiaron a fondo cada rincón, pintaron paredes y techos, y se deshicieron de los muebles, de los catres, de las asquerosas palanganas y escupideras, de cualquier objeto que pudiera recordarles el funesto pasado que encerraban aquellos malditos cuartos. Compraron la maquinaria que precisaban, lavadoras y secadoras, unas planchas de vapor industriales, pilones, tablas, cestos y estanterías, lencería de

algodón, jabones perfumados, garrafas de suavizante, sacos de almidón, una moderna caja registradora. Juntas formaron una especie de cooperativa y juntas atendieron su nueva actividad ilusionadas, renovadas y en completa armonía.

El pequeño Kento creció zascandileando feliz entre las mujeres mientras lavaban, tendían, sacudían o doblaban la ropa. Cuando tuvo edad él también ayudó en tareas sencillas, haciendo algunos recados o atendiendo tras el pequeño mostrador subido a una banqueta. Allí donde antes se repartían citas para saciar oscuras perversiones, para gozar de un sexo inmundo en estancias numeradas, ahora se entregaban a los clientes montones de ropa inmaculada, tersa y fragante.

Los años pasaron así lentos, serenos y prósperos. El negocio no iba a hacerlas ricas, pero funcionó y les permitía vivir bastante bien, holgadamente. Todas las calamidades quedaron atrás, desdeñadas, irreales, difusas. Kento vivió dichoso en esa casa, en esa calle, en ese barrio. Allí fue creciendo y aprendiendo. En ocasiones antes lo malo que lo bueno. La perversión y el pecado anidaban en cada esquina, en cada callejón. Nunca fue a la escuela. No pudo. No lo registraron al nacer y no tenía partida de nacimiento, ni ningún otro documento que acreditara que era un pequeño ciudadano del Japón, del mundo. Oficialmente Kento no existía. Una curiosa situación que pasó de ser inquietante a ser aceptada. Era solo un niño más saliendo y entrando de una casa, jugando en una calle. Tal vez en otras zonas de Tokio no habría pasado desapercibida su existencia, su inusual situación, pero en Kabukicho casi nadie se metía en los asuntos ajenos, ni se hacían demasiadas preguntas.

En 1970, nada más cumplir los ocho años, Kento empezó a frecuentar el *dojo* escuela del buen maestro Tokoro, un gimnasio vecino, a solo un par de manzanas de la lavandería, donde las mujeres lo inscribieron. Ellas adoraban a aquel anciano experto en muchas disciplinas y en el arte del combate. Le rogaron que aceptara al pequeño como discípulo, que intentara hacer carrera de él para que no se torciera y acabara mal, como les sucedía a tantos en el barrio. Kento empezó a estudiar, a aprender artes marciales, a la vez que se aproximaba a la meditación y a las enseñanzas del budismo. Al muchacho le fascinaron las tácticas de la lucha cuerpo a cuerpo y pronto empezó a destacar entre los demás alumnos. Allí pasaba de ocho a diez horas diarias. Junto al maestro aprendió también a leer y escribir, entre otras muchas cosas, enseñanzas que fueron formándolo, educándolo, forjando su vacilante personalidad.

Poco después de su ingreso en el *dojo*, para demostrar su aprecio al nuevo alumno y para que se ejercitase en la lectura, el maestro le regaló un viejo ejemplar del *Hagakure*, el libro de las hojas ocultas, el texto de cabecera de los samuráis inspirado en el código *bushido*. Aquellas páginas en las que Kento pronto aprendió a leer fueron escritas por Yamamoto Tsunetomo en el siglo XVIII y guardadas durante años en secreto. Enseñaban todo lo que un samurái debía saber para vivir con rectitud,

coraje, respeto, honestidad, benevolencia, honor y lealtad día tras día, avanzando por el eterno presente. Kento se obsesionó con llegar a ser como uno de esos guerreros extraordinarios. Estaba ansioso por enfrentarse a cualquier dificultad, por luchar y acometer grandes hazañas; no le importaría sufrir para conseguir lo que se propusiera. El tormento, así lo había aprendido de su tutor y en aquellas páginas, templaría más y más su carácter y su fortaleza...

A pesar de ser un niño desgarrado y menudo, hasta un poco escuálido, tenía buen físico, buena salud, un corazón puro y una fuerza extraordinaria. Sus capacidades para el jiu-jitsu, el judo, el kendo o el aikido eran excepcionales. Primero la lavandería y después la escuela del maestro Tokoro se convirtieron para Kento en sus dos hogares, en las fuentes de la doctrina de la vida, en una certera salvación. Nada le gustaba más que estar sobre el tatami, junto a su maestro y sus camaradas judocas. Así fue cumpliendo años, creciendo, hasta convertirse en un joven alto, fuerte y apuesto. A los dieciocho su cuerpo ya había cambiado por completo gracias al constante entrenamiento. Aunque seguía teniendo un aspecto algo chupado, sus músculos eran pura fibra, acero puro, y su fuerza y su resistencia eran extraordinarias.

Lejos de andar escondido por su condición de indocumentado y apátrida, desde muy pequeño, Kento fue muy popular en las calles de Kabukicho. Todos conocían al que llamaban *el hijo de las damas de Landori*. Era muy simpático e inquieto, bien educado e inteligente, servicial y zalamero, también bastante avisado y un poco golfo, en ocasiones algo arrogante, pero todos lo consideraban un buen chaval. Aunque aún le quedara mucho que aprender para dar brillo a su verdadera personalidad, estaba hecho de buena madera, podría convertirse en un gran hombre algún día, eso le aseguraba su maestro y eso deseaban para él sus madres. Pero la adolescencia es una edad perturbadora, un periodo que bien puede llevar a cualquiera a zangolotear y a errar en su camino.

Por desgracia, en ese tiempo, en los años ochenta, aquellas callejas estaban repletas de bandas de pandilleros y Kento fue a arrimarse a una de las menos convenientes. Entre los chicos con los que solía salir, fue entablando una especial amistad con Miyano Hiroshi, un apuesto y simpático sinvergüenza, un joven listo, bravucón y pendenciero. Aunque era un chiquillo, tenía apenas veinte años, no dudaba en alardear de ser una especie de lugarteniente de la *yakuza*, la mano derecha de un líder local, el fiel sirviente de un patán que mandaba entre algunos esbirros del escalafón más bajo de la mafia. Presumía de ello sin reparo, sin ningún temor a que los demás lo oyeran. Alardeaba incluso de portar un arma, un descascarillado y viejo revólver, un Makarov de nueve milímetros. Lo guardaba siempre entre el cinturón y el ombligo y jamás se separaba de él. Al más mínimo pretexto lo empuñaba blandiéndolo ante las narices de sus boquiabiertos compinches. Era todo un líder entre ellos. Se jactaba de poder jugar con la vida y la muerte de quien se interpusiera en su camino, apretando él mismo aquel gatillo o tirando de su navaja o de sus poderosos contactos. Él sabía cómo utilizarlos para acabar con cualquiera que le

tocara las narices. Miyano aseguraba pertenecer al legendario clan de los Yamaguchi-gumi, el más poderoso del Japón y el que contaba con más miembros. Era de esos muchachos que llevan escrito en la frente y tatuado en los brazos su funesto futuro; algún día terminaría muy mal, seguramente apuñalado o acribillado en cualquier esquina. Era carne de cañón. Quien ingresa en el sindicato del crimen ya difícilmente puede escapar de esa espiral de violencia.

Miyano a la vez era un tipo amable y sensible, ocurrente y juerguista, también muy amante de las artes marciales. Kento lo pasaba bien con él, se divertían juntos fanfarroneando cuando salían a conquistar chicas o a tomar unos tragos y a cantar en el karaoke, algo que les apasionaba y que los unía también. Se hicieron muy buenos amigos, inseparables. La artes marciales y las armas, la música, en especial el *rock and roll*, las mujeres bonitas y las motos más veloces eran su universo. Casi todas sus conversaciones giraban en torno a esos temas. Miyano tenía una potente y extraña moto, una Suzuki RE-5 de quinientos centímetros cúbicos y muchos caballos. Una rara y preciosa bestia pintada de negro con líneas doradas y cromada en oro. De vez en cuando dejaba que Kento la condujera cuando salían juntos de marcha, o para dar una vuelta por la ciudad él solo. Aquella sensación de acelerar a lomos de la máquina, el intentar dominar toda esa potencia indomable, fascinaba a Kento. Miyano le metió en el cuerpo el veneno de la velocidad sobre dos ruedas, algo que estaba completamente alejado de sus escasas posibilidades económicas y legales, ya que no tenía carné de conducir y nunca podría conseguirlo dada su infausta situación administrativa. Su amigo se lo ganó para siempre cuando una tarde, de forma absolutamente inesperada, le regaló aquella preciada montura. Kento no se lo podía creer. Miyano ya había conseguido otra aún mejor, le dijo quitando importancia a su generoso gesto, mucho más rápida y llamativa, una Kawasaki Z1300. ¿Pero cómo? ¿De dónde la había sacado? ¿Cómo podía manejar tanto dinero? Eran preguntas que pasaron fugaces por la mente de Kento en ese momento, pero la emoción de recibir semejante regalo, de heredar aquella moto prodigiosa de manos de su colega anuló cualquier atisbo de sensatez. Por supuesto ni la una ni la otra las habría conseguido de forma legal, o bien eran robadas, o simplemente las había recibido en pago a una de sus fechorías. Eran seguramente la recompensa por hacer algún servicio a sus superiores, por someter a alguien a chantaje, o dar alguna paliza, o quién sabe si algo peor. Quedaba por ver si sus dueños no habrían pasado ya a mejor vida. Así funcionan las cosas entre los matones de poca monta del hampa japonesa, entre la plebe y los miembros más bajos del escalafón. Una ralea de pícaros callejeros, de delincuentes juveniles, que ansían ascender a toda costa, que sueñan con llegar a ser honorables miembros de la organización, como alguno de sus admirados jefes a los que sirven con devoción.

La *yakuza* no es una mafia al uso. Es un entramado de organizaciones secretas y legales, por inconcebible que parezca. Miles de matones forman sus filas, dedicados al tráfico de drogas o de seres humanos, a la extorsión y al asesinato, controlando

todo mediante una violencia extrema y despiadada. Unos veinte grupos compiten en esa liga de la criminalidad en todo Japón y su principal campo de batalla es Tokio, un bosque de neones lleno de oscuros secretos. Una situación ante la que la Policía, aunque no ceje en su persecución, se ve bastante impotente. Sus líderes, los medios y altos cargos, en general, son personas bastante respetadas en la sociedad. A su manera ayudan a la gente, de esa forma y mediante el miedo se ganan su respeto. Como hace siglos, siguen siendo los «pacificadores» los que median y solucionan situaciones que escapan a la ley y la justicia ordinaria. De hecho, en las calles de Tokio no hay más delincuencia que la suya, los maleantes temen a la *yakuza* y son incapaces de actuar por su cuenta. La inmensa mayoría de los empresarios y comerciantes pagan por su protección, de eso vive en parte la organización. Muchos ciudadanos recurren en ocasiones a ellos para solucionar problemas domésticos en sus barrios; todo tiene un precio, pero no es demasiado caro conseguir que los matones echen de sus calles a alguien molesto o indeseable. Los jefes *yakuza* son tan populares y admirados que incluso protagonizan mangas y revistas que la gente consume con avidez.

La mayoría de sus miembros también empezaron en bandas juveniles, fueron muchachos violentos y altaneros antes de alcanzar el honor de ser considerados verdaderos *yakuzas*. Luego, después de muchos años, cuando consiguen alcanzar otras esferas de la mafia, olvidan su pasado y ya no quieren recordar que un día fueron como esos chicos que hacen para ellos los trabajos más sucios. De hecho, a veces son los propios jefes los que entregan a la Policía a sus lugartenientes más violentos, a sus asesinos a sueldo, cuando cometen un crimen sin la debida eficacia y discreción.

Aunque no iba por ahí con la pistola o la *katana* asesinando gente, su idolatrado amigo Miyano ya era algo más que un subalterno de los jefes mafiosos. Ascendía velozmente y su estatus le permitía tomarse algunas licencias, gozaba de ciertos privilegios, como el de quedarse con una moto, un lujo inalcanzable para un chaval de su clase social y de su edad. Los jefes pueden ser muy generosos con sus mejores esbirros, exigen lealtad y obediencia absolutas, pero a cambio les ofrecen la oportunidad de ganar mucho dinero. En esas andaba Miyano y en esas no tardaría en meterse Kento si nadie lo evitaba. Todos en la *yakuza* parecen buenas personas, buenos ciudadanos, hasta que por alguna razón se ofenden o se sienten traicionados; no sería el mejor destino para Kento. No era extraño pensar que de seguir con esa amistad, en esa compañía y por ese camino, muy pronto se metería en líos.

Su destreza con las artes marciales fascinaba a su camarada. Miyano era un buen luchador, pero no tenía nada que hacer si se enfrentaban sobre el tatami o en plena calle. Kento era absolutamente superior a él y a la mayoría de los que conocía. «Me recuerdas a Bruce Lee», le decía con frecuencia con absoluta fascinación. La forma en que Kento luchaba era simplemente magistral a pesar de su juventud. Miyano lo admiraba y lo respetaba por eso, y muchas veces le insistía en que debía empezar a emplear aquellas habilidades para ganar dinero. «Deja de una vez de lavar ropa sucia

y empieza a forjarte un futuro de verdad», le decía tentándolo. Podría competir en peleas ilegales, las apuestas proporcionaban enormes ganancias, o podría ser un extraordinario guardaespaldas, un ejecutor. Podría llegar a ser muy popular y respetado por su forma de luchar...

Lo haría por ella, por su madre.

«A veces hay que empujar a las perezosas palabras para que salgan y digan lo que tienen que decir —escribió Mei—. Otras salen solas a pesar de la pereza que en ocasiones produce pensar, recordar, explicar, hablar o escribir...». En el mismo sitio en el que ahora rasgueaba con la punta de carbón del lápiz sobre el papel, en el banco del jardín, se sentaron juntas, las tres, por última vez. Lo recordaba claramente. Antes de que Misha se enamorara y cambiara, antes de que mamá arrinconara casi todas las palabras, casi todos los recuerdos, antes de que casi olvidara que ellas eran sus amadas hijas, sus dos pequeñas. Empezó por aquel entonces a perder la cabeza. Luego, muy lentamente, fue dejando de ser consciente de quiénes eran los seres que la rodeaban o cuál era su entorno. Una leve lluvia de olvido fue llenando cada vez más las lagunas de su pensamiento. ¿Dónde andaría su mente en esas horas de profunda enajenación? Era imposible saberlo.

La enfermedad, la pena y la vejez fueron borrando o difuminando prácticamente todo. A pesar de ello conservó hasta el final su plácida mirada, siempre tan tierna, con todo su amor abierto de par en par, asomando por sus diminutos ojos, llorosos, entrecerrados por mil calladas nostalgias. Pequeños luceros, inmensos a la vez, misteriosos como la vida que emerge de los brotes en flor. Recordaba bien todo eso de ella, cada día de su vida juntas, de toda una vida. Jamás desde su nacimiento, hacía cuarenta años, se había separado de mamá, salvo por las fugaces obligaciones cotidianas que le impusieron los estudios o el trabajo. También recordaba el desconcierto y la tristeza que en ocasiones abatían su terso rostro desde que su hermana se fuera, y cómo la melancolía fue moldeándola, haciéndola cada vez más silenciosa, más ausente, más y más pequeña. Menuda como un duende. Añoraba a su hija Misha, la mayor, y a sus nietos, terriblemente, y así, intentando olvidar ese dolor, fue apartándose de casi todo lo humano para refugiarse en las cosas más sutiles, más espirituales, esas que quedan fuera del tiempo y de lo más común de los días. Podía pasar largas horas mirando los racimos de azaleas que colgaban adornando su ventana, o admirar sin medida, sin perder detalle, el vuelo de cada insecto o de cada pétalo al caer de los cerezos o los jazmines del jardín. Observar con detenimiento cómo resbalaban por las hojas las gotas del rocío, el cimbrear de cada tela de araña, o el ir y venir de cada pájaro, y apreciar en todo ello la verdadera

belleza. En aquel entonces, o tal vez siempre, su madre mantuvo una clara conciencia de cuánta hermosura y cuánta vida alberga este mundo. Cada mañana, al ir a despertarla, besaba su rostro con infinita ternura y le decía lo maravilloso que había amanecido el nuevo día, daba igual que hiciera un sol espléndido, nevara o diluviara. Todo aquel amor, todo su entusiasmo vital se habían extinguido. Se fueron apagando a la vez que perdía la memoria, hasta que en ella casi todo se convirtió en neblina. Se fue tranquila tras una existencia larga, pura, sencilla y callada, profundamente humilde y sacrificada durante ochenta largos años.

Desde allí, desde donde escribía, habían contemplado juntas, muchas veces, el impetuoso ascenso del sol naciente o cómo el astro se ocultaba ya fatigado al atardecer. ¡Cuánto la iba a echar de menos! Y cuánto habían añorado juntas a Misha durante años. Tras su partida su hogar se fue desintegrando. Su madre, su hermana y ella eran los tres únicos habitantes de un universo perfecto y armonioso, un espacio de unos cuantos metros cuadrados en el que siempre reinaron la pulcritud, la amabilidad y una serena alegría. Nunca necesitó más que a su madre y a su hermana, su pequeña familia, y lo que encerraban las cuatro paredes de su hogar.

La vida fue serenándose desde el momento en que su padre desapareció. Cuando él estaba todo era distinto. Tenso, agrio y áspero. Era un hombre adusto y severo, muy callado y poco dado al cariño o a la cordialidad. Las mantuvo y las quiso a su manera, de una muy mala manera. Todo fue otra cosa durante los años en que, con él, fueron cuatro en casa. Un día papá cruzó la puerta, salió sin decir palabra al pasar delante de ella y ya jamás regresó. Nunca volvió a verlo. Su madre apenas habló de ello, nunca mencionó nada acerca de aquella otra ¿huida?, aunque ella seguramente conociera la explicación. Tampoco las hermanas Tanaka insistieron en saber. La casa entera suspiró aliviada tras la evaporación de aquel hombre extraño y violento, de aquel lastre.

La imagen más nítida que guardaba de él era inquietante. Una vez lo vio casi desnudo y descubrió que prácticamente todo su cuerpo estaba tatuado. El torso por entero y también los brazos y las piernas, toda la piel que quedaba oculta bajo la ropa, hasta las muñecas y los tobillos. También tenía una larga y profunda cicatriz en el centro de la espalda, entre los omóplatos, y le faltaban dos dedos, los dos meñiques de las manos. Era gordo, grande y sudoroso. Un ser enorme, de aspecto imponente y desagradable, como un amenazante luchador de sumo. Todo añadía distancia, desconcierto e incertidumbre al ya inquietante desapego que sentía por él. Todo en torno a su padre fue siempre un enigma, un tremendo vacío asumido sin reproches, sin preguntas, sin demasiada tristeza y a veces con miedo. ¿Cómo pudo su madre unirse a un hombre así? ¿Qué pudo ver en él? Nada, fue un matrimonio concertado, ella se casó obligada con aquel bárbaro. A Mei nunca le gustó su padre, aunque al fin y al cabo le debiera la vida.

Tiempo después de la desaparición, ella tendría entonces unos veintidós años, su hermana, cinco años mayor, se echó un novio americano. Otro más. Tuvo tantos

desde niña que había perdido la cuenta. Este era un ingeniero del ejército, rubio, alto, gallardo y algo estúpido, como casi todos los americanos. Pero esta vez la cosa fue en serio. Unos años después se casó con él y se marcharon a vivir muy lejos, a una base militar en Pensilvania donde lo destinaron tras su largo encargo en Japón. Pensilvania. Aquella extraña palabra sonaba a vampiros, a tierra de espectros, como el nombre de un inalcanzable y tenebroso planeta. Tal vez no erraba. También la perdió. Misha soñaba con tener dinero, con volar lejos, con viajar y conocer mundo. Mei detestaba la simple idea de hacer algo así, nada le producía tanta inquietud como alejarse de su humilde hogar, de su casa, de su calle, de su barrio, de su madre. Podía soportar ir en coche o en tren durante breves trayectos y no sin inquietud, pero los aviones y los barcos la estremecían, y esos eran los únicos métodos para llegar hasta su hermana de haber deseado hacerlo. Su querida Misha cayó prisionera de ese hombre y de Occidente y ya apenas volvió a visitarlas un par de veces después de su partida. A lo largo de los años, de muchos años. ¿Cuántos? ¿Seis? ¿Diez? Ya no conseguía recordar con certeza. La última vez su hijo mayor, el pequeño Lee, tenía unos dos añitos. No se le daban bien las fechas ni los cálculos. Luego Misha dejó de escribir, de llamar, y ya apenas supieron de ella. Alguna carta, alguna triste postal, nada más. Detestaba que aquel yanqui les hubiera arrebatado a su hermana. Pero la culpable de tanto desapego y distancia era solo ella. Nada más que ella. Luchaba constantemente por perdonarla.

Para Mei los hombres nunca significaron gran cosa, nada excepcional, nunca cayó en sus redes, en la trampa de las irracionales pasiones del amor, como le había sucedido tantas veces a la coqueta y enamoradiza Misha. Ella jamás se había enamorado, al menos no lo suficiente. Aún era virgen. Dejó de pensar en eso hacía tiempo, su celibato ya no era una carga. El deseo sexual para ella, como para tantos otros japoneses, hombres y mujeres, estaba entumecido, aletargado. Solo muy de vez en cuando atendía a su llamada masturbándose sin demasiada pasión, como un mero alivio orgánico, fisiológico. Solo una vez mostró cierto interés por un muchacho y él por ella. Aichi, su compañero de pupitre durante la secundaria. Recordaba aquello como algo agradable, aunque al fin insignificante. Todo quedó en algún que otro tímido beso robado, algunas timoratas caricias durante sus apasionadas charlas tras las clases, en una hermosa amistad de infancia y adolescencia. Quién sabe qué hubiera ocurrido. Pero Aichi un día se marchó, sus padres se lo llevaron a vivir muy lejos, a la ciudad de Fukuoka. Ya nunca más supo de él ni pensó más en eso, aunque alguna vez en sus sueños mantuviera un bello romance con un hombre de ojos verdes que, en algo, le recordaba a Aichi. Podría haber sido así de mayor.

Mei Tanaka fue, desde niña, una muchachita rara, algo enclenque, solitaria, retraída y silenciosa, siempre absorta y metida en su mundo, aislada de casi todo. Durante un tiempo temieron que padeciera algún tipo de retraso, tal vez autismo.

Nada más lejos de la realidad, lo cierto es que Mei era una chiquilla avispada, interiormente alegre y muy inteligente. Pero solo era quien era en la intimidad. De allá afuera no le interesaban demasiadas cosas y menos aún los seres humanos y sus vaivenes, no sabía relacionarse bien con ellos. Sin embargo sí podía hacerlo de forma extraordinaria con los animales, con todo lo que emanara verdadera naturaleza. Era capaz de dialogar de forma fluida con sus gatos, con el búho que rondaba el jardín o con un ratón, con los cerdos o las gallinas, con las flores y los árboles, con los insectos, incluso con las hortalizas de su huerto, pero le resultaba muy complicado comunicarse con la mayoría de las personas. No sucedía así con su madre ni con sus abuelos, con los tres mantenía una relación preciosa, intensa y siempre reconfortante.

A medida que crecía, fue adaptándose de forma inevitable para sobrevivir. Cuando cumplió cinco años, más o menos, empezó a comprender que era necesario, imprescindible tal vez, interactuar con los demás para poder vivir tranquila, para que no la tomaran por una enferma, para que la dejaran en paz. Fue aprendiendo a responder siempre con educación y discreción, a cosechar sonrisas y respeto, manteniendo en todo momento un comportamiento ejemplar para al fin conseguir normalmente salirse con la suya. Por no discrepar, por evitar cualquier inconveniencia, conflictos o habladurías, aprendió a dar la razón de la forma más oportuna y en el instante preciso, encontrando normalmente las palabras justas. Solía decir aquello que los demás esperaban o querían oír, nada más, era sencillo para ella intuirlo, adivinarlo, y en cuanto podía volvía a su mundo, a su silencio y a sus conversaciones consigo misma, con los animales o con los espíritus que normalmente la rondaban.

La escuela nunca fue un plato de gusto para Mei, como tampoco lo fueron el instituto ni la universidad. Pero a todo supo sobreponerse y de todo aprendió lo necesario. Cada nueva experiencia, por pesada o incómoda que fuera, por indeseable que resultara, terminaba reforzando su verdadera personalidad, la que tan pocos conocían. Sobrellevar cada momento, cada nueva situación, adaptándose a cada nuevo entorno y a los seres que habitaban en él, era para ella una misión casi mística, un destino no del todo apetecible, pero inevitable y enriquecedor. Una disciplina más que ejercía como prolongación de las artes marciales en las que se adiestraba con placer. Pero en ningún momento tuvo la sensación de malvivir por ser así o vivir de forma errónea. Los que solían llevar vidas incomprensibles para ella eran los demás. De haber podido, hubiera prescindido de casi todos excepto de su madre y de sus abuelos maternos. También quería mucho a su hermana mayor y a Miyazaki, su cariñoso gato, que murió rollizo, viejo y satisfecho tras una larga, lenta y perezosa vida. Su padre, sin embargo, fue para ella un espacio vacío, una hoja en blanco, que nunca consiguió rellenar. Conocía personas respetables entre sus vecinos, inteligentes, simpáticas y amables, por supuesto, correctas, gente que quedaba a salvo de su singular e inofensiva indolencia. Por encima de todo amaba a su madre y a su hogar, su precioso nido. Realmente solo se sentía a gusto en sus estancias, dentro de

los límites de su pequeño y bello mundo. Su sencilla casa, que antes fuera de su abuelo y mucho antes de su bisabuelo y aun antes de su tatarabuelo, era su diminuto paraíso. Fue una de las primeras que se construyeron en Tokorozawa, un barrio a poco más de una hora del centro de Tokio, en la prefectura de Saitama. Una casita de madera de tres plantas rodeada por un frondoso jardín. Cercana a la estación de tren de Kokukoen y al aeropuerto Yokota, donde trabajaba su abuelo Gigoro como mecánico de aviones, y no muy lejos de la escuela elemental Meiho, donde ella estudió durante años. Estaba suficientemente cerca y suficientemente lejos de todo, a salvo de todo, o de casi todo. Seguía en pie, digna y discreta, después de casi dos siglos de vida, soportando diluvios y ventiscas, tifones y terremotos.

La planta de abajo era muy luminosa, recogida y diáfana, podía dividirse en dos pequeñas habitaciones y un salón gracias a un par de *fusumas*, unas preciosas puertas correderas de papel, decoradas con paisajes que su abuelo fue trazando a tinta y acuarela durante años. Cada espacio era acogedor a pesar de la sobria y escasa decoración. Y especialmente su cuarto. Estaba en la buhardilla, sobre la habitación de su madre, donde ahora yacía su cuerpo inerte ya sin espíritu.

¿Cómo se puede vivir sin espiritualidad? Se hacía esa pregunta con frecuencia. Ella sentía con mayor nitidez su alma que el extraño cuerpo que la alojaba. La muerte no era el fin, no debía serlo. «¿Imaginas que no haya nada? —preguntaba a su madre de pequeña enojándola—. ¿Imaginas que todos nuestros dioses fueran una patraña, una multitud de inútiles, solo leyendas?».

Siguió pensando qué decirle a su hermana. «¿Por qué tuviste que marcharte, Misha? ¿Por qué? Ya nunca volverás a ver a mamá. Ella ya no podrá volver a ver a tus hijos. Al pequeño no ha llegado siquiera a conocerlo, salvo por el par de fotografías que siempre llevaba encima. ¿Por qué nos dejaste así?...».

Tras su marcha las dos solas vivieron felices, aunque la echaran tanto en falta. Cuidar de su madre y de su hogar colmó siempre todas las expectativas de Mei, y calmó al fin cualquier añoranza. Solo en eso y en sus estudios ocupó durante muchos años su tiempo. En la universidad sació en parte su deseo de aprender y mantuvo contacto con la vida un poco más allá de las cuatro esquinas de su casa. Estudió Enfermería y se especializó en Geriátrica, todo para poder atender mejor a su madre, para poder ocuparse de ella en todos los aspectos, de la forma más eficaz y autónoma. Sentía verdadera devoción por los ancianos y en especial por la mujer que la concibió, y que de forma irremediable fue haciéndose vieja a su lado. La jovencísima enfermera Tanaka terminó trabajando en la unidad de Geriátrica del hospital Matsuzawa, y eso llenó a su madre de honor y felicidad. Cuidaba de todos los ancianos de su calle, de cualquiera que en el barrio reclamara su ayuda. Además de tomarles la tensión, inyectarles sus medicamentos o calmar sus dolores con masajes y acupuntura, tenía el don de saber aliviar sus males charlando, simplemente eso. Sabía

cómo comunicarse con ellos, encontraba siempre las palabras o los gestos que los reconfortaban, y los escuchaba con verdadera atención. Conseguía que cada uno de ellos, a su manera, se sintiera una persona digna, valiosa y amada. Tenía arrumacos para todos, y de tanto en tanto los llevaba a los baños para que se relajaran zambulléndose en las saludables bañeras de agua caliente y hierbas. Los viejos de Tokorozawa adoraban a la pequeña Mei Tanaka, la hija de Naoki, la nieta de la señora Kaya y el señor Gigoro...

*Querida hermana:*

*Mamá murió tranquila, no sufrió. Se fue como se esfuman los sueños. Y como sucede tras los sueños, ha quedado esa rara sensación de poder retomarlos, como si lo falso fuera esta vida y lo real solo lo que existe mientras duermes. Como si mamá fuera a aparecer en cualquier momento, arrastrando los pies con sigilo. Esparciré sus cenizas en el jardín, como ella deseaba, en el lugar que deseaba. Tal vez tendría que haberte llamado, pero no he sabido cómo hacerlo. A veces hay que empujar a las perezosas palabras para que salgan...*

Arrancó otra hoja y la rompió. Le iba a costar terminar aquella carta, no era exactamente rencor, no era eso, era una fabulosa desgana, una inmensa distancia. Absoluta desidia. El vacío que dejó se transformó en piedra y sepultó los sentimientos. Qué triste era sentir eso... Desistió de escribir por el momento. Mientras esperaba dio unas vueltas alrededor de su cerezo más querido acariciando su tronco, el mismo árbol que un día siendo muy pequeña plantara con su abuelo: Narayama lo habían bautizado. Cada árbol del jardín tenía su propio nombre. Empezó a chispear. Caminó despacio bajo la lluvia, descalza, melancólica. Se refugió en la entrada del pequeño pabellón de cristal que se alzaba junto a la casa. Era una edificación anexa, algo más moderna, levantada en piedra y madera, toda acristalada alrededor y también en buena parte del techo. Parecía un invernadero o un extraño templo. Se comunicaba con el resto de la vivienda por una puertecita y un angosto pasillo. Dentro estaban los baños que hacía años regentaba su madre. También el pequeño *dojo* donde practicaba artes marciales. Allí, sobre el tatami, que tendría unos veinte metros cuadrados, se ejercitaban su abuelo y sus discípulos. Muchas veces ella entrenaba con ellos, nada le gustaba más siendo niña.

El abuelo Gigoro era un docto judoca, un maestro que solo compartía sus conocimientos y su sabiduría con algunos buenos camaradas. También repartía entre ellos su vino y su comida tras las duras sesiones de judo. Antes de entrar en ese lugar sagrado, Mei lavó delicadamente sus pies en la escudilla de la fuente. Jamás había osado pisar allí sin descalzarse, o sin saludar haciendo una respetuosa reverencia, nadie lo había hecho. Ella también era judoca, nunca lo olvidaba. Arrastró los pies dando suaves pasos sobre el tatami, acariciando con las plantas las ya roídas colchonetas de lona y algodón que cubrían por completo la vieja tarima de nogal del

suelo. Al fondo, tras una puerta en forma de arco, unos escalones bajaban hasta los baños, a los que también se podía acceder desde la calle, justo al otro lado de la casa. De las tres bañeras redondas, ahora vacías y algo cochambrosas, emanaban siempre aromas extraordinarios, olores que habían impregnado todo, dentro y alrededor. También su alma. Esa fue la fragancia que inspiró al dar la primera bocanada del aire de este planeta. Había nacido allí, justo en ese lugar, dentro de una de esas tinas, y siempre imaginó que allí moriría.

Aún nadie había aparecido, llamarían a la puerta. Siguió recorriendo la casa extrañamente vacía sin su madre viva. Su habitación estaba arriba, en lo más alto. Era una especie de altillo, una escasa buhardilla que a ella le parecía el lugar más seguro y acogedor del mundo. En el suelo, un colchón de lino y una esterilla, su almohada «mágica», sobre la que podía volar en sueños convertida en nube, unos cojines de seda de colores vivos, unas cuantas cajas donde guardaba fotos y otros recuerdos, unas cestas de mimbre, una mesita baja y sobre ella unos cuadernos, unas velas, varillas de incienso, unos cuantos libros, unos viejos juguetes, alguna muñeca olvidada. Otros muchos libros y cuadernos de apuntes se amontonaban en una esquina, junto a una lámpara de lectura. De un cordel colgaban varias perchas con la poca ropa que tenía, y debajo, dentro de un cajón, sus tres pares de zapatos. Nada más, aquellas eran sus posesiones, aquel era su mundo. De haber sido por ella, jamás hubiera salido de allí, de aquella dulce celda siempre abierta, ni de los cortos límites de aquella amada propiedad. Empezaba a anochecer.

Desde su ventana, a lo lejos, se distinguía ya el intenso resplandor del centro de la ciudad, que iluminaba el horizonte de la noche, ensuciando el cielo, manchándolo todo de un sucio gris anaranjado. Tokio no es una ciudad, es un asco, pensó, son decenas de ciudades juntas, entrelazadas, mezcladas, pegadas con una rara arcilla plagada de seres humanos. Tokio, como todo Japón, es un inmenso mundo aislado, lleno de belleza y soledad. Por fortuna, la oscuridad aún respetaba su jardín, había pocas farolas entre la frondosa vegetación de las calles y fincas que rodeaban su casa, perdida en una inmensidad de millones de casas. Y ella, sola como nunca, perdida y sola, entre millones de personas. Se asomó a la ventana y miró su precioso jardín y la techumbre de cristal del angosto gimnasio de su abuelo. A través de la cristalera, cuando era niña, veía cómo él y sus pupilos perfeccionaban *katas* o luchaban entre ellos. La visión ahora era muy distinta. Los empleados de la funeraria se acercaban a la verja cargando con un immaculado y reluciente sarcófago blanco; detrás de ellos, dos agentes de la Policía Municipal.

El dolor de abandonar aquella casa y su sencilla vida le punzó en el corazón. Pero la existencia allí, sin su madre, sin ninguno de sus seres queridos, ya no tendría sentido. Bajó a recibir a aquellos hombres, a abrir la puerta a la realidad, a las secuelas de la muerte...

Dejaron el ataúd en el centro de la habitación, orientado hacia el norte, sobre un par de caballetes bajos. Ella se ocuparía de bajar el cuerpo hasta el salón principal y

disponerlo todo para el velatorio. Mei se puso una chaqueta y se sentó de nuevo a esperar en el banco del jardín. Al poco apareció el doctor Sugimoto, disculpándose por la tardanza; parecía muy triste. Entró en la casa dispuesto a certificar lo inevitable. Hacía décadas que era el médico de la familia Tanaka. El doctor evitó en todo momento los ojos de Mei, abrumado por la pérdida, seguro, ya que sentía un gran afecto por su madre, pero también desolado por haber tenido que comunicarle a Mei hacía pocas horas la noticia de su enfermedad y los malos presagios.

El doctor hizo su trabajo y después se marchó prometiendo a Mei que volvería al día siguiente para el funeral. Mei se ocupó de lavarla, maquillarla y vestirla. Una vez estuvo lista, una hora después, los empleados de la funeraria la ayudaron a colocar el cadáver en el ataúd y se marcharon.

A medianoche todo estaba listo para velar a la muerta, que estaba radiante con su immaculado kimono de seda alba. Siguiendo el ritual, cubrió su rostro con un pañuelo también blanco. En la cabecera del colchón dispuso una mesita y sobre ella todo lo preciso, unas velas, unas barras de incienso y unas campanillas doradas. Luego, con delicadeza, posó sobre el cadáver una daga, un arma muy antigua que perteneció a su abuelo Gigoro, y mucho antes a un distinguido samurái. Así, en caso necesario, podría defenderse de cualquier espíritu diabólico en su camino al paraíso.

Fueron llegando algunas personas que, con gesto contrito, querían ver a la difunta y hacer compañía a Mei. Por mucho que le horrorizara la idea no pudo negarse. El día había sido largo e intuyó que aún más lo sería la noche. Las horas transcurrieron lentas, muy lentas, penosas, agotadoras, especialmente para ella.

Esa madrugada veló a su madre minuto tras minuto hasta que la venció el cansancio. Se retiró a su cuarto, se acurrucó en el futón, y lloró al fin sin pudor, en soledad y sin reparos, muy amargamente, hasta que, perdida en el llanto, se quedó dormida. Debió de pasar solo un rato, una hora apenas, hasta que la despertó el sol que entraba por la ventana. Abajo seguían algunas amigas de su madre en torno al féretro.

Por la mañana, otros muchos amigos y vecinos se acercaron a darle el pésame. Todos querían despedirse antes de la cremación. Algunos dejaban flores alrededor del rostro de la anciana muerta, pequeñas margaritas. Mientras los invitados tomaban té y dulces, hablando o sollozando en susurros, ella se preparó un café bien cargado, algo que no solía hacer, y se sentó en un rincón de la cocina a ojear una de las viejas y manoseadas revistas que guardaba su madre. Hubo un tiempo en que miraba en ellas todo aquello que, seguramente, jamás llegaría a tener; era solo una niña y sufría por ello. Estaba completamente agotada, debía espabilar. Tal vez fue la casualidad o el destino, pero al curiosear con desgana entre las páginas notó como un fogonazo en los ojos, un latigazo que le hirió la mirada y que le hizo dar un respingo. Un escalofrío de aprensión y sorpresa recorrió su espalda. Nunca antes había oído hablar de Yonsú, a nadie salvo a su abuela y a su madre, y justo en ese instante, mientras ella aún estaba de cuerpo presente, supo de nuevo de la misteriosa aldea. En la revista, en

el último rincón de la última página, un pequeño titular rezaba: «El viejo mito de Yonsú». Leyó la columna con avidez...

Hablaba de un supuesto poblado perdido entre montañas, más allá de un espeluznante bosque en el que gente desaprensiva abandonaba a sus familiares más ancianos. En aquel pueblecito, formado apenas por unas cuantas chozas, se suponía que terminaron algunos de los viejos que sobrevivieron al horror de haber sido dejados a su suerte en aquella espesa e impenetrable foresta. Abandonados a su mala suerte. Más allá de las rígidas apariencias sociales niponas, la realidad, según el autor, era que cada vez más ancianos terminaban abandonados en algunas zonas de Japón. Algunos, los menos, cerca de Tokio, en el siniestro bosque de Aokigahara. Otros, la mayoría, en el *mar de árboles* que rodea la gélida ciudad de Sapporo. También se conocían casos en Okinawa y otras ciudades. En ocasiones, para seguir cobrando una pensión o las indemnizaciones que reportarían los seguros, otras por hartazgo o desidia, por falta de humanidad y cariño, o simplemente por no poder mantenerlos económicamente. Le aterró aquella idea. ¿Cómo alguien podía hacer algo tan cruel?

El autor del artículo, un tal Okkoto Yonza, explicaba macabros detalles sobre el asunto. Contaba cómo muchos viejos terminaban muriendo de hambre y sed, perdidos en el impenetrable laberinto de la arboleda. Otros se suicidaban o lo intentaban sin éxito en su agonía.

El bosque, según el periodista, estaba sembrado de esqueletos, de calaveras y huesos, restos de cuerpos descompuestos o ya devorados por las bestias, plagado de objetos y abalorios, relojes, anillos, pendientes y collares, de calzado y ropas destrozadas. Al igual que sucede en el bosque de los suicidas, a las afueras de Tokio, las autoridades intentaban negar la sórdida evidencia, disimularla, incluso disuadir a los que pretendían penetrar en aquel territorio de desesperación y muerte poniendo carteles con advertencias y consejos. De tanto en tanto patrullaban y vigilaban las inmediaciones, algunos senderos, cuidaban de que nadie se acercara, limpiaban algunos restos, tapaban como podían la macabra vergüenza ante los morbosos turistas que se aventuraban por allí. Pero la zona es demasiado inabarcable y salvaje, y no había medios ni dinero suficiente para pagar a tantos funcionarios como se necesitaban.

Buscó la fecha en que estaba publicado el artículo, era de 2009, de tres años atrás. Había estado ahí todo ese tiempo, sobre una mesilla, esperándola, perdido entre el montón de prensa y revistas caducadas que guardaba su madre. No tiraba ninguna porque, desde que empezó el avance de su demencia, ella disfrutaba recortando fotografías con las que hacía curiosos y bellos *collages*. ¡Si lo hubiera visto antes! ¡Y si todo lo que decía fuera cierto!

*La semana pasada —seguía diciendo el escrito— los funcionarios municipales del distrito de Toyohira descubrieron en un bosque cerca de Furano los restos del que era considerado el hombre más viejo del Japón, Sogen Kato,*

nacido en 1899. Las investigaciones y análisis llevaron a la conclusión de que se trataba de él, aunque en los registros municipales se indicaba que seguía vivo. Los funcionarios creen que Kato murió en los bosques cercanos a Yubari hace varios años y llegaron a esta conclusión gracias a una carta que guardaba en el bolsillo de la chaqueta que aún vestía el cadáver momificado. Calculan que podía llevar desaparecido desde el mes de noviembre de 1978.

La Policía sospecha que la familia del anciano no comunicó su muerte para seguir cobrando su pensión, la cual se les seguía abonando. De forma periódica, las autoridades municipales, por orden del Ministerio de Sanidad, visitan los domicilios de algunos de los ancianos centenarios (actualmente en Japón hay más de cuarenta mil) para certificar su estado.

El caso de Sogen Kato ha hecho saltar las alarmas. Tras su hallazgo, se supo asimismo que la mujer supuestamente más anciana del país, Fusa Furuya, residente en Tokio y nacida en 1897, también se halla en paradero desconocido, quién sabe si del mismo modo acabaría abandonada y perdida en otra siniestra arboleda. El viernes pasado funcionarios del distrito tokiota de Sugunami visitaron su domicilio, pero no hallaron rastro de la centenaria. Su hija mayor, de setenta y nueve años, y que reside aún en la casa de su madre, aseguró que llevaba dos décadas sin verla y sin saber nada de ella. Creía que vivía con su hermano.

Según las estadísticas del Departamento de Sanidad, en Japón había censados 40 399 centenarios hasta septiembre de 2009. En el año 2005 se descubrió que una mujer de Tokio que supuestamente tenía ciento diez años llevaba desaparecida cuatro décadas, por lo que las autoridades decidieron que la Policía visitara a las personas más ancianas para certificar su fe de vida. Se descubrió entonces que al menos cincuenta y dos supuestos centenarios estaban desaparecidos o habían muerto, sin que hubiera constancia oficial de ello. Japón es el país del mundo con mayor esperanza de vida, especialmente en el caso de las mujeres. La expectativa de vida de una mujer japonesa supera los ochenta y seis años, la mayor del planeta, mientras la media de los varones está en algo más de ochenta años.

Después el periodista divagaba y fantaseaba sobre la aldea de Yonsú. Se basaba en el testimonio de un superviviente, una mujer llamada Toki Ashitara, que regresó desde allí, aunque murió solo un mes después. Contaba que aquella mujer, que según sus documentos tenía entonces más de ciento doce años, había vivido largo tiempo junto a otros viejos en el poblacho, al que llegó tras ser maltratada y abandonada en la foresta, en secreto, por su yerno.

Volvió de allí maltrecha en su afán por ver una vez más a su hija y contarle lo sucedido, por vengarse del miserable de su marido. Lejos de la aldea, donde los ancianos disfrutaban de fuerza y salud y vivían sin temer a la muerte, no sobrevivió

demasiado tiempo. Allí, según la señora Ashitara, sucedían cosas prodigiosas, y la más sorprendente de todas era que la enfermedad y la muerte parecían no tener lugar.

Nadie sabía con certeza, concluía el artículo, dónde se esconde la misteriosa aldea, y la mujer no quiso o no supo dar indicaciones o pistas más precisas antes de fallecer. Pero todas las deducciones conducían a que estaba en algún lugar perdido entre las frondosas montañas del antiguo territorio de los ainu. Toda la isla de Hokkaido les perteneció hasta finales del siglo XIX. El autor del artículo concluía:

*Yonsú no debe de estar demasiado lejos de la ciudad de Sapporo, y del parque natural de Furano, un importante atractivo turístico de la zona. Aunque se necesita un inmenso valor para intentar averiguarlo. Aquella es una zona en la que los japoneses raramente osan adentrarse, pues, según la leyenda, está habitada por terribles demonios al servicio de los espíritus ainu. Esos tatarigami (fieros demonios surgidos de la ira) guardan celosamente sus bosques, y no dudan a la hora de perseguir y dar muerte a cualquier invasor nipón, a cualquiera que no sea de la etnia de sus antepasados, a cualquiera que sin ser ainu profane sus dominios.*

Mei pasó el resto de la jornada en estado de *shock*. Todos los presentes achacaron su aparente enajenación, su estado de profunda ausencia, a la pena, y así era, pero también se debía a la impresión que le causó leer aquello. Tal vez estaba exagerando, tal vez solo fueran burdas patrañas periodísticas, amarillismo, puro morbo, pero a ella le impactó sobremanera aquel artículo perdido.

A mediodía, completamente vestida de negro, encabezó la comitiva fúnebre hacia el crematorio. No quedaba lejos del aeropuerto e hicieron el recorrido a pie por las calles de Tokorozawa. Todos a su paso agachaban la cabeza en señal de duelo y lloraban en silencio, sin lágrimas, aquella pérdida. Era el último viaje de una de las mujeres más queridas allí. Ya en el tanatorio, los más íntimos o cercanos a la difunta, que asistieron al sepelio vestidos con sus mejores galas, fueron lavándose las manos con agua y sal, para que su alma no quedara adherida a su piel al tocar el cadáver antes de cerrar la caja. El empleado de la funeraria ofreció a Mei unas sandalias de paja y un bastón que esta colocó dentro del ataúd, sobre el cuerpo de su madre, junto a un abanico y un saquito de tela que contenía unas monedas, con ellas podría pagar al barquero que la llevaría al otro mundo.

El sacerdote se sentó en lugar de honor junto a Mei y, tras recitar diferentes *sutras*, comenzó el banquete funerario. Comieron y bebieron pasteles y aguardiente de arroz. Luego, uno a uno, fueron desfilando ante la muerta y leyendo unas palabras que previamente habían escrito. Todos clavaron de forma simbólica, con una piedra suave y pequeña, las puntas que sellaron la tapa.

La cremación se prolongó algo más de una hora y media; durante ese tiempo los invitados al sepelio siguieron comiendo y bebiendo. Charlaban solazados, recordando

entre risas algunos momentos gozosos vividos junto a la fallecida. Todos entregaron a la huérfana sobrecitos con algo de dinero para hacerle más llevadera su nueva situación en la vida. Un funcionario entregó a Mei los restos en una urna de jade rojo, que tomó entre sus manos con cierta incredulidad y muy apenada. Luego dirigió unas palabras de agradecimiento a los presentes y los despidió uno por uno. Impaciente ya por acabar con todo aquello.

Llegó a casa tras cerca de cuarenta y ocho horas de funeral y se sintió sola, muy sola y aliviada. En una esquina de su habitación, sobre una mesita, colocó el *kotsutsubo* que contenía las cenizas, una fotografía de su madre, una tabla mortuoria, incienso y unas velas. Se arrodilló ante el improvisado altar y lloró y rezó durante largo tiempo. Lloró y lloró todo lo que no había llorado en muchos años.

Cuando consiguió serenarse tomó una decisión firme, no esparciría las cenizas entre los árboles del jardín, como deseaba su madre. Cumpliría un deseo mucho más importante para ella. Llevaría sus restos hasta la aldea de Yonsú y allí reposarían para siempre. No se sentía capaz de perder lo único que restaba de su madre, no todavía. Las llevaría con ella, en su petate, y de algún modo colmaría su sueño.

«Al fin, mamá —pensó—, encontraremos juntas tu edén, si es que existe...»

Pero las ceremonias en Japón no acaban ahí. Al día siguiente el sacerdote regresaría a su casa para rezar siete responsos, los parientes y amigos volverían a reunirse, pero ella ya no estaría. NO, ya no. Ya no soportaba más. Había sido diligente y había cumplido con su parte. Esos siete responsos se repetirían durante siete semanas sucesivas. Durante los cuarenta y nueve días en que los familiares tendrían que guardar luto de forma ineludible. Hasta ese momento no terminarían las obligaciones mortuorias, hasta ese momento el alma de su madre no iniciaría su feliz viaje al paraíso, y la vida de los vivos no volvería a la normalidad.

Respetaba el rito, de ello dependía que su madre alcanzara su destino celestial, pero ella ya no estaría allí. No. Guardaría el luto y la enterraría pasadas tres semanas, como era su obligación, pero sería muy lejos de allí, de todos, de todo aquello, en algún lugar remoto y muy al norte...

Cenó muy frugalmente y tomó una reconfortante infusión mientras, al fin, consiguió escribir algo más o menos coherente a su hermana Misha. Lamió despacio la solapa engomada del sobre y lo cerró con la carta dentro, sin llegar a releerla. ¿Ya para qué? Una vez lo hubiera echado al buzón, a la mañana siguiente, como había pensado, cubriría con telas los muebles, cerraría ventanas y contraventanas, anclaría los portones de la casa y dispondría todo para partir. Aquella, quién sabe, también podría ser su última primavera en la tierra y debía aprovechar bien el tiempo. Debía llegar a Sapporo cuanto antes. Por suerte, las temperaturas serían suaves. Con las primeras nieves todo se hubiera complicado mucho más. Tenía por delante siete semanas, solo siete, antes de poder enterrar o esparcir los restos de su madre. Ese era el plazo. Ya no había vuelta atrás. Reposaría lo más cerca posible de la aldea de Yonsú. Fuera como fuera, lo conseguiría. Ahora la que debía descansar era ella, el

viaje sería largo y las emociones fuertes.

*Querida Misha:*

*Qué distinta se ve la vida cuando sabes que la puedes perder pronto, cuando alguien te dice que el final puede no estar ya tan lejos como imaginabas. Cuando ves partir a alguien a quien amas. Desearía que nunca tuvieras que pensar en estas cosas, que los días simplemente pasaran plácidos, lentos y sonrientes. Para ti y para tus hijos, claro, incluso para tu esposo, al que deseo lo mejor, aunque yo nunca lo haya mirado con buenos ojos. No me gustan los americanos, ya sabes, aunque siempre os deseo lo mejor a los cuatro. Pero hoy tengo que darte una mala noticia, y se me parte el corazón por ello...*

*Mamá ha muerto. Se fue. Su cuerpo ya es ceniza. Su alma ya vivirá feliz en otro lugar. Lo merece. Hoy pensaba esparcir sus restos, repartirlos al pie de los árboles del jardín, un puñadito en cada uno. Eso me dijo, eso quería. Pero he cambiado de opinión. En cualquier caso seré cuidadosa. Derramaré su liviana esencia gris como si estuvieras a mi lado, pensaré en ti mientras se esfuma lo poco que queda de ella. Está aquí a mi lado. Haga lo que haga con sus restos, debo darme prisa antes de enterrarlos. No puedo esperarte, sería mucho tiempo...*

*Seguí el ritual. Mamá estaba bellísima con el kimono blanco que guardaba para su funeral. La maquillé con mimo y con bastante acierto, todos me dijeron que su rostro aún parecía vivo. Vinieron algunos vecinos, la señora Suwaza y su hija, el matrimonio Narayama, Chan, el panadero, algunos viejos clientes de los baños, como el señor Sarasarato. Uno a uno se despidieron de ella con mucho amor, ya sabes cuánto se hacía querer mamá en el barrio. Tokorozawa ya no será igual sin ella. Sus queridas calles también la echarán de menos. ¿Sabes?, poco o nada ha cambiado desde que te fuiste. La avenida de los Pájaros sigue casi igual, salvo los árboles que han crecido una barbaridad desde entonces. Ahora son mucho más grandes y frondosos que los que guardarás en tu memoria. La gente sigue viniendo con sus pájaros en las jaulas de bambú, y siguen sentándose en los bancos a charlar mientras las aves canturrean y se arrullan.*

*Las casas mantienen intacto su aspecto. Las mismas puertas, las mismas ventanas, los mismos farolillos y los mismos colores apagados, los mismos brillos, las mismas sombras, las mismas personas de acá para allá caminando, envejeciendo, cambiando lentamente, sin darse cuenta apenas del paso del tiempo. Ahora hay muchos más coches y muchos más viejos. Tokio sigue siendo un inmenso y ruidoso laberinto que detesto y en el que temo perderme. Solo me siento a salvo en las cuatro calles de nuestra manzana, en nuestro viejo barrio.*

*Mamá murió tranquila. No temas. Ya sabes cómo era, nunca perdía la sonrisa, y tampoco lo hizo al morir. De improviso debió de quedar inerte, hecha un ovillo, parecía serena. Un minuto antes, como cada mañana, limpiaba la*

tarima. Abrillantar el suelo, ese fue su último acto. Muchas veces le dije que no lo hiciera, que dejara que me ocupara yo de la limpieza, pero le producía tanto placer cumplir con sus viejas costumbres cada día que no supe impedirselo. «Lo rutinario es el eje sagrado de la vida —nos decía muchas veces, ¿recuerdas?—, las rutinas cotidianas son una salvación, una bendición, nunca os apartéis de ellas, nunca lamentéis tener que atender a esas pequeñas cosas». Ya no habrá más rutinas para mamá. Tampoco para mí. ¿Cómo explicarte?

He decidido salir de aquí después de tantos años, de toda una vida. Mi decisión te alegrará, supongo, ya que siempre criticaste con dureza mi obsesión por no alejarme de casa, mis temores para ti absurdos, mi desinterés por viajar, por ver el mundo, ni siquiera mi propio país. Estoy enferma, eso parece, aunque no me siento demasiado mal. El turbio dictamen del doctor Akira me ha empujado a emprender este camino. También quería hablarte de esto. Otro trago amargo. Después de tanto tiempo no te mando buenas nuevas, lo sé, después de tanto silencio entre las dos. Dice que tengo una enfermedad incurable, algo en la sangre que terminará minando la médula. No es para tanto, al fin y al cabo todos estamos sentenciados, solo que no sabemos de fechas. Aunque de momento, como te decía, solo he sentido algunas molestias, parece ser que todo irá en aumento. Lentamente. Muy lentamente. Aún puedo vivir algunos años, eso dijo.

No estoy asustada, solo desconcertada. Me duelen los huesos, sobre todo los de la espalda, cada vez más, y me canso con más facilidad que antes, esos son los únicos síntomas de momento. Sigo siendo razonablemente ágil, como seguramente me recuerdes. Siempre te gané trepando a los árboles o subiendo por las fachadas, echando carreras, corriendo o en bici, ¿recuerdas? También sobre el tatami. Mi destreza en la lucha te salvó muchas veces. Salía en tu defensa en la escuela y en las calles, aunque tú fueras la mayor. Siempre fuiste una chica muy chica. Tú tan femenina y yo tan poco. Tú con todos esos muchachos que te pretendían y yo tan ajena siempre a los nacientes juegos del amor. Así sigue siendo. Por eso tú encontraste pareja y yo no. Posiblemente. Pero sigo en lo mismo, nunca fui ni seré una maiko, jamás, ya lo sabía con certeza desde muy pequeña. No nací para aprendiz de geisha, para servir a un hombre, por nada me sometería a esa estúpida esclavitud, como durante tantos años hizo mamá y como posiblemente ahora estés haciendo tú, aunque sea al modo norteamericano. Siento este comentario que tal vez te resulte hiriente. No es mi intención. Pero ya sabes, será que mis genes aún guardan rencor desde entonces. Desde que una preciosa mañana de agosto de 1945, una maldita bomba acabara con la vida de buena parte de nuestra familia, de nuestros compatriotas. ¿Cómo se puede olvidar algo así? Ese verano el cielo convertido en fuego cayó sobre ellos. Mamá nunca lo superó y yo tampoco...

Tampoco superamos que tardaras tanto en llamar cuando el año pasado, por estas fechas, tembló la tierra y el mar se tragó Fukushima. ¿No sentiste

curiosidad por saber si estábamos bien? Al menos el temblor sirvió para tenerte un poco más cerca, dos centímetros más cerca, ya que todo Japón se desplazó esa distancia hacia los Estados Unidos. Siento escribir estas cosas, que los embates de resentimiento me salgan de tanto en tanto, como un tsunami de reproches. No quiero sentir eso y menos por ti. Pero desapareciste, fue como si murieras. ¿A dónde fue a parar nuestro intenso amor? Supongo que algún día, cuando hayamos muerto las dos, tu fantasma y el mío jugarán de nuevo en el éter, juntas de nuevo al fin, en un mundo paralelo, en alguna parte, con mamá...

Imagino que seguirás pensando en mí como una excéntrica hikikomori, como una estúpida, una anormal, siempre rodeada de viejos locos, siempre encerrada en mí misma, en mis pensamientos, en mi cuarto, en mi casa. Una patética víctima de la agorafobia y de la ansiedad, una frígida, una eterna solterona, una triste perdedora. Tal vez tengas razón, posiblemente todo eso es lo que soy. En lo que me he convertido. Pero, créeme, no me importa. Sé quién soy y no tengo casi nada que recriminarme. Me llevo bien conmigo misma y no creo haberme perdido nada sustancial, al menos de momento.

Pero ahora estoy dispuesta a cambiar. No me queda otra. Debo hacerlo. Liar los bártulos y probar otra vida, otra suerte. Pienso irme, aunque no sea demasiado lejos ni sepa por cuánto tiempo. ¡Qué miedo da siquiera pensarlo! Aún no he planeado detalladamente la ruta, pero sé que tendré que hacer cosas hasta ahora impensables para mí. Tomar un tren bala hacia el norte, ¡imagínate!, y posiblemente también un ferry, uno de esos barcos que tanto me aterrorizan. Aunque aún me da más claustrofobia el túnel submarino por el que los raíles del Shinkansen cruzan bajo el mar para llegar hasta la isla de Hokkaido.

Allí pienso encaminarme, viajaré hasta la fría Sapporo. Luego, desde allí, seguiré en autobús o en coche, quién sabe, o en un asno, o caminando. Sea como sea, llegaré hasta las montañas donde posiblemente se esconda Yonsú. ¿Recuerdas qué es Yonsú? ¿A qué me refiero? Aquella leyenda que obsesionaba a nuestra madre. ¿Recuerdas? Partiré pronto en busca del sueño de mamá. ¿Te imaginas que lo encuentre?

Mamá nunca dejó de insistir, incluso el día antes de morir algo me dijo sobre la dichosa aldea, algo ininteligible. ¿Recuerdas su obcecación? ¿Su mapa de seda? ¿Sus delirios? ¿Su testarudez? Tal vez fuera algo más que eso. No sé. Tal vez soy yo la que me estoy volviendo loca. Tal vez el temor a morir pronto esté turbando mi mente. Quiero llegar hasta los valles que se extienden entre las lejanas montañas de Yubari. Tengo que partir en busca de ese enigma, y hacerlo pronto, mientras este inusitado coraje, la salud y las fuerzas me lo permitan. Sé que todo esto te parecerá un empeño absurdo, heredado de mamá, contagiado por ella, tal vez. Lo es. Pero no se me ocurre otra cosa mejor que hacer. Mi vida se apoyaba por completo en ella, me falta esa columna y todo se me viene encima.

*Estoy aterrorizada, pero no puedo permitírmelo. No puedo siquiera detenerme a pensar. No quiero caer en los ansiolíticos, en sobrevivir gracias a ellos. Hace ya tiempo que me rondaba por la cabeza. Sabes que siempre cuidé bien de ella. Ahora quiero alejarme de este vacío que ha dejado, averiguar si hay algo de cierto en esa idea perturbadora que le rondó hasta la muerte. Esto, comprenderás, era algo impensable hace solo unas semanas, unos días, sobre todo para mí que siempre creí que lo único bueno de ir a alguna parte era regresar. Ya sabes.*

*Te escribiré tarde o temprano, te iré contando, ahora ya no tengo fuerzas para seguir. No las tengo. Quiero que sepas que mamá siempre te quiso y te echó de menos, a ti y a tus hijos, infinitamente, con locura. Siempre esperó tu regreso. En silencio, sin un solo lamento. Yo también, y sigo añorándote. Tampoco puedo pensar en esto, en ti, me vendría abajo definitivamente. Saluda a tu esposo y besa a tus pequeños de mi parte, de parte de su lejana y desconocida tía.*

*Tu Mei*

Cuando aquella carta destemplada y tardía llegara a manos de su hermana, ella ya estaría lejos, viajando asustada hacia el norte, rumbo a la siempre ensoñada Yonsú. Nunca antes se hubiera atrevido, pero había llegado el momento de hacerlo. Se acostó sobre el futón de su madre, aún olía a ella, aún tenía su forma horadada, tomó una pastilla e intentó dormir un rato. Despertó muy temprano, al amanecer, y después de echar la carta en un buzón cercano, regresó a casa y preparó todo, también su mochila. Metió en ella muy pocas cosas, algo de ropa, unas mudas, un neceser de aseo y la pequeña urna con las cenizas de su madre. Viajarían muy ligeras de equipaje.

Sacó algo de dinero de su escondite secreto, lo guardaban bajo un tablón de la tarima del altillo. Algunos dólares y yenes, dinero suficiente para sobrevivir un par de meses si era prudente y gastaba con acierto.

Dejó la casa limpia, ordenada y bien cerrada. Cortó el gas, la luz y el agua y entregó las llaves a la señora Suwaza, su vecina. Se despidió de ella con gran afecto, sin entretenerse demasiado en dar explicaciones, eludiendo su extrañeza por la partida con la excusa de que iba a visitar a un familiar lejano y prometiéndole que regresaría en unas semanas. Que la pequeña Tanaka saliera de viaje era un acontecimiento digno de cotillear, pronto sería la comidilla entre todos los vecinos de la calle, un valioso asunto para las murmuraciones. Caminó despacio hasta el apeadero de su barrio, recreando su mirada en cada detalle de las calles, de las casas, de la gente con la que se cruzó.

Viajó en el atestado suburbano hasta el centro de Tokio, y luego paseó entre una multitud hasta la gran estación central de Chiyoda, muy cerca del Palacio Imperial. Sacó un billete para el Shinkasen directo hasta Aomori, allí tendría que hacer transbordo y tomar otro hasta Sapporo, también directo. No había más remedio que

superar el pavor a cruzar el estrecho de Tsugaru por el túnel Seikan, el más largo del mundo bajo el mar, pero la idea de subir a un barco se le hizo aún más insoportable en ese momento.

Recorrió muy despacio el interminable andén hasta llegar a la puerta de su vagón. Subió al tren bala acongojada, pero decidida a no rendirse al miedo. ¿Y si se produjera un terremoto justo cuando estuvieran en medio del túnel submarino? Apartó rápido esos pensamientos catastróficos de su mente. Tenía que controlar la ansiedad a toda costa o más le valía bajar de inmediato del tren. Se acomodó en su asiento azul y mullido junto a la ventanilla; le pareció muy comfortable. Compró una chocolatina y una botella de agua. Comió un poco de chocolate relleno de melón de Yubari, era delicioso y todo un buen presagio, una buena señal. También tomó un tranquilizante, el viaje sería largo, unas diez u once horas. Necesitaba serenarse y dormir todo lo que no había dormido en los últimos días.

El convoy blanco arrancó de forma casi imperceptible y partió sin apenas hacer ruido. Su inaudito viaje había comenzado suavemente...

Nada más cumplir los dieciocho, Kento sucumbió a la tentación y a los consejos de su amigo. Con su recomendación le fue sencillo ser aceptado como aspirante, como servidor de la Yamaguchi-gumi. Y no tardó en ganarse la confianza de algunos jefes haciendo trabajillos sencillos para el clan, cosas simples, como amedrentar a algún tipo reticente a saldar sus deudas o coaccionar a comerciantes díscolos. Tras los cobros de «impuestos» llegaron mayores encargos. Algún robo a mano armada, alguna paliza, trapicheos con drogas. Una cosa llevó a la otra. Poco a poco se fue alejando de la sencilla y honesta vida junto a sus «madres» en la lavandería Ichiwaka para forjarse una reputación, una mala reputación, en el submundo del hampa. Fue ganando notoriedad como matón en las calles de algunos de los barrios más conflictivos de Tokio.

Ellas, ajenas por completo a sus andanzas con Miyano, sufrieron una enorme pena y decepción el día en el que el bueno de Kento recogió sus pocas cosas y se despidió. Tenía entonces veinte años. Se marchaba, había conseguido un buen trabajo, les dijo sin especificar más, y quería empezar a vivir por su cuenta y riesgo. Dejó todo atrás, también el *dojo*, a sus camaradas de tatami y a su querido maestro Tokoro, aunque de él no se despidió, no tuvo el valor de hacerlo. El maestro había puesto muchas esperanzas en él, siempre confió en que llegaría a ser un buen hombre. La decisión de Kento le habría partido el corazón; no deseaba causarle ningún pesar, lo quería casi como se quiere a un padre. Ese mismo día se hizo su primer tatuaje, sintió aquel dolor insufrible como la rúbrica de su macabra decisión en la piel.

Su dadivoso amigo Miya, como él lo llamaba, lo acogió en su casa, un pequeño pero confortable apartamento. Le proporcionó lujos y comodidades que él ni siquiera sabía que existían. Y lo más importante de todo, algo que fue decisivo en su vida: le consiguió documentación falsa. Por primera vez sería alguien.

—Ya no serás más un pobre paria, un indocumentado —le dijo Miyano—. A partir de ahora serás un respetable ciudadano más, un verdadero hombre. Tendrás que cambiar de nombre, eso es inevitable. Te llamarás Haru, Haru Hiroshi —le aseguró magnánimo—; llevarás mi apellido porque yo ya te considero mi hermano. —Estaba siendo sincero, le hablaba emocionado y con solemnidad.

Miyano depositó ceremoniosamente entre sus manos el flamante carné de identidad y el pasaporte, documentos perfectamente falsificados. También le entregó

un resplandeciente permiso de conducir, ya no tendría que temer que la Policía le parara cuando iba en moto. Kento Yokoto, el único vástago de una prostituta, el hermano de un pobre crío muerto, *el hijo de las damas de Landori*, había dejado de serlo para convertirse en Haru, Haru Hiroshi, el hermano de Miyano Hiroshi.

Experimentó una inmensa turbación y alegría, se sintió renacer en ese instante. Le gustó sobremanera sentirse así, completamente independiente, con una nueva identidad, dispuesto a empezar una nueva vida. Apreció una sensación de seguridad inmensa al recibir esos documentos. Por falsos que fueran, para él significaban realmente el salvoconducto a un mundo lleno de oportunidades. Nunca imaginó que llegaría a pagar tan caro aquellos inesperados privilegios. La existencia a veces es así de turbulenta y pendenciera, te da a elegir entre dos o tres senderos sin tiempo para mucha reflexión, y es muy sencillo errar, es fácil tomar el camino menos apropiado, aunque en ese momento nos parezca el mayor acierto de nuestra existencia. Las vidas de Kento y Haru se separaron en esos días irremisiblemente. Haru emprendió radiante, lleno de esperanzas, la que a todas luces sería la senda de su perdición.

Los días pasaron veloces trepando por sus pies, saltándose todas las leyes de la física, desafiando todos los sentidos, embriagando y balanceando sus horas, inclinando la balanza casi siempre del lado erróneo. Todo resultó excesivamente trepidante. A veces avanzaba con la sensación de haber recorrido ya ese camino, por nuevo y oscuro que fuera. Haru vivía hora tras hora despreciando el miedo y la confusión. ¿Acaso no era eso el *eterno presente*? La apariencia infinita y gloriosa de esos días de juventud lo acercó más y más a su amigo, que se convirtió en un hermano para él, en su única familia. Galopaban juntos, cada vez más unidos, juntos siempre, erguidos e impávidos ante cualquier amenaza, ante todos los trances, viviendo aventuras peligrosas e inquietantes. Haru se sentía invulnerable, poderoso y libre al lado de Miya. Era algo salvaje y alentador. Una cosa llevó a la otra. Aquella fraternal amistad llenó sus ojos de una chispeante malicia, se apoderó de casi todos sus recuerdos y los fue difuminando hasta casi borrarlos por completo. Cinceló su alma hasta convertirla en la de un verdadero trampero, en un cazador, siempre alerta y dispuesto a disparar. Acabó por hacerle creer que era inmortal, que la parca ya no repararía en él. Otra cosa era la muerte de los demás, la de los mortales, esa sería su materia de trabajo. Ese sería su destino, convertirse en un ejecutor, en un inexorable verdugo.

La primera vez que Haru tuvo que matar, en contra de lo que había imaginado, le resultó una tarea fácil y muy excitante. Después de un par de años ganándose la confianza de sus jefes, Miya dio el paso y propuso a su hermano Haru para llevar a cabo «tareas de sangre». Sería un sicario muy capaz, cumpliría con eficacia cualquier misión, cualquier encargo que se le encomendara, estaba absolutamente seguro, dijo solemne ante el puñado de líderes que lo escuchaban y que debían dar su visto bueno

a tal nominación. Miya lo convenció sin demasiado problema. Decidieron dar su beneplácito, probar a aquel joven tan prometedor, que demostrara su valor a la hora de arrebatarse una vida.

Salió antes que su hermano de aquella reunión en la que había sido un simple convidado de piedra. Los jefes querían ver su aspecto, mirar sus ojos, calibrar su actitud, nada más. Luego deliberaron sin que él estuviera presente. Todo ocurrió en una madrugada negra como azabache, fría y transparente, en que le pareció que las estrellas refulgían aún más que las luces de neón, y que todas lo miraban a los ojos. Mientras esperaba la resolución del consejo *yakuza*, no permitió que ninguna tribulación perturbara su ánimo, que nada mermara su determinación. Si era aceptado y entraba a formar parte de la más alta casta de los asesinos, mataría, claro que lo haría, sin ninguna duda, fuera como fuera, a quien fuera. Esperó un buen rato paseando arriba y abajo por la callejuela desierta y sin salida. Finalmente Miya salió sonriente y abrazó con fuerza a Haru.

—Está hecho —le dijo, e inclinándose con solemnidad ante él le entregó un sobre negro lacrado, aquella era su primera encomienda.

Dentro estaban las instrucciones, todos los detalles de su primera víctima y dos o tres fotografías. También había dentro un mapa de la zona donde vivía y se movía y un buen fajo de billetes, pero eso era solo un pequeño adelanto.

—Si cumples bien con tu parte —le aseguró Miya—, acabarás nadando en la abundancia. Te cubrirán de flores, honores y billetes, pero no puedes demorarte demasiado, les corre mucha prisa. Ya no hay marcha atrás, no puedes decepcionarlos, ni decepcionarme a mí. Lo pagaríamos muy caro. Están a tu merced y tú lo estás a la de ellos. Confío absolutamente en ti.

Un agudo pinchazo ascendió por la espina dorsal de Haru. Era la punzada del reto, el latigazo del nerviosismo y la impaciencia que sintió en ese instante. Desconcertado y feliz, Haru desapareció en los abismos negros de la noche con el sobre entre las manos, vagó durante un par de horas caminando y respirando despacio, sin atreverse a abrirlo todavía. ¿Quién sería? ¿Cómo urdiría aquella muerte? Las preguntas importaban poco ya. Lo haría y lo haría bien.

Pagó cuatro mil yenes por pernoctar en una de las cabinas de un hotel-cápsula. Decidió pasar la noche en uno de esos confortables y pequeños nichos. Una vez dentro, cerró las cortinas, encendió la televisión, tomó un trago y abrió el sobre. Allí tumbado leyó detenidamente el completo informe sobre su víctima. Todo estaba escrito en un par de hojas, su nombre, su dirección, sus costumbres cotidianas, sus puntos débiles, sus poderosas defensas. Era un auténtico miserable, un verdadero criminal, además de un sucio pederasta que abusaba de menores a diario. Un ser indeseable en toda regla, eso le ayudó bastante. Mirando las fotografías nadie lo hubiera dicho, tendría unos cincuenta años, una cara redonda e inexpresiva y los ojos

pequeños de mirada afable; parecía bajito y fortachón. En una de las dos instantáneas aparecía sujetando un micrófono con la mano cerca de la boca entreabierta, seguramente cantaba en ese instante y fue tomada en un karaoke; quedaba claro en la imagen que le faltaba el dedo anular de la mano derecha. En la otra foto sonreía a la cámara mientras se abría la camisa negra y brillante, seguramente de buena seda. Estaba tomada por alguien de confianza, pensó, posiblemente una mujer, y en un restaurante. En su pecho se entreveía parte de un tatuaje, la siniestra cabeza de una serpiente enroscada alrededor de su torso y su ancho cuello. Se llamaba Kazuya Nakano y era el jefe de una importante facción. Era muy poderoso. Controlaba buena parte del juego en los barrios del sur de Tokio. A pesar de su aspecto de hombre indulgente y humilde, su «currículo» dejaba claro que se trataba de un ser mezquino e insaciable, capaz de actuar con una crueldad extrema. Le encantaba ser tan temido como de hecho lo era, nada le hacía disfrutar más que el miedo que inspiraba. El escrito lo definía como un miembro demasiado ambicioso para seguir al frente de sus atribuciones, demasiado indómito para su verdadero rango; aunque fuera bastante insignificante en el organigrama mafioso, se había pasado de la línea.

Nakano era extremadamente violento y sanguinario, su rastro de muerte y traición era ya tan largo como la serpiente verde y dorada que reptaba tatuada alrededor de todo su cuerpo. Por cada una de sus víctimas, contaban, se había tatuado una porción de la piel y ya apenas quedaba espacio. Al parecer, cada centímetro, desde el cuello a los tobillos, estaba finamente ilustrado por diferentes maestros tatuadores de *horimono*, el arte de dibujar cuerpos completos. Un verdadero *yakuza* puede tardar años, casi toda una vida, en completar los dibujos que cubren la práctica totalidad de su piel. Kazuya Nakano, impaciente por parecer lo que no era, lo había conseguido a destiempo, gastando una enorme fortuna y en base a argumentos falaces. Era, decía literalmente el escrito, un sucio tramposo indigno de pertenecer al clan Yamaguchi-gumi, un ser cada vez más detestado dentro de la organización. Al parecer, ya habían intentado acabar con él, pero se había blindado de tal forma que era intocable, al menos si se quería hacer con discreción; eso pretendían para no desatar una guerra interna. A pesar de todo, contaba con innumerables fieles a sueldo.

Su comportamiento era inaudito en una organización que se vanagloriaba de haber nacido hacía siglos, en el periodo Edo, que se jactaba de que sus antecesores fueran legendarios samuráis. Se puede decir que los primeros *yakuzas* fueron ellos, cuando muchos se vieron obligados a convertirse en mercenarios, en matones que ofrecían protección a cambio de sustento. Aquellos hombres, entonces honorables, fueron los precursores del crimen organizado, la estirpe de los villanos que tenían en sus garras todos los negocios ilegales del Japón. Se podía decir que el maleante que tenía que eliminar era realmente todopoderoso en sus dominios, una amplia zona del barrio de Shinjuku, en pleno centro de Tokio. Él y sus matones controlaban la mayoría de los más lóbregos, decadentes y muy rentables callejones del Golden Gai. El barrio de Shinjuku está partido en dos por la gran estación de tren, a un lado

quedan las calles más amables y aptas para los turistas, al otro las más siniestras callejas, especialmente peligrosas al caer la noche. Allí Nakano era el rey, él y los suyos se movían a sus anchas. Dominaba y explotaba un buen número de locales de *pachinko*, recintos donde la gente se juega el dinero en máquinas que son una mezcla de *pin-ball* y tragaperras, manejando con una mano la ruedecita que controla las bolas de acero que caen en los premios. Miles de personas están enganchadas a ese vicio y se dejan en ellas verdaderas fortunas. También fiscalizaba las cuentas de un buen número de antros de farolillos rojos y explotaba a centenares de prostitutas. Era propietario de algunos bares de *striptease*, e incluso de un par de clubes de *jazz* en los que, a veces, tocaban buenos músicos. Nakano adoraba beber y fumar con una puta jovencita en sus rodillas mientras disfrutaba de una buena *jam session*. Tal vez esa afición suya pudiera ofrecerle una buena ocasión, pensó Haru, que ya imaginaba todas las formas de acabar con aquello cuanto antes. Se había metido en un buen lío aceptando semejante tarea. No, no, debía ser algo mucho más discreto.

Aunque daba grandes beneficios a la organización, Nakano también robaba todo lo que quería, mucho más de lo que sería aceptable. Varias veces habían tratado de quitarlo de en medio, pero los enviados fallaron uno tras otro y la mayoría terminaron muertos; el último en intentarlo apareció descuartizado en uno de los contenedores de basura del hotel Hanabi, muy cerca de allí. De eso hacía casi un año y desde entonces nadie se había vuelto a atrever con él.

Aquella presunta invulnerabilidad acrecentaba su altanería y su ambición, una sed de poder que se le había ido de las manos. Cada vez con más frecuencia faltaba al respeto y engañaba a sus superiores. Había que darle su merecido cuanto antes. Muchos le deseaban una muerte lenta, que sufriera una larga y penosa agonía. Debía pagar caros todos sus abusos sexuales, tantas violaciones a menores. Su pedofilia era algo especialmente intolerable para la organización y lo que más repugnó a Haru.

La gota que colmó el vaso había sido el reciente asesinato de un anciano muy venerado entre los más altos cargos, uno de los fundadores del Yamaguchi-gumi. Aunque quisieron culpar a un miembro de otro clan, del Ichiwa-kai, al final se supo que fue el propio Nakano quien le pegó dos tiros en la cabeza en la trastienda de uno de sus locales, tras una encendida discusión. Aquello irritó al *oyabun*: o le paraban los pies a ese miserable o se originaría sin remedio una cruenta guerra. Se derramaría mucha sangre, demasiada sangre. Pero siempre andaba rodeado de fieles pistoleros dispuestos a matar y a dar la vida por él. Necesitaban alguien desconocido, ajeno por completo al clan, y con el valor y la habilidad suficientes como para acabar de una vez por todas con aquella lacra.

El encargado sería él, Haru, el «hermano» de Miyano Hiroshi. Sintió un reconfortante orgullo ante el reto encomendado mientras volvía a echar un vistazo a las fotos de su presa. A pesar de la inquietud, estaba convencido de ser realmente el indicado para hacer aquel trabajo. Se durmió recordando las alentadoras palabras de Miya:

—Manejas con maestría el sable y otras muchas armas, dominas diferentes artes marciales, eres tremendamente fuerte y eficaz en el combate, tienes sangre fría, valentía, inteligencia, eres sigiloso y muy hábil. Serás capaz, podrás hacerlo, ¡claro que lo harás!... Por la cuenta que nos trae a los dos —había bromeado con macabra ironía—. Has nacido para esto, querido hermano...

Y era cierto. El bueno de Haru valía para matar.

Acabar con la vida de Nakano fue un juego de niños para él. No tardó mucho en ejecutar la orden. Pasó unos días observando sin ser visto, sin levantar sospechas. Ese tipo era un auténtico arrogante, todo un fanfarrón. A pesar de saber que muchos deseaban verlo muerto, no se escondía; aunque siempre salía escoltado, no dejaba de hacer lo que tenía que hacer, lo que le apetecía. Observó que cada tarde recorría unos cuantos locales en apariencia al azar, raramente entraba en ellos, tal vez por intimidar con su presencia a sus esbirros, a todos los que trabajaban para él como esclavos tras las barras, con las máquinas o en el sexo. Lo hacía para supervisar que todo marchaba bien y controlar la recaudación, no se fiaba de nadie. Las calles de Shinjuku y Kabukicho, donde Kento había nacido, se entremezclan en esa zona surcada por numerosos callejones muy estrechos, siniestros pasajes por los que apenas caben dos personas, un laberinto repleto de restaurantes, bares, prostíbulos, salas de juego y clubes nocturnos. Garitos que resultan fascinantes y misteriosos a los ojos de los extranjeros y que permanecen abiertos las veinticuatro horas, no siempre para ellos; la mayoría se reservan el derecho de admitirlos con la excusa de tener el aforo completo, ya que suelen ser muy pequeños. En ellos los occidentales no son precisamente bienvenidos a partir de ciertas horas. Ocupan los soportales de vetustas casas bajas o están al abrigo de enormes y modernos rascacielos. Nakano odiaba a los *caras pálidas*, así los llamaba, y especialmente a los británicos y norteamericanos. Le encantaba pavonearse ante los que se atrevían a aventurarse por esas angostas callejas, intimidarlos con su presencia y la de sus «centuriones», hacerles sentir verdadero miedo.

Haru también observó que solía acabar su ronda nocturna en el mismo local, un karaoke que estaba en un sótano de un viejo edificio del Golden Gai. La fachada era toda una parpadeante orgía de luces de neón, mirarla producía espasmos y cegaba. A Nakano la noche también le daba ganas de cantar, como les sucedía a él y a Miya. El mafioso adoraba beber unos cuantos tragos, los suficientes para andar tambaleándose, e intentar sorprender a todos con el micro en la mano. A pesar de estar en un subterráneo, era un negocio inmenso, cosa rara en esos barrios, y estaba atestado cada madrugada. Ofrecían un poco de todo, por eso era el favorito de Nakano y otros muchos *yakuzas*. Tenía un escenario donde desgañitarse, pero también mesas y máquinas de juego. Se podían conseguir algunas drogas y beber todo el alcohol que se quisiera, mucho más allá del límite legal del horario para venderlo, incluso de la

edad. A veces había verdaderas niñas en el local, todas disfrazadas de ingenuas y eróticas lolitas, con sus escuetas falditas plisadas, sus medias de croché, tacones altos y peinados y maquillajes extravagantes. También ofrecían sexo, mucho sexo. Aunque la prostitución estuviera prohibida, la Ley hacía la vista gorda en muchos de esos antros, especialmente en los de Nakano, que pagaba succulentas sumas de dinero a varios jefes policiales. Era raro que la bofia se acercara por allí, y mientras no pillaran a algún cliente en pleno acto con una de esas jovencitas, no habría problema. Solo la penetración está realmente penada y se considera meretricio en el Japón. Pero la cantidad de servicios eróticos y sexuales que brindaban con las chicas, incluso con algunos chicos, era casi infinita. Sobre cada mesa había una carta con las especialidades de la cocina, no se comía mal allí, también con la lista de cócteles y otras bebidas, y en las últimas páginas todo un elenco de mujercitas a las que, dependiendo del precio, te podías llevar a dar un paseo para simplemente charlar, o a un reservado con sauna y *jacuzzi* incluidos, o a la habitación de un hotel. Sus estrambóticos nombres, sus ficticias edades y la especialidad de cada una de ellas se enumeraban junto a la lista de precios y las fotos, en las que todas aparecían posando sensuales pero recatadas.

Haru pasó toda una semana frecuentando el Keiko Minato, que así se llamaba el local, también conocido como la OLP (Oriental Love Paradise) entre los clientes occidentales. Era un negocio muy recomendado por algunos hoteles, especialmente por los sometidos y gestionados por la *yakuza*, que no eran pocos. Haru entraba cada noche como un ansioso cliente más y se sentaba en la mesa más discreta o pasaba el tiempo bebiendo apoyado en una de las barras, o echando unas partidas de *pachinko*. Desde su posición procuraba no perder jamás un solo detalle. Una noche sí y otra también, Nakano aparecía por allí ya tarde. Dos o tres de sus gorilas le precedían bajando la escalera, limpiando el camino, luego aparecía él dejándose ver, desafiante, descendiendo paso a paso, lentamente, como una corista, los veinte escalones de la empinada escalera del acceso principal. Por supuesto otros dos o tres guardaespaldas bajaban detrás de él siguiéndolo muy de cerca. Solían ir directamente a un reservado que estaba a la derecha de la enorme sala, una especie de palco grande desde el que se divisaba casi todo el local y que podía cerrarse tras unas gruesas cortinas rojas. Aquel le pareció a Haru un buen lugar para acabar con él, aunque nadie lo hubiera dicho. Lo cierto es que Nakano solía terminar allí dentro con una o dos niñas complacientes. Sus esbirros cerraban el cortinaje y lo dejaban solo durante un buen rato, nadie podía molestarlo en un par de horas al menos. Normalmente uno de ellos quedaba vigilando abajo y otro guardaba la puerta de acceso a su particular platea. Los demás sicarios se relajaban tomando algo mientras oteaban entre la gente. Simplemente esperaban mientras miraban el culo y las piernas a las chicas con las que solían tontear. Era tal vez el único momento del día en que bajaban la guardia, en que su objetivo estaba prácticamente solo, casi desprotegido. No era sencillo entrar ahí, más bien parecía imposible, pero Haru encontró la manera.

Lo hizo un viernes por la noche en que el local estaba atestado. Nadie, absolutamente nadie, se dio cuenta. Había comprobado que a cierta hora, una vez saciado de placer y bastante borracho, Nakano solía echar a las chicas de mala manera. Entonces permanecía dentro completamente solo durante al menos un cuarto de hora, supuso que rumiando su impotencia o metiéndose las últimas rayas de cocaína. A veces pasaba mucho más tiempo ahí solo. Aprovechando la multitud que deambulaba arriba y abajo por toda la sala, Haru consiguió hábilmente deslizarse bajo los enormes cortinajes, que casi llegaban hasta el suelo, sin que nadie se percatara, tampoco el vigilante. Permaneció unos segundos oculto tras las cortinas para luego aferrarse con la punta de los dedos al borde de la baranda forrada de terciopelo. Así consiguió subir y saltar como un ágil animal dentro del reservado. Su víctima yacía recostada en un tresillo azul, aún con la bragueta abierta y los pantalones medio bajados, suficientemente ebrio como para no darse cuenta de que tenía de nuevo compañía. La luz era muy tenue, apenas dos lamparillas de sobremesa iluminaban la escena. Con sigilo de *ninja* se acercó casi reptando hasta él, muy despacio, silencioso y alerta como un tigre. Con gesto veloz y preciso le puso una de sus manos en la boca, tapándola con fuerza, y la otra en la nuca. Luego apretó y giró aquella tenaza con precisión partiéndole el cuello en apenas dos segundos. Nakano murió en el acto. No llegó a darse cuenta de lo que sucedía, no tuvo tiempo. Haru recolocó su cadáver y lo dejó allí tirado, tal y como estaba, sobre el sofá. En la mesita plateada que tenía al lado, junto a unas copas medio vacías, unos paquetes de cigarrillos, un cenicero a rebosar de colillas y restos de cocaína, había unas cuantas fotografías de las chicas con las que acababa de estar Nakano, unas polaroids en las que aparecían acariciándose y poniendo caritas sexis al objetivo. La cámara también estaba ahí. Se le ocurrió hacer una locura, una verdadera machada que podía haberle costado muy cara. Haru tomó una foto del muerto y al disparar saltó de forma automática el *flash*. Por un instante temió que alguno de los gorilas entrara, pero no pasó nada, debían de estar habituados a las excentricidades de su jefe. La ranura frontal de la cámara escupió el papel aún sin revelar. Lo guardó en un bolsillo sin mirarlo y salió por donde había entrado, se deslizó de nuevo bajo los cortinajes y, culebreando como una mortífera *habu*, salió por un lateral hasta mezclarse de nuevo con el gentío.

Todo esto sucedió en apenas diez minutos y pasó completamente desapercibido, hasta tal punto que cuando descubrieron el cuerpo sin vida de Nakano, todos achacaron su fallecimiento a sus excesos con el alcohol, la coca y las pastillas de Viagra. Dos días después se celebraron sus funerales y a la ceremonia acudieron también los que habían ordenado su ejecución, fingiendo estar solemnemente compungidos, muy apenados por tan irreparable pérdida. La jugada había salido redonda, Kazuya Nakano ya era historia, y nadie sospechó ni remotamente que había sido un crimen. Su muerte, lejos de provocar una guerra interna en la *yakuza*, sirvió para cerrar viejas heridas y unir de nuevo a las facciones que su indigno comportamiento había enfrentado. Las aguas volvieron a su cauce y todo gracias a

Haru. Solo su hermano Miyano y algunos altos jefes sabían toda la verdad. Aquella acción perfecta le valió de inmediato todo su respeto y una buena cantidad de dinero. Miya no podía sentirse más orgulloso y satisfecho, también él ganó muchos puntos y billetes, el inaudito logro y el prestigio que conllevaba también eran suyos.

Hubo entre los altos cargos quien llegó a ponerlo en duda, no terminaban de creer posible tal audacia, tal vez todo había sido una rocambolesca casualidad, un sucio engaño. Pero la imprudencia de Haru al tomar la fotografía del cuerpo de Nakano resultó providencial, aquella insensata jactancia también era una prueba irrefutable, la rúbrica de su coraje. Cuando vieron la instantánea del cadáver no se lo podían creer. Su eficacia quedó aún más clara después de dos o tres nuevos encargos culminados con similar precisión. Haru, *el impecable ejecutor*, como empezaron a llamarlo, estaba orgulloso, aunque seguía sintiendo en algún rincón de su alma que aún era Kento, *el hijo de las damas de Landori*. Un mote o un título que ya se quedaba muy corto para él. Solo durante el primer año de trabajo como «soldado» de la Yamaguchi-gumi, acabó con la vida de seis peligrosos indeseables. Todos fueron liquidados sin estridencias, sin dejar rastro, sin demasiada sangre, solo al guardaespaldas de uno de ellos tuvo que cortarle el pescuezo.

La habilidad del ejecutor se convirtió en uno de los secretos mejor guardados de su *oyabun* y de los otros altos cargos *yakuza* que sabían de su existencia. Haru era un arma poderosa, casi definitiva. Además siempre actuaba solo y siempre cumplía con eficacia su misión, por lo que salía extremadamente barato, era muy rentable para la organización. Tenían una forma extraordinaria de acabar con los sentenciados más inaccesibles, con los más difíciles de matar. Solo le encomendaban tareas muy especiales y la orden llegaba siempre desde las más altas esferas. Aquello, por supuesto, condicionó su vida. Tuvo que dejar la casa de su hermano, hubo que buscarle un buen escondite, primero un pequeño piso en un sótano donde pasó largas temporadas entre asesinato y asesinato. Después, decidieron que sería más seguro que cambiara de lugar después de cada ejecución, así que de tanto en tanto tenía que trasladarse a un nuevo agujero. Siempre acababa metido en guaridas recónditas, casas muy humildes, covachas marginales, zulos alejados de cualquier comodidad o sospecha. Realmente su existencia se convirtió en un infierno.

Su situación mejoró algo cuando decidieron que viviera oculto en un apartamento que estaba en la azotea de un *dojo* afín a la organización, donde solo se adiestraba a miembros de la *yakuza*. Allí perfeccionaban sus técnicas en el combate cuerpo a cuerpo, ponían a prueba su valor y fortaleza en la lucha con bastones o con el manejo mortal de la *katana* y otras armas, también de fuego, incluso tenían en el sótano del mismo edificio una galería de tiro insonorizada donde probaban a mejorar su puntería.

Al frente del gimnasio y el tatami estaba el maestro Fujita, él y todos los ayudantes e instructores estaban a sueldo del clan y tenían un altísimo nivel. No les quedaba otra. La vida en el *dojo* alivió la tristeza de Haru, al menos allí podía

machacarse entrenando durante horas, el ejercicio relajaba sus tensiones e iba puliendo aún más sus habilidades. Ninguno de sus compañeros sabía a qué se dedicaba dentro de la organización, aunque al verlo luchar enseguida imaginaron que se trataba de alguien muy importante para algún jefe *yakuza*, algún guardaespaldas especial, una especie de centurión, y rápidamente se ganó el respeto y la simpatía de todos. Solo el legendario maestro Fujita sabía quién era Haru realmente, y el anciano lo tenía en gran estima.

Su nueva casa le deparó una agradable sorpresa. Durante una semana tuvo que compartirla con una misteriosa y bellísima mujer, Estrella Celeste. Evidentemente, ese no era su nombre, pero nunca supo cómo se llamaba de verdad, aparte de ese alias que usaba probablemente en calidad de prostituta. La mujer apenas dijo palabra en esos siete días que pasó a su lado. Era joven y muy guapa, su cuerpo era precioso, todo en ella olía a erotismo y a paraíso, a paz. Tuvo sexo con ella varias veces todos los días, encuentros infinitamente sensuales, apasionados y silenciosos. Dedujo que, como él, la chica estaba a sueldo de la mafia y que, también como él, se dedicaba a cortar hilos de vida, muy posiblemente utilizando sus poderosas e innegables armas de seducción. Seguramente viviría una existencia tan desgraciada como la suya, siempre ocultándose, saliendo de la cueva solo para matar. Aquella mujer emanaba una infinita tristeza por todos los poros de su delicada piel. Sintió por ella una tremenda compasión, casi tan grande como el deseo. Coincidió durante un parón en sus tareas, así que ninguno de los dos salió de la casa para nada. Tres veces al día un tipo subía los cuencos con la comida y los dejaba en la puerta de aquel aposento que más bien era una mazmorra. Desayunaban, comían y cenaban juntos, muy callados, dormían abrazados, despertaban mirándose a los ojos, besándose.

El tiempo transcurrió dichoso a su lado, lento, muy lento, diferente. Fue como un sueño largo y gozoso. Haru parecía flotar. Sentía tal embeleso que pensó que tal vez eso era estar enamorado, una hermosa y desconocida emoción. Pero duraría poco su felicidad. Una mañana vinieron a buscar a Celeste y desapareció. Haru pasó horas con la mirada perdida en el cielo y los tejados de Tokio. Derramó un par de lágrimas que resbalaron lentas por sus mejillas, su cuello y su pecho, algo muy extraño. Sin sollozos, sin suspiros, sin callados quejidos. Él nunca lloraba. Aunque no fuera exactamente llanto, esas lágrimas en algo aliviaron su abatimiento. Nunca imaginó que estar al lado de una mujer pudiera ser algo tan maravilloso. Nunca.

La habitación quedó rotundamente vacía y Haru solo salió de ella para cumplir con sus misiones. De tanto en tanto, por lo general ya de madrugada, le permitían dar una vuelta con su hermano, ir de putas o a emborracharse. Aquellas escapadas, aunque siempre vigiladas de cerca, también suponían un consuelo en su dura y monótona existencia de asesino a sueldo.

**E**l paisaje se deslizó veloz y bellissimo enmarcado en la ventana. Como si cada segundo, una vertiginosa mano invisible pintara sobre un lienzo de seda extraños paisajes a merced del viento. La estela del mundo desfiló ante los ojos de Mei en la pantalla transparente. El tren ya debía de ir muy deprisa, aunque apenas se balanceaba o se movía. Era una sensación agradable. Tras superar las últimas casas de los infinitos suburbios de Tokio, el planeta cambió. El tren reptaba como una gigantesca y perezosa serpiente albina. Ella imaginó que iba a sentirse mal, temió verse atrapada dentro de un angosto tubo del que difícilmente se podría escapar. Pero de momento no era así. En el caso de que la angustia fuera insoportable, bastaría con tirar de la palanca roja de emergencia, la tenía cerca, pensó, aunque aquello ocasionaría un tremendo caos que al final le hubiera salido caro. Afectar a la escrupulosa puntualidad del Shinkasen tendría graves consecuencias. «He detenido el tren porque me sentía angustiada, señor, porque padezco de ansiedad y claustrofobia, porque no podía más». ¡Qué estupidez! A quién le importa eso. A nadie. «No viaje usted, es sencillo. No salga de su casa». ¿Eso debería haber hecho? ¿No haber emprendido el viaje? Ahora se sentía bien, aunque la travesía apenas hubiera comenzado. No estaba mal tratándose de ella. Le pareció muy placentero moverse así, era como flotar, como deslizarse casi a ras de suelo sobre su almohada. Se acomodó en la fila de dos asientos y los dos serían para ella. Se acurrucó en el sillón con la cabeza apoyada en un pequeño cojín sobre el cristal y los ojos se perdieron en el veloz discurrir de los paisajes. En el vagón viajaban seis o siete personas y ninguna estaba cerca. Casi se sintió segura. El tranquilizante ya empezaba a hacer efecto, eso parecía, la pastilla tendría mucho que ver con esas impresiones. No importaba. Dejó vagar su mente y su mirada por la maravillosa campiña. Todo ese movimiento, el color y la luz, todo se difuminó en su cerebro entre pensamientos inconscientes. Sintió mucho sueño...

Pensó en su madre y por unos segundos le pareció verla volar al lado del tren, vestida apenas con una vaporosa gasa, rozando la hierba, subiendo y bajando, arrancando florecitas hábilmente, girando sobre sí misma mientras le sonreía y se las lanzaba. Despreocupada. Joven, hermosa y pequeña, como la recordaba, como en alguna vieja foto de cuando ella era solo una niña. Y eso seguía siendo a pesar de los cuarenta. Una diminuta *kodama*, un espíritu insignificante atrapado en un cuerpo de

agua y sangre, una pequeña errata más perdida en la errónea humanidad, un ser perplejo, inofensivo y casi siempre asustado. Aunque pocas veces lo reconociera. Quiso estar tumbada en el regazo de mamá, medir apenas medio metro y dejarse arrullar entre sus brazos, sentir su calor, su aliento protector, sus delicadas manos acariciando su frente y sus mejillas...

Pensó en su hermana, en la desvaída Misha, en su otra mitad perdida. Recordó sus juegos de niñas y sus disputas, sus secretos, sus mentiras, sus pocas certezas compartidas en la edad de la inocencia. Los bosques empezaron a devorar las praderas cada vez más deprisa, con voracidad. El tren siseaba realmente como una serpiente. Árboles de todos los tamaños y colores se desvanecían con sus infinitas hojas y tonalidades, invadiendo las suaves colinas, desdibujando el borde azul del horizonte. Los postes de los que colgaban cables y más cables dibujaban en el aire un extraño pentagrama que subía y bajaba rítmicamente, subía y bajaba una y otra vez sin apenas notas. Imaginó tocarlas una a una en las cuerdas de un *koto* y en su cabeza la música sonó clara. Era una bella y misteriosa melodía escrita al azar en el tendido. ¿Por quién? La canción se acompasó con el desfilar del panorama sin otra posibilidad que la armonía. ¡Qué milagro! ¿A quién contarle una cosa así? ¿Con quién compartir esos pensamientos?

Pensó en su padre, en si estaría vivo o muerto, en que tal vez no supo comprenderlo, o ganarse su afecto. No recordaba haberlo querido. ¿Acaso conoció el amor? Y su madre, ¿lo habría conocido? Los dos se casaron obligados, sentenciados por el *omiai* y un lejano pacto familiar, por un estúpido y ancestral compromiso. ¿Qué vio mamá en él? Solo eso, una obligación, un castigo, tal vez. Entre ellos no existieron otros sentimientos que la indiferencia, el hartazgo y la pesadumbre. Tuvieron dos hijas, y poco más se podía añadir a su leyenda amorosa. Su padre era un miserable. Menospreciaba a su madre, la humillaba, la maltrataba ya como una costumbre. Sin golpes, casi sin alzar la voz, sin aspavientos, su dominación era total. No era cruel con ella, no como ella imaginaba que podía llegar a ser. Con sus hijas simplemente era indiferente. Las miraba, besaba o acariciaba como lo hubiera hecho con un par de animalitos, con dos perras o dos mapaches. Hubiera querido más a unas mascotas. De hecho, con quien mejor se portaba era con Miyazaki, el gato.

Su casa y su familia eran muy humildes, recordaba una infancia cercana a la pobreza, sin embargo él tenía siempre un aire distinguido, altivo, como el de un hombre que sabe guardar una fortuna bajo el colchón o en una tinaja. De tanto en tanto aparecía con un buen coche que días después ya no tenía. En ocasiones vestía buena ropa, zapatos lustrosos, trajes caros que nunca colgaban en su armario, que iban y venían cubriendo su orondo y fatigado cuerpo. Hacía muchas cosas raras y su presencia era siempre imprevisible. Aparecía cuando menos lo esperabas o desaparecía durante semanas sin previo aviso. Se reunía a veces con hombres siniestros o estúpidos, o con mujeres demasiado exuberantes y sofisticadas. Llevaba chicas a casa, jovencitas insanas y complacientes, putas con las que se encerraba de

madrugada en un ala del salón, donde estaba su despacho. Allí, en una ocasión, lo vio completamente desnudo y tatuado mientras la joven que lo acompañaba, también medio desnuda, esnifaba una raya de polvo blanco trazada sobre la mesa, entre montañas de papeles, unas botellas y un gran fajo de billetes. Aquel montón de dinero atado con unas gomas le impresionó más que la esencia erótica de la impúdica escena. Le enfureció sentirse tan necia, fea y desheredada ante aquel ser. Para ella era un ente huraño y temible, solo eso. Era la única imagen que guardaba clara de su padre, tal vez porque el suceso le impactó sobremanera. Tenía apenas diez años, oyó ruidos y se acercó a ver. Bajó las escaleras tan sigilosa que los peldaños de madera no crujieron como solían hacer. Vio sombras y destellos de velas a través de la tela opaca, al otro lado de la puerta corredera. La corrió con cuidado y se topó con la grotesca realidad. El gordo desnudo miró a sus ojos sin demasiada sorpresa, hasta con desgana. Atravesando su cuerpo, mirando a través de ella en la penumbra. Debía de estar muy drogado. Se quedó petrificada mientras él la observaba con absoluta calma. No se alteró lo más mínimo. La chica, que seguía inclinada sobre la mesa, también volvió la cabeza hacia ella y le sonrió triste, perdida, posiblemente avergonzada. Pero de inmediato olvidó a la niña y siguió a lo suyo, cerró los ojos y absorbió más y con ansia, haciendo un ruido seco, con gesto certero. Se quedó apoyada con las dos manos sobre el tablero, tensa, con la cabeza baja y el culo en alto, con la espalda arqueada y las piernas ligeramente entreabiertas. El infame obeso emitió una especie de gruñido y con un gesto lento y despectivo echó a su hija. Solo eso, movió con desprecio los cuatro rechonchos dedos de su mano. Tajante y sin más aspavientos. Mei captó el mensaje y salió de allí de inmediato.

Regresó a su cuarto en silencio. Completamente aturdida, turbada, desvalida. Mientras la pequeña subía la escalera otra vez sin hacer ruido, escuchó su voz grave, larga y hueca, también una risotada, algunas palabras apagadas, voces que llegaban con sordina y que no supo entender. No lloró ni jamás dijo nada al respecto, ni siquiera a su hermana. Arrastró durante semanas aquel asco como un sapo húmedo, grasiento y aterrador, guardado justo en el centro de su alma y de su estómago. La repugnancia era indeleble. Aún hoy, a veces, aquel batracio intentaba escapar, salir a través de su ombligo, haciéndole vomitar larvas de odio.

Tal vez todo aquello marcó su sexualidad de por vida. Tal vez la dantesca e inesperada representación, digna del más cruel teatro kabuki, selló para siempre su deseo y, lo que era aún peor, cualquier ansia de amar. Qué triste. El sexo y la pasión amorosa le repugnaban. Cada vez que cualquier tipo de lujuria asediaba su pensamiento y su entrepierna, se sentía manchada, desdichada. Aunque en ocasiones, para saciar esa sed, terminara frotando despacio sus labios contra el almohadón, o acariciando con sus dedos la ardiente entrada de su vulva, rozando apenas la diminuta perla que tan celosamente guardaban. Los orgasmos la derrotaban, la dejaban perpleja, herida, satisfecha e insatisfecha a la vez, durante unos días o unas semanas. Intentaba sacar algo hermoso en aquel, para ella, deleznable deleite, pero nunca lo

había conseguido. Se sentía terriblemente extraña. Sucia. Sobre todo cuando era incapaz de parar las imágenes que martilleaban en su cerebro, cuando imaginaba cómo ese rollizo cerdo tatuado cabalgaba a su bella putita desde atrás, sudoroso y lascivo. Cuando no podía dejar de imaginar que aquella pobre zorra era ella misma y que aquel hombre que decía ser su padre la penetraba entre siniestras carcajadas.

Pensó que le habría gustado tener hijas, dos al menos, tal vez también un niño, y dedicarse por entero a su cuidado, a verlos crecer, a vivir cada segundo al lado de sus pequeños. Tener hijos y quererlos, ¿qué otro destino cabe con ellos más que el del amor? Tenía ya cuarenta, el temido límite, casi era una vieja para ser madre. Ya no era necesario copular para conseguir un embarazo, pero era caro, no podía permitírselo.

El tren seguía avanzando suave sobre los raíles, sin apenas traqueteos, con un ligero zumbido eléctrico que se mezclaba con el del viento. Sintió un reconfortante deseo de dormir, un sueño inevitable. Se arrojó con la chaqueta y cerró los ojos. En pocos segundos quedó profundamente dormida.

Sonó que era una vagabunda perdida en Tokio, una más de tantos, deambulando por callejuelas oscuras. Llovía a cántaros. Un hombre extraño le salía al paso a lomos de una moto tan grande como un caballo. Con un gesto la invitaba a subir.

—Ven, sube, ven conmigo —le decía—, yo te daré hijos y viviremos felices con ellos lejos de aquí, en las montañas.

Vestía ropas oscuras y apenas podía verle el rostro, tenía barba y cabello largo y unos penetrantes ojos rasgados, intensamente verdes. De su cintura colgaba una espada, una bellísima *katana* que brillaba de forma desmedida. Refulgía como un filo de sol. Detrás de él aparecía su padre, desproporcionado, gigantesco y sonriente, amenazante, dando pesadas zancadas. El hombre, sin sobresaltarse, desenfundaba con agilidad el arma mientras daba un enorme salto y giraba ascendiendo en el aire. De un certero tajo le cortaba la cabeza y esta caía muy despacio, como a cámara lenta, dejando un reguero de barro y sangre. Luego, tras rebotar en el suelo varias veces, se alejaba rodando mientras aún reía a carcajadas. El misterioso tipo caía de nuevo sobre la moto, aceleraba y huía a toda prisa haciendo un ruido ensordecedor en medio de una inmensa polvareda. Entre el humo, unas pequeñas nubes grises se transformaban en niños. Iban vestidos con el uniforme de su colegio y todos querían tocarla, abrazarla mientras le suplicaban cariño llamándola mamá...

Aterrorizada, arrancaba un buen trozo de nimbo como si de algodón de azúcar se tratara y ascendía sobre él dejándolos abajo, lejos, muy lejos de ella. Se alejaba sobrevolando un mar de nubarrones mientras el sol, no, varios soles, iluminaban los blancos penachos de los cúmulos con un fulgor imponente. Y ella seguía planeando sin miedo, serena, segura, confiada, de pie sobre la nube sin perder el equilibrio ni un solo instante. Marcando el rumbo con la mirada y con certeza. En un momento dado descendía atravesando la densa niebla gris. Cerca ya del suelo, con el terreno a la vista, empezaba a serpentear entre colinas verdes, sobre un paisaje húmedo que

deleitaba sus ojos, todos sus sentidos. Un delicioso vértigo la embargaba en cada viraje, una fabulosa y emocionante sensación de poder y satisfacción. En una ladera, repleta de terrazas sembradas de arroz, veía a su madre agachada, caminando con los pies hundidos en el fango, recogiendo los granos fatigosamente. Se detenía flotando a su lado y ella miraba y le sonreía.

—Ven conmigo, mamá, sube, ven, no debes trabajar más.

Pero ella no hacía caso.

—No puedo, hija —le respondía—, no hay tiempo, tengo ya ganas de morir, pero antes he de recolectar toda la cosecha. Ahora debes irte, tu hermana estará muy preocupada... ¡Anda, ve con ella!

En ese instante despertó sobresaltada, sudorosa, desorientada. Debía de haber dormido durante largo tiempo y muy profundamente, por los altavoces una voz anunció que casi estaban llegando a su primera escala. Bebió un buen trago de agua y fue al servicio a orinar y a lavarse la cara. Cuando salió del baño el silencioso convoy ya circulaba entre las primeras calles y casas de Amori, cada vez más lento. Unos minutos después se detenía dócilmente entre dos interminables andenes. Ahora tendría que tomar el otro tren rumbo a la isla de Hokkaido, y cruzar el estrecho bajo el mar.

Agarró su mochila y la chaqueta y bajó del vagón aún aturdida por el regusto que quedaba de los extraños sueños. El dolor de espalda empezaba otra vez a torturarla, tendría que tomar una de las pastillas que le dio el doctor Akira, pero antes debía comer algo. Apenas hacían efecto y encima le daban náuseas, le fastidiaban el estómago.

Buscó en los paneles de información el número de la nueva vía y la hora de salida. Miró hacia un gigantesco reloj que colgaba de la pared, sobre la terraza del bar de la estación. Faltaba poco más de una hora para partir de nuevo. Se sentó a esperar en la única mesa libre que quedaba y pidió al camarero un té, un cuenco de *ramen* y una sopa de *miso*, que no tardó en traer. Mientras se llevaba los primeros fideos a la boca, una señora se acercó a ella y le preguntó muy amablemente si podía tomar asiento a su lado. Mei asintió. Era una mujer extravagante, en su rostro se mezclaban rasgos orientales y occidentales en una equilibrada proporción. Esto le daba un aspecto indefinible. Era complicado acertar su posible origen, su nacionalidad, y también su peso o su edad. No era joven ni vieja, no era delgada ni gorda. Tenía la piel tersa y morena, y hablaba japonés con el acento más insólito que jamás había escuchado. Un precioso pañuelo le cubría la cabeza y el pelo. La mujer tomó asiento y también pidió té, unas bolas de arroz envueltas en algas y un dulce *wagashi* con sirope de fresa.

—Se lo agradezco, estoy rendida, y me duelen los pies. Usted también parece cansada.

—Solo un poco fatigada, necesitaba comer algo antes de seguir viaje.

—¿Va usted muy lejos?

—A Sapporo...

—Ah, viaja usted hacia mi tierra, yo soy de Hokkaido. Nací en Rumoi. Voy a Tokio a visitar a mi madre y a mi hermana...

—Justo en direcciones opuestas, yo al norte, usted al sur... Yo a su tierra, usted a la mía.

—Así que es tokiota, no lo parece, no parece usted una joven de ciudad. Cualquiera diría que se ha criado usted en el campo...

—Me crie en Tokorozawa..., y ya no soy tan joven, aunque muchas gracias por el cumplido. Mi barrio es como un pueblo perdido entre las fauces de la gran ciudad...

—Tokio está lleno de pueblos..., sí..., tiene usted razón. ¿Y qué le lleva a Sapporo?, si no es indiscreción. ¿Va de vacaciones?, ¿a esquiar? Debe saber que este año apenas queda nieve en las montañas... El clima está cambiando, ya sabe...

—Simplemente viajo. Quiero conocer las montañas Yubari. Pasear por los bosques y las orillas de los lagos del parque natural...

—¡Pero esto es extraordinario!, mi hermano trabajó allí muchos años, en Yubari, era guarda del parque. Ya está jubilado, pero sigue viviendo en la zona de la reserva. Después de toda una vida entre esos árboles, en esas montañas, ya no sabe estar en otro lado; su hogar es una vieja cabaña de los guardabosques... Allí morirá algún día, espero que sea muy tarde...

—Mi madre acaba de morir —dijo aquello sin saber bien por qué y se hizo un prolongado silencio—. Llevo sus cenizas conmigo para esparcirlas en esos bosques...

—Debe de ser muy triste perder a una madre, y es muy hermoso que la lleve usted consigo. ¿Era su último deseo descansar allí?...

—En cierto modo sí... Sí... Aunque le hubiera gustado más haber ido en vida...

—Qué pena... Es un asunto muy triste el que me cuenta... Si se anima usted a visitar el parque y necesita cualquier cosa, pregunte por Hayao, dígame que la manda su hermana Ashitaka. Es un buen hombre y conoce como nadie esos parajes... En mi familia tenemos sangre ainu..., ¿sabe? Somos gente de monte, de naturaleza salvaje, como las tierras de nuestros ancestros...

—Es usted tan amable, no sé cómo agradecerle...

—No es nada... Si va, pregunte por él —insistió—, vive al final de la carretera de Yubari. Allí hay unas naves y unas cuantas casas, la suya es la cabaña más alta en la ladera, a la entrada de la reserva. Justo donde llegan todos los turistas. Bueno, lo encontrará, todos conocen al viejo Hayao por allí... Es usted una persona especial, seguro que a él le gustará conocerla, contarle historias y servirle de guía... Es un hombre amable y muy servicial...

—Eso será difícil, quiero decir..., no voy exactamente buscando el parque... Es una larga historia... Pero ha sido usted muy gentil...

—Nada, nada, hija, yo creo en el destino... Por algo nos habremos encontrado hoy, no lo dude, aunque sea con estas prisas, se me echa el tiempo encima... ¿Y usted?... ¡Pero, vaya!..., si no ha comido casi nada... Claro, con tanto parloteo no la

he dejado almorzar tranquila... ¡Ay! Pero ha sido muy agradable compartir este rato —dijo apurando el dulce—. Ahora tengo que dejarla, mi tren saldrá enseguida... Bueno, querida... Suerte y buen viaje...

—Adiós, señora. —Mei se levantó e hizo una reverencia juntando las manos—. Ha sido un verdadero placer conocerla... Y gracias por su interés...

—Nada... Nada... Adiós, hija... Por cierto, ¿cómo se llama?

—Mei, Mei Tanaka...

—*Sayonara*, Mei...

—*Sayonara*, señora Ashitaka...

La mujer dejó unos yenes sobre la mesa precipitadamente y se alejó a buen paso tirando del carrito en el que llevaba su vieja maleta, con un caminar un tanto patoso. Aún se giró un par de veces y le dijo adiós con la mano antes de perderse entre la multitud. Mei sintió una rara tristeza tras esa pequeña e intrascendente charla y la despedida. No la conocía ni la echaría de menos, pero había algo conmovedor y reconfortante en esa mujer, algo que le recordó a su madre. Tal vez. Le encantó la forma en que la señora Ashitaka la llamó hija... Mei acabó sus fideos y pagó la cuenta. Todavía tenía tiempo, caminaría tranquila hasta la vía siete antes de retomar su peregrinaje.

¿Qué era meterse en un largo túnel comparado con la posibilidad de morir? Una bobada, se dijo. No conocía una gruta más inquietante e infinita que la que se esconde tras las puertas de la muerte. Esto pasaría rápido, el tren era veloz, moderno y seguro. Y ya sería mala suerte que algo pasara justo ese día mientras ella estaba ahí dentro. No sería más de media hora de oscuridad, intentaría dormir de nuevo. O leería, llevaba consigo un libro maravilloso y todavía pendiente, *La fórmula preferida del profesor*, una novela de Yoko Ogawa. Esta vez el tren iba muy lleno. Metió la mochila en el portaequipajes, sobre su cabeza, y se sentó junto a una joven que miraba una revista mientras escuchaba música a todo volumen por sus auriculares. De nuevo le tocó junto a la ventanilla, mejor, aunque durante un buen rato poco habría que mirar, salvo la penumbra, la pared del pasaje subterráneo. Sintió que el estómago se le encogía al pensar en ello. Los huesos volvían a molestarle, esta vez el dolor le fastidiaba especialmente en las vértebras del cuello. Un raro temor parecía recorrer sus entrañas hasta llegar a la piel, como un leve terremoto dentro de su cuerpo que acababa punzando en las cervicales. Sintió un prolongado escalofrío. Se echó por encima la chaqueta y acomodó la cabeza en una almohadita. El tren arrancó dando un pequeño tirón, un crujido seco e inquietante. Encendió la luz que había sobre su cabeza, tomó el libro y se hundió en el asiento dispuesta a abstraerse, a meterse por completo en la lectura.

Las ruedas de los vagones traquetearon durante un buen rato sobre los innumerables cambios de aguja, pasando de vía en vía hasta encontrar la suya, la que

conducía a las verdaderas simas del Japón, a un lugar aún más profundo que el mar, aún más que sus más íntimos secretos. Unos minutos después el tren penetró en la tierra sin temor ni dudas, deprisa, como una gigantesca serpiente de metal entrando en la madriguera de un enorme topo. Persiguiéndolo. No lo atraparía, había una salida al otro lado. Eso la tranquilizó. Todos volverían a ver la luz al final del maldito túnel. Eso esperaba, se dijo mientras intentaba serenar su respiración y empezaba a leer...

*Mi hijo y yo lo llamábamos profesor. Y el profesor llamaba a mi hijo Root, porque su coronilla era tan plana como el signo de la raíz cuadrada...*

Sesenta y siete páginas después el tren ya estaba de nuevo corriendo al aire libre sobre la isla de Hokkaido. Todo transcurrió más rápido y sereno de lo que imaginaba. Pasó sin demasiada angustia. Nunca olvidaría los pasajes de aquel libro que la mantuvo a salvo mientras surcaba abismos hasta entonces impensables para ella. Se había propuesto hacer frente al miedo, a la inseguridad, a la duda, al dolor, a la debilidad que iba invadiéndola y que cada vez era más evidente. Se sentía como un astronauta saliendo al espacio en la punta de un fiero cohete. Como Soichi Noguchi mirando a la Tierra desde la estación espacial, tomando fotos de un planeta que en cierto modo le era ajeno estando allí arriba. Tan lejos de casa, de todo. Así se sentía, y también sentía el orgullo de haberse atrevido, de no haberlo pensado demasiado. Para ella, aquella distancia que ya la separaba de su hogar, de su única vida en Tokorozawa, era tan inmensa como si estuviera allí afuera, en el espacio, mucho más allá de la estratosfera. Saberse enferma, lejos de amedrentarla, le infundía valor y la empujaba a continuar su pequeña gran aventura, tal vez la última. ¿Y si la muerte llegaba pronto? ¿Y si no le daba tiempo?

No tenía miedo a morir, no de momento, y debía aprovechar esa ventaja sobre la bestia, sobre el mal que se había instalado en su cuerpo, infiltrado en su sangre, sin previo aviso. Cada minuto de vida sería un minuto arrebatado a la muerte, aunque al final siempre terminaría ganando la partida. No, no tenía miedo a morir, al menos eso parecía, no de momento. Aunque el peso de la incertidumbre fuera en ocasiones insoportable.

Tomó una taza de té y siguió enfrascada en las páginas, dormitó un poco, perdió la mirada en la belleza inmensa del cambiante paisaje, tan distinto al de la isla de Honshu. Se deleitó mirando la costa y los barcos lejanos a lo largo del golfo de Uchiura, la belleza en el tempestuoso mar y en el cielo, donde las estelas de los aviones, como largas llamas anaranjadas, surcaban el azul infinito. Belleza, todo era belleza, tanta que le hizo llorar discretamente de emoción y alegría. Tal vez se había perdido demasiadas cosas, tal vez el mundo no era más que eso, un santuario de belleza inalcanzable, una maravilla trastocada por los seres humanos.

Las horas pasaron tan veloces como el vertiginoso avance de aquella máquina prodigiosa en la que recorría kilómetros sin apenas darse cuenta. Y sin apenas darse

cuenta llegó el momento en que los altavoces anunciaron que el tren pronto llegaría a su destino, a la ciudad de Sapporo. Sin apenas darse cuenta...

Yonsú estaba ahora muchísimo más cerca, pensó mientras metía la mano en su mochila y acariciaba la urna con las cenizas de su madre. «Ya casi estamos, mamá. Verás qué bien...»

Con el paso de los años el círculo vicioso de la muerte se fue cerrando más y más en torno al alma de Kento, atrapándolo, ahogándolo, marginándolo casi por completo. Esa era su única dedicación, matar y esconderse después, como una ruina alimaña. Todos los parabienes que había imaginado recibir por su elegante y sublime forma de actuar quedaron en nada. Sí, le pagaban bien, muy bien, pero no podía disfrutar de la pequeña fortuna que iba sumando. No era una persona libre. No lo era. Haru suplicó a Miya que fuera haciendo llegar de algún modo todas sus ganancias a «sus madres», y él se encargó personalmente de ello. De vez en cuando las mujeres recibían en la lavandería la visita de un misterioso individuo que les entregaba un sobre repleto de billetes.

—Esto es de parte de Kento, vuestro hijo, con sus mejores deseos —les decía, y se marchaba sin más palabras o explicaciones.

Ellas no podían sospechar quién era aquel tipo ni la verdadera procedencia de todo aquel dinero que las colmó de bienes y serenidad. Imaginaban que Kento se habría convertido en un hombre muy rico gracias tal vez a sus extraordinarias dotes para las artes marciales. Algunas soñaban con que un día regresara, seguramente convertido en un famoso actor o en un cantante. Nada más lejos de la realidad. Su Kento, ahora Haru, llevaba una existencia baldía y despreciable. Triste, muy triste. Después de casi quince años así y más de cuarenta muertes a sus espaldas, estaba hastiado, harto de aquello, y decidió cambiar, dejarlo todo, huir a Europa o a los Estados Unidos, a cualquier lugar. Empezar de cero en un país remoto. La organización le debía mucho y él no pediría demasiado, solo un pasaje de ida en avión y una nueva falsa identidad, documentos que le permitieran largarse de Tokio y de Japón para siempre. Era sencillo, imaginaba. Dejar todo eso atrás empezó a obsesionarle y así se lo hizo saber a su querido hermano. Ya no podía más. Pero Miya estaba casi tan enfangado como él, metido hasta el cuello en esa pútrida historia. El afilado lazo de aquella trampa los tenía pillados a los dos por las pelotas, no había escapatoria.

—Pero he cumplido de sobra con la organización —replicaba Haru—. ¿Qué más quieren? ¿A cuántos más debo asesinar?

—Si les propones dejarlo, te matarán, no lo dudes. Lo quieren todo, tu vida les pertenece por completo, nuestras vidas —sollozaba Miyano—. Ya no hay marcha

atrás, Haru, no la hay.

—¿Qué pretenden, que me haga viejo de esa forma? ¿Que siga matando hasta no poder más? ¿Que viva enclaustrado hasta morir?... ¡De ninguna manera! Todo va a terminar les guste o no —le gritó a su hermano. Era la primera vez que lo hacía...

Le propuso un plan. Llevaba tiempo dándole vueltas. Cuando llegara el próximo encargo actuarían. Miya debía conseguir todo lo necesario, la documentación, los pasajes, el transporte; él podía moverse con cierta libertad y seguía teniendo muchos y buenos contactos. Tras ejecutar a su última víctima, la que sería la número cuarenta y tres, quedarían en el aeropuerto de Narita y escaparían juntos en un vuelo nocturno. No importaba el lugar, cuanto más lejos mejor. Tal vez pondrían rumbo hacia algún país africano. Daba igual. Convenció a Miya de que aquella era la única salida para los dos, desaparecer sin dejar rastro. No levantarían suspicacias, actuarían como el rayo. Él cumpliría con su parte, como siempre, y Miya actuaría como si tal cosa. Nadie sospecharía de sus planes.

Se abrazaron como verdaderos hermanos y los dos experimentaron esa fabulosa emoción que seguramente sienten los reos a punto de fugarse de la cárcel. Lo harían con la máxima cautela, huirían.

Esa vez no fue Miya el encargado de llevar a Haru el sobre con las instrucciones para la siguiente ejecución, se lo entregó uno de los secuaces del clan, completamente desconocido para él. Aquello le extrañó, pero hizo lo que tenía que hacer, aceptarlo, abrirlo y comprobar que todo estaba en orden. Su última víctima era un destacado político de la izquierda que arrastraba a mucha gente en aquellos días, un tal Fukuda Tomozo, un hombre ya mayor y empeñado en abanderar la lucha contra los innumerables escándalos de corrupción que azotaban el país. Su empeño por acabar con las malas artes políticas había superado todos los límites y eso no interesaba a casi nadie. Era cada vez más popular y respetado. Un hábil orador, algo demagogo pero desmedidamente honesto, incorruptible, eso era lo peor de todo. Su honradez y su creciente popularidad podían darle mucho poder y hacer saltar por los aires buena parte del corrompido sistema de partidos que tanto favorecía a su vez a los negocios mafiosos. El triunfo de un tipo así haría tambalearse una parte importante de un entramado criminal que había costado décadas y décadas de duro trabajo montar, además de miles de vidas. La potente infraestructura de extorsión de la *yakuza*, a la que Fukuda decía no temer declarándose públicamente su enemigo, estaba en peligro. Su insolencia no podía quedar impune. Era imprescindible acabar con aquel peligroso estúpido, frenar su posible llegada al Parlamento.

Por primera vez le encargaban matar a alguien ajeno al crimen organizado. Todas sus anteriores víctimas, las cuarenta y dos, de un modo u otro, habían formado parte de algún clan de la *yakuza*, del oscuro mundo del lumpen, del poderoso imperio del mal nipón. Todos excepto un terco policía, un agente ya jubilado que pagó caro

haberlos perseguido sin descanso durante treinta años. Sintió cierta pena cuando acabó con la vida de aquel anciano servidor del orden. Y de nuevo volvía a sentir cierta compasión por su víctima mientras ojeaba el informe. Aquello de matar a un hombre aparentemente bueno no le gustó nada, pero tendría que hacerlo, y cuanto antes, si realmente quería escapar de aquellas garras.

Esa acción les podría originar problemas a la hora de salir volando del país, era un político, cerrarían los aeropuertos o los vigilarían muy estrechamente. Debían huir antes de que la Policía y las autoridades descubrieran aquel asesinato, y mucho antes de que la mafia pudiera darse cuenta de sus intenciones.

—Aunque tal vez —le dijo a su hermano— lo mate en plena calle y a la vista de todos. Acabar en la celda de una cárcel no será un mal destino, al fin y al cabo ya vivo encarcelado, cumpliendo una condena eterna. Soy un completo esclavo.

—Eso es una estupidez, allí dentro no durarías mucho —le recordó Miya—, su poder también es total dentro de las cárceles.

Necesitaban tiempo, algo de tiempo, para pensar y trazar un buen plan. Pero no lo tenían. Aquel engaño, sin duda, iba a ser el trabajo más complicado de todos.

Eliminar a Fukuda, un respetado personaje público, era algo muy distinto a todo lo que había hecho en los últimos quince años. Miya le habló del famoso asesinato a otro político en los sesenta, Inejiro Asanuma, quien también pretendió rebelarse contra los corruptos mientras defendía ardientemente los derechos de los trabajadores. Un chaval a sueldo de la *yakuza*, apenas tenía dieciocho años, le clavó con fiereza su *wakizashi* en un costado en pleno mitin, mientras se dirigía al público desde el atril. Todo acabó mal para él, para los dos. Haru no debía terminar así. Miya le mostró en el ordenador unas imágenes en las que se veía el preciso momento de la muerte de Inejiro Asanuma, la NHK estaba grabando aquel acto y todo quedó registrado. «Una acción perfecta», pensó Haru, aunque el inexperto asesino no planeó la huida y no tuvo escapatoria. Fue un suicidio. Aquella imagen perversa que ellos observaron con desdén proporcionó a Haru la posible respuesta. No podría investigar las costumbres de Fukuda, al menos no como sería conveniente, ni observar detenidamente todos sus movimientos y los de sus escoltas, eso llevaría meses, así que decidió que el mejor momento para hacerlo sería al salir de su domicilio para acudir a algún acto o, mucho mejor, de noche cuando regresara a casa. La oscuridad sería una vez más su aliada.

El hombre vivía en una zona residencial muy tranquila, una zona de calles anchas y casas bajas, con fachadas y tejados sencillos de escalar para él; huiría saltando por las azoteas. Sería todo un reto sorprender y burlar a sus gorilas, esquivarlos, neutralizar a alguno a ser posible, dar una muerte certera a su víctima con la *katana* corta, y conseguir escapar. Se cubriría como un *ninja*, como un mercenario *shinobi*, nadie debía ver su rostro. Sería una acción muy rápida, completamente por sorpresa. Nada le dijo a Miya sobre esa peregrina idea.

Apenas dos semanas después llamó a su hermano.

—Ha llegado el momento, todo está bien, todo bajo control. Debes hacer tu parte en el más absoluto secreto —le ordenó—, sin levantar sospecha alguna.

La cita sería en un lugar cercano al barrio donde residía el político. Tenía que esperarlo con todo preparado, con los pasajes de avión en el bolsillo, un par de armas de las que luego se desharían, una buena cantidad de dinero, y las motos con el depósito lleno listas para salir a todo gas en cuanto él llegara, si es que lo conseguía. El plan era dirigirse al aeropuerto y embarcar cuanto antes. Necesitarían un par de mochilas con algo de ropa, llevar equipaje evitaría suspicacias y riesgos en los controles. El destino no importaba, serían solo dos hermanos que se van juntos de vacaciones.

Miya le confesó que la posibilidad de conseguir nuevos documentos había quedado descartada:

—Tendrás que seguir siendo Haru Hiroshi... ¿Cómo lo harás? —le preguntó.

—No puedo decírtelo, debes tener fe en mí.

Ninguno de los dos alcanzaba a imaginar el inesperado giro que iba a dar aquella mala aventura...

Miyano dispuso todo en la fecha y la hora previstas, todo tal y como le dijo su hermano, pero Haru no apareció. Estuvo esperándolo con las motos aparcadas a la entrada de un callejón durante muchas horas, casi hasta el amanecer del nuevo día, pero nada. Algo debía de haber fallado, Miya se temió lo peor. Una de dos, o Haru estaba ya en un calabozo o estaba muerto. También podría haber desistido por alguna razón en el último instante, aunque en ese caso seguro que lo habría llamado. Decidió regresar a su casa, pero no podría hacerlo conduciendo las dos motos. La noche anterior había buscado un buen pretexto para que un amigo lo acompañara y se la llevara hasta allí, pero ahora no iba a llamarlo para que se la trajera de vuelta. La dejaría atada a una farola, más tarde volvería a por ella.

Voló bajo por las calles de Tokio, aunque casi iba quedándose dormido sobre la veloz montura. Ya en su apartamento, comió y bebió algo, se tiró sobre la cama y se encendió un pitillo, también la televisión. En los noticiarios matinales ya estaban dando la noticia. Subió el volumen para escuchar bien lo que decía la locutora de Tokio News Network...

*... el legislador de la oposición, de sesenta y un años, fue asesinado anoche en la capital de una puñalada, a las puertas de su casa, donde su mujer y uno de sus hijos lo esperaban. A medida que Japón despierta y se va conociendo la noticia de su muerte, aumenta la estupefacción. El país entero está estremecido por este injustificable acto de violencia contra una destacada figura política. Fukuda Tomozo fue apuñalado en el corazón nada más bajar de su automóvil. Un individuo consiguió burlar a los miembros de seguridad y se abalanzó sobre él como un rayo dándole la mortal cuchillada. Fukuda Tomozo falleció en el acto, también dos de sus escoltas. La consternación es inmensa, especialmente entre sus familiares y entre los miembros*

*del Partido Demócrata, al que pertenecía el político asesinado. Su atacante consiguió escapar y podría estar herido, ya que los guardaespaldas reaccionaron abriendo fuego contra el asesino, que no ha sido capturado todavía. Se ignora de momento quién puede estar tras este ataque. Podemos contarles a esta hora que un representante de la Policía tokiota ha asegurado que ya están tras su pista y que...*

Apagó la televisión. A pesar de lo alarmante de la situación, Miya mantuvo la calma. Se preparó un té bien cargado y se dio una ducha fría, muy fría. Tenía que espabilar cuanto antes. Recordó que aún quedaba algo de coca en un cajón, se metió un par de generosos tiros, eso le ayudaría a estar alerta. Si era cierto que su hermano estaba herido, podría llamar en cualquier momento. Puso a cargar el teléfono, estaba casi sin batería. Esperaría, de momento no podía hacer otra cosa. Debía estar preparado para salir en su busca allá donde estuviera metido y ayudarlo cuanto antes. Aunque, conociéndolo, seguro que habría sabido salir airoso y esconderse bien. Llamaría, estaría bien. Lo deseaba con todas sus fuerzas, quería de verdad a Haru, como un verdadero hermano.

Unas horas después el sonido del teléfono sobresaltó a Miyano, nada evitó que se quedara dormido, ni siquiera la droga. Era Haru.

—Escúchame —le dijo—, estoy cerca de la estación de Shinjuku, a la entrada de un callejón que está junto al hotel Washington, justo debajo de las escaleras del paso elevado que cruza la avenida, al lado de un restaurante hindú que se llama Potohar. Ven a por mí en la moto.

—¿Estás herido? —le preguntó Miya.

—No lo estoy, pero no tardaré en estarlo si no te das prisa. Tengo un mal presentimiento. —Le había parecido ver su fotografía en la televisión de un escaparate, en un noticiario—. Creo que a la organización no le ha gustado la jugada y me han delatado. Puede que ya ande tras de mí un ejército de sus esbirros además de toda la Policía de Tokio.

—Eso no puede ser —su amigo intentó tranquilizarlo—, has cumplido con el encargo, estarán satisfechos.

—Ojalá no te equivoques.

Miya voló a su encuentro entre el enloquecedor tráfico, sorteando infinitos atascos. No tardó mucho en llegar. Allí estaba su hermano, esperándolo. Se abrazaron sin decir palabra, ya hablarían cuando estuvieran en un lugar seguro. Haru se enfundó el casco, subió a la moto y salieron de allí disparados. Descartaron la idea de ir al aeropuerto, ya habían perdido el vuelo previsto, despegó de madrugada. Cambiar los pasajes o conseguir otros era algo ya impensable.

Irían a ver a su *oyabun*, se presentarían ante el jefe supremo, él sabría qué hacer, les daría cobijo, tal vez los ayudaría a salir del país, le propuso Miya mientras

aceleraba saltándose un semáforo. Y eso hicieron, aunque a Haru no le pareciera la mejor idea. No era el momento de ponerse a divagar o a discutir. Tardaron poco más de una hora en salir de las calles de Tokio y otra más en llegar hasta una gigantesca finca que estaba a las afueras de Oarai, entre la costa y el lago Hinuma. Los guardias que protegían el portón de una enorme verja enseguida los encañonaron. Tras identificarse, hicieron algunas comprobaciones, avisaron y los dejaron entrar. Escoltados por dos coches, uno delante de ellos y otro detrás, recorrieron unos tres kilómetros por un camino asfaltado que serpenteaba entre bellísimos jardines y arboledas magníficas. Llegaron hasta una impresionante y ostentosa mansión que se alzaba sobre una colina, en la puerta esperaba otro grupo de escoltas armados. Después de cachearlos y retirarles las armas, uno de ellos los invitó a seguirlo.

Llegar hasta él nunca hubiera sido tan sencillo en condiciones normales. Miyano comentó a Haru en un susurro que estuviera alerta, era muy sospechosa tanta facilidad para acceder hasta «el padre». El *oyabun* atesoraba todo el poder en esa zona, un incuestionable control sobre cualquier miembro del clan, y ya tenía decidida la suerte que correrían los hermanos Hiroshi, aunque ellos no pudieran siquiera imaginarlo. La palabra *yakuza* se compone de tres números, el ocho, el nueve y el tres, que en total suman veinte, un número perdedor en el juego, el mismo que ese día acababa de tocarles a Haru y a Miyano.

Después de una tensa espera en una preciosa sala, los recibió finalmente. Nada más verlo se arrodillaron ante él y se tendieron con los brazos abiertos y la frente pegada al suelo en señal de total sumisión. A un gesto suyo se incorporaron para quedarse de rodillas y con la cabeza gacha. No osaron mirarlo ni un instante más. Les preguntó por las razones de su inesperada y osada visita. Haru habló muy despacio y midiendo mucho sus palabras...

—Oh, señor, hace más de quince años que le sirvo con total entrega. He sacrificado a muchos traidores en su nombre —le dijo con exquisita solemnidad—, pero siento que mi valor y mis fuerzas flaquean, que ya no puedo servirlos como merecéis. Mi última acción puede haber comprometido a la *yakuza* —continuó diciendo Haru—, ya que por primera vez he actuado con arrebatamiento, indiscreción y torpeza. Temo que las muertes que causé anoche puedan tener consecuencias inesperadas y negativas para la organización, por eso le suplico que sepa perdonarme y que tenga a bien alejarme del servicio activo, apartarme, ya que seguramente ya no soy digno de su confianza; le suplico también, puesto que he sido yo el que ha mezclado a mi hermano en este asunto, que no lo juzgue como a mí y sepa perdonarlo y mantenerlo en su puesto, como el buen siervo que es, o bien dejar que corra mi misma suerte, que permanezca a mi lado en el exilio.

El *oyabun* preguntó a Haru con cierta impaciencia si había terminado de hablar y él asintió con la cabeza todavía sin mirarlo.

—Podéis erguirlos —le dijo—, poneos en pie.

Los dos obedecieron y se pusieron firmes ante él. Se quedó mirándolos un buen

rato en silencio y con gesto aparentemente amable, aunque luego habló con enfado, con tono muy severo.

—Es cierto, Haru Hiroshi, que has servido bien a la *yakuza*, tus frutos son inigualables, pocas veces un *kobun* dio tantos. También tu hermano es un buen servidor, aunque sus méritos sean incomparables a los tuyos. Pero anoche cometiste un tremendo error, no necesitábamos un escándalo, no es bueno tanto estrépito en este momento, no queremos que los periodistas hablen de nosotros, que se especule, que se nos ponga en cuestión, que nuestra sagrada organización corra peligro. No es bueno enojar a ciertos poderes ni dejar en evidencia a los mandos policiales. La muerte de ese miserable debía haber pasado completamente desapercibida como tantas otras que diste —le susurró a Haru en el oído—, no ha sido oportuno ejecutarlo así, habría sido mejor esperar otro momento, tendría que haber parecido una muerte natural, ¿entiendes?...

»Has fallado y eso puede traernos muchos problemas. ¿En qué estabas pensando? Eso podía haberlo hecho cualquiera, fue un acto estúpido y suicida, es extraño que no te hayan matado. Tu mayor valor era tu sigilo, tu habilidad para ejecutar sin dejar rastro, de forma impecable e imperceptible, pero parece que ya no vales nada. Te precipitaste de forma absurda anoche. Pero es cierto, has sido un fiel y eficaz servidor hasta ahora, y por eso voy a ser clemente contigo y con tu hermano. Lamento que después de tanto tiempo el regusto que quede tras de ti sea tan amargo. Os voy a perdonar. Aunque deberéis retiraros durante una buena temporada, especialmente tú, Haru Hiroshi, debes apartarte de la organización y vivir lejos de todo y de forma muy discreta. Todo esto pasará y podrás volver a incorporarte a tus tareas. Eres un soldado muy valioso y eso hay que tenerlo en cuenta, no hay muchos como tú. Te ocultarás un tiempo en Gunkanjima, allí nadie podrá encontrarte, esa es mi decisión. Tu amado hermano te acompañará y vivirá a tu lado en la isla. Deberéis estar allí reclusos al menos un par de años, después volveremos a hablar. Este es mi veredicto y se ha de cumplir de inmediato. Todo está ya dispuesto para llevaros hasta allí. Espero que esto os sirva de lección y meditéis sobre todo cuanto os he dicho...

Se inclinaron ante el «padre» con respeto y gratitud, aceptando con esa reverencia un destino tan amargo como inevitable. El rito del *yubitsume* también era ineludible, lo sabían, era la única forma de compensar al *oyabun* en ese momento por sus errores. A cada uno le pusieron delante la tabla y la guillotina y los dos tuvieron que cortarse ante él el quinto dedo de la mano derecha. Los dos lo hicieron de un tajo decidido y preciso, con arrojo y dignidad, impávidos, sin gestos de dolor o lamentos. Les dieron alcohol para regar la herida y vendajes para contener la hemorragia, que anudaron en torno a los muñones. El *oyabun* observó satisfecho, envolvió los apéndices ensangrentados en un pañuelo de seda y se retiró llevándose sus restos.

Cuando hubo desaparecido de la escena, sus hombres indicaron a Haru y a Miya que debían seguirlos. A pesar del sacrificio ante él, de su vehemente y magnánima oratoria, nada iba a enmendar aquella afrenta, sabían que sus palabras tenían un

significado muy distinto. No los conducirían a su retiro en el remoto islote abandonado donde tantos *yakuza* habían terminado sus días, pobres desgraciados. Herir el perverso orgullo del gran jefe tenía un precio, un altísimo precio, se habían convertido en miembros incómodos y eso solo significaba una cosa: la muerte. Si no hacían algo, los matarían seguro.

Nada más salir del edificio los matones los llevaron a empellones, burlándose de ellos, hasta donde estaban aparcados los coches. Haru y Miya comprendieron rápido que si entraban en ellos no habría escapatoria. A pesar de que sus adversarios eran al menos diez o doce, Haru no se lo pensó dos veces y la emprendió a golpes con ellos. Miya lo imitó de inmediato. Golpes certeros y mortales que en un instante acabaron con la vida de al menos cinco de los esbirros. Estos reaccionaron con extrema violencia sacando sus armas, el primero que abrió fuego acabó con la vida de Miyano volándole literalmente la cabeza. Haru arrebató a uno de ellos un sable y despedazó en segundos el vientre de otros tres bellacos, entre ellos el que había matado a su hermano. Hubo más disparos, pero ninguno lo alcanzó y él siguió desplegando todas sus habilidades en la lucha frente a aquellos indeseables e indignos rivales. Consiguió arrebatar una pistola a uno de ellos y así, a tiros, acabó con todos. Asaeteado por el dolor y la rabia, su furia fue absolutamente letal ante sus toscos y torpes ataques. Nunca antes peleó con tal decisión y exactitud, con un total desprecio por la muerte, y aquella actitud suicida amedrentó aún más a sus desorientados y aturdidos oponentes. Como una fiera imparable fue desarmándolos, repartiendo puñetazos y patadas como rayos que acabaron con todos ellos en apenas unos minutos.

Sobre el suelo yacían doce cadáveres, trece con el de su malogrado hermano Miya. No hubo tiempo para el duelo, vendrían más y sus fuerzas acabarían flojeando, era imposible mantener ese nivel de fiereza, había que escapar de inmediato. Las llaves seguían en el contacto de la moto, nadie se había molestado en quitarlas. Cogió del suelo una ametralladora corta, arrancó y aceleró a tope derrapando en la grava, dejando un surco de polvo, arena y piedrecillas tras de sí. Recorrió el camino por el que habían llegado en un santiamén, a una velocidad imposible. Cuando llegó al portón de la entrada este estaba abierto, la mayoría de los guardianes debían de haber corrido hacia la casa descuidando su vigilancia, y estarían entre los muertos. A los dos que quedaban y lo apuntaban los acribilló disparando certeras ráfagas con la mano izquierda mientras aceleraba aún más con la derecha. En contra de lo que imaginaba, no encontró más obstáculo ni resistencia y pudo salir, traspasar el portón, escapar a toda prisa de la residencia del *oyabun*. Lanzó a un lado el arma con el cargador ya vacío. Ahora sí que estaba sentenciado, pensó mientras aceleraba más y más, adelantando a todos los vehículos que circulaban por la carretera costera que conducía hacia el norte, a cerca de doscientos kilómetros por hora. No tuvo tiempo de ponerse el casco, iba sin protección, a cara descubierta, pero aquel era solo un pequeño inconveniente comparado con el *tsunami* de amenazas que ya se cernían sobre él. Por mucho que corriera, iba a ser muy difícil dejarlas atrás...

Una vez entró en la autopista pudo ir aún más veloz, saltándose cualquier límite, aterrorizando y alarmando a todos los conductores que adelantaba como una exhalación, jugándose a cada metro que avanzaba, en cada curva; no podía seguir así, atraería a todas las patrullas de la Rikuzenhami *highway*, no tardarían en salir a su encuentro decenas de policías, le cortarían el paso en cualquier momento. Seguro que más de uno había llamado ya a los servicios de emergencia para denunciar que un demente circulaba de forma suicida hacia el norte. Llegó en poco tiempo a Iwaki, y desde allí a Sendai, donde tuvo que parar en una gasolinera. Necesitaba llenar el depósito y no tenía encima un yen. Pensó que lo mejor sería cambiar de vehículo y de apariencia, conseguir un casco y una cazadora, otra moto. Esperó a que alguien con una de gran cilindrada parara a repostar. No tardó en llegar su víctima, un incauto motociclista a lomos de una potente Suzuki. Sería él. Una vez hubo llenado el depósito, pagó, arrancó y volvió a la autopista; Haru lo siguió de inmediato.

Unos kilómetros más adelante lo alcanzó, se puso a su altura y lo sacó del asfalto embistiéndolo lateralmente y dándole una fuerte patada. El tipo intentó hacerse con la moto, pero cayó aparatosamente y se arrastró por el arcén hasta detenerse unos metros más adelante. Cuando, todavía aturdido, iba a incorporarse, Haru frenó junto a él y le propinó un tremendo golpe en el estómago; el hombre quedó en el suelo retorciéndose. Le quitó el casco, su rostro descompuesto reflejaba dolor y pánico ante el inesperado ataque. También le arrebató el chaquetón y la cartera. Luego, mientras el pobre hombre vomitaba y gritaba horrorizado, Haru le dio el golpe de gracia. No se paró a comprobar si había muerto o quedado solo sin sentido. Luego levantó del suelo la Suzuki de aquel desgraciado, había quedado un tanto maltrecha tras el accidente, pero aún funcionaba bien y la arrancó sin problema. El casco le quedaba algo grande, tampoco la cazadora era de su talla, pero eso daba igual. Arrastró el cuerpo inerte y lo ocultó entre la maleza, luego lanzó su propia moto por la ladera más allá del borde de la calzada.

Enmascarado con aquella ropa y a lomos de otra moto se sintió algo más tranquilo y siguió con su enloquecida huida a ninguna parte; no era su día, desde luego. Esta vez se lo tomó con más calma, circuló mucho más despacio, respetando las normas, pensando por el camino qué hacer, a dónde ir, siempre vigilante, pues no descartaba que en cualquier momento intentaran detenerlo. Decidió seguir hasta Aomori, allí tomaría un *ferry* hacia Hokkaido, cuanto más al norte pudiera llegar mucho mejor. Si conseguía cruzar el estrecho, podría esconderse en las montañas de la isla, donde nadie pudiera encontrarlo. Allí intentaría ganar algo de tiempo, meditar con calma qué hacer, cómo salir del país para siempre. Tardó algo más de tres horas en llegar a su destino. Recorrió unos cuatrocientos kilómetros sin problema, aunque le parecía imposible que nadie le hubiera salido al paso. Una vez entró en Aomori buscó un *parking* subterráneo y abandonó la moto dentro, bien aparcada. También se deshizo del casco. Con lo que había en la cartera robada pudo comprar algo para comer, estaba hambriento. Miró el noticiero en la televisión del bar, lo tenían sin

sonido, aparentemente no decían nada nuevo, seguían a vueltas con la muerte del político, con la consternación, el duelo, pero nada del loco asesino de la autopista.

Después de comer se acercó dando un paseo hasta el puerto, allí se informó de los horarios de los barcos a Hakodate, salían cada dos horas, el último a medianoche. Sacó un pasaje, el más barato, y esperó a que anocheciera sentado en un muelle cercano a la zona de embarque, deseando subir de una vez por aquella pasarela, acostarse en una de las colchonetas de segunda clase o en una hamaca de cubierta y poder descansar unas horas, dormir un rato mecido por el vaivén de las olas del mar, rumbo a una nueva vida. Pensó por primera vez en Miya desde que lo viera caer al suelo abatido, con el rostro destrozado por las postas, y sintió una profunda tristeza. Le hubiera encantado tenerlo ahí a su lado, subir a ese barco con él, continuar juntos la arriesgada aventura de seguir burlando a las huestes de la *yakuza* y a toda la Policía. Pero Miya estaba muerto. Ya no podía pensar más en eso.

A la hora prevista abrieron la barrera que daba acceso a la rampa del buque. Pasó por delante de unos policías que miraban con desgana a los que subían. Entregó su billete al revisor y ascendió por ella como un oscuro y anónimo pasajero más. Una vez en el barco buscó el rincón más solitario y recóndito en uno de los compartimientos en el que algunos ya se habían sentado o tumbado; era una galería estrecha y llena de ventanucos que daban a la zona donde aún se estacionaban coches y camiones. Olía mucho a gasoil y el suelo estaba sucio y mojado, tal vez por eso allí había poca gente, mucho mejor. Se acurrucó al fondo en la penumbra, lejos de los demás viajeros. Media hora después el barco zarpó lentamente dejando atrás el puerto de Aomori, la costa de la isla de Honshu, muchos de los problemas que le acechaban y que muy probablemente lo perseguirían allá donde fuera. El mar estaba muy agitado, empezó a llover con fuerza, las olas golpeaban el casco del *ferry* con violencia y lo zarandeaban arriba y abajo, a un lado y a otro; la travesía sería muy turbulenta. Mecido por la fuerza de la tempestad y arrullado por el zumbido de las máquinas, Haru no tardó en quedarse dormido, necesitaba descansar unas horas, ya decidiría los próximos pasos que dar una vez hubieran atracado en el puerto de Hakodate. Tal vez allí le esperara una nueva vida o una muerte digna...

**A** Mei le sorprendió no sentir frío al bajar del tren, la temperatura era suave y agradable. Los desmesurados labios de la primavera se entreabrieron para besarla, exhalando un aliento cálido lleno de aromas de monte. Los ciruelos hacía tiempo que habían florecido anunciando que, de tanto en tanto, también las flores cabían en la fría Sapporo. Según los meteorólogos, el tiempo sería especialmente cálido y soleado esos días. Su camino y su búsqueda resultarían más agradables así. El calor se había llevado pronto la nieve, y ya no era tiempo de nevadas. Aunque en ocasiones, en las montañas del norte, aún se pueda esquiar en un gélido marzo, incluso en un frío abril, mientras en el sur del país ya se toma el sol en las playas.

Sin embargo, al salir de la estación central, aún al abrigo de los soportales y las galerías llenas de tiendas y de gente, le pareció que nevaba. No podía ser. No eran copos, sino millones de pétalos robados por el viento a los cerezos, que el aire hacía volar como locas mariposas por las calles de la ciudad. Era una imagen completamente surrealista, inusual, como en una película de fantasía o ciencia ficción. Debía buscar una pensión donde pasar la noche, algo económico, no quería gastar mucho dinero. Pero la invadió una enorme pereza. Justo encima de la estación central se levantaba un inmenso hotel, el JR Tower, era evidente que estaba muy por encima de sus posibilidades, pero ¡qué demonios! Apenas había gastado unos yenes en los últimos meses y bien podía darse un capricho. Muy pocas veces o nunca se lo había dado. Lo último que le apetecía era caminar, deambular buscando alojamiento por las calles de una inmensa ciudad desconocida. Entró en el edificio. El *hall* le pareció absolutamente suntuoso, completamente desproporcionado, tan majestuoso e imponente como la entrada al templo de algún dios ostentador y caprichoso. Se acercó al inmenso mostrador de la recepción y pidió habitación para una persona y una sola noche. Se sintió extraña y feliz jugando a hacer cosas que nunca antes había hecho. Como en el guion de una película que iba escribiéndose sobre la marcha con ella como improvisada protagonista. Los empleados eran extraordinariamente amables, incluso un tanto empalagosos. Una vez cumplimentados los datos del registro, uno de ellos la acompañó enseguida a su estancia en el cielo, en la planta veintinueve. Quiso llevar su mochila, pero ella no se lo permitió. El ascensor voló directo a su planta y el estómago se le encogió, como en una de esas montañas rusas en las que jamás había montado ni montaría. El muchacho le mostró la habitación y

tras recibir su propina se marchó haciendo reverencias. A la mañana siguiente, a las ocho, la despertarían con un buen desayuno, le prometió el chico.

Mei no daba crédito a cuanto veía, a cuanto la rodeaba, a cuanto sentía. Desde esa altura la vista era impresionante. Mirando a través del ventanal le pareció volar, flotar, divisando toda la ciudad. Solo la cama era casi tan grande como su altillo. También pensó que jamás había dormido en otro lecho que no fuera una esterilla extendida en el suelo o sobre un futón. La estancia tenía enormes armarios, tan grandes que se podría guardar la ropa de toda una familia. Todo estaba limpio e impecable, decorado al más puro estilo tradicional japonés. Lujoso y sobrio a la vez. En el aseo, una enorme bañera le recordó lo agotada que estaba después de tantas emociones y tantas horas de tren, a pesar de haber dormido tanto. Soñaba con darse un baño de agua muy caliente. Se desnudó frente a un enorme espejo mirando con curiosidad aquel cuerpo delgado en el que habitaba, ¿era hermoso? Se puso el albornoz y las zapatillas que había sobre la cama junto a unos bombones. Le encantó que en la mesita alguien hubiera dejado un cesto con frutas, entre ellas un pequeño y delicioso melón de Yubari. Sin duda iba a disfrutar de su corta estancia en aquel insólito rincón, a muchos metros de altura sobre el suelo. Pensó que nunca había estado tan alto, nunca más allá de las ramas de los árboles a los que había trepado o las aulas del primer piso en las que estudió. Disfrutó de la fruta viendo una película en la tele, era europea y muy extraña, la protagonista le pareció bellísima. Transcurría en un hotel de Tokio muy similar al suyo. Le pareció una preciosa historia de amor y desamor. Luego tomó un baño largo y maravilloso y se metió en la cama. Siguió leyendo el libro desde donde lo dejó, desde la página sesenta y siete...

*Por fin conseguí sacar al profesor fuera de casa. Desde que había empezado a trabajar para él no había salido a la calle, ni siquiera al jardín; por tanto, me pareció que le convendría airearse, aunque solo fuera por su salud...*

¡Cuánta razón tenían esas palabras! Siempre entablaba ese tipo de relación con los libros, parecía como si le hablaran, como si en ocasiones lo escrito coincidiera plenamente con su vida y sus circunstancias, de forma misteriosa y certera. Por fin ella había conseguido sacarse a sí misma de casa y eso sería muy conveniente para su salud, mental y física. Tal vez la energía de su cuerpo llevaba demasiado tiempo estancada, como el río que se estrecha y no deja fluir las hojas que flotan en el agua, y estas se acumulan hasta que se pudren.

Arrullada otra vez por las palabras de Owawa, se fue quedando dormida. Cerró el libro y apagó la luz. Antes de cerrar los ojos miró a través de la ventana las infinitas luces que brillaban en Sapporo, como en uno de sus sueños, como si estuviera sobrevolando la ciudad encima de una mullida y cálida nube mágica.

A la mañana siguiente despertó serena, aunque un poco aturdida, desorientada. Al levantarse se sintió fatigada y dolorida. Venció a la soñarrera y la pereza e hizo sus cotidianos ejercicios de taichí. Era lo único que calmaba una de las consecuencias de su mal. Al despertar los dolores de espalda se acentuaban y el cansancio parecía infinito a pesar de haber dormido. A las ocho en punto trajeron el desayuno. Luego se duchó y comió con calma mientras apuntaba en su libreta algunas cosas que necesitaría para las siguientes etapas de su viaje. Una pequeña tienda de campaña fue lo primero que escribió. También un saco de dormir y una esterilla, un infiernillo, provisiones suficientes para un par de semanas, ¿cómo iba a llevar todo eso consigo?, se preguntó. Ya lo pensaría, no quería por nada del mundo caer en el desánimo. Compraría comida deshidratada o envasada al vacío, unas latas, una linterna y un farolillo, unos prismáticos, una cantimplora, un bastón, un buen cuchillo de monte, unas botas cómodas para caminar, un abrigo mejor que el que tenía, un plumífero, necesitaría también algunos medicamentos, y una mochila más grande para llevar todo... Solo de pensarlo se sintió agotada.

Pagó la cuenta en la recepción y después bajó de nuevo a la estación para informarse sobre los horarios de los trenes a Yubari. Fue un acierto dormir allí. El siguiente saldría en poco más de un par de horas y tardaría otra en llegar a su destino, según le dijo un operario poco convencido. Sacó un billete solo de ida. Después, hizo tiempo comprando todo lo anotado en la lista en las inmensas galerías comerciales que se extendían bajo el hotel. Gastó con precaución, pero al final bastante más de lo calculado, casi un tercio del presupuesto y la aventura no había hecho más que empezar.

Dispuso todo dentro de su nueva y enorme mochila, se la echó a la espalda y sintió un inquietante crujido. Bajó hasta el andén con tiempo de sobra. Se sentó a esperar y a comer algo de fruta. Acarrear aquel peso iba a ser una tortura para su maltrecha columna, sin duda iba a necesitar un animal de carga. Lo conseguiría como fuera. Una vez llegara al final del trayecto, pensó, tendría que caminar, seguramente caminar mucho. Lo ideal sería conseguir un burro o un asno y unas alforjas, así podría llevar todo sin esfuerzo. Recordó a la extraña mujer con la que compartió mesa en el café de la estación de Amori, y también el nombre de su hermano el guardabosques, el tal señor Hayao. Debía encontrarlo, decidió, lo primero sería ir hasta allí y buscarlo. Era un comienzo, un buen impulso para seguir. Tuvo el presentimiento de que aquel hombre sabría ayudarla. Tal vez.

El tren tardó poco más de una hora en llegar a Yubari. Ella bajó en Shimizuwaza,

un pequeño apeadero al pie de una de las pistas de esquí, ahora intensamente verdes, desiertas. Como le había asegurado el revisor, no quedaba lejos de la parada del autobús que llevaba hasta uno de los accesos al parque natural. El autocar iba casi vacío, solo dos o tres personas subieron antes que ella. Durante unos kilómetros ascendieron por una carretera nacional, luego circularon por la ciento treinta y seis, una comarcal estrecha y sinuosa, al final por una pista de limo llena de baches y charcos, un camino forestal que se adentraba más y más en los bosques. En la sierra Yubari solo algunas crestas conservaban un manto de nieve, las más altas. Llegaron a la orilla de un lago inmenso de aguas clarísimas, completamente rodeado de montañas. Allí se alzaba un edificio pequeño que servía de punto de encuentro e información para los pocos turistas que se acercaban, la mayoría prefería acceder a la reserva por Furano, muchos kilómetros al otro lado. Alrededor del pabellón había algunas cabañas de madera de diferentes colores. El lugar le pareció bello y solitario. Demasiado remoto y de una belleza extraordinaria. Preguntó a una diminuta y lacónica recepcionista por el señor Hayao sin demasiado convencimiento ni esperanza, pero lo conocía. Claro que lo conocía. Le indicó de inmediato y muy amablemente cómo llegar a su casa. Estaba arriba, en la falda de un repecho alto y muy inclinado.

La cuesta empezó a hacerse eterna a los pocos pasos, estaba cansada y el petate le pesaba cada vez más. Creyó distinguir al viejo sentado a la puerta de la casa. La subida se le hizo interminable. Cuando estaba más o menos a mitad del camino, vio cómo se levantaba y salía a su encuentro. Eso parecía. El viejo se acercó a buen paso descendiendo la colina, sonriente, saludándola de lejos como si la conociera y la estuviera esperando. Posiblemente la confundía con alguien.

—Pero, bueno..., ¿a quién tenemos aquí?...

—Creo que se confunde —dijo Mei soltando el lastre—, no nos conocemos y...

—Claro que no nos conocemos —dijo el hombre soltando una carcajada un tanto exagerada—. ¿Y qué importancia tiene eso?, hace mucho que nadie sube a visitarme, es todo un placer recibirla, ¿señorita?...

—Mei, me llamo Mei Tanaka y usted debe de ser el señor Hayao...

—Jajaja..., claro que soy el señor Hayao... ¿Quién si no podría ser?...

—Conocí fugazmente a su hermana... Ashitaka... Ella me habló de usted...

—¡Oh! Ashitaka —pronunció el nombre alargando el sonido y con cierta devoción—, mi amada hermana... Qué curioso... ¿Así que conoce a Ashitaka?...

—Compartimos mesa en la estación de Aomori por casualidad y durante apenas media hora, no se puede decir que la conozca. Pero me habló de usted... Dijo que tal vez podría ayudarme. Verá...

—Claro, claro, seguro que podré serle de utilidad, señorita Mei, seguro, pero venga, antes de contarme déjeme que coja su mochila y subamos, arriba en la cabaña charlaremos tranquilamente tomando un tazón de caldo o, mejor aún, un poco de sake, y ya me cuenta...

—No imagina cómo se lo agradezco, pero es pesada y usted no debería...

—¡Paparruchadas!, ¿acaso cree que este viejo ya no tiene fuerzas para cargar con eso?... ¡Traiga aquí! —ordenó con dulzura mientras se echaba encima el bulto como si fuera mucho más ligero—. ¡Aún tengo mucho vigor, jovencita!, y no solo para acarrear como un burro —añadió guiñándole un ojo con picardía.

De improviso empezó a llover, cada vez con más fuerza...

—Vamos, corra, rápido, sígame o se empapará.

—Claro, claro... —dijo Mei bastante aturdida.

Fue incapaz de seguir el paso del anciano cuesta arriba. El viejo ascendió lo que quedaba de pendiente dando veloces zancadas, a buen ritmo con sus piernas un poco zambas pero muy ágiles. Llegó arriba mucho antes que ella y regresó aún más rápido con un enorme paraguas en la mano para protegerla del aguacero. Todo esto sin perder un instante el aliento ni la sonrisa. Realmente era un hombre enérgico...

El cabello largo y blanco le colgaba sobre los hombros, también tenía una abundante y canosa barba. Vestía una especie de túnica grisácea anudada a la cintura con una cuerda, por debajo asomaban unos pantalones negros demasiado largos o caídos, los bajos deshilachados le arrastraban y le cubrían en parte las sandalias. De su cuello colgaba un cordel con una enorme uña de oso, eso le pareció a Mei, era algo muy similar a una garra. Su rostro emanaba bondad y simpatía, era de piel morena y tenía las mejillas sonrosadas, como si se hubiera puesto colorete. A Mei le impactó su mirada limpia, clara y profunda, como las aguas del lago que ya quedaba abajo, mucho más abajo de lo que cabía imaginar.

La cabaña dominaba el idílico paisaje desde lo alto. Nada más llegar arriba la invitó a entrar en su choza mientras cerraba el paraguas. Dentro, justo en el centro de la estancia, sobre un enorme brasero de hierro rectangular, ardía un buen fuego. Alrededor había varias banquetas bajas. La luz de la hoguera iluminaba apenas la penumbra de la habitación. Los inesperados nubarrones habían oscurecido el día y casi no entraba luz por las dos minúsculas ventanas que había a cada lado de la puerta. El lugar resultaba tan acogedor y sereno como el hombre que la moraba. Mei se sintió insólitamente segura y reconfortada, algo que muy pocas veces le había sucedido a lo largo de su vida, salvo en su casa. Tomó asiento cerca del fuego mientras el señor Hayao preparaba unas tazas de té y servía sake en dos cuenquecillos.

—Y bien, niña, cuénteme, ¿qué la trae por estos parajes? ¿En qué puedo ayudarla?...

—Es una larga historia, señor, una historia sin demasiado sentido...

—Me encanta escuchar historias, y las que más suelen gustarme son las que menos sentido tienen...

—Es extraño estar aquí sentada hablando con usted, ¿cómo contarle algo tan íntimo a alguien a quien no conozco en absoluto? —susurró Mei algo turbada—. Aunque, si le digo la verdad, me siento como si hubiera llegado a mi hogar... Tal vez

sea que no estoy habituada a viajar y me encuentro cansada...

—¿De dónde viene la joven Mei?...

—Vengo de Tokorozawa..., de Tokio...

—¿Y a dónde va?, porque usted no tiene pinta de ser una de esas turistas que de tanto en tanto vienen por aquí a extasiarse con estos paisajes...

—Busco un lugar perdido entre los montes Yubari, eso creo, quién sabe si más allá. Y necesito conseguir un burro.

—Entonces ya no está muy lejos de su destino —dijo el hombre soltando una estruendosa carcajada—. Así que quiere un burro para entrar con él en estos montes. Ya le digo que son como un infinito laberinto. Son mucho más frondosos e impenetrables de lo que cabe imaginar...

—Lo imagino, lo imagino —dijo Mei casi en un lamento.

—Intuyo que su viaje comenzó hace mucho tiempo y que aún le queda un buen trecho por delante.

—Posiblemente...

—¿Qué lugar es ese que busca?, seguro que puedo orientarla, conozco bien estos bosques...

—¿Ha oído hablar alguna vez de un lugar llamado Yonsú?...

El talante y el rostro del viejo cambiaron al escuchar ese nombre. Dejó su taza en el suelo y acariciándose lentamente la barba se aproximó a ella mirándola a los ojos...

—Yonsú... Yonsú... ¿Qué sabe usted de Yonsú, jovencita?...

—Poca cosa, créame. De hecho, apenas nada...

—Yonsú es solo una leyenda muy antigua...

—¿Solo eso?, ¿nada más que una leyenda?...

—Eso creen todos —dijo casi en un susurro—, o casi todos...

—Mi difunta madre estaba convencida de su existencia, aunque no tuviera una sola prueba de ello...

—A lo mejor su madre no andaba tan errada...

—Sus palabras me llenan de alegría y esperanza.

—De existir, ¿para qué querría ir a Yonsú?... ¿Por qué?...

—Para esparcir o enterrar las cenizas de mi madre, aún no lo he decidido, las llevo conmigo dentro de la mochila...

—Mira que he escuchado cosas extrañas, pero lo suyo...

—Ya le he dicho que es una rara historia. Mi madre creía en ello. Su sueño era llegar allí, conocer ese lugar.

—¿Cómo supo su madre de su existencia?...

—Una señora que supuestamente estuvo allí y que regresó a la ciudad, meses o años después, quién sabe, dibujó un mapa que más tarde llegó a sus manos. —Mei acercó la mochila, buscó en uno de los bolsillos laterales y sacó el pedazo de tela—. Mire, mírelo bien. —Se lo acercó al viejo—. La mujer también contaba algunas

historias prodigiosas... En fin...

El anciano observó con detenimiento la tela y murmuró apenas un nombre: Hachimori..., Hachimori...

—¿Cómo dice?...

—Hachimori..., el monte Hachimori... Entre el Yubari y el Ashibetsu... Eso parece señalar este bello e ingenuo plano... Pero está equivocado. De existir, la aldea no estaría en las laderas del Hachimori, sino mucho más allá, en otros valles aún más inaccesibles.

—Señor Hayao, vengo de lejos en todos los sentidos. Estoy muy cansada y no me sobra el tiempo. No estoy para adivinanzas. No me lo tome a mal, no crea que es descortesía, pero necesito saber. Sé que no tiene ningún sentido que usted y yo estemos aquí charlando sobre Yonsú, acabo de bajar de un autobús después de recorrer muchos kilómetros en tren, y no es lógico siquiera que esté sucediendo esto. No ha sido fácil para mí tomar esta decisión, me refiero a emprender este viaje; tampoco decidir llegar hasta aquí en busca de su ayuda. Me he sentido muy confusa a medida que me alejaba de Tokio, confusa y asustada, realmente no sé cómo he podido hacerlo. Nunca en mi vida me había alejado de allí. Este es mi primer viaje, el primero de mi vida. Mi madre acaba de morir y... —sollozó—, le suplico que si sabe algo, si conoce, aunque sea de forma muy remota, algo de ese lugar me lo cuente, necesito que me ayude a encontrarlo. Que me guíe de algún modo hasta él...

El viejo atizó el fuego con la mirada perdida en las llamas y las chispas que ascendieron revoloteando.

—Preciosa señorita Mei, se ve a la legua que no ha sido sencillo para usted llegar hasta aquí, que tampoco lo está siendo hablar conmigo. Pero los dioses, los *kodamas* o el destino, quién sabe, la están guiando bien. Eso parece. No sé con total certeza si Yonsú existe o no. Nunca estuve allí. Yo creo que sí, quiero pensar que sí, aunque también imagino que no es un lugar al que los mortales puedan llegar fácilmente. No. Creo que no. Pocas veces he hablado de esto. De existir, señorita, ese lugar está oculto en un paraje muy remoto, demasiado remoto. Dicen que muchos metros bajo tierra, en una enorme cueva a cielo abierto... Esta es tierra de volcanes y de gigantescas grutas secretas. En cualquier caso le sería imposible llegar hasta allí. No lo digo por desanimarla, pero así es. Usted no tendría ninguna posibilidad, y aún menos yendo sola. Solo para intentarlo sería necesario preparar una buena expedición, porteadores, algunos hombres curtidos y bien armados, algunas bestias, provisiones para al menos un mes... No veo que ande usted sobrada de fuerzas y las condiciones de esa travesía serían extremadamente duras, incluso para los más avezados y duros soldados del ejército nipón...

—No voy a desistir... No siga por ahí... Se lo suplico. No me desanime más. Estoy agotada en este instante y no imagina cuánto le agradezco su hospitalidad. Se ve que es usted un buen hombre, un hombre humilde, sensato y generoso. Una buena persona. Sus consejos están dictados por el sentido común y la mejor intención. Pero,

créame, no voy a cejar en mi empeño.

—Debería usted ser más sensata, señorita, es usted demasiado joven y hermosa para arriesgar todo en semejante afán...

—No soy tan joven como cree, ni me considero hermosa. Por favor, no me diga eso, me siento avergonzada. Deje de decir esas cosas, se lo ruego. Soy flaca y fea, lo sé bien, deje usted de burlarse de mí, aunque lo haga con tanta amabilidad... Es cierto que no estoy sobrada de fuerzas. No ando muy bien de salud. Lo sé. También eso me empuja a intentarlo...

—Créame, señorita, no lo conseguiría...

—Es posible... Pero eso no importa...

—¿Acaso quiere morir? —el viejo le habló esta vez con cierto enojo, con un paternal tono de regañina. Mei guardó silencio y pensó bien antes de responder...

—Señor Hayao, puede ser que no me quede ya mucha vida...

—¿Pero qué dice, insensata?, es usted tan joven y tan radiante, aunque quiera creer lo contrario. Pero si parece usted una niña, una jovencita un tanto desvalida, ¿pero cómo va a quedarle poca vida?... ¡Usted está llena de vida!, solo tiene que dejarse de paparruchadas y pararse a vivirla...

—No lo digo yo, lo dice un médico... Lo dice mi cuerpo, mis maltrechos huesos.

—¡Qué sabrán los médicos!... Esos no tienen ni idea..., siempre con sus aires de sabelotodo, siempre sentenciando tristezas, siempre amedrentando a la gente...

—Estoy muy enferma, señor Hayao. Lo dicen los análisis de sangre...

—Eso es imposible, no puede ser, yo lo vería en sus ojos. Deje que le tome el pulso, veamos. Sentiría la muerte en sus latidos, la vería en sus ojos si anduviera rondándola, crea lo que le digo. No creo que tenga nada que no se cure con sopa y descanso, tiene que pasar aquí la noche. Le prepararé una buena cena y un lecho junto a la hoguera. Mañana seguiremos hablando de esto y verá que todo le parecerá diferente cuando descanse. Aquí se duerme bien. Y si hay que buscar la forma de llegar hasta Yonsú, exista o no, mañana la encontraremos juntos. Venga, ¡anítese, señorita Tanaka!...

—¡Qué amable es usted, señor Hayao!, no imagina cuánto le agradezco esto. Y ojalá tuviera usted razón, estuviera en lo cierto, pero me temo que... A lo mejor la muerte no está todavía cerca de mí, a mi alrededor, pero dice el doctor que ya está en camino... Y es un buen doctor. No suele equivocarse.

—Para todos es así. También para mí, ¿qué cree que hago cada día aquí arriba, ya jubilado y solo?, esperarla. No le tengo ningún miedo. Tendría que haber llegado hace años, hace mucho tiempo, y aquí me tiene. Los próximos que cumpla serán noventa y siete, ¿qué le parece?...

—No me lo puedo creer, no parece usted tener más de sesenta.

—Nunca me he rendido a la enfermedad y menos aún a la muerte. No he dejado que me pillara y cerca estuvo muchas veces. Llegará cuando menos me lo espere, claro, pero tendrá que cogermelo dormido si quiere llevarme... No tiene mala

intención, pero me gusta estar aquí, aún disfruto de todo esto, de los días y las noches, de la vida. ¡Ah! Señorita Tanaka, ¡qué bella es la vida!, ¿no lo siente?... ¡Siéntalo! Y verá como entonces no hay muerte que valga.

—Es increíble que a su edad tenga tanta energía, usted sí que es una persona llena de vida. Tendrá que decirme cuál es su secreto...

—Hummm... Es lo que le estoy diciendo. No hay ningún secreto...

—Señor Hayao, diga lo que diga, haga lo que haga, para intentar convencerme de lo contrario, no lo conseguirá. Acepto encantada su hospitalidad, su cama y su cuenco de arroz, pero en cuanto recupere algo de fuerza y de ánimo partiré en busca de Yonsú. Si a usted no le incomoda y si puede ser, descansaré aquí un par de días, me avergüenza otra vez mi audacia, tanta insolencia, al proponerle de este modo que me dé cobijo. Yo le pagaré el alojamiento. Descansaré un poco y después retomaré mi camino. Caminaré un poco más cada mañana para ir preparándome. Debo entrenarme. Sé lo que me espera...

—No tiene que pagarme nada, no diga paparruchadas. Esta es ya su casa, lo sabe desde que cruzó el umbral de la puerta. Así lo ha sentido. Pero le ruego que no sea usted ingenua... Alcanzar Yonsú no será sencillo...

—Da igual. Lo sabré a medida que avance...

—No llegará muy lejos...

—Tanto cuanto pueda...

—Es usted una joven muy terca, y muy valiente. Pero terca como una de mis mulas...

—¡Eso es justo lo que necesito! —Mei rio como hacía tiempo no reía—. Una mula tan cabezota como yo, pero que cargue con este fardo —dijo señalando su mochila—, y si fuera necesario, conmigo, peso muy poco.

—Seguro que menos que una mariposa —añadió Hayao con cariñoso tono de burla—, y eso hay que arreglarlo, voy a preparar algo de comer.

—¿Sabe qué me impulsó a encontrarle? Eso precisamente. Quería que me indicara dónde conseguir un animal..., y mira por dónde usted... Pagaré por él, no tengo mucho dinero, pero...

—Deje de hablar de pagar, ¡diablos! No es cuestión de dinero. Adoro a mis mulas, son mi verdadera compañía, y perderé una de mis queridas bestias si se la alquilo. Y este mundo perderá un ser extraordinario si colaboro en alentar su insensatez...

—Señor Hayao, se lo suplico una vez más, no intente disuadirme... Si realmente quiere usted serme de ayuda. Por cierto, necesitaré también un mapa más preciso...

—Es usted incansable, ¿verdad?...

—¡Oh, no!, pero puedo serlo cuando algo se me mete en la cabeza. ¿Seguro que no voy a ser una molestia para usted? Tal vez podría alquilar una de esas preciosas cabañas que he visto allí abajo. Llevo conmigo una pequeña tienda de campaña, pero sería mejor...

—Señorita Mei Tanaka, deje ya ese discurso, definitivamente es usted mucho más cabezota que un animal... Las cabañas solo se alquilan en verano y son para turistas. No estamos aún en verano ni usted es una turista. Así que déjelo ya, puede quedarse aquí. Tiene que quedarse aquí, déjese de tiendas de campaña. Mi casa no es gran cosa, como puede ver, pero es confortable y acogedora. Y no voy a cobrarle un solo yen, así que ni se le ocurra volver a proponérmelo, eso sí me ofendería.

—Un millón de gracias, señor Hayao —dijo Mei haciéndole una respetuosa y prolongada reverencia.

—No hay de qué, no hay de qué. Y lo de la mula —dijo sonriendo con picardía mientras corría a los fogones— tengo que pensármelo. —Mientras cocinaba siguió hablando en tono burlón—. ¿Cómo voy a dejar que se lleve una? Solo es usted una chiquilla obstinada y loca. ¡La reventaría o la perdería! ¡Ay! Tal vez Ashitaka nunca debería haberle hablado de mí..., pero lo hizo... En fin, por algo será que se topó con ella, por algo está usted aquí... Intentaré ayudarla, pero ahora debe dejar de pensar en todo eso y descansar. No tardaré mucho en preparar esto. Acomódese, siéntase como si estuviera en su casa, puede asearse si lo desea, al fondo hay un baño y tengo agua caliente, solo hay que abrir el grifo, la caldera está encendida.

—Así me siento ya, señor Hayao —respondió Mei casi en un susurro, y con lágrimas en los ojos, habló tan suavemente que él casi no llegó a oír su voz—, es usted un hombre maravilloso, absolutamente lleno de bondad, una de las mejores personas que he conocido jamás...

—¿Cómo dice? —respondió el viejo.

—Que le agradezco infinitamente todo lo que está haciendo por mí. Y agradezco a los dioses que hayan puesto en mi camino a su hermana Ashitaka y que me hayan traído hasta usted...

Mei se lavó y se cambió de ropa. Cenaron casi en silencio al calor del fuego, todo le pareció delicioso. Realmente era un milagro haber encontrado a ese hombre. Después Mei se acostó en el placentero camastro que le preparó Hayao. El anciano la arropó con mimo, casi como lo hacía su madre, y también con extrema delicadeza besó y acarició su frente.

—Buenas noches, señorita Tanaka, duerma tranquila, descanse, ya pensaremos en el modo de llegar a Yonsú mañana, no tema. Que tenga dulces sueños...

Mei se sintió absolutamente feliz, segura, protegida, y cayó derretida en el sueño más largo y reparador que se pueda imaginar.

—Hasta mañana, señor Hayao, gracias por todo...

Al día siguiente Mei se levantó por primera vez en muchas semanas sin el cuerpo dolorido, sin esa fatiga insoportable que la invadía al despertar, desmoralizándola. Se sentía bien. Estaba sola en la casa. Se asomó a la ventana y se desperezó generosamente. Sus labios y su corazón sonrieron a la mañana. Salió e hizo sus

ejercicios matinales mirando el paisaje, el cielo era de un azul asombroso, todo el valle se veía de un color azulado, de un añil algo plomizo. Una melodía bucólica y lejana se podía escuchar apenas, alguna mujer cantaba al pie de la ladera rompiendo el silencio impecable de aquel lugar. Inspiró y aspiró oxigenándose lentamente, llenando sus pulmones y su vientre una y otra vez. Sentía cómo todo su organismo se purificaba con aquel aire repleto de aromas penetrantes. Luego se aseó de los pies a la cabeza con una toalla húmeda.

Estaba cepillándose el pelo frente al espejo cuando escuchó afuera un prolongado silbido. Hayao anunciaba así su regreso. Salió al umbral de la puerta y lo vio subir la cuesta a toda máquina con aire jocosos, muy alegre. Sonreía de oreja a oreja con un recipiente humeante en cada mano y con una cesta en equilibrio sobre la cabeza. Traía el desayuno. Colocó sobre la mesa palillos de sauce, unos cuencos llenos de arroz humeante cubiertos por hojas y de los cestos salieron panecillos y otras muchas delicias. Le dio los buenos días lleno de entusiasmo y preparó y sirvió té verde siguiendo un remoto ritual. Antes de comer Hayao agradeció el alimento a los dioses y rezó especialmente a Huchi, una deidad del fuego que aleja las enfermedades.

—Verá que la suya se la lleva pronto —le dijo convencido.

Mei se deleitó casi en silencio frente a la hoguera que el viejo acababa de avivar, estaba hambrienta.

—Está todo buenísimo, no sé cómo agradecerle tantas atenciones.

—No hay nada que agradecer, ¿ha dormido bien?...

—De maravilla, como hacía tiempo...

—Volviendo a nuestra conversación de anoche y ya que parece usted dispuesta a adentrarse en los bosques sin que yo pueda convencerla de lo contrario —dijo el anciano con cierto tono de misterio—, tendré que contarle algunas cosas. Darle algunos detalles que le serán de utilidad y que tal vez le hagan recapacitar. Incluso llegado el momento, dar la vuelta, regresar antes de que su osada pretensión acabe mal. Así que escúcheme con atención porque esto podría salvarle la vida.

—Le escucho, nada me interesa más que todo lo que usted pueda contarme sobre Yonsú.

—A pesar de que la gente venga por aquí a hacer senderismo, la verdad es que buena parte del territorio es bastante inaccesible y muchas de esas montañas siguen inexploradas. Suben miles hasta el Everest y, ya ve, muy pocos se aventuran a adentrarse en estas cumbres volcánicas. Por increíble que parezca es así. Por algo será. El miedo ayuda, créame. Muy pocos se han atrevido a adentrarse en las tierras sagradas de los ainu más allá de los serenos y sinuosos senderos turísticos. Y algunos de los que lo han hecho han vuelto contando historias terroríficas, o no han regresado —añadió en un susurro—. Estas son frondas bellísimas, pero también tortuosas, maléficas, créame.

»Los ainu tienen creencias animistas, ¿sabe? Para ellos, y a estas alturas también para mí, todo en la naturaleza posee en su interior un espíritu, desde la flor más

insignificante hasta el árbol más colosal de cuantos nos rodean. A esos espíritus los llaman *kamuis* y todos ellos habitan en el alma de la abuela Tierra. Todo, esas crepitantes llamas, estas hojas aún cubiertas de rocío, cada una de estas gotitas, las cordilleras, todas las aves, los insectos y los animales que las pueblan, cada pez del río, del lago y del mar, todo, créame, tiene su propio *kamui*. Ellos lo creen y yo también, he podido comprobarlo mil veces. Como usted y como yo. Creo que no hay otro lugar en el mundo donde eso se aprecie con tanta claridad y certeza como en este rincón perdido del Japón.

»Hace muchos años los ainu habitaron un extenso territorio, una región enorme que empezaba en el norte de la isla de Honshu, abarcaba toda la isla de Hokkaido y llegaba mucho más al norte, hasta la isla de Sajalín y el sur de la península de Kamcatcha. Toda esa extensión era su paraíso, su hogar. Vivían en paz, eran y son gente pacífica, nada belicosa. No hacían daño a nadie, ni siquiera a los osos, a los que adoraban, en contra de lo que cuentan las leyendas.

»A principios del siglo xx casi habían acabado con el pueblo ainu. Ahora su decadencia es más que evidente, los pocos que quedan malviven en reservas como las de los indios americanos, sobreviviendo gracias a las limosnas de los turistas y a las cicateras ayudas del gobierno de Tokio, luchando por subsistir... Apenas queda casi nada de su cultura, de sus costumbres, de su propia lengua...; la mayoría ha olvidado su idioma... Todo ese territorio es el paraíso de sus espíritus, la tierra de los dioses *kamui*, y ellos están predispuestos a la venganza, preparados para mandar al infierno a todos los descendientes de aquellos que expulsaron y casi extinguieron a su pueblo. Son espíritus poderosos y muy peligrosos que anhelan constantemente el desagravio. Hay que tener mucho cuidado con ellos. Usted tal vez no tenga nada que temer, el suyo es un corazón puro, pero... hace muchos años que vivo aquí y hay todavía algo que no alcanzo a comprender en este entorno, alrededor de este lago, dentro de esos bosques y esas montañas. Si se fija bien, son arboledas de una siniestra belleza. Un gigantesco laberinto verde y despiadado. Meterse en él es tentar al miedo y a la muerte, créame.

»Está bien hacer lo que hacen los visitantes, recorrer algunos senderos o dar un paseo en uno de los camiones todoterreno que recorren la ruta del parque natural. Eso debería hacer usted mañana. Son buenos vehículos, muy seguros y potentes, y no demasiado incómodos. Hay varias rutas, la más larga, de unas tres horas. Haga eso. Si quiere yo la acompañaré. Iremos en el coche de Pazu, buen conductor y buen amigo. Eche un vistazo antes, mire bien a su alrededor, así se convencerá de que no debe ir mucho más allá, estoy seguro, créame...

Mei escuchaba embriagada, algo irritada e impaciente. El viejo hablaba muy despacio, a veces con demasiada dureza, otras con excesiva condescendencia, siempre de forma solemne, alargando dramáticamente el final de cada frase, enfatizando algunas sílabas que resonaban como agudos soplidos de flauta. Sacó de su bolsillo una ristra de cascabeles que llevaba envueltos en un roído pañuelo de

rayas rojas y los hizo sonar lenta y ceremoniosamente ante sus ojos...

—Una de las amenazas que encontrará allí dentro serán las bestias, allí habitan muchas, buenas y malas. Ciervos, mapaches, ardillas, cerdos y cabras, pero también insectos temibles, serpientes muy venenosas, fieros jabalíes, lobos y osos. Estos son los peores, los más peligrosos, y el peor de todos es Kesagake, el devorador, una fiera enorme, un asesino desmedido. Debe usted llevar siempre esto consigo, los cascabeles tienen su magia y mantendrán alejados a los osos y a otras muchas bestias. Estos son para los tobillos, ¿ve? Los hará sonar a cada paso y así no se acercarán. Estos otros son para las muñecas y este para el cuello o el cayado, porque un buen palo deberá llevar. También de los asnos deben colgar ristras de cintas y cascabeles.

—Claro, de esa forma, sin la más mínima duda, todos los animales del bosque sabrán por dónde vamos —bromeó Mei agitando los sonajeros—. No tendrán problema para localizarnos...

—No lo tome a broma. A mí me ha salvado muchas veces ese sonido. No les gusta, no les gusta nada, especialmente a los osos. No sé por qué, pero así es, créame.

—¿Qué más debo saber?...

—También será temible el frío, créame, sobre todo de noche si no encuentra un buen resguardo. La temperatura puede bajar tanto y de forma tan repentina que llegará a ser insoportable. El viento, el frío y la humedad pueden acabar con su ánimo y su vida. No lo dude. Necesitará ir bien preparada para que las gélidas madrugadas no le hagan caer rendida a los pies de la muerte, buscar refugio cada atardecer. La niebla también será un enemigo escurridizo, aparecerá siempre inesperadamente. Cuando cae la bruma y penetra en el bosque, rodea cada tronco, oculta cada rama, nada puede detenerla y tendrá la sensación de estar viviendo una densa pesadilla. No verá un palmo más allá de sus narices y se sentirá perdida, oprimida, desesperada. Sé bien lo que digo. Las tinieblas pueden ser muy tenaces y prolongarse durante días. Tal vez tenga suerte, en esta época del año suelen ser menos habituales y persistentes.

»Si consigue llegar lo bastante lejos, habrá un momento en que los caminos desaparecerán, se difuminarán hasta esfumarse convertidos en hierba, en enormes raíces, helechos, musgos y piedras. El sol apenas consigue penetrar en muchas zonas de esa espesura. No habrá horizonte, no lo busque; salvo que llegue a lo alto de alguna cima, no avistará más allá de unos metros. Y si consigue alcanzar una cumbre, ¿qué verá desde allí arriba? Se desesperará. Más y más colinas, y todas le parecerán iguales. A lo mejor la mayoría no son muy altas, pero sí lo bastante empinadas y agrestes como para que su ascenso se haga interminable... Esto —dijo después de hacer una prolongada pausa y sacando algo del bolsillo— también le será imprescindible allá adentro. Es una brújula, le prestaré la mía. Nunca falla. Allí dentro no sirve de mucho la tecnología, ni los GPS, ni los teléfonos móviles. No tendrá otra forma segura de orientarse. Yo le marcaré un rumbo y deberá seguirlo siempre si quiere llegar cerca de...

—¿De Yonsú? ¡Entonces existe!, usted sabe dónde está, ¿eso quiere decir?...

—No le he dicho que sea segura su existencia, solo que es posible, es posible...

—Debería contarme todo lo que sabe, siga, se lo suplico...

—Apenas sé nada. Habladurías. Paparruchadas...

—No me importa que lo sean... ¡Quiero saber!

—Las fábulas ainu cuentan que existe esa aldea perdida en las montañas, una aldea en la que solo habitan unos cuantos viejos condenados a no salir ya nunca más de allí. Viejos que enigmáticamente no están muertos, aunque deberían estarlo, pobres ancianos que sobrevivieron misteriosamente a...

—¿Al bosque de los abandonados?...

—Nadie sabe con certeza dónde está la aldea ni tampoco ese bosque que usted llama así...

—Eso no puede ser una leyenda, señor Hayao, incluso hablaron de ello en los periódicos y en la televisión... Suceden cosas terribles en Japón, ¿lo sabe? ¿Acaso no ha oído usted hablar del bosque Aokigahara? ¡Existe! El mar de árboles está muy cerca de Tokio, casi en la falda del Fujiyama. Lo que allí sucede es una atroz realidad y puede que no sea tan distinto de lo que cuentan que sucede en estas arboledas de Sapporo. Allí cada año decenas de personas se quitan la vida sin que las autoridades hagan nada para evitarlo. ¿Puede creerlo? Todos parecen haberlo aceptado y es tan terrible. Tan terrible que no puedo pensar en ello.

»Los bomberos y los policías van de vez en cuando a retirar cadáveres, los que son capaces de encontrar, solo eso, eso es lo único que hacen. ¿No le parece algo inconcebible? Decenas de miles de japoneses se quitan la vida cada año y lo hemos aceptado. Supongo que pasará en otros lugares del mundo, no lo sé. ¿No cree posible que lo que sucede en Aokigahara pueda estar pasando también aquí? Aunque tal vez sea aún peor... Tal vez aquí ni siquiera mueran por su propia voluntad, puede que no se trate de suicidas, sino de personas ya muy mayores, pobres viejos que son abandonados a su suerte por ser un estorbo. Cuesta creerlo, pero me temo que es cierto, que todo es cierto, que algunos seres humanos pueden llegar a ser aún más crueles y despiadados que el oso carnicero del que me hablaba, peores que el fiero Kesagake...

»Mi madre me contó que en la carretera que lleva a Aokigahara hay un enorme cartel que dice “Recuerda que tu vida te fue otorgada por tus padres y es muy valiosa, piensa en ellos, piensa en tus hijos y hermanos, busca ayuda y no te adentres en este lugar solo”... Algo así. ¿Qué clase de civilización es la nuestra, señor Hayao? Si te suicidas tirándote a las vías del metro, hacen pagar a tu familia por ello, si te ocultas en una arboleda y te quitas la vida, a nadie parece importarles lo más mínimo...

—Puede que todo sea verdad, yo mismo he visto cosas terribles en este ribete de bosques que rodea Sapporo. El de la crueldad es un territorio frondoso. He visto cosas, créame, que hubiera preferido no ver. La muerte está ahí dentro. También el sufrimiento se puede palpar, oler, y apesta tanto como las hinchidas barrigas de los cadáveres en descomposición. Por todo esto que estamos hablando tal vez nunca

debería usted emprender ese viaje... No quiero seguir más con este tema, señorita Tanaka, no me gusta. Mejor, por qué no me habla de usted, cuénteme algo de su vida. —Quería cambiar de asunto—. ¿A qué se dedica, señorita Tanaka?

—No quiero hablar de mi vida. Quiero que siga contándome...

—Y yo necesito saber más de usted antes de seguir adelante —dijo el anciano en tono jocoso.

Mei le sonrió con timidez.

—Antes trabajaba en un hospital, soy enfermera. Hay poco que contar sobre mi vida. Todo es demasiado simple. Nunca ha habido aventuras, ni grandes ni pequeñas, ni fuertes emociones. Mi vida ha sido muy sencilla. Siempre he buscado la calma, siempre he intentado vivir el presente, como los samuráis, solo el *eterno presente*, día tras día... Así durante cuarenta años, ocupándome con determinación y buen ánimo de las pequeñas cosas, de las rutinas cotidianas del hogar y del cuidado de mi madre, poco más. Nada más. Seguro que la suya ha sido y es mucho más sugestiva.

—Las vidas más sencillas suelen ser las más profundas e interesantes. Y sospecho que la suya lo es.

—Le aseguro que no hay gran cosa. Paseo por la vida con sigilo, nada más, siempre ha sido así. Paso por los días de puntillas para que nada se altere. Para no resbalar, para no caer, intentando siempre pasar desapercibida.

—Veo que tenemos cosas en común.

—Mi vida ha sido una buena vida, no me quejo. No hay motivo. No tengo grandes añoranzas ni anhelos, nunca los tuve, y posiblemente así sea más fácil ser feliz, al menos no ser desgraciada. Sí hay algo que a veces añoro: volver a ser una niña. Volver a vivir ese momento en el que el tiempo importaba poco o nada, en el que jugar y soñar era la principal ocupación, lo más importante... Pero eso es imposible. Soy lo que soy. Somos lo que somos. A veces me siento tan mayor, tan agotada de ser mayor...

—¿Pero qué dice, chiquilla? ¡Es usted aún una flor! Y tiene toda una vida por delante, es usted muy joven.

—Las apariencias engañan...

—Yo sí que soy demasiado viejo para casi todo, para pensar en el futuro, pero usted...

—Nunca se sabe cuánto durará la vida.

—Es cierto. Pero ha de confiar en que la suya será larga y serena. Si lo desea con la suficiente determinación, estará más cerca de conseguirlo.

—No cuando la enfermedad se interpone en nuestro camino. Mis días pueden estar contados, señor Hayao, no sé con certeza si viviré dos o tres años más, tal vez diez...

—¿De qué está hablando? No parece usted estar tan enferma, no lo parece...

—No hace mucho que lo sé. Tampoco debe de hacer mucho que estoy enferma, pero parece que será imparable. Empecé a sentirme mal justo el día después del

terremoto y el *tsunami* del año pasado. El doce de marzo empezó todo esto. Al principio achaqué el creciente malestar y la angustia a la pena, al tremendo disgusto que me llevé. La hermana más amada de mi madre y mi tía más querida, Masako, vivía junto a su marido Ofunato en la prefectura de Iwate, ya ve, una de las más afectadas. Mi tío era marino, vivían en una casita de pescadores en la costa. La gigantesca ola se los llevó. No quedó rastro ni de ellos ni de su humilde hogar. Nunca encontraron sus cuerpos. No quedó nada salvo una escombrera llena de cadáveres.

»Cuando un familiar muere a la vez que otras veinte mil personas, no caben siquiera los lamentos, ¿sabe? Aquel dolor, el de cada uno de los que sufrieron alguna pérdida se transformó en uno solo, en un gigantesco aliento de desesperación, en un inmenso sollozo contenido que también devastó todo a su paso, como la mortífera marea. En fin. Aquello me punzó en lo más profundo del alma. Mi médico, el doctor Akira, me dijo que a veces sucede, que en ocasiones un gran disgusto puede desencadenar este tipo de males. ¿No es extraño? Al fin todos morimos a causa de una u otra calamidad, ¿no?

»Desde ese día espero que llegue mi propio *tsunami*. A veces me parece oír su rugido cercano, a veces veo cómo las aguas de mi costa se retiran, otras me parece mentira que algo así pueda llegar a suceder, que esta enfermedad absurda pueda ser una verdadera amenaza. Pero no han parado de hacerme pruebas y análisis desde entonces y los médicos, uno tras otro, han coincidido en su diagnóstico. Todos han dicho lo mismo a lo largo de este último año. Tarde o temprano el monstruo dará la cara y acabará conmigo. Tiene algo de denigrante, ¿no le parece? Saberlo, quiero decir. Saber que vas a morir más pronto que tarde, que el mal poco a poco me irá consumiendo hasta hacerme desaparecer. Es triste. Es horrible. ¡Yo deseo vivir, señor Hayao! ¡Lo deseo con todas mis fuerzas! Y no imagina cuánto me arrepiento de haber menospreciado la existencia alguna vez, si es que lo hice en alguna ocasión. Es tan hermoso sentirse vivo, poder apreciar cada día todos los pequeños detalles, el suave y levísimo tacto de la vida. No quiero perderla, señor Hayao, todavía no...

—¿Por eso quiere llegar a Yonsú? ¿Cree que allí sanará?

—Oh, no, ni siquiera he pensado en eso. Créame, como dice usted. Mi madre sí, ella tenía extrañas certezas al respecto. «No son cosas de viejas», me decía enfadada. Creía en ello y lo deseaba con fuerza. Vivió muchos años obsesionada con la idea de Yonsú, una idea, por otra parte, muy abstracta. Lo mío es distinto. Nunca antes había salido de Tokio. Sentí un extraño impulso después de su muerte. Quiero llegar a Yonsú. Quiero que ella descanse allí para siempre. Nada más.

—Dicen que allí la vida es larga, tal vez eterna. ¿No ha oído hablar de esas cosas?

...

—No pienso en nada de eso, créame usted. Sería maravilloso que fuera cierto, ¡claro! Pero por desgracia eso sí que suena a fábula, a leyenda. ¡Qué quimeras las de la vida y la muerte! ¿No le parece? No quiero morir, por nada del mundo, pero tampoco estoy segura de si me gustaría eso de vivir eternamente. ¿Y a usted, señor

Hayao? ¿Le gustaría?

—La verdad es que no me importaría demasiado, niña —respondió el anciano soltando una risotada.

—No se ría de mí. Apenas sé nada de Yonsú, señor Hayao, ese era el sueño de mi madre. Yo lo he hecho mío porque posiblemente no sepa qué hacer con mi vida, con lo que me quede de vida. Tal vez haya estado y esté completamente vacía y no pueda soportar darme cuenta de ello. Hay algo en el fondo de todo esto... Dudo incluso que Yonsú exista realmente a pesar de mi empeño por llegar. Pensará usted que estoy mal de la cabeza...

—No pienso que esté usted loca, todo lo contrario. Es usted una mujer muy sensata. Su madre estaría muy orgullosa de haber alumbrado una hija como usted. Señorita Tanaka, Yonsú puede existir, creo que es muy posible, y de existir estaría más allá del bosque de las tinieblas... Ese es el problema.

—¿El bosque de los abandonados? ¿A eso se refiere?

—Sí, algunos lo llaman así. Aquí se le llama *el bosque de las tinieblas*, o *el verde mar de las tinieblas*, y realmente hace honor a su nombre. Una densa niebla suele cubrir por completo esas tenebrosas arboledas. Solo por eso debería usted desistir. Entrar en ellas es arriesgarse a no salir jamás. La aldea de Yonsú, si es que existe, estará oculta tras las brumas y será casi inaccesible. Muy pocos habrán conseguido llegar al otro lado, créame...

—¿Qué más sabe, señor Hayao?, se lo suplico, no ande con más rodeos...

—Dicen que allí viven un puñado de viejos locos rodeados de bestias y espíritus. Tal vez ellos mismos no sean más que eso, espíritus errantes, muertos vivientes. Vivos o muertos, cuentan que pasan los días apartados de todo como leprosos. Otros piensan que son víctimas de una maldición anui, que los *kamuis* los mantienen retenidos, que juegan con ellos aterrorizándolos día y noche. Llegar allí no se trataría pues de una bendición, sino de un castigo. No sería un lugar bendito, sino maldito. Los que alcanzaron Yonsú, dice una canción popular, ya nunca podrán regresar, ¿la conoce?, no si es que quieren seguir vivos. —El anciano canturreó un instante de forma ininteligible intentando recordar la melodía—. Y cuanto más viejo se es —añadió con pesar—, peor es el escarmiento. La venganza. ¿Recuerda de lo que le hablaba? Cuentan que nuestra muerte no puede entrar en ese limitado territorio. Los perversos espíritus anui se lo impiden y se vengan así de nuestros antepasados, condenando a malvivir eternamente a esos pobres ancianos. Es triste e injusto, créame. Pagan el escarnio en forma de desalmada eternidad. Quien se aleja de allí muere, eso aseguran algunos... No sé qué pensar.

—Eso debió de sucederle a la mujer que le contó la historia a mi madre, la que le dio la tela con el mapa dibujado. La pobre murió pocas semanas después de tornar. Su deterioro, me contaron, fue macabro e imparable.

—Bueno, bueno, lo más seguro es que todo esto no sea más que una leyenda, paparruchas, no lo olvide, no debe creer del todo en estas cosas.

—Usted las cuenta como si creyera, como si no fueran simples locuras... Como si en el fondo creyera en ello.

—A mi edad, como le digo, no sabe uno ya en qué creer... Puedo indicarle dónde empieza el sendero, el rumbo que más o menos debe tomar, poco más. Al menos por ahí puede comenzar su búsqueda. Realmente me ha puesto usted en un aprieto. Quiero ayudarla y a la vez no quiero, no debo. No deseo decepcionarla ni esperanzarla. No quisiera animarla y tampoco creo tener derecho a disuadirla. Aunque en el fondo de mi corazón siento que usted debería desistir. Volver a casa y esparcir las cenizas de su madre en otro lugar. Volver a casa antes que emprender el camino de la adversidad...

Mei se levantó y paseó despacio y pensativa recorriendo la penumbra de la estancia.

—¿Toca usted el *koto*? —preguntó acariciando el instrumento que el señor Hayao tenía apoyado en una esquina contra la pared.

—De tanto en tanto.

—¿Le importa?

—En absoluto. ¿Sabe usted tocarlo?

Sin contestar, Mei tomó el *koto*, lo colocó con cuidado en el suelo y se arrodilló junto a él. Sus manos acariciaron las cuerdas para comprobar si estaban afinadas, rasgó con suavidad un par de veces y tras guardar un breve silencio empezó a tocar una bella y lenta melodía, *Daigo No Hanamy*, la favorita de su madre. Permitted que las manos y el alma penetraran en el arpa japonesa y se dejó llevar. Oculta en la semioscuridad tocó y cantó para el señor Hayao durante varios minutos. El hombre escuchó extasiado. Afuera el viento empezó a soplar con fuerza y a empujar la puerta y las ventanas, como queriendo entrar para llevarse con él aquellas deliciosas notas. Hayao quedó fascinado con la perfección de la improvisada interpretación. Aquella visita, pensó, era un inesperado y maravilloso regalo. Todo un regalo.

—Ha sido extraordinario. Toca usted con verdadero virtuosismo.

—Muchas gracias, señor Hayao, es usted muy amable y muy exagerado, solo es una afición de la infancia. Pero es tan hermoso su sonido, ¿verdad?

—Bellísimo. Me ha transportado usted muchos años atrás, hasta un amor de juventud aún añorado.

—¿Estuvo usted casado?

—Durante más de tres décadas, pero no con esa mujer, sino con otra. Mi esposa falleció hace unos años. Aquel amor solo fue un sueño, un íntimo secreto. Amé profundamente a mi mujer, una buena mujer. Lo mejor de mi vida fue ella y los hijos que me dio.

—¿Tuvo hijos?

—Sí, cuatro, los cuatro siguen vivos y sanos y a todos amó por igual. Nada hay mejor que eso, que tener hijos y vivir por ellos, créame. Los cuatro andan por ahí llevando adelante sus vidas con salud y diligencia. De tanto en tanto vienen a verme.

Debería usted tener un hijo, no hay nada mejor que eso, nada mejor. Créame, créame...

—¿Cómo se llaman?, si no es indiscreción.

—Oh, no, no lo es. El mayor, Takashi, debe de haber cumplido ya sesenta y siete; el siguiente en nacer, dos años después, se llamó Daisuke; luego vino Minuro, que ahora andará por los sesenta; y el más pequeño se llama Yoshio, es aún muy joven, pronto va a cumplir cincuenta y uno...

—¿Qué se siente al estar enamorado?

—¿Pero qué pregunta es esa? ¿Acaso no lo sabe usted?

—No, no estoy segura. Creo que nunca he estado enamorada.

—Eso es muy triste, señorita Tanaka. Muy triste. Es algo que todos los seres humanos deberían experimentar al menos una vez en la vida. ¿Nunca lo ha sentido?

—Creo que no. A veces sueño que vivo romances con un hombre moreno de ojos muy verdes, siempre es la misma persona. Es muy agradable conciliar el sueño así, imaginando escenas llenas de romanticismo, pero nada más. Con el despertar y la luz del día llega el desengaño y todo eso me avergüenza, me parece algo sin sentido en la vida real. Esto que le cuento no se lo he contado a nadie excepto a mi hermana Misha, y nunca le di muchos detalles. De niña ya fantaseaba con ese hombre, un apuesto y misterioso samurái, que ha ido haciéndose viejo a mi lado, en mis sueños. Nada más. ¿Es raro, no? Sin embargo, no he conseguido sentir eso por nadie. Bueno, hubo un muchacho en la escuela...

—¡Ya decía yo!

—No, no fue nada demasiado especial. Estábamos bien juntos, pero no sentía esas cosas que le digo, todo eso que cuentan los libros o las canciones... Todas esas... ¿bobadas?

—¡Nada de bobadas! Mei... Jajaja... Es usted muy graciosa. Paparruchadas, ¿no?, como digo yo... El día que le suceda cambiará de opinión, ya no le parecerá que puedan ser bobadas. Es bello amar y sentirse amado.

—Eso ya no va a suceder. Míreme, soy demasiado mayor, tengo asumido que seré una solterona. No me importa. Y no quiero hablar más de esto. Cuénteme más de Yonsú. Por favor —dijo Mei un tanto abochornada, entre caprichosa e impaciente.

—Ya le he dicho que estas tierras no nos pertenecen, no son de los japoneses como usted o como yo, son de los árboles, de los animales, de los insectos, de las ánimas del bosque, de los ainu. Ellos ya no están, apenas quedan unos pocos. Los echamos. Pero el territorio sigue siendo suyo y de sus poderosos espíritus. Toda esta gigantesca isla lo es. Y esos bosques en los que usted quiere adentrarse también lo son. Sus espíritus mandan, ellos son permisivos con algunas personas, por ejemplo admiten que los monjes accedan a sus templos, vayan o vengán, y vivan allí sin molestarlos. Saben que los monjes los respetan y los temen profundamente. También dejan que los grupos de turistas deambulen de acá para allá, de mirador en mirador, de sendero en sendero, pero sin adentrarse demasiado, sin apartarse demasiado de los

caminos. Si lo hacen intervienen y a más de uno le han dado un buen susto. No toleran a la gente que intuyen no ama la naturaleza, a los que no la respetan y la veneran. Nos dejan estar aquí, en torno a estos lagos que guardan sus leyendas, sin fastidiarnos, siempre que seamos respetuosos con ellos. De tanto en tanto se divierten con nosotros, a nuestra costa, nos gastan bromas o llegado el caso nos inquietan un poco. Así nos mantienen a raya. No les gustamos, no aceptan a nadie que ellos no quieran en sus bosques. Por eso Yonsú es todo un misterio. Le contaré una historia curiosa.

»Dicen que el emperador Go-Nara, en la era de los señores feudales, sobre el año 1550, ya mencionaba en sus escritos la existencia de un lugar prodigioso en estos parajes, un valle en el que se refugiaba un grupo de samuráis invencibles. En aquellos tiempos se reclutaban guerreros de entre los campesinos, algunos se sublevaron y huyeron a las montañas. Conservaban la juventud y el brío de forma inexplicable y curaban de manera inconcebible sus más graves heridas, se convirtieron en guerreros muy temidos. Decían de aquel grupo de soldados que eran inmortales y que el secreto de su inmortalidad quedaba oculto en estos montes. ¿Qué le parece? Es extraño, créame.

»¿Y si tras ese misterio se ocultara el origen de la legendaria Yonsú? Imagine que algunos pobres viejos hubieran descubierto el secreto que tan bien ocultaron los famosos e invencibles samuráis del general Toyotomi. Hay quien piensa que son los espectros ainu los que cuidan de los ancianos, que conviven y juegan con ellos, que ellos les dan la posibilidad de una vida eterna. Si entra ahí, si no cambia de opinión, ha de saber que ellos estarán a su alrededor y que muy posiblemente intentarán hacerle dar la vuelta, puede que no paren hasta que regrese por donde ha venido. ¿Cómo?, no sé decirlo. Tal vez la asedien convertidos en mapaches o en pumas, tal vez como cuervos dispuestos a comer sus ojos, como hormigas o pequeñas esferas de luz. O no se dejarán ver de ninguna manera y simplemente la acompañarán observándola con curiosidad, indagando en su espíritu hasta saber exactamente cómo es usted, quién es realmente. Tal vez le hagan ver visiones, o le hagan creer que su madre camina a su lado mientras le pide que regrese a su hogar con ella. Intentarán hechizarla, desmoralizarla, asustarla, cansarla, es muy posible, créame.

»Por las noches, muchas veces se los ve entre los árboles, ¿sabe?, de lejos se ven lucecillas que van de acá para allá, dejando estelas blancas, verdes o rojizas, volando a veces a ras del suelo, otras rozando las copas más altas. Al parecer no entran en el bosque de las tinieblas, el que usted llama *de los abandonados*. Allí no. Nadie ha visto sus luciérnagas en esos parajes. Y, ¿sabe por qué creo que es? Porque en el fondo temen nuestra crueldad, no soportan verla, detestan encontrar a la muerte detenida en el rostro de los humanos. No les gusta vernos morir ni tampoco contemplar lo que queda de nosotros tras fallecer. Posiblemente algún día fueron seres humanos, tal vez tuvieron un cuerpo y vagaron vivos por este planeta. Es posible que ninguno de ellos quisiera morir cuando le llegó la hora, no les gusta

recordar lo que fueron o ser conscientes de lo que son. No lo sé, pero tengo claro que existen, que están ahí dentro, que nos esperan, que podrían estar ya esperándola a usted...

Charlaron y charlaron sin medir el tiempo. Hayao era un buen conversador y Mei disfrutaba oyéndolo hablar. Se deleitaba al oír su voz prolongada y profunda, sus palabras serenas y alargadas que lentamente iban dando forma y sentido a un asunto que poco antes no parecía más que una improbable locura. Lo que apenas iban a ser unas horas junto al viejo, un par de días a lo sumo, se convirtieron en tres gozosas semanas que pasaron lentas como los días junto al mar. Mei se sentía reconfortada y segura junto a él y durante ese tiempo Hayao y su casa se convirtieron en padre y hogar para ella. Ojalá hubiera tenido ella un padre así.

El bueno de Hayao pronto dejó de intentar hacerla desistir; al contrario, la fortaleza, la determinación y la energía de la joven Mei le hicieron cambiar de actitud. Ahora era él quien casi la empujaba a emprender esa aventura que, por otro lado, también formaba parte de sus sueños incumplidos. A él le hubiera gustado tener ese denuedo, ese empeño, y haberse atrevido. Hablaron mucho y meditaron juntos cada día al atardecer y antes del amanecer, y compartieron prolongadas sesiones de *chi kung*. Mei también salía a correr y a caminar para fortalecer sus músculos. El ejercicio y la meditación la ayudaban cada día, desarrollaban su resistencia y hacían fluir su espíritu, su sangre, su energía vital. De esa forma conseguía que su mal casi se le olvidara. El estricto entrenamiento y el control sobre su respiración apartaban el desánimo y estimulaban su vitalidad incitándola a seguir, dándole salud y bienestar, expandiendo su mente, cultivando su alma, preparándola para la compleja travesía y la aventura que estaba a punto de emprender. Ya no podía demorar mucho más la partida, no si quería respetar el ritual y esparcir las cenizas de su madre justo a tiempo. Por nada del mundo quería que su tránsito al paraíso pudiera verse alterado por su culpa. Ese tiempo junto a Hayao había sido beneficioso en todos los sentidos. También que los días fueran poco a poco adentrándose en la primavera hacía que su meta fuera más asequible. Era fundamental que durante su marcha la acompañara el buen tiempo, que los cielos estuvieran despejados y que las temperaturas fueran más suaves y llevaderas. Según Hayao, si todo iba bien, si no le fallaban las fuerzas y lograba caminar entre seis y ocho horas cada día, en unas tres semanas bien podría llegar a las inmediaciones del lugar donde se suponía estaba Yonsú.

Poco a poco, pero de forma muy intensa, se fueron conociendo, desvelándose el uno al otro, dándose cuenta de hasta qué punto sus vidas estaban destinadas a encontrarse. Tenía que ser así y así había sido. Hayao se sentía feliz al lado de Mei, daba gracias a los dioses por su inesperada visita, por ese encuentro que le había dado la vida, que lo había rejuvenecido, llenado de energía y vigor, mucho más del que él ya atesoraba a pesar de la edad.

—Pienso vivir al menos hasta los ciento veinte años, señorita Mei, créame —le soltaba socarrón, pero muy convencido de lo que decía. Y recordaba en voz alta las sagradas palabras de su maestro—: «Si el *chi kung* da forma a tu existencia, Hayao, vivirás más de cien años sin esfuerzo». No crea en la enfermedad, señorita Tanaka, échela de su cuerpo, exhálela, sáquela de sus huesos con cada exhalación, no se deje vencer por ella. Usted es mucho más fuerte —le decía con pasión.

Hayao era un hombre sabio, humilde y maravilloso. Un ser lleno de virtudes y generosidad.

Las semanas que pasaron juntos fueron fructíferas, muy provechosas, y no solo por todo cuanto Hayao había hecho por ella al convertir su loca pretensión en una realidad, también por cuanto aquel hombre había enriquecido su alma en un momento tan complicado. Durante aquellos días, Hayao y Mei hablaron de muchas cosas, de la enfermedad, de la muerte y de la soledad, pero también del amor, de la familia, de los padres y de los hijos. Compartieron su pasión por la naturaleza, la música, la lectura o las artes marciales. Debatieron acerca de las leyes de los hombres y las de los caprichosos dioses. Hablaron, pasearon, se ejercitaron, pensaron, comieron, durmieron. Rieron mucho juntos. Hicieron todo aquello que dos almas necesitan para sentirse a gusto estando juntas, disfrutando del placentero discurrir del tiempo sin dar pábulo a las preocupaciones. Pasaron los días conociéndose, sorprendiéndose, beneficiándose mutuamente. Un hombre anciano y una mujer aún joven, dos desconocidos que sin embargo parecían conocerse desde antes de nacer, desde antes de llegar a este mundo que ninguno de los dos, a su manera, terminaba de comprender.

No solo le proporcionó dos de sus mejores mulas bien pertrechadas, también completó con mimo sus provisiones, cuidó cada uno de los detalles del colosal viaje. Reunió los utensilios necesarios para que la travesía, por larga que fuera, resultara más segura y llevadera. Pero lo más importante, mucho más que todo eso, fue conseguir que un buen amigo y uno de los mejores guías del parque accediera a acompañar a Mei. Oboshi sería de gran ayuda, era fuerte como un oso, ágil, astuto y muy diligente. Cuidaría bien de ella. Eso cambiaba por completo la perspectiva, le dijo a Mei con entusiasmo cuando se lo propuso. A pesar de que la idea era absolutamente sensata, le costó convencer a la tozuda Mei. En principio rechazó rotundamente esa posibilidad, quería ir sola, necesitaba ir sola, ese era el reto, ese era su camino y debía hacerlo en solitario. Su resistencia se derrumbó cuando conoció a Oboshi. Mei cambió de opinión de inmediato.

El propio Hayao hubiera deseado acompañarla, nada le hubiera gustado más que vivir a su lado esa experiencia, pero era consciente de sus limitaciones. A su edad, por mucha energía que tuviera, más que una ayuda podría haber terminado siendo un estorbo. Para aquel viaje se necesitaba un hombre aún joven y atlético como Oboshi, que a pesar de tener cerca de cincuenta años gozaba del empuje y la audacia de un joven de veinte. Oboshi era un tipo silencioso y extraño. Había en él algo singular y

alentador, tranquilizador y reconfortante. Inspiraba seguridad y confianza de inmediato. Tenía fuerza y presencia animal, era como un gran perro fiel e inofensivo, pero capaz de convertirse, llegado el caso, en el más fiero aliado, en el mejor defensor.

Mei quedó inmediatamente fascinada por Oboshi, aunque no intercambiara con él una sola palabra. Lejos de parecerle un posible fastidio, una compañía indeseable, rápido entendió que caminar junto a aquel ser extraordinario sería lo más sensato. Su protección podría ser la clave, la llave que definitivamente le abriera las puertas a la posibilidad de llegar a Yonsú. Hayao rogó a Oboshi que estuviera siempre a su lado, muy cerca, velando por ella día y noche, y él aceptó, estaba dispuesto a hacerlo de forma suave e imperceptible. Sería su sombra. Oboshi tenía un extraño aspecto, era bajito, enjuto y peludo aunque llevaba la cabeza casi rapada al cero. De piel parda y ojos muy redondos y oscuros, con enormes pupilas negras, impenetrables. Si te fijabas, en su mirada se podían ver reflejadas las estrellas, como en dos bóvedas celestes. Vivaracha, profunda y limpia como la de algún animal, como la de un oso o un alce. Tenía la nariz ancha y los labios gruesos, robusto el cuello, brazos largos y piernas cortas, con músculos de acero, aunque sus movimientos resultaran tan armoniosos y livianos como los de un bailarín. Era capaz de trepar como un mono o correr como un corzo. Las manos grandes y duras, ásperas, como poderosas garras, delicadas y hermosas. Vestía un kimono de tela gruesa y oscura, una especie de *judogi* muy desgastado, ajustado a la cintura por un también descolorido cinturón del que colgaban algunos jirones de raso azul y la funda de su *wakizashi*, una *katana* corta maravillosamente forjada y bien afilada.

Por su estatura, apenas un metro sesenta y vestido así, podía parecer un insignificante pordiosero, pero no había duda de que, de proponérselo, sería capaz de enfrentarse a diez hombres y derrotarlos, podría levantar rocas o troncos sin demasiado esfuerzo, incluso cargar con una de las mulas y andar con ella a cuestas. En algo era un ser titánico y no parecía japonés, más bien su apariencia era caucásica. Luego Hayao le contó que por sus venas corría la sangre ainu de su progenitor. Poseía algo salvaje, tan noble y turbador que enseguida conquistó el alma de Mei.

Hayao confiaba plenamente en él y en sus capacidades. Eran amigos desde hacía años, buenos camaradas. Se entendían bien mediante signos. Una mirada entre ellos valía más que cualquier frase. Oboshi era mudo aunque no sordo. A pesar de su aparente discapacidad, poseía un agudo sentido del oído.

Los dos hombres pasaron muchas horas junto a Mei preparando el viaje, trazando el mejor itinerario a través de los bosques en sus viejos mapas. De tanto en tanto, compartían con ella algunos pormenores de la posible ruta, le señalaban las zonas más inhóspitas o desconocidas, las que podrían encerrar mayores peligros, las más enigmáticas o misteriosas. Visto así, sobre las cartas, a Mei el territorio para recorrer

no le pareció demasiado vasto o inaccesible.

—Pero una cosa es recorrer un plano con un dedo y otra muy distinta hacerlo a pie durante largas jornadas —sentenció Hayao.

Una tarde concluyeron que todo estaba listo, que estaban preparados para partir. A la mañana siguiente, antes de que saliera el sol, emprenderían camino hacia la aldea de Yonsú. De existir, ¡la encontrarían!, se dijo Mei emocionada e infundiéndose ánimos, como quien se dispone a emprender un viaje a la Luna. Los días de asueto en la montaña la habían llenado de un brío que ya creía olvidado desde los días de infancia. A pesar de que los síntomas de la enfermedad seguían ahí, latiendo de tanto en tanto por sus venas, enmascarados en el torrente de su sangre, molestando en sus huesos, importunando a veces su ánimo, sentía con firmeza el empuje de la vida incitándola a partir, a vivir aquella extraordinaria e insólita empresa que un día soñara su madre. Pensó en ella, le costó creer que estuviera muerta, que viajara a su lado convertida en pavesas. La imaginó esperando en casa su regreso.

—Te llevaré a Yonsú, mamá, no temas, presiento que descansarás en un lugar maravilloso, y tal vez yo pronto te acompañe en tu reposo eterno —le dijo.

En ese instante sintió que el miedo a la muerte había quedado atrás, en su habitación, en su casa, en las calles de Tokorozawa. Sintió que la mayor parte de sus temores se habían ido desdibujando, difuminando, en el trayecto entre su hogar y el del señor Hayao. Inclinandose, respiró profunda y serenamente y dio gracias a la providencia y a los dioses una vez más por haberla llevado hasta allí...

Como habían previsto, Oboshi tuvo todo dispuesto antes del amanecer, los fardos cargados en las mulas, las mochilas bien pertrechadas, la tienda de campaña, las mantas, los sacos, las armas y las provisiones, todo bien repartido y ordenado en cuatro alforjas. En la penumbra que precede al amanecer, justo antes de emprender camino, Mei se aproximó a Hayao, lo miró largamente y lo abrazó con fuerza con los ojos llenos de lágrimas. Sin decir una sola palabra le agradeció una vez más y muy profundamente todo cuanto le había dado a cambio de nada, por nada. Era sin duda un buen hombre, tal vez el mejor que había conocido en su vida además de su abuelo Gigoro. Hayao sonrió satisfecho, orgulloso, y con su voz grave les dijo solo tres palabras: «llevad mucho cuidado». La voz salió de muy adentro, de su vientre, no de su garganta. Durante un breve instante a Mei le pareció adivinar un leve gesto de preocupación en su rostro, en su mirada.

—El buen Oboshi y los espíritus sabrán cuidar de mí —le dijo—, no se preocupe, señor Hayao, nos veremos en unas semanas. Hasta pronto...

Dicho esto, comenzaron a descender lentamente el camino que salía de la casa de Hayao. Al final de la ladera, ya cerca del sendero que rodeaba el lago, Mei giró la

cabeza y miró hacia la cabaña. Quedaba ya muy lejana y no consiguió distinguir su figura. Aun así hizo un gesto de despedida con la mano. «Adiós y gracias por todo, querido señor Hayao», susurró. Mei solo miró atrás esa vez. Al emprender por el sendero que pronto se adentraría en los bosques, sintió un pellizco en el estómago. Alejarse de la seguridad y la hospitalidad del señor Hayao le hizo por un instante experimentar una sensación de miedo y desamparo, una extraña turbación, ganas de dar media vuelta y abandonar esa locura, pero duró poco. Siguió adelante apartando a cada paso ese tipo de pensamientos. Oboshi, como un silencioso y decidido *sherpa*, abría camino tirando suavemente de las riendas de las dóciles mulas. Ella caminaba tras los animales. Bordearon el lago y una hora más tarde ya se alzaba ante ellos la primera línea de gigantes de la imponente arboleda. El camino de arena y limo que debían seguir se perdía más adelante en esa espesura. Se detuvieron un instante y dejaron que los animales abrevaran en la ribera aún cercana. Mei se refrescó el rostro y también bebió un buen trago. El sol ascendía imparable y empezaba a calentar. El día había amanecido precioso y seguía avanzando espectacular. La misma luz que embellecía aquel paisaje idílico no era capaz de penetrar en la foresta. Le pareció aterradora la penumbra que se adivinaba más allá de los senderos, pero también desechó pronto esa idea. Miró al cielo que refulgía azul, magnífico, como si la primavera fuera ya invencible frente a la gélida amenaza de un invierno que aún andaba por ahí, agazapado.

Poco a poco fueron penetrando en el bosque, más y más. A cada lado del camino, que lentamente se iba estrechando, se alzaba un muro de vegetación de aspecto infranqueable, árboles formidables aferrados a la tierra por colosales raíces, enredaderas infinitas, helechos gigantescos, lianas que se perdían en las alturas cubiertas de musgo. Allá donde mirara la naturaleza había tejido una madeja de vegetación impenetrable. Los tentáculos de leño se hundían en el suelo o trepaban por los troncos como gigantescas serpientes de piel rugosa. Desde algún lugar allí adentro, rompiendo el silencio, surgió el estruendoso graznido de algún ave, tal vez un temible *yatagarasu*, un cuervo de la jungla. Su graznido sonó para Mei como una inquietante bienvenida, como una alarmante advertencia. No sabría decirlo. Para bien o para mal, aunque aún le pareciera increíble, sus pasos la conducían ya hacia la improbable aldea de Yonsú, eso si no se perdían en aquel laberinto.

Como leyendo su pensamiento, Oboshi se detuvo un momento y sacó de un bolsillo papel y lápiz, escribió algo en él y se lo pasó a Mei:

*Señorita Tanaka, si en algún momento se extravía, si por alguna razón nos separáramos, mantenga la calma y camine hacia el sur, busque la orilla del lago y rodéela, así siempre llegará al complejo del parque...*

Mei lo miró un instante y lo tranquilizó con un gesto, no tenía intención de separarse un solo instante de él. Por nada del mundo.

Caminaron y caminaron alejándose cada vez más del poblado y el refugio de Hayao. Cualquier signo de humanidad fue quedando atrás, la vida allí adentro era otra cosa. A pesar del malestar y los dolores que de tanto en tanto la asediaban, de lo fatigoso que en algunos tramos le resultaba avanzar, Mei resistía con estoicismo, sin emitir apenas un lamento. Oboshi iba siempre delante, muy atento a su rémora, cada poco giraba la cabeza y le hacía un gesto, como preguntándole «¿todo bien?». Ella intentaba sonreír y asentía, aunque luego se mordiera los labios de dolor, aunque a veces las lágrimas le emborronaran la mirada. Cuando no lo soportaba más tomaba una pastilla. Por fortuna eran eficaces. Lo que más le dolía de todo eran los pies y eso tenía mal remedio.

Las primeras jornadas transcurrieron pesadas, serenas y monótonas, sin ningún sobresalto, aunque agotadoras. Se alzaban antes del alba, desayunaban, rehacían los petates y apagaban bien los restos de la hoguera. El agua no escaseaba precisamente, todo el territorio que recorrían estaba constantemente surcado por riachuelos, lleno de manantiales y lagunillas de agua purísima y cristalina. Cada mañana Oboshi llenaba las cantimploras, también su jarra de aluminio, y vertía con ella agua sobre los rescoldos levantando una nube de vapor y cenizas. Entonces se arrodillaba, agachaba la cabeza y rezaba uniendo las palmas de las manos. A veces a Mei le pareció que el mudo susurraba incomprensibles palabras. Luego emprendían de nuevo el camino.

Avanzaban con lentitud pero con firmeza adentrándose más y más kilómetros en esa tierra ignota de colinas salvajes y volcanes apagados. Caminaban durante las horas en que los acompañaba la luz del día, parando de vez en cuando a reponer fuerzas. Justo poco antes de que se pusiera el sol buscaban un buen lugar y montaban el campamento. Recogían hojas y ramas secas y con extremo cuidado encendían una hoguera. Ese instante, el del reposo junto al fuego tras la penosa caminata, se convirtió en el mayor placer cotidiano para Mei. Soltar lastre, quitarse las botas, masajear los pies, refrescarse, lavarse y cenar era algo maravilloso. Qué bello era sentir algo así, experimentar un placer tan simple y primitivo. Una vez saciadas la sed y el hambre, y ¡qué hambre!, nunca había tenido un apetito tan acuciante ni tan sano, se dejaba caer, desplomada, derribada. Era delicioso tumbarse, desperezarse, estirarse bien y bostezar con ganas, recolocar sus maltrechos huesos, sentir cómo cada músculo se iba relajando. Meterse en el saco, reposar la cabeza sobre el pequeño cojín que robó del tren, posar su exhausto cuerpo sobre la delgada colchoneta, dejarse ir. Mirar el jugueteo de las llamas mientras los ojos se iban entornando, reflexionar tras leer unas páginas o simplemente perder la vista en el cielo, dejar volar el pensamiento sintiendo el reconfortante calor del fuego, oyendo el crepitar de las brasas, los infinitos sonidos que resonaban en el follaje.

Algunas noches dormía junto a Oboshi así, al raso, y era extraordinario, pero cuando el frío y la humedad del amanecer apretaban, Mei usaba la pequeña tienda de campaña. Oboshi siempre descansaba fuera y siempre cerca de su puerta de tela. Su guardián parecía dormir con un ojo abierto y otro cerrado, siempre alerta, vigilante en

todo momento, abrazado a su vieja escopeta de dos cañones y junto a su espada. A Mei aquella actitud le parecía un tanto exagerada, pero tranquilizadora. Se sentía segura con Oboshi a su lado. En cualquier caso aquel paraje no le resultaba hostil ni inquietante, mucho menos que las aceras de las calles y callejones de Tokio.

Que Oboshi fuera mudo, lejos de incomodar a Mei, casi le reconfortaba, se sentía feliz acompañada por sus rotundos silencios. Ni una palabra enturbiaba esa paz, la sinfonía de los sonidos cotidianos del bosque. No sentía para nada que estuvieran incomunicados por ello. Se entendían bien a base de gestos y miradas. Algunas veces, ya oscurecido, mientras intentaba conciliar el sueño, Mei le hablaba, recordaba y recitaba para él algún poema, le leía algunas páginas del libro de Ogawa, del que ya quedaba poco para acabar, o le canturreaba alguna canción. El rostro de Oboshi irradiaba entonces una completa felicidad, escuchaba sonriente sin poder evitar ese gesto de complacencia, casi extasiado, incluso, en alguna ocasión, a Mei le pareció distinguir el brillo de una lágrima recorriendo su rostro, dibujando una plateada estela de melancolía en su mejilla. ¿Qué añoranzas tendría aquel hombre tan puro? ¿Qué aflicciones guardaría en su corazón? Oboshi era un verdadero misterio. El ser humano más singular que había conocido.

Una mañana Mei despertó muy sobresaltada tras un extraño sueño, o una pesadilla, no era sencillo distinguir en el agrisado sabor que había dejado la ensoñación. Gritó y despertó a Oboshi, que se incorporó de un respingo, dando un salto como una fiera, con una mano ya en el guardamonte del arma, la culata en el hombro y el dedo acariciando el gatillo presto a abrir fuego, mirando alrededor con ojos diferentes, furiosos, taimados y muy abiertos.

—No pasa nada, señor Oboshi —le dijo Mei intentando serenar el susto y su alerta—, ha sido solo un sueño.

Oboshi soltó una risotada y bajó el fusil. Lo dejó en el suelo y se puso como si tal cosa a calentar agua para el té y unos panecillos de arroz para el desayuno. «¿Qué ha soñado, señorita Mei?», le preguntó con los labios, las manos y la mirada. Cogió la libreta y escribió:

*¿Acaso se le ha aparecido en el sueño un kappa, algún duende pájaro, una mujer oso...?*

—No, nada de eso —le respondió Mei aún un poco turbada—, soñaba con mi hermana y con mi padre. Es muy complicado describir lo que se siente en los sueños, ¿no le parece, señor Oboshi? Son tan extraños y se esfuman con tanta facilidad. Ya apenas recuerdo con exactitud lo que sucedía hace un minuto. El cartero me devolvía una carta que le escribí a Misha, así se llama mi hermana. En el sobre ponía «dirección desconocida, devolver al remitente» o algo así. Pero parecía su letra, como si ella misma lo hubiera escrito buscando un burdo pretexto para devolverla, como si no hubiera querido abrirla, y... rasgué el sobre y de dentro salió una especie de humo

azulado, un hálito denso y fosforescente, que ascendía convirtiéndose en algo aterrador, una especie de monstruo que tenía la cara de mi padre, aunque no se pareciera demasiado a él, aunque no pareciera humano y... No quiero cansarle más con mis bobadas.

Oboshi escuchaba atentamente mientras recogía el campamento y le hizo un gesto para que continuara contando, pero Mei ya no quiso seguir.

Caminaban unas ocho horas cada día y hacían de media unos diez kilómetros; no era mucho, pero el terreno resultaba extremadamente complicado, muy empinado a veces. Eso cuando todo iba bien, cuando Mei tenía fuerzas suficientes y los riscos no frenaban aún más su caminar. Una semana después de su partida habían avanzado algo más de cincuenta kilómetros. Oboshi hizo cuentas y trazó sus cálculos con un palito sobre la arena, a Mei le pareció una cifra desorbitada, como si se tratara de años luz, tenía la sensación de no avanzar, no podía creerlo. Sintió cierto orgullo y también desazón. ¿Realmente habían avanzado tanto? ¿Qué lejos se sentía de todo! Aunque de haber ido solo, hubiera duplicado esa distancia, Oboshi le confesó que no estaba nada mal. La zona donde se suponía podía estar Yonsú quedaba ya cerca, no tardarían en llegar, debía prepararse. Le escribió:

*A partir de ahora todo será distinto.*

Mei miró a los ojos de Oboshi intentando averiguar a qué se refería con aquella inquietante frase, pero este apartó la mirada. Las montañas cada vez eran más empinadas, más altas y amenazantes, algunas cimas aún conservaban penachos de nieve. Oboshi movió los labios diciendo «por allí está, tras esa montaña».

La última sería una dura etapa, atardecía y debían descansar. Esa noche fue la primera en que Mei sintió un incómodo desasosiego desde que se despidieran de Hayao hacía algo más de siete días. Apenas cenó, tenía un nudo en el estómago. Se sentía inquieta, insomne. A media noche salió de la tienda y extendió la esterilla y el saco al lado de su custodio. Se acurrucó pegada a su enorme espalda bajo las estrellas. Oboshi abrió los ojos, pero no dijo nada, no movió un solo músculo.

—Tengo miedo —le susurró Mei—, estaré mucho más tranquila aquí a su lado.

Oboshi respiró profundamente y se incorporó un poco girándose hacia ella, puso una de sus manos sobre la cabeza de Mei y le dio unas suaves y tranquilizadoras palmaditas. No había nada que temer...

«Tal vez no», pensó Mei, pero se tapó la cabeza con el morral de plumas y cayó en un febril duermevela. Todos los sonidos resultaban inquietantes esa madrugada. Cada dos por tres le parecía oír susurros, pasos que se acercaban, extraños y exagerados silencios, respiraciones cercanas. Las mulas, siempre tranquilas, golpeaban con las pezuñas y resoplaban inquietas esa noche. Le pareció como si una

araña enorme o una sinuosa serpiente se deslizara sobre la tela azul del saco. De tanto en tanto despertaba atenzada por el terror asomando solo los ojos y la nariz, temiendo que sus temores fueran ciertos, que aquel irreverente pánico estuviera justificado. Una de esas veces se quedó boquiabierta ante lo que pudo contemplar, quedó paralizada, tan muda como Oboshi. Decenas de esferas de luz revoloteaban como insectos a su alrededor, entre los arbustos y las patas de los animales, que parecían no inmutarse por eso. Unas eran más brillantes que otras, unas más grandes y otras más pequeñas, unas blancas y otras azuladas o verdosas. No atinaba a hablar, así que dio un sutil codazo a Oboshi. Él también vio aquello, Mei no estaba soñando.

—¿Qué es eso, señor Oboshi? —le preguntó.

Pero nada más escuchar su voz las lucecillas se esfumaron, huyeron veloces en todas direcciones, unas elevándose al cielo, otras a ras del suelo, dejando breves estelas luminosas, zigzagueando hasta perderse.

Oboshi se levantó, encendió la linterna y buscó un palito. Iluminó el suelo cerca del rostro de Mei y escribió:

*Son solo kodamas, no la molestarán, no volverán, duerma tranquila.*

—Entonces, ¿los espíritus del bosque existen de verdad? —dijo Mei—. ¿No se trata de leyendas?

Oboshi asintió ceremonioso, aquellos bosques eran realmente sobrenaturales, en ellos habitaban espíritus, fantasmas, demonios, espectros, tal vez monstruos...

Mei lo miró con los ojos muy abiertos y sacando la lengua con gesto cómico fingiendo estar aterrorizada.

—Me deja usted mucho más tranquila, señor Oboshi —ironizó burlona.

El hombre soltó una risotada y gesticulando con ternura recordó a Mei que debían dormir, que aún quedaba un largo camino hasta Yonsú. Se arrodilló junto a ella, la arropó y besó su frente con delicadeza. Mei sintió cómo una especie de corriente recorría su piel, una insólita energía, un fluido sobrenatural que penetró hasta su cerebro y la serenó por completo. Experimentó una pasmosa sensación de paz y se quedó dormida como si el roce de aquellos labios la hubiera anestesiado dulcemente.

Como le advirtiera Oboshi, estaban a las puertas de parajes en los que todo podría cambiar. Los *totoros* y *kodamas* nunca suponían una amenaza, pero se adentraban en el territorio de Kesagake, el gigantesco oso pardo devorador de hombres, la bestia que más miedo infundía a Oboshi, pues sabía que ni siquiera las postas habían sido capaces de acabar con su vida. Eso contaban los que acertaron a disparar sobre él. Pocos de los que tuvieron la desgracia de encontrarse con Kesagake en las montañas de Hokkaido sobrevivieron, algunos cuerpos aparecieron desmembrados, terriblemente mutilados. Hacía años, Kesagake bajó desde las montañas hasta algunas granjas y aldeas de las que se llevó animales, hombres, mujeres y niños, incluso algún bebé. Siempre está furioso, lleno de rabia, y guarda un profundo rencor hacia los

seres humanos porque los ainu, durante uno de sus más ancestrales ritos, robaron algunos oseznos mientras las madres osas hibernaban. Allá por donde iba, Kesagake dejaba a su paso largos regueros de sangre. Algunos de los cazadores que, en contadas ocasiones, se encontraron con la bestia y se enfrentaron a ella juraban que, a pesar de acribillarlo a balazos, no consiguieron derribarlo, como si el plomo no le causara ningún daño, y al final siempre escapó. Lo describieron como un ser terrorífico de unos cuatro metros de altura y una tonelada de peso, con garras y colmillos desproporcionados. Su mirada, su aliento y sus gruñidos resultaban insoportables. No era un oso común, más bien una gigantesca y horripilante alimaña, un muerto viviente mucho más monstruoso y sanguinario que el peor de los *kashas*, los espíritus vampíricos que roban cadáveres recientes para devorar su carne y beber su sangre.

Mei despertó bien descansada aunque aturdida tras el breve, profundo y reparador sueño inducido por el misterioso beso de Oboshi. Tenía la sensación de haber dormido largas horas, aunque apenas fueron cuatro o cinco. Tras la agitada madrugada, Oboshi debió de alzarse muy temprano, estaba amaneciendo, aunque era difícil decirlo, la mañana estaba gris, muy nublada, amenazaba lluvia. Su guía había recogido prácticamente todo y cargado las mulas que seguían algo inquietas. En sus pezuñas ya tenían amarradas las pulseras de cascabeles que tintineaban de forma melodiosa. Oboshi también había atado a sus tobillos unas campanillas. Le sonrió haciéndolas sonar, silbando y bailando graciosamente, a la vez que le acercaba unos cuencos. Uno con sopa de miso, otro con arroz y unas tiras de pescado seco, también un buen tazón de té humeante. Quería animarla, aunque algo en su rostro y en sus ojos resultaba sombrío. Parecía preocupado. Debía desayunar bien, reponer fuerzas. Apagó el fuego y repitió su ceremonial ante el volar del vapor de agua y las cenizas. Tal vez fue un error haber encendido el fuego aquella noche, pensó Oboshi, estaban llamando demasiado la atención, tentando a la suerte.

Recogieron todo y caminaron de nuevo durante buena parte de la jornada. Pero algo había cambiado. Mei lo notó enseguida y su rostro empezó a reflejar aquella preocupación, también lo notaron sus pulmones. Le costaba respirar por la ansiedad. Su aliento agitado e incoherente iba fatigándola en exceso. El bosque gemía de tanto en tanto de una forma turbadora. Era un quejido indescriptible, humano e inhumano a la vez. El viento parecía susurrar entre los árboles palabras magnéticas, advertencias, las silbaba con desasosiego como subyugantes siseos de serpiente. Los animales, como si también pudieran intuirlo, se mostraban más y más tercos, más reticentes a seguir caminando, ascendiendo por el desdibujado sendero de piedras. El terreno iba haciéndose más escarpado, avanzar se hacía más y más duro, muy complicado. La marcha por las empinadas laderas se hizo pesada y penosa para Mei, y no solo por el cansancio acumulado después de tan intensas caminatas. Algo inquietante iba

enturbiando lentamente el aire y pesaba en el ambiente. Eso le parecía. El cielo se cubrió por completo de nubes bajas y oscuras que amenazaban tempestad. De hecho, el cabello de Mei se erizaba alzándose al cielo cargado de electricidad. Vieron un grupo de jabalíes pasar a toda prisa cuesta abajo, algunos ciervos huir ladera arriba, mapaches, ratones y topos corrían a esconderse en sus madrigueras, las serpientes zigzagueaban veloces, arañas enormes trepaban con urgencia por las sedas, pero no era nada de eso lo que la inquietaba. Comenzó a notar una presencia cercana que se hacía más evidente a cada paso. Tuvo la sensación de que algo o alguien los seguía con extremo sigilo, era algo casi imperceptible pero evidente. Un demonio, un mal espíritu. No quiso precipitarse y confesar a Oboshi sus temores, solo apretó los dientes y siguió caminando, vigilante, pero empeñada en serenarse. La mente a veces se ofusca, se dijo, y nos hace ver y sentir lo que no existe. Pero aquellos parajes que antes le parecieron mansos y bellísimos iban tornándose a sus ojos en una tierra tenebrosa e impura.

Pasaron el día subiendo y bajando interminables e inclinadas colinas, una tras otra. Al llegar cerca de la cima de la más alta, Mei ya estaba completamente agotada, al borde de la extenuación. Iba a rogar a Oboshi que pararan cuando este, como adelantándose a su pensamiento y sus deseos, levantó la mano haciéndole un ostentoso y tajante gesto para que se detuviera y guardara silencio. Oboshi se deshizo con sigilo de su carga y descolgó el arma con rapidez, la montó con gesto certero y trepó veloz con ella en la mano, saltando de roca en roca por los enormes riscos que coronaban la cumbre algo más arriba. Oteó detenidamente desde allí, apuntando alrededor mientras giraba. Miró y olfateó las inmediaciones como lo hubiera hecho un animal. Mei dejó caer la mochila también con cuidado de no hacer ruido, subió trepando hasta donde estaba él y se acercó despacio, agazapada.

—¿Qué sucede? ¿Qué ha visto, señor Oboshi? —le preguntó casi en un susurro—. He tenido la sensación de que algo nos perseguía, ¿es así? ¿Estamos en peligro por alguna razón?

Oboshi intentó calmarla con la mirada.

—No es nada —acertó a decirle con los labios—, tranquila.

Pero no lo estaba. Después Oboshi bajó lentamente las bocas de los cañones y apartó el dedo del gatillo. El peligro había pasado. Al menos de momento. Apoyó la escopeta contra una roca, ató bien las mulas a una rama y las liberó del peso de las alforjas para que reposaran sus cuellos, sus patas y sus lomos. Las bestias se pusieron a pastar, era una buena señal. Parecían menos inquietas. Empezó a soplar una brisa agradable, húmeda y llena de aromas. Olía a tierra mojada, a flores y a musgo. Lloviznaba. El agua pareció limpiar el aire y llevarse los malos augurios. También llevados por el viento, como pequeñas mariposas, volaban algunos pétalos azules. Una imagen insólita que infundió a Mei serenidad. Fuera lo que fuera lo que la inquietara, parecía haberse esfumado hacía rato, al menos ella dejó de percibirlo.

Oboshi, algo abatido, se sentó en un pedrusco, sacó una bolsita de tela de debajo

de los faldones y llenó su pipa con unas hebras de tabaco. La encendió pensativo, como si le rondara la cabeza alguna importante decisión que tomar. Dio unas largas y profundas caladas y le ofreció a Mei. Ella lo rechazó con un gesto. Nunca había fumado, pero el aroma del tabaco le resultaba agradable, le recordaba a su madre, a la que le encantaba liar y fumar cigarrillos. Pensaba esto cuando sucedió algo completamente desconcertante. El mudo Oboshi le habló con voz profunda...

—Montaremos aquí el campamento. No se asuste, señorita Mei. Puedo hablar, sí. No suelo hacerlo, no me gusta demasiado hacerlo, pero tengo voz y palabras para usarlas cuando es necesario. Y creo que ahora lo es. Un día muy lejano, por razones que no vienen al caso, juré que no volvería a decir nada en vano. Fue un solemne juramento, es una larga, complicada y triste historia. Pasé muchos años encerrado en un convento perdido. Cumplí con lo pactado y terminé acostumbrándome. Todos piensan que soy mudo. Sucedió cuando era solo un muchacho, casi un niño, un joven aprendiz de monje en un monasterio budista de Koyasan, en la montaña sagrada. Hasta me suena raro oírme. Allí, en aquel tiempo tan lejano, hice votos de humildad y silencio, pero los dioses saben perdonarme cuando los rompo. Ahora es necesario que le hable a usted con claridad...

Tenía una voz bonita.

—No sé qué decir, señor Oboshi. Soy yo la que ahora se ha quedado sin palabras —le dijo Mei completamente anonadada.

—Lamento que se sienta usted engañada y entiendo que se sienta usted contrariada...

—Oh, no, no, por favor. No crea que me siento ofendida, no le juzgo, hasta puedo entenderle, aunque no lo crea. Yo de pequeña también elegí muchas veces no hablar, hacerlo solo en secreto, cuando no había adultos delante. Aunque eso me acarree muchos problemas y dejé de hacerlo.

—Creo que se cierne sobre nosotros algo malo, siento su amenaza. Tal vez mañana mismo deberíamos dar media vuelta, señorita Tanaka, empezar a descender...

—No, no diga eso, señor Oboshi, hemos llegado ya demasiado lejos, no podemos abandonar ahora. No podemos rendirnos. ¿Cuánto falta? Dígame. Muy poco, ¿verdad?, ¿usted lo sabe? Hemos caminado tanto...

—No queda mucho. Atravesar esas arboledas al pie de aquella ladera. Yonsú está un poco más allá, en algún lugar ahí enfrente, cerca de las cascadas de la galaxia azul. Ya no queda lejos, pero no creo que debamos seguir. Nuestras vidas pueden estar en serio peligro. He presentido que algo va a sucedernos, señorita Tanaka, y debo atender a mis presagios. Si se trata del fiero Kesagake, puede que ya estemos muertos, sin remedio. Temo que el oso haya seguido nuestra pista y esté al acecho. Retirarse ahora sería peligroso. Pero creo que mañana mismo, al amanecer, deberíamos regresar por donde hemos venido y a toda prisa. No me mire así, señorita Tanaka —le suplicó—. Mataremos a uno de los mulos para que la bestia se sienta

atraída por su sangre y se entretenga devorándolo. Aunque prefiera la carne humana, no resistirá la tentación. No quiero asustarla, pero aún menos que le suceda algo y que eso recaiga sobre mi conciencia eternamente. Ya es tarde para volver, aunque quisiéramos ya no podríamos escapar, estamos agotados, hambrientos y pronto empezará a anochecer. Nos queda instalarnos y rezar para que llegue pronto y en paz el nuevo día. El cielo está cada vez más amenazante, puede que baje la cegadora niebla o nos caiga un buen chaparrón. Lo mejor será permanecer en este alto, pernoctar al refugio de estas rocas. Desde aquí se domina todo alrededor, si se acerca lo veré, así podré dispararle y acertar con seguridad. Aunque cuentan que las balas no pueden con él...

—Es curioso, el señor Hayao me habló del oso devorador de hombres. Entonces, ¿es cierto? ¿Tampoco es un cuento para asustar a los niños? De pequeña, mi madre nos contaba a mi hermana y a mí una historia en la que aparecía el terrible oso y nos moríamos de miedo. Yo también he notado una presencia inquietante, ¿sabe? ¿Era eso? ¿Es Kesagake?

—No lo sé, ojalá que no. Ahora poco podemos hacer salvo parapetarnos lo mejor posible, montar el fortín. Pasaremos aquí la noche. No tardará en ponerse a llover con fuerza, así que debemos encender el fuego cuanto antes. Buscaré leña seca y la pondremos en ese hueco al resguardo de la lluvia, ahí montaremos la tienda para que usted pueda dormir seca. Detrás de la hoguera, entre esas dos piedras. Vigilaré mientras descansa unas horas.

—¿Y usted? También debe descansar. Enséñeme cómo se dispara ese trasto y así yo podré también hacer guardia.

—Esta vieja escopeta la tiraría hacia atrás nada más apretar el gatillo, señorita, tiene demasiado retroceso para alguien tan ligero como usted...

—No se confunda, soy fuerte, creo que se lo he demostrado durante estos días.

—No es cuestión solo de fuerza, sino de peso, y usted es ligera como un *kodama*.

—Muéstreme cómo se hace, señor Oboshi —insistió Mei.

Le explicó cómo agarrar y encarar el arma, cómo centrar la mirilla para apuntar, cómo colocar los pies y cómo respirar antes de apretar el gatillo. Mei se sintió poderosa empuñando la escopeta y también más tranquila, si fuera necesario no dudaría en disparar, sabría hacerlo. Montaron el campamento como dijo Oboshi. Sujetaron el doble techo de la tienda de campaña con un montón de pesadas piedras y rezaron por que no soplara viento. Encendieron un buen fuego. Cenaron unas tiras de atún, tomates secos y arroz con almendras. Echaron en el té un chorrito de *shochu*, un aguardiente que les devolvió el alma al cuerpo. Aunque el peso de las nubes seguía ahí, sobre sus cabezas, no descargaron demasiada agua.

Escampó y Mei se sintió reconfortada después de cenar al calor del fuego. El trago de alcohol también ayudó a que se sintiera mejor, un poco embriagada, pero algo más serena. El sorprendente hecho de que Oboshi pudiera hablar también era algo muy tranquilizador. Durante unos minutos los nubarrones se abrieron dejando

pasar la luz de la luna, que brillaba alta, muy por encima de las nubes, a salvo en la oscuridad y las alturas. Aquel instante de absoluta belleza extasió y conmovió a Mei. Sollozó emocionada. Nada malo podía sucederles, rogó a sus dioses...

Empezó de nuevo a chispear y Oboshi le pidió que se cobijara en la tienda y descansara. Al alba decidirían qué hacer, si seguir adelante o regresar. Oboshi echó más leña al fuego para avivarlo, como se descuidara terminaría apagándose bajo la lluvia. Comprobó una vez más que el arma estaba bien cargada, montada y a punto para disparar, también que su espada estaba a mano, pronta para ser desenfundada. El chaparrón se hizo más intenso. El hombre se enfundó su chubasquero azul y se cobijó bajo un enorme paraguas a la puerta de la tienda. Las mulas relincharon inquietas, un relámpago iluminó por completo la noche y al poco un trueno rompió el silencio. A Mei le aterrizaron las tormentas, aunque le fascinara contemplarlas a través de la ventana de su cuarto. Por espantar al miedo empezó a pensar en cosas hermosas, en su madre y en su casa, en los maravillosos días junto a ella en su hogar, en cuando se acurrucaban abrazadas sobre el colchón bajo la ventana a escuchar música y ver pasar las nubes o el caer de la lluvia. Recordó cómo le acariciaba la espalda, el pelo, las orejas y la frente mientras se quedaba dormida cada noche. Aquellos recuerdos la hicieron llorar amarga y quedamente dentro de su saco. Empezó a canturrear una vieja canción infantil. La letra, que ya apenas recordaba, brotaba de su boca como por arte de magia. Era un triste *ondo* que de pequeña solía cantarle su madre para arrullar sus sueños. Hablaba del desespero de una golondrina en busca de la primavera, volando perdida en mitad de una tempestad de nieve. A Oboshi le pareció la melodía más bella y melancólica que había oído en toda su vida. Sacó de debajo de su ropa su *shakuhachi*, una flauta de bambú que su padre había elaborado con sus propias manos y que siempre llevaba consigo. Encajó las dos partes del instrumento, llevó a sus labios la embocadura y empezó a soplar suavemente. Cerró los ojos y, dejándose llevar por la armoniosa voz de Mei, la acompañó en su canto. Aquella noche entre los dos improvisaron una preciosa canción. Su sonido era delicado como el rumor de la hierba que crece y recorrió las arboledas dócilmente, acallando el bullicio nocturno de los insectos, de todos los seres invisibles que poblaban aquel lugar. El chasquido de los leños entre las llamas y el gotear de la lluvia pusieron el resto. Las notas penetraron en el alma de la noche con intensidad, también en las suyas serenando el temor que aún abrigaban, adormeciéndolas, tal vez intentando en vano ahuyentar a la muerte. Aunque ella, siempre perversa, ya tenía todo dispuesto...

Ya acostados, Mei habló a Oboshi con entrega y sinceridad.

—Tengo que agradecerle todo lo que está haciendo por mí, señor Oboshi. No entiendo cómo aceptó usted acompañarme en esta loca empresa, sin conocerme, sin recibir nada a cambio...

—No tenía nada mejor que hacer y me lo pidió mi buen amigo Hayao. Esa es

suficiente razón. Además creo que es una noble causa la que la empuja a hacer esto. Hayao me contó que quiere que su madre descanse en esa tierra soñada por ella. Eso la honra, señorita Tanaka...

—Sí, ahí va mi pobre mamá, en esa mochila. ¿Cree que llegaremos?, ¿que podré esparcir sus cenizas?

—Creo que deberíamos regresar...

—Yo creo que deberíamos seguir adelante, ya no estamos lejos, ¿no es así?

—Es usted terca como esas buenas mulas. Y también muy valiente.

—Sí, soy muy cabezota. Valiente solo lo justo. Más que valor tal vez sea la inconsciencia lo que me empuja a seguir adelante —rio Mei al reconocerlo.

—Buenas noches, señorita Mei, descanse. No tardará en llegar el amanecer.

—Buenas noches, Oboshi...

Durmió algo inquieta, y la noche, efectivamente, pasó muy veloz.

Mei despertó con unas terribles ganas de orinar. Tiró con urgencia de la cremallera del saco que estaba atascada y la bajó con dificultad. El día amaneció moteado de nubes que de tanto en tanto descargaban. Lloviznaba mientras Oboshi, acucillado junto al fuego, preparaba el primer té de la jornada. Mei salió de la tienda y corrió tras unos arbustos para aliviarse. Le pareció ver sombrías caras dibujadas en la lluvia y se asustó. Acabó cuanto antes y regresó al lado de Oboshi.

—Buenos días, señorita Tanaka, está usted bellísima esta mañana —le dijo él sonriendo cándidamente y con voz grave.

La dejó completamente desconcertada. Aún no se había hecho a la idea de que Oboshi hablara, aún no se esperaba oír su voz y menos todavía que pronunciase palabras tan amables y cautivadoras. Ningún hombre le había dedicado nunca ese tipo de cumplidos. Le devolvió el saludo algo sonrojada, desperezándose mientras intentaba contener un generoso bostezo. Había dormido regular y le dolía todo el cuerpo. Le resultó extraño no escuchar la algarabía habitual de los pájaros, como cada mañana. Era un silencio abrumador que la pellizcó en el estómago.

—¿Sucedo algo? —le preguntó en voz baja a Oboshi.

Este se puso en pie negando con la cabeza y le pasó una taza humeante, parecía relajado.

—Cuando termine de desayunar le mostraré algo, señorita Tanaka.

Una vez apuró su té y una bola de arroz, siguió a su guía en silencio.

Oboshi cogió sus armas y descendieron un trecho por los riscos, luego caminaron unos doscientos metros hasta donde la montaña quedaba cortada en un profundo abismo. Se acercaron al borde del acantilado reptando y desde allí contemplaron un prodigioso panorama. Unos cientos de metros más abajo se extendía un suave valle completamente cubierto de árboles en flor, había miles de ellos, de todas las formas y tamaños posibles, algunos gigantescos y absolutamente repletos de florecillas

blancas, todos rodeando un pequeño lago. Del centro de aquellas oscuras aguas emergía una pequeña isla cubierta de frondosa hierba. Alrededor, la superficie de la laguna estaba completamente quieta y reflejaba el cielo y las nubes como un inmenso espejo circular. Era algo bellísimo. Sobre la pradera del islote se movían unas cuantas figuras refulgentes. Parecían guerreros ejercitándose en el arte del kendo, cortando el aire con sus *katanas*. Las inquietantes figuras de luz parecían no tocar la hierba, flotaban y luchaban entre ellos haciendo elegantes siluetas con sus espadas. Cada movimiento dejaba una estela púrpura, una bruma azulada y evanescente.

—Son espectros —le dijo Oboshi en un susurro.

—¡Espectros! —Mei no podía creerlo, había visto cosas sorprendentes, pero nada igual a eso.

En torno a ellos revoloteaban miles de luciérnagas brillantes, eso parecían. Se quedó boquiabierto, jamás había contemplado algo similar. Era una escena de ensueño, absolutamente irreal, fantasmagórica e hipnótica.

Permanecieron extasiados durante un rato hasta que, a un gesto de Oboshi, se retiraron con mucho cuidado de no ser vistos. Luego regresaron arriba, a su refugio entre las rocas, y buscaron de nuevo el cobijo y el calor del fuego. Hacía frío. Mei sintió miedo otra vez, pero no lo confesó.

—¿Qué eran, señor Oboshi? ¿Fantasmas?

—Sí... Los espíritus de un grupo de guerreros perdidos, exiliados, que ya no militaban en ningún ejército ni servían a ningún señor. Así llaman a esa isla en su honor, *la isla de los últimos samuráis*. Ahí pasaron sus últimos días. Libraron una cruenta batalla en estos montes, eran muchos menos que sus enemigos, apenas un puñado en comparación. Se vieron completamente desbordados, asediados. Lucharon con fiereza, pero terminaron cruzando a caballo el lago hasta llegar al islote en el que intentaron hacerse fuertes, resistir. Pero les llovían las lanzas y las flechas desde las orillas cercanas. Además cayó sobre ellos una gran nevada. Se parapetaron entre los cadáveres de los animales y buscaron calor y abrigo abriéndolos en canal, metiéndose entre sus entrañas. Así aguantaron un tiempo, alimentándose de su sangre y de su carne. Pero tras unas semanas de asedio el frío y el hambre estaban matándolos. Débiles y enfermos, entendieron que la situación era irreversible, desesperada y humillante para aquellos guerreros acostumbrados a luchar con nobleza y cuerpo a cuerpo. No había escapatoria. Aquella forma de morir no cabía en su estricto código del honor. No era una muerte aceptable para tan valerosos espadachines. Todos optaron finalmente por el *seppuku*, el ritual del suicidio. Mejor que rendirse o ser definitivamente derrotados, uno tras otro se inmolaron haciéndose el haraquiri ante la mirada atónita de los soldados que los asediaban. Luego, a la vista de todos, sus almas se elevaron y se desvanecieron como nubes de rocío. Desde entonces siguen ahí. Eso sucedió sobre el año 1860, cuando empezó el declive de los señores de la guerra y muchos fueron perseguidos y expulsados de la isla de Honshu. Algunos huyeron al norte buscando refugio aquí, en Hokkaido, en las tierras ainu...

—Recuerdo un poema muy antiguo —le dijo Mei—: «las vidas de los samuráis eran bellas y breves como las de las flores de los ciruelos y los cerezos», tal vez por eso sus espíritus sembraron esos árboles en las laderas que rodean el lago. Siempre admiré a los samuráis, desde muy niña. Las vidas de esos guerreros medievales eran fascinantes. De pequeña quería ser como Musashi, pero en versión femenina...

—Morir para ellos fue la puerta a una nueva existencia honorable y espectral, más acorde con los mandatos del *bushido*. Esas flores decoran y veneran la tumba de los héroes. Desde entonces vagan por el islote y nadie se ha atrevido a acercarse a sus dominios. Sobre la hierba están aún sus esqueletos, sus armaduras, las *katanas* y las *wakizashis* con las que se dieron muerte. Son espadas muy valiosas, a cualquiera podrían hacerle rico, pero son sagradas. Nadie ha osado intentar hacerse con una de ellas. Tocarlas supondría una insufrible y pavorosa muerte, seguramente. Una de ellas, que aún sigue clavada en la hierba, perteneció a Tokugawa Ieyasu, un legendario jefe samurái, uno de los más importantes de los tiempos antiguos. Está en todos los libros de historia. Por todo lo que le cuento, este recóndito lago, estas remotas laderas cubiertas de cerezos son seguramente de las más bellas y misteriosas de todo el Japón. Cuentan que esos árboles prodigiosos nunca pierden sus flores, las conservan incluso durante los más crudos inviernos...

Aquella triste historia fascinó a Mei.

Oboshi se acercó hasta las alforjas que estaban unos pasos más allá cubiertas por un plástico. Rebuscó en una de ellas y sacó algo que le dijo iba a enseñarle, parecía un cuaderno o un libro. Nada más incorporarse sucedió lo inesperado. Veloz como una centella, una colosal bestia apareció de la nada justo detrás de él. Era una especie de oso gigantesco, negro como la noche y de dimensiones desproporcionadas. Sin darle tiempo siquiera a girarse para verlo, el monstruo lanzó su enorme pata izquierda como un látigo y arrancó la cabeza de Oboshi de un certero zarpazo. La testa salió volando y pareció girar a cámara lenta hasta llegar muy lejos, cayó al suelo y rodó aún unos cuantos metros dejando sobre la hierba un reguero intensamente rojo; luego se precipitó al vacío por el despeñadero. Mei se quedó petrificada durante los eternos segundos en que sucedió todo eso. El animal había clavado la otra garra en el cuerpo, entre las costillas, profundamente, y lo mecía en el aire a un par de metros del suelo. Las piernas y los brazos de Oboshi se balanceaban inertes como péndulos, parecía un muñeco de trapo, y de su cuello seccionado brotaba un chorro de sangre que el carnicero bebía con ansia mientras clavaba sus ojos amarillos en Mei, desafiante.

Buscó con la mirada la escopeta, pero estaba demasiado lejos de ella y demasiado cerca de su enemigo. No pudo más, agarró su mochila y echó a correr ladera abajo, tal y como estaba, descalza y sin ropa de mucho abrigo. Completamente horrorizada, como si la persiguiera el mismísimo diablo, pálida como un cadáver y en completo estado de *shock*. Mientras se alejaba de la pavorosa escena oyó a su espalda los brutales rugidos del animal, tan poderosos que hacían temblar las ramas y las hojas de todos los árboles. Nunca había oído nada igual. Eran gruñidos escalofriantes, como

de ultratumba, que atronaron en todo el valle.

Mei corrió y corrió desesperada, desesperanzada, despavorida, con el corazón desbocado y sin mirar dónde ponía los pies, esperando sentir en cualquier momento el retumbar de sus pasos al acercarse a la carrera, su aliento en su espalda o en sus tobillos, oler su fétida presencia, notar cómo su cuerpo se abría en canal, cómo sus afiladas y sanguinolentas uñas desgarraban su carne. Mei no imaginó que la hambrienta fiera no tenía ninguna prisa por devorar su escuálido cuerpecillo, estaba deleitándose, entretenida engullendo el robusto cuerpo del hombre que acababa de matar.

Ella trotó y siguió trotando de forma enloquecida, dando enormes zancadas, saltando como una gacela por encima de piedras y matojos, esquivando raíces, troncos y ramajes, resbalando una y otra vez en los charcos y en la hierba húmeda, tropezando y levantándose cada pocos pasos por lo abrupto del terreno y lo empinado del descenso. No miró atrás ni una sola vez. Así recorrió un buen trecho de ladera hasta que se topó con el borde de un pequeño desfiladero de piedras. Cuando vio el vacío delante de ella y quiso frenar ya no tuvo tiempo ni espacio suficientes, la caída era inevitable. Resbaló y se desplomó por un barranco de unos seis metros. Tras golpearse en la cabeza, ya sin sentido, siguió rodando como una muñeca rota hasta el fondo de la hondonada mientras su cuerpo inerte iba magullándose un poco más con cada roca. Un enorme macizo de mirtos en flor frenó su caída. Mei quedó tendida bocabajo sobre los arbustos, ensangrentada, completamente desvanecida, con la ropa hecha jirones y el espíritu a punto de escapar de su cuerpo. Casi a punto de exhalar su último aliento. Más arriba, en los riscos desde los que había emprendido su carrera, aún se oían los rezongos de la alimaña masticando la carne de su presa, un lejano y espantoso crujir de huesos que Mei ya no pudo escuchar. Cuando la bestia hubiera acabado su festín no sería raro que siguiera su rastro y la encontrara.

Aquello podía ser el fin. Estaba realmente perdida...

Y a era hora de despertar, no de morir. Aunque apenas le quedara un soplo de vida, Mei recobró el sentido. Lo primero que vio al entreabrir los ojos fue el trasero de una cerda gigantesca, el animal tiraba de las angarillas en las que ella iba tumbada medio bocabajo, arrastrándola y baqueteándola por el agreste terreno. ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente?, se preguntó. Tal vez aún lo estuviera, tal vez todo lo que veía formaba parte de un sueño. Se miró las manos, le costaba mucho enfocar, estaban llenas de arañazos, llenas de sangre medio seca, apenas las sentía. Miró hacia su vientre, a través de la ropa hecha jirones pudo ver la profunda herida que tenía abierta en un costado, aún sangraba. Empezó a recordar, a ser consciente de su estado, de su situación. Posiblemente se la hizo con una rama al huir en su loca carrera, o al caer por el desnivel. Le dolía todo, la boca le sabía a sangre y a barro, sentía una sed insoportable. «¡Agua!», pensó en decir, quiso suplicar, pero las palabras no salieron de sus labios. El traqueteo a bordo de la improvisada camilla se le hizo insoportable, deseó perder de nuevo el sentido, desvanecerse para dejar atrás el dolor. Era especialmente fuerte en las costillas del lado derecho y en toda la columna cervical.

El animal iba dejando un rastro pestilente a cada paso y cada vez que defecaba le salpicaban sus heces en el rostro y en el pelo. Ascendía despacio por una empinada cuesta moviendo armónicamente las ancas. Se fijó mejor en la comitiva. Al lado de la enorme cerda caminaba una anciana apoyándose con firmeza en una vara larga. Mei intentó de nuevo gritar, pero parecía haberse quedado muda, no era capaz de articular palabra, su garganta estaba tan reseca que apenas podía tragar, siquiera respirar. En medio de aquel tormento pensó en la urna con las cenizas de su madre, «¿dónde está?, ¿dónde estoy?, ¿dónde la he dejado?, ¿qué me ha pasado?», sollozó. Aquellas preguntas trajeron a su mente muchos turbios pensamientos, imágenes fugaces de todo lo acontecido. La silueta de un enorme oso, la cabeza de Oboshi girando por el aire chorreando sangre, los colmillos ensangrentados de la bestia, los petates tirados, el fuego en el campamento, las cantimploras. Necesitaba beber agua, absolutamente. Su último recuerdo era el de agarrar la mochila y salir corriendo aterrorizada ladera abajo. Eso era lo último que recordaba, correr despavorida por el bosque, arañarse, jadear, tropezar, gritar, caer...

¡Necesito beber agua!, intentó gritar de nuevo sin éxito, solo emitió un leve

gemido. La puerca y la anciana seguían adelante ajenas por completo a sus dolores, a sus desvaríos y su angustia. El camastro saltó al pasar sobre una piedra grande y su cuerpo rebotó casi inerte. Sintió una aguda punzada, el corte pareció arder y sangró aún más, creyó morir de dolor, casi lo deseaba. Al poco se desmayó de nuevo.

Cuando volvió a abrir los ojos se habían detenido. El sol se filtraba a través de millones de hojas, desde el infinito, disuelto en millones de rayos y destellos. Alrededor todo quedaba moteado de luz. Miles de pájaros cantaban a la vez y soplaba una deliciosa brisa repleta de aromas. Parecía que el dolor se le hubiera anestesiado un poco, solo sentía una punzada al intentar moverse. La herida estaba cubierta por una gasa mojada y ya no sangraba. Era incapaz de saber cuánto tiempo había transcurrido desde su último despertar. Un perrito blanco y canela empezó a lamerle la mano, parecía querer limpiar sus rasguños. El rostro de la vieja apareció a su lado; se arrodilló junto a ella mirándola con curiosidad. Hizo un gesto de inquietud al destapar la herida. Volvió a lavarla con el trapo húmedo. Le sonrió con dulzura y por fin le dio de beber. Nunca unos tragos de agua fueron tan deliciosos. Le alzó un poco la cabeza, metiendo la mano bajo su nuca, ayudándola así a incorporarse para que pudiera tragar mejor. Aquellos sorbos de agua fresca parecieron reanimarla de inmediato, refrescaron su boca, le abrieron la tráquea, serenaron el ardor de sus entrañas, aliviaron su espíritu, le dieron de nuevo la vida. «¡Qué deleite beber cuando se tiene sed! ¡Sed de verdad!», pensó. Sintió que podía respirar mejor. Luego la anciana le metió en la boca algo que sacó de la suya ya masticado, completamente triturado, unas hierbas amargas y pegajosas, malolientes.

—Trágalas —le dijo la anciana—. Bebe más agua y traga, verás que en un rato te sentirás mucho mejor, niña.

Ella le hizo caso y engulló a duras penas aquella asquerosidad. Sintió náuseas y escalofríos, tiritaba.

—Hay que bajar esta fiebre —insistió la vieja, hablaba con firmeza y dulzura a la vez mientras le acariciaba con suavidad el rostro—. Esto aliviará pronto el dolor, verás. —Con el agua de una tinajuela empapó otro paño, lo escurrió y se lo puso en la frente—. Pronto te sentirás bien, créeme.

El cerdo pastaba un poco más allá, hociqueaba entre la hierba en busca de frutos, no muy lejos de lo que le pareció un esqueleto recostado en la maleza que rodeaba un gigantesco árbol. Aún debía de estar delirando. El perro se acurrucó cariñoso a su lado en la camilla, sentir su calor en el vientre era reconfortante. Mei pudo al fin salivar, despegar la lengua del paladar y decir algo, aunque fuera solo con un hilo de voz.

—¿Dónde estamos? —le preguntó a la anciana haciendo un gran esfuerzo—. Tengo que recuperar las cenizas de mi madre —le suplicó con cierto desvarío—, he debido de perderlas.

—No te preocupes, niña, están aquí, las tengo yo, recogí tu mochila del suelo —le aseguró mientras la abría y le enseñaba la urna intacta—. Disculpa que haya mirado dentro, no quería meter mis narizotas en tus asuntos, pero buscaba la forma de saber quién eres. Estaba cerca de donde te encontramos, bueno, te encontró Hachi —le dijo acariciando al perrito, que movió la cabeza de forma muy simpática al escuchar su nombre—. Él olfateó tu rastro desde muy lejos, empezó a ladrar inquieto y luego salió en tu busca, solo tuve que seguirlo. Supuse que se trataría de otro viejo, por eso salí con la cerda y las angarillas, lo último que esperaba era encontrar una niña medio muerta —rio al decirlo—. Hachi se puso a aullar a la muerte nada más verte, él me llevó hasta ti, a mí y a Ayumi, esta buena marrana —dijo dándole unas palmadas en el lomo—; a veces pienso que entiende perfectamente todo lo que le digo. —Volvió a reír—. Pero dime, niña, ¿cómo te llamas, pequeña?

—Mei, me llamo Mei —le respondió aún aturdida—, Mei Tanaka. —Las hierbas parecían hacer su efecto y todo le dolía menos, se encontraba bastante mejor aunque apenas pudiera moverse.

—Yo me llamo Sayu, querida. —La anciana le dio a beber más agua—. Bebe, bebe toda la que quieras, está fresquita, bebe. Ahora, Mei, tienes que ser buena y descansar —le pidió—, intenta dormir, ya no queda mucho para llegar. Si tienes ganas de orinar, háztelo encima, pero qué digo, si ya te lo has hecho varias veces; no te preocupes, luego te daremos un buen baño, limpiaremos y curaremos bien todas tus heridas. Intenta echar un sueño, lo que queda es más suave, pronto dejaremos atrás estos pedregales, el camino será de hierba, ya queda poco para llegar, niña, descansa.

—¿Para llegar a dónde? —acertó aún a preguntarle Mei.

—A mi humilde casa, a la aldea de Yonsú —le respondió la anciana.

Aquellas palabras hicieron que el corazón le latiera desbocado dándole un vuelco a su alma, se sintió profundamente turbada, agotada. Quería hacer mil preguntas a Sayu, pero se sintió de nuevo desfallecer y cerró los ojos complacida. Mientras pensaba que todo aquello podía ser solo un vívido y extraño sueño, notó cómo a una voz de la anciana la cerda echaba a andar tirando de la camilla, arrastrándola otra vez pesadamente. Probablemente aquello no era más que eso, se dijo quedándose dormida, un raro sueño del que pronto despertaría. Nada habría sucedido, no habría partido a ninguna parte y Yonsú seguiría siendo solo un deseo, una absurda leyenda. Estaría al lado de su madre, en casa, también junto a su hermana; saldría a tomar un poco de aire con ellas al jardín, se sentarían juntas en el banco y charlarían, reirían juntas de nuevo...

La luz del amanecer la despertó muchas horas más tarde. Estaba tumbada en una confortable cama, todo olía a limpio, la almohada, las sábanas, la manta, sus manos y su pelo. Apenas le dolía nada, apenas quedaba rastro de malestar en su maltrecho cuerpo. Estuvo un buen rato inmóvil, despertando y bostezando, mirando cómo

danzaban los visillos movidos por la brisa, las flores en el alféizar que asomaban detrás de ellos, el prodigioso resplandor del sol naciente. A medida que su luz fue iluminando la estancia pudo ver que estaba en una acogedora choza, con el techo de paja y las paredes de madera. Descansaba sobre un colchón de mullido heno. En la mesilla estaba la urna con las cenizas junto a una jarra de agua, un vaso y un jarroncito con flores frescas. Se sentía como si hubiera dormido mil horas, toda una vida, enormemente reconfortada y hambrienta; «buena señal», pensó. Se sentó en el borde del jergón y miró cómo le colgaban los pies, todos los arañazos y moretones habían desaparecido, prácticamente todos. Llevaba puesto un suave camisón de paño blanco que le quedaba enorme y que olía a romero, todo en la habitación olía así, a romero y a lilas, a madreselva y azahar. Era una sensación maravillosa. Se subió el faldón para verse la herida del costado, prácticamente estaba curada, el profundo corte se había cerrado casi por completo y sin necesidad de sutura. Toda la zona que antes estaba raspada, llena de sangre, macilenta y amoratada, tenía un aspecto casi normal. Era imposible. ¿Cuánto tiempo llevaba inconsciente? Imaginó que semanas. Pensaba en esto cuando alguien llamó tras el portón de dos lamas.

—¿Estás ya despierta, niña? —Era la voz de Sayu. Su mano empujó la parte de arriba de la puerta con timidez—. ¿Ha despertado ya nuestra bella durmiente? —volvió a preguntar—. ¿Cómo estás, niña? Mucho mejor, por lo que veo —dijo alborozada al comprobar que Mei estaba sentada en la cama, con buen color y una preciosa sonrisa en los labios.

—Buenos días, señora, me encuentro mucho mejor, tanto que no me lo puedo creer.

—Ya te dije que sanarías pronto, ¿ves?, ahora tienes que comer, te he traído un buen desayuno, pequeña.

—No imagina cuánto se lo agradezco, cuánto le agradezco todo, la verdad es que estoy hambrienta, no sé qué me comería —le respondió Mei, pero Sayu ya había salido a toda prisa en busca de las viandas.

Enseguida entró de nuevo con una bandeja llena de manjares, un gran cuenco de arroz, una humeante sopa de miso, panecillos recién horneados, ensalada de verduras, una trucha asada. Mei devoró buena parte de todo aquello con extraordinario apetito, comió hasta no poder más, hasta sentirse completamente saciada. Mientras desayunaba, Sayu le narró los detalles de su rescate, cómo la había encontrado tras seguir a su perrillo, estaba medio muerta, había perdido mucha sangre. De llegar un poco más tarde, le contó, seguramente habría fallecido.

—¿Realmente estoy en Yonsú? —le preguntó Mei muy conmovida, con lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta.

—Sí, estás en la aldea de Yonsú —le aseguró Sayu—, ya ves que la leyenda era cierta.

Mei le habló entonces de su loca aventura, de las circunstancias que la habían llevado hasta allí, hasta ese trágico final junto al malogrado Oboshi.

—Os topasteis con la peor fiera de estos bosques —dijo la anciana en voz baja, como temiendo que alguien pudiera oírla, tal vez aquel demoniaco animal—. Lo sorprendente es que no te devorara a ti también, podría haberte alcanzado dando tres zancadas, es muy veloz y siniestro, ¿llegaste a verlo bien? —le preguntó Sayu con gran interés.

—Recuerdo una enorme sombra, tenía un pelo muy largo y muy negro que le cubría todo el cuerpo, era enorme, todo era enorme en él; el hocico brillante y muy húmedo babeaba abundantemente. Su silueta apareció de improviso detrás de Oboshi, como surgida de la nada, apenas pude verlo bien, aunque jamás olvidaré lo que vi —le aseguró—. Sus fauces abiertas, sus estremecedores rugidos mientras sus garras destrozaban el cuerpo de Oboshi —sollozó Mei.

—Ya pasó, pequeña Mei —la consoló Sayu abrazándola—, ya pasó, todo eso quedó atrás, aquí estarás muy bien, verás. Tenías la ropa destrozada, pero en la mochila llevabas algunas prendas. Por si acaso te he cosido y arreglado este viejo traje de *chi kung*, es mío, de cuando era mucho más joven, ya no me vale y es de buen algodón, aún está como nuevo. Ven, seguro que te sirve, pónelo y sígueme, te presentaré a todos, están deseando conocerte —le suplicó como una niña impaciente—; no he dejado que te molestaran.

—Dígame, señora Sayu —le preguntó mientras se lavaba la cara y se cambiaba de ropa—, ¿he dormido durante muchos días?

—Oh, no, claro que no, pero sí durante muchas horas —rio la vieja—, veinticuatro al menos.

—Pero yo tengo la sensación de... Me encuentro demasiado bien para haber pasado tan poco tiempo —le confesó—, no puede ser, no puedo haberme recuperado tan rápido. ¿Y las heridas? Están casi curadas.

—Todo eso es otra historia, niña, y ya hablaremos de ello en su momento. Ahora ven, sígueme, que todos quieren conocerte, ven...

La vieja tomó su mano y tiró de ella hacia afuera. Al traspasar el umbral de la puerta la luz cegó sus ojos y le costó mirar alrededor, ver con claridad. Cuando pudo al fin abrirlos y enfocar, vio que una veintena de ancianos rodeaban la cabaña, todos la esperaban sonriendo, saludándola tiernamente con las manos. Delante de ellos, sentado meneando el rabillo, estaba el pequeño Hachi. Al verla corrió feliz hacia ella y de un lado para otro ladrando; luego se alejó persiguiendo a una enorme mariposa.

—Os presento a la joven Mei —dijo Sayu alzando la voz—. ¿A que es una preciosidad de niña?

Todos aplaudieron dándole la bienvenida mientras murmuraban alegres. Ella, desconcertada, muy alborozada, unió sus manos y se inclinó ante ellos saludándolos, mostrándoles toda su gratitud y su respeto. Lloró como pocas veces lo había hecho, lentamente, sintiendo en aquellas lágrimas una reconfortante felicidad, una maravillosa sensación de nostalgia, de amor, de plenitud. «¡Qué bella es la vida!», pensó sin saber bien por qué. Aquel inesperado recibimiento, aquella escena, todo le

pareció absolutamente conmovedor. Se fueron acercando tímidamente, se agacharon ante ella saludándola, y le tomaban las manos o acariciaban su rostro con cariño...

Allí vivían veintiún ancianos, quince mujeres y seis hombres. Sayu se los fue presentando uno por uno. A medida que pronunciaba sus nombres, estos hacían con la cabeza una lenta y solemne reverencia ante Mei.

—Este es Kazuo y este es Kaito, te presento a Kamui, el pionero, a Setsuna, a Takeshi, y aquí tienes a Hisoka, el más joven de todos, solo tiene ochenta y seis otoños —dijo riendo burlona—. Estos son los hombres de la aldea, no son gran cosa, pero no tenemos otros —añadió soltando una sonora risotada.

Las demás mujeres se unieron a la carcajada y también se fueron acercando.

—Ella es Noriko, Hikari, Chigusa, Ayumi, Shizuka, Misa, Saya, Maiko, Hokuto, Satsuki, Reira, Sakura, Shiika, Sachiko y yo misma, la vieja Sayu. Todas nos sentimos muy felices con tu llegada, hacía tiempo que no veíamos a nadie y mucho menos a alguien tan joven como tú, casi una niña.

Todas reían y asentían algo nerviosas. Mei a punto estuvo de interrumpir su discurso, pensó en decirles que ya no era una niña, que ya tenía cuarenta años, pero su actitud era tan enternecedora que no dijo nada. Parecían tan felices como si de verdad se hubieran reencontrado con una nietecilla. Eso siguió diciendo Sayu:

—Será nuestra pequeña, nuestra nietecita —les propuso mirando a Mei que cada vez estaba más confusa y azorada, pero feliz igualmente—. Ahora tienes un buen puñado de abuelas y abuelos, niña, y todos te trataremos muy bien, mejor que bien. Entre todos intentaremos que jamás te arrepientas de haber llegado a Yonsú, nuestra querida aldea...

Yonsú era un pueblecito realmente encantador. Estaba muy arriba, perdido en una ladera, entre las montañas, como siempre soñó su madre. Quince chozas rodeadas por una amplia empalizada se alzaban en una pradera. Otras dos cabañas estaban aún en construcción, las habían levantado ellos mismos, apenas tenían la paja del tejado y la estructura de madera. Un poco más allá, al lado de los huertos, había otra mucho más grande que usaban como granero y almacén, y al lado otra que hacía de establo, donde guardaban a los animales cuando era necesario. También había alrededor varios huertos esplendorosos, vergeles llenos de verduras, un montón de fértiles frutales. En la ladera se adivinaban varias terrazas sembradas de arroz. En el establo tenían seis vacas, cuatro cerdos, unas cuantas cabras, diez gallinas, un par de ocas y varios patos que deambulaban por allí a sus anchas. También dos asnos y una mula. Esos animales le hicieron pensar en qué habría sido de los de Hayao, seguramente la bestia también los habría devorado.

Era un lugar rústico y perfecto. Según le explicó Sayu, prácticamente todo lo habían restaurado o construido los viejos. La aldea se levantaba sobre los restos de un antiguo poblado ainu que quedó abandonado. El primer anciano que llegó allí,

Kamui, contaba que encontró un pueblo fantasma, todo estaba como si sus habitantes hubieran huido de forma precipitada. Algunas chozas habían ardido y quedaban restos del incendio, otras estaban semiderruidas, otras, dos o tres, seguían en pie y casi intactas. Por fortuna, el almacén había resistido. En su interior dejaron aperos de labranza, armas y herramientas, toneladas de leña bien cortada y apilada, ropa y otros enseres, barreños, tinajas, marmitas, telas, mantas, útiles y menaje de cocina. También dejaron atrás, abandonados, algunos animales, los mismos que ahora tan bien les servían. Allí, dentro de la gran cabaña, había un poco de todo, incluso instrumentos musicales, varias flautas cortas y largas, un par de enormes *taikos* y otros cuantos tambores más pequeños, también un *shamisen* de cuatro cuerdas y un maravilloso *koto* fabricado en caoba. Al mencionar el harpa se hizo un extraño e incómodo silencio. Al parecer el *koto*, al igual que otras muchas cosas, se lo había robado el diablo de la montaña, le contaron algo asustados los viejos. Se le oía tocar casi todas las tardes, algunas noches, ella misma podría comprobarlo. No hacía falta aguzar mucho el oído. De inmediato Mei quiso saber más sobre esa historia del diablo ladrón y, aunque se mostraron algo reticentes, siguieron contándole, dándole algunos detalles.

Hubo un tiempo en que bajaba sin ser visto una noche tras otra. Al despertar descubrían que se había llevado algunas cosas, muchas veces comida, huevos, leche, arroz, algunas verduras del huerto. No saqueaba sus bienes con saña; todo lo contrario, lo hacía con gran delicadeza y siempre con sigilo, ni siquiera dejaba huellas, por ello dedujeron que tal vez se movía de acá para allá levitando. Los ancianos, de tanto en tanto, aún le dejaban ofrendas en un claro del bosque, para mantenerlo contento y evitar que se acercara demasiado a la aldea, aunque lo cierto era que ya raramente se las llevaba. Hacía ya mucho que no los importunaba con sus rapiñas. Nunca lo habían visto, aun vigilando toda la noche. Aparte de por sus pequeños pillajes, nunca les había hecho ningún daño.

Los habitantes originarios de Yonsú tuvieron que escapar a toda prisa de la aldea, seguramente empujados por alguna terrible amenaza. Se largaron dejando todo atrás. Muchos debieron de morir masacrados en los bosques cercanos, de ahí que hubiera tantos restos humanos esparcidos por las arboledas, que todavía los guardaban casi intactos. Había osamentas por todas partes, incluso de niños, aunque esos, los esqueletos más pequeños, los fueron enterrando a medida que los encontraban.

—Algunos cadáveres eran de pobres viejos desamparados, abandonados a su suerte —le explicó Sayu—. Murieron solos y de forma terrible, pero esos eran los menos. Hubo una tremenda masacre en ese bosque, seguro. —La anciana se quedó un rato muy pensativa y luego siguió contándole—: Kamui fue el primero que sobrevivió al abandono, al menos que sepamos. Después de él vinieron más, como Kazuo y Setsuna, ellos también están entre los pioneros. Yo fui la primera mujer en llegar, y de eso hace ya muchos años. Kamui apareció aquí mucho antes que yo, tal vez sea el más viejo de todos nosotros. Hemos perdido la cuenta de los años, pero

puede tener fácilmente más de... Kamui se refugió en Yonsú y consiguió sobrevivir solo perfectamente. Cuando recuperó las fuerzas perdidas, y no debió de tardar demasiado en hacerlo, empezó a habilitar una de las cabañas para vivir en ella lo más cómodamente posible.

»De tanto en tanto hacía batidas adentrándose con un asno en la frondosidad de la que él había escapado, así encontró a algunos otros viejos, la mayoría muy maltrechos, casi agonizantes. A todos los ayudó a llegar a la aldea y a vencer su condena. Algunos murieron sin que nadie pudiera hacer nada por ellos, los que estaban más enfermos y desnutridos. ¡Qué miserables los que abandonan así a los suyos! A sus padres y madres, dejándolos tirados como viejos trastos, como malditos estorbos. ¡Si supieran que aún viven! ¡Si pudieran siquiera imaginar que algunos les habrán sobrevivido! ¡Esa es nuestra dulce venganza! ¿Lo entiendes, niña? Aquí no se muere —añadió en un susurro, como temiendo decirlo, como si el hecho de pronunciar esas palabras pudiera romper un hechizo que no acertaban a comprender, que no terminaban de creer.

Pero lo cierto era que ninguno de los que llegaron a Yonsú había vuelto a sentirse mal o a enfermar. Ninguno parecía ni de lejos tener cercana a la muerte.

—Aquí se puede elegir el momento de morir, ¿puedes creerlo? Así es. Todos rebosamos energía, todos estamos ágiles y repletos de vigor, no nos fallan las fuerzas, no nos duelen los huesos, nos sentimos bien, mejor que bien. ¡Qué raro prodigio! Nuestro aspecto sigue siendo más o menos el mismo, seguimos siendo personas muy mayores, pero el deterioro se frenó desde que llegamos, y hemos mejorado mucho, mira nuestra piel, apenas tenemos arrugas. Lucimos buen color de piel y es mucho más tersa que antes, los músculos están más firmes, los huesos más fuertes. Si te dijera nuestras edades no lo podrías creer. Hisoka es el más joven y debe de tener ya más de ciento veinte, aunque no recuerda bien la fecha de su nacimiento, cree que fue en el verano de 1892, ¿no es una locura?, y ahí lo tienes tan lozano y sonriente.

»Reira fue la última en llegar, bueno, la última has sido tú; aunque solo seas una niña, aquí estás, entre esta panda de viejos locos. A nuestro lado tus cuarenta años nos parecen una edad cercana a la infancia o a la adolescencia. —Rio con ganas al decir esto—. ¿Cuál es el secreto? Tal vez sea el agua de las *cascadas de la galaxia azul*, así las llamaban los ainu al parecer. ¿No lo sentiste nada más beberla? Estabas destrozada, muy malherida, y mírate. Puede que sea eso, tal vez estos parajes estén realmente hechizados, o quién sabe si no estaremos ya muertos, también tú. Puede que sea así, que en esto consista la muerte, que este sea nuestro particular paraíso. No está nada mal, ¿eh? Mira a tu alrededor y dime, ¿viste alguna vez algún lugar más maravilloso? Puede que este sea nuestro Shangri-La, nuestra buena tierra, un territorio lejos del mundo en el que es posible vivir mucho y ser feliz.

A Sayu no le faltaba razón, aunque la razón no sirviera para sopesar y aceptar esas ideas. Realmente Yonsú era un paraíso. Todo refulgía con un brillo especial, todo, desde la más pequeña brizna de hierba hasta el árbol más titánico. Alrededor de

la aldea había decenas de bellísimas cascadas, saltos de agua impresionantes, que formaban escaleras de roca, pozas y lagunas. Bañarse en esas aguas termales te llenaba de energía y de placer. Era un absoluto deleite sumergirse o flotar en ellas, nadar despacio, sentarse a charlar dentro del agua caliente.

—El aire que respiras en Yonsú es el más limpio, fresco y delicado que se pueda imaginar, con cada inhalación notas cómo tus pulmones se inundan de vida, cómo la dicha rellena cada recoveco abriéndose paso entre cada uno de tus órganos, masajeándolos, depurándolos, rejuveneciéndolos, sanándolos, en definitiva. Los alimentos aquí saben de otra forma, todo es una delicia, cualquier menudencia es un manjar, desde un puñado de arroz a una zanahoria. Estos campos, estos árboles, dan frutos siempre fabulosos, descomunales a veces, nunca habrás probado frutas y verduras más deliciosas y sanas que estas. El agua que riega los cultivos causa en la tierra un efecto similar al que produce en nuestros organismos. También los animales se benefician de ello, las gallinas ponen los mejores huevos, las cabras y las vacas dan su mejor leche, los asnos son tremendamente fuertes y resistentes. Nunca comemos carne, ellos conviven con nosotros de igual a igual, y nos sirven de forma generosa. Aunque andan casi siempre sueltos por ahí, jamás intentan escapar, ni siquiera se alejan de los alrededores de la aldea. Tampoco nosotros... Ninguno se ha atrevido a probar, pero parece que si te alejas de aquí, si dejas de beber esta agua milagrosa, acabas volviendo a ser lo que eras, acabas envejeciendo por dentro y por fuera de forma atroz, hasta descomponerte velozmente y morir. ¡Quién sabe! Ninguno de nosotros tiene el más mínimo deseo de comprobarlo. Ninguno desea partir, morir, ninguno se marcharía de aquí por nada del mundo. Ya no queremos saber nada de las amarguras y miserias que aguardan allá afuera, de todo aquello que dejamos allá abajo. No queremos saber nada de tristezas ni pesares. En este lugar no existen lutos ni amarguras, ya te darás cuenta. Aquí simplemente hay que vivir día tras día, sin más, lenta e intensamente, plácidamente, sin prisas, como siempre debiéramos haber vivido.

»Nuestra única inquietud es que Kesagake se atreva a acercarse por aquí, algo que por alguna razón nunca ha hecho. También lo fue ese pobre diablo que vive ahí arriba, pero como te conté dejó de molestarnos. Nada nos impide saborear día tras día, noche tras noche, la paradisiaca placidez de estos parajes. Es como si cada molécula de este lugar se hubiera rendido a la belleza y la serenidad. Pero no hay que tentar a la suerte, que bastante fortuna tenemos. No debemos salir de los dominios de este vergel, tenemos que conformarnos con la existencia que nos ofrece este inmenso jardín privado que es Yonsú.

»Somos muy ignorantes, no tenemos ni la más remota idea de qué laberínticos sortilegios mantienen este lugar lejos del mal, lejos de todo y de todos, fuera de los mapas, a salvo de la civilización cercana y de su maldita tecnología, de su pérfido progreso. Oculto e inalcanzable para cualquiera, salvo para unos pocos viejos, pero el encanto funciona. Pocos, muy pocos, se han acercado por estos andurriales en todos

los años que llevo aquí. Por fortuna, no es fácil acertar a dar con este lugar. Mejor que sea así por siempre, mejor que Yonsú quede oculta al resto de los habitantes del Japón, que no sea más que una leyenda, una invención, una mentira absurda, un inverosímil escenario dibujado en las páginas de algún libro...

El tiempo de Mei entre los viejos fue pasando lento, muy lento, imperceptible y dichoso. Sus heridas curaron por completo y nunca volvió a sentirse mal ni enferma. Allí era absolutamente feliz, como nunca lo había sido. Todos los ancianos la trataban con cariño y adoración, como a una nieta. Gozaba de cada segundo en la aldea. Se sentía realmente rejuvenecida, como una jovencita inquieta. Muchas noches sacaban los instrumentos y se reunían alrededor del fuego, ellos tocaban y Mei les cantaba alguna canción o les contaba cuentos, también pasajes de su vida en Tokio, historias de su familia y de su madre. Les hablaba de hasta qué punto estaba convencida de la existencia de Yonsú y de cómo ella, durante años, no le hizo ningún caso o se burló cariñosamente por creer en esas locuras. Todos los ancianos acompañaron a Mei cuando al fin decidió esparcir sus cenizas en su siempre soñada aldea. Dentro de su cabaña montó un pequeño altar en su memoria, y cada noche rezaba y pensaba en ella llena de amor. ¡Qué feliz hubiera sido allí! ¡Cuánto la añoraba todavía! En ocasiones le turbaba pensar que, de haberle hecho caso, posiblemente, aún seguiría viva, como todos aquellos ancianos. Viva y feliz al lado de su hija, después de una vida tan áspera, tan dura. Si pudiera verla ahora, allí, junto a ellos en la aldea de Yonsú...

Los ancianos remataron para Mei una de las dos cabañas que aún estaban a medio construir. Quedó preciosa y muy confortable. Ella enseguida se sintió como en un verdadero hogar, mejor aún que en su cuarto de Tokorozawa. Poco después de llegar a la aldea ya era incapaz de encontrar una sola razón que la impulsara a regresar a su casa en Tokio, a su triste vida allí. De tanto en tanto pensaba en qué habría sido de su hermana, si la andaría buscando, si la habrían dado ya por muerta; «¡ojalá!», pensaba con cierto remordimiento, con cargo de conciencia. Solo lo justo, pues enseguida se le olvidaba. Su espíritu, antes taciturno y amilanado, vivía ahora lleno de dicha, muy complacido. Mei gozaba de la vida en el mejor sentido de la palabra *gozar*. Disfrutaba de la naturaleza, de los baños en las cálidas aguas de las pozas, nadando y metiéndose bajo las cascadas, corriendo por el monte, parándose a contemplar los bellísimos paisajes. Tenía amor y amistad, camaradería y diversión, tenía todo lo que podía desear junto a sus queridos viejos.

Así fue perdiendo por completo la noción del tiempo, ya no sabía si era mayo o junio, miércoles o viernes. Los días, las horas, los calendarios, ya nada de eso tenía demasiado sentido. Del paso del tiempo solo hablaban las estaciones, solo eso contaba, el ciclo de cada estación, si hacía frío o calor, si ya era primavera o se acercaba el invierno, si llovía o brillaba el sol. Todo transcurría de un modo al que los humanos están por completo desacostumbrados, lento y gozoso, sin avance ni

retroceso, sin sobresaltos ni secuelas. Solo una duda rondaba su cabeza de vez en cuando, especialmente cuando veía cómo alguna pareja de ancianos paseaban por ahí cogidos de la mano, arrullándose a veces, azorados, enamorados. Ella nunca había conocido ese sentimiento del que, al parecer, no estaban a salvo ni los más viejos. Nunca había amado a un hombre. A pesar de su monacal aceptación, en ocasiones había algo que llamaba poderosamente su curiosidad.

Una especie de anhelo inconsciente y deleitoso que sumía su alma en una rara melancolía. Le hubiera gustado amar y ser amada, gozar de los placeres del sexo, pero tal vez su tiempo para todo eso ya había pasado. Como Misha se ocupaba en recordarle tantas veces, probablemente sería una eterna solterona, célibe y desconsolada, aunque todo eso, estando allí, ya le traía sin cuidado. Se conformaría con sus sueños, con que en ellos siguiera apareciéndose ese hombre idílico de ojos verdes para complacerla, ese amor forjado solo en sus fantasías desde que apenas era una adolescente.

Posiblemente esa era la única y leve vacilación que le asaltaba de tanto en tanto desde su llegada a Yonsú. También sentía un inevitable revoloteo en el estómago y en su espíritu cada vez que oía esa música lejana que frecuentemente llegaba hasta la aldea. Era cierto lo que le contaron. Sonaba muchos días y muchas noches desde algún lugar allá arriba, en la montaña más cercana. La bellísima música salía de un *koto*, alguien con gran sensibilidad debía de tocarla. En absoluto creía Mei, como pensaban los ancianos, que un demonio pudiera interpretar esas maravillosas melodías. La curiosidad por averiguar quién rasgaba las cuerdas era muchas veces irresistible.

A pesar de las timoratas advertencias de los abuelos, especialmente las de Sayu, un día decidió aventurarse monte arriba para indagar de dónde venían aquellos sonidos. Nada dijo a ninguno de ellos de sus planes. Echaría un vistazo, el origen del misterio no debía de estar muy lejos...

Una mañana bien temprano oyó la música con claridad, todavía no había amanecido y los viejos dormían. No soplaban ni la más mínima brisa y su eco llegaba casi intacto hasta la aldea, hasta sus oídos. Se levantó completamente decidida a desentrañar el enigma. Se aseó y se vistió rápidamente, tomó un té, comió un panecillo, llenó una cantimplora y salió de la cabaña sin hacer el más mínimo ruido. Aun sintiendo cierta aprensión, Mei se adentró en el bosque por el sendero prohibido siguiendo el delicado rastro del sonido del arpa japonesa...

Cuando salió el sol ella ya estaba bastante lejos de la aldea. Sobre la cama dejó una escueta nota para Sayu:

*Querida Sayu, buenos días, he salido a pasear por la montaña, no os preocupéis, regresaré pronto.*

El camino «prohibido» era estrecho y bastante empinado. Serpenteaba entre la espesa arboleda subiendo por la ladera de forma errática, desapareciendo en ocasiones, turbando sus sentidos, desorientándola. Mei recordó su experiencia en el viaje a Yonsú y sintió miedo, su alma aún estaba condicionada por la terrible experiencia vivida en el bosque al lado del buen Oboshi. Pero no se dejó amedrentar por la ansiedad. Indecisa, siguió subiendo, la música atravesaba el laberinto verde y se oía con más claridad. Por mucho que la cautela intentara frenar sus pasos, un extraño anhelo o un raro hechizo tiraba de ella. Aquellos acordes cada vez más audibles la arrastraban con fuerza. Así, paso a paso, caminando despacio o corriendo en ocasiones, mirando siempre dónde ponía cada pie, escudriñando constantemente a un lado y otro del sendero, alerta a cualquier ruido amenazante, subió durante algo más de una hora, aunque a ella le pareciera mucho más tiempo, mucho más largo el ascenso. Al fin llegó al lugar donde la senda desaparecía difuminándose en la hierba que cubría un gran claro.

El sol ya estaba alto, iluminaba y calentaba con fuerza. Se detuvo a tomar aliento sudorosa y acalorada. Justo en ese instante la melodía que la había traído hasta allí cesó. A la vez la sordina pareció acallar el suave canto de los pájaros, el rechinar de las chicharras, los suaves susurros de las hojas, el rumor de las cascadas. Todo quedó casi en silencio. El paisaje era completamente idílico, sobrenatural. La pradera ascendía suave hasta un llano más alto, entre unos riscos. Salpicando el intenso verde brillaban millones de diminutas flores malvas, amarillas, blancas y encarnadas. Todos sus tonos se entremezclaban mecidos por la brisa, formando manchas de colores intensos y cambiantes que se movían como olas.

Arriba, sobre las enormes piedras cubiertas de musgo, se alzaba una especie de atalaya de vigilancia, por sus cuatro patas de madera trepaban impenetrables enredaderas. Al lado, no muy lejos, vio una curiosa choza alta que coronaba un repecho. Desde donde ella estaba el conjunto le pareció una insólita fortificación, un vetusto templo de paja y madera, una fortaleza algo desgarbada pero imponente. Siguió subiendo, acercándose más y más, y los detalles de la construcción fueron revelándose. La choza era como un enorme cono de brezo apoyado sobre un círculo de piedras. Tenía una gran ventana triangular en la parte alta, cerca del vértice. La única entrada era una rampa que al elevarse hacía de portón, como una especie de puente levadizo. La puerta quedaba a un metro del suelo.

La chimenea humeaba y aquel signo de vida avivó aún más su curiosidad y su cautela. Se armó de valor y siguió subiendo, acercándose a la misteriosa morada. Allí no podía vivir ningún demonio, se dijo convencida, era una casa humana y de una belleza extraordinaria. El silencio seguía siendo evidente, inquietante, denso, pero la curiosidad era aún más poderosa que cualquier temor. De improviso oyó claramente el rumor del galopar de algunas bestias, el brusco trote de una manada, tal vez caballos o ciervos. El suelo retumbó un instante mientras el sonido se alejaba por la parte alta de la montaña. Se sobresaltó sobremanera, debía calmarse; haber tenido

enfrente al feroz Kesagake, al gigantesco carnicero, dejaba secuelas. La imagen del oso golpeó en sus sienes con latidos de pánico. Un escalofrío recorrió su espalda. Cuando llegó junto a la casa la rodeó muy despacio, caminando casi de puntillas, como temiendo un inesperado encuentro. Tan tímidos y livianos eran sus pasos que apenas allanaban la hierba bajo sus pies. Ya frente a la entrada de la choza se atrevió a decir un tímido «hola».

—¿Hay alguien ahí? —preguntó, pero nadie le respondió.

Dentro, en la penumbra, adivinó los reflejos del fuego que seguro ardía en la estufa o en una chimenea. A cada lado de la rampa de entrada había dos bellos templetes también de madera y dos banquitos. Sobre uno de ellos reposaba el añoso instrumento que había sonado hasta hacía un rato, un bellissimo *koto*. De ahí salía entonces la hipnótica música, se dijo fascinada. De la puerta colgaba un cordel con cintas de colores y trocitos de tela anudados, como los que hay en los santuarios, donde la gente deja de esa forma sus plegarias y deseos. Se inclinó respetuosa y rezó una breve oración.

Nada en ese lugar infundía temor; al contrario, sintió de inmediato una rara y acogedora sensación. Tuvo incluso la impresión de haber estado antes allí, de conocer ese lugar, esa casa, lo que era del todo imposible. Curioseó un rato alrededor de la cabaña y finalmente se atrevió a subir por la rampa. Se asomó con prudencia e intentó ver mejor el interior. Efectivamente, el hogar estaba encendido, no debía de hacer mucho que alguien había echado unos troncos al fuego. Ardía en un hoyo en el suelo rodeado de piedras negras, justo en el centro de la estancia. Una marmita no muy grande colgaba de unos hierros sobre las llamas, algo se estaba cocinando en ella, fuera lo que fuera olía muy bien. Alrededor de la hoguera pudo adivinar algunas esterillas y lo que parecían mantas o ropajes, también unas tinajas y un par de banquetas bajas y sobre una de ellas un grueso libro. De la pared del fondo colgaban cuerdas y toscas herramientas, una azada y unas varas, también dos espadas, una corta y una larga, auténticas *katanas*. A un lado de la estancia se adivinaba una especie de altar, florecillas y velas al pie de un tablero lleno de lo que parecían fotografías o estampitas. Volvió a murmurar un tímido saludo, musitó otro «hola» tímida y azorada asomando la cabeza hacia el interior. Era evidente que no había nadie dentro. También que el dueño de esa morada no hacía mucho había estado allí y podría regresar en cualquier momento. Intentó imaginar cómo sería. ¿Se trataría de un hombre o de una mujer? Probablemente de un hombre, se dijo mirando el aparente desorden, la parquedad de aquella habitación, el tamaño de una especie de enorme capote que colgaba de una percha. Al fondo una tosca escalera ascendía a la planta de arriba colándose por un hueco en el techo, debajo de la escala había un jergón de paja. Tal vez no viviera allí solo o sola, imaginó.

Rodeó otra vez por completo la casa. Era extraordinaria. Tendría unos diez metros de diámetro y siete u ocho de altura hasta su vértice. Se levantaba sobre un círculo de rocas. Era una edificación sencilla y hermosa. El enorme y grueso cono estaba hecho

con miles de ramas de enebro, brezo y mimbre, también con leños y cañizos. Debía de ser muy grueso. Se notaba que había sido levantada con mimo, de forma muy rudimentaria y artesanal, con mucho esfuerzo y paciencia. ¿Cuánto habría tardado en levantarla? Al igual que las de Yonsú, no tenía cristales, solo tela y chamizo hacían las veces de persianas y protegían el interior de la luz, la ventisca, la lluvia, el frío o el calor. Eran construcciones similares, aunque las de los viejos eran mucho más simples. Ya no tardaría en regresar, se repitió con cierto nerviosismo. Decidió sentarse a esperar, lo hizo en el extremo del banco donde reposaba el *koto*.

Se dio cuenta de que otra vez estaba absolutamente relajada, demasiado tranquila dadas las circunstancias; tuvo la sensación de estar aguardando a que regresara alguien familiar, pero era mentira. La realidad era que estaba en casa ajena, en el hogar de alguien completamente desconocido. ¿Y si allí vivía alguien realmente hostil? ¿Un tipo peligroso? No, no podía ser, alguien con sensibilidad para tocar ese instrumento no podía serlo. De forma espontánea dejó que sus dedos acariciaran las cuerdas de seda. Trece notas bien afinadas reverberaron suavemente en el silencio. El hecho de que sonaran sobresaltó a Mei, como si no lo esperara, se sintió tonta. Después de guardar silencio durante un rato, se atrevió a tocar de nuevo. Salió una leve melodía, un ritmo bello y armónico. Sus manos empezaron a animarse, Mei se dejó llevar. Comenzó a interpretar preciosas escalas, vaivenes que sonaban como el mar, con esa cadencia fabulosa de las olas, yendo y viniendo, susurrando o atronando. La música se elevó inmensa llenando el aire, inundando todo el bosque. Sin duda el sonido de aquel arpa era mágico, por eso llegaba tan lejos, tan nítido, hasta la aldea mucho más abajo. Unos minutos después, justo cuando dejó de tocar, pudo oír de nuevo el retumbar de un galope, pero esta vez se aproximaba, sin duda. Frente a la cabaña, arriba, donde la ladera despejada lindaba con las arboledas, vio cómo cuatro o cinco ciervos rojos salían galopando del bosque y descendían por la pradera hacia la casa. Un hombre iba montado sobre el primero de ellos, era una figura grande, inquietante y oscura. Agitaba los brazos y las piernas al ritmo del galope, con gran habilidad, como queriendo hacer que su montura fuera aún más rápida de lo que ya iba. Con la cabeza oculta bajo una capucha y una especie de túnica corta que volaba al viento. Alcanzó a distinguir un arco en una de sus manos y sobre los hombros lo que parecía el cuerpo sin vida de un animal. Se asustó tremendamente y deseó no estar ya ahí, no haber subido nunca. Aquella figura lóbrega se acercaba cada vez más. Salió corriendo cuesta abajo sin volver a mirar atrás. Corrió y corrió hasta llegar de nuevo al lugar donde empezaba el sendero que la llevaría de regreso al poblado, a su nuevo hogar, al lugar del que seguramente, pensó, no debía haber salido esa mañana. Aún echó un vistazo atrás antes de meterse de nuevo en la foresta, el hombre parecía hacerle señas para que se detuviera, incluso le pareció escuchar que le gritaba con voz grave. Entonces sí que sintió un miedo casi incontrolable y ya no paró hasta llegar exhausta a Yonsú. Solo se detuvo un par de veces a beber agua en los riachuelos.

Cuando llegó a su choza, a la puerta la esperaban inquietos todos los ancianos, iba

a tener que darles alguna explicación. Había desoído sus consejos y advertencias, había transgredido la única norma, la única prohibición de aquel lugar. Aunque ya nunca más, jamás, se dijo, volvería a adentrarse en el bosque. Nunca más volvería a subir hasta aquel lugar extraño y endemoniado, se juró y les juró a los viejos. ¿O tal vez sí?, pensó para sí.

Al caer la tarde, ya más serena y repuesta de las emociones que le había deparado la aventura, reunió a todos los habitantes de Yonsú en torno a una hoguera. Allí comieron y bebieron mucho sake mientras los ancianos, absolutamente fascinados, en completo silencio y sin perder un solo detalle, escuchaban el relato de cuanto Mei había visto allí arriba. Ella disfrutó compartiendo con ellos la experiencia, teatralizando cada una de sus palabras, haciendo rimbombantes gestos, dándole a cada frase el énfasis y los matices precisos, exagerando a veces, callando otras, asustándolos en ocasiones de forma intencionada, divertida, como en una extraña función de teatro kabuki. Resultaba cómico verlos a todos tan embriagados por las palabras y por el sake, el alcohol ya había sonrosado sus mofletes y abrigado sus miradas. Reían como locos, o hacían aspavientos a un tiempo, se golpeaban las piernas con las palmas de las manos, se alborotaban el pelo. El público sí que resultaba divertido. Los viejos disfrutaron como niños de aquel cuento inquietante, de la narración de lo que acababa de sucederle a Mei. Ninguno de ellos se hubiera atrevido a hacerlo, a subir hasta allí, y ninguno imaginó jamás que allí morara un ser humano en vez de un demonio, al menos eso parecía. ¡Qué valor el de esa muchacha!, se decían asombrados, ¡atreverse a ir más allá de los riscos!, exclamaban algo beodos y aún temerosos de lo que pudiera haberle ocurrido a Mei por aquella valerosa insensatez. Aunque todos perdonaron su juvenil osadía, les pareció una gran temeridad por su parte.

—¿Y si ese hombre fuera un asesino? —preguntaban.

—¿Y si ese hombre resultara ser un buen hombre y un buen vecino? —replicaba Mei. Algo que, quién sabe por qué, ni se habían planteado—. Pensad en ello —les propuso.

Aquella noche todos se meterían en la cama reflexionando sobre eso, también temiendo que en vez de humano, aquel que había visto Mei a lomos de un ciervo fuera algún ser sobrenatural, un espíritu malvado que ya podría andar planeando su venganza contra aquella chiquilla que había osado invadir sus dominios.

«¡Paparruchadas!», pensó Mei plantándose ante aquellos miedos. De inmediato recordó que aquella expresión era del señor Hayao. ¿Qué habría sido de él? ¿Qué haría al comprobar que no regresaban? ¿Los buscaría? ¿Habría organizado una expedición de rescate? Seguramente. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que se despidió de él en la recepción del parque? No era capaz de calcularlo.

Aquella noche, cuando todos se hubieron acostado, Mei estuvo despierta hasta muy tarde charlando con Sayu, contándole otros pormenores de lo visto y sentido allí arriba, detalles que a los demás no había contado. Confidencias. En poco tiempo, la

anciana que le salvó la vida se había convertido en amiga y abuela para ella, casi en un sucedáneo de su madre. Después de parlotear durante un par de horas al menos, las dos durmieron juntas en la misma cabaña, en la misma cama.

Arriba, en la montaña, Haru se sintió inquieto por primera vez en muchos años. Llevaba demasiado tiempo sin ver tan de cerca a otro ser humano. ¿Cuánto? No lo recordaba con claridad. Los recuerdos de su antigua vida estaban cada vez más difuminados en la memoria. Llevaría allí arriba cerca de quince años, aunque ya hacía mucho que había perdido la cuenta precisa del tiempo. Nadie se había aventurado a subir hasta sus dominios en todo ese tiempo. Hablaba solo o con sus bestias. De vez en cuando se paraba un instante a mirar a los pocos viejos que vivían allá abajo, en la aldea, sentado en el borde rocoso de un acantilado desde el que se divisaba la aldea. Se entretenía un rato viéndolos labrar los huertos como hormigas hacendosas, trepar por los palos mientras levantaban las chozas, ir de acá para allá trasteando o paseando, ordeñando cabras o vacas. Ese había sido el único contacto con humanos en todo ese tiempo. Vivía como un verdadero ermitaño, como un solitario monje.

Apenas tuvo tiempo de ver al desconocido. Siquiera acertó a pensar que pudiera tratarse de una muchacha, solo vio cómo alguien corría espantado desde su choza hasta perderse en el bosque, huyendo como un grácil gamo. Le pareció un niño, un chico perdido y asustado, quién sabe por qué. No había robado nada. No tocó nada excepto las cuerdas del *koto*, alguien capaz de tocar tan bella melodía no podía ser un ladrón, pensó. Tal vez el chico se había adentrado en las montañas llevado por circunstancias parecidas a las suyas, huyendo de algo o de alguien, de todo.

Aquella inesperada visita había perturbado por completo su plácida rutina, su silencio, la rotunda soledad que lo rodeaba; no tenía otra compañía que la de los animales o la de los prodigiosos entes de la foresta. ¿Quién sería? Pasó el día con esa pregunta en la cabeza. ¿Qué insensato se adentraría solo en esas profundidades verdes? ¿Quién se atrevería a perderse en ese mar de árboles milenarios? ¿Quién en su sano juicio se atrevería a cruzar el bosque de los abandonados? ¿Quién sería ese pobre desamparado? ¿Quién se atrevería a vagabundear por allí? Hasta para él, un hombre curtido en una vida dura, en la violencia y en la muerte, la experiencia de cruzar esas forestas resultó aterradora. No, no había sido delirio ni espejismo. Era cierto, alguien subió hasta allí, alguien había llegado hasta la puerta misma de su choza.

Necesitaba carne y había salido a cazar un joven venado. Mientras seguía su rastro le pareció oír el rasgueo de las cuerdas de su *koto*. Después de saetear al animal, cuando ya regresaba con su presa para el asado del almuerzo, escuchó con claridad el tañido del instrumento, cómo alguien jugueteaba con él tocando una

bellísima melodía. Al salir de la espesura aceleró el galope, espoleó a su ciervo para que corriera ladera abajo y entonces vio cómo escapaba el intruso.

Cierto que ya no se mantenía tan alerta como durante los primeros años, hubiera sido enloquecedor vivir así. Tal vez había bajado en exceso la guardia, esa era la prueba. Si aquel muchacho pudo subir hasta allí y encontrar su guarida, quién le aseguraba que algún sicario de la *yakuza* no lo conseguiría.

Aunque era posible que ya hubieran dejado de buscarlo, la simple idea era aterradora, muy desasosegante. Seguramente ya lo habrían dado por desaparecido o por muerto. Pasó muchos años vigilante, esperando que sus enemigos aparecieran en cualquier momento. Fueron años de tremenda paranoia. Vivía atento a cualquier sonido, pasaba los días olisqueando el aire, los días y las noches, como un animal en perpetua alerta, siempre en duermevela.

Halló el rastro del visitante, las huellas del extraño. Sus pisadas eran muy pequeñas y delicadas, nada amenazantes, tenían la forma de pies infantiles o femeninos, tal vez. Aquello le resultó aún más extraño. Olisqueó en la hierba, en el banco, en el harpa, el débil aroma de aquel ser. Era muy agradable, muy sutil, eso ayudaba a sacar algunas conclusiones: estaba aseado, pesaba poco y era bastante veloz. Lo más probable es que fuera alguien completamente inofensivo. También bastante osado, si no, no se habría atrevido a delatar su presencia haciendo sonar las cuerdas de la cítara. Pensó en seguir el camino que llevaba hasta Yonsú, bajar a la aldea e indagar un poco, seguro que había venido de allí. Fuera quien fuera.

Kento nunca había dejado que los ancianos lo vieran. En todos esos años solo se acercó al poblado a robar algunas cosas en contadas ocasiones. Siempre aprovechando las horas de sueño de los viejos, la oscuridad de la noche, con mucho sigilo. Solo les robaba por necesidad, mientras no estuvo bien instalado en su altozano. Durante un tiempo les distrajo algún saco de patatas y verduras, algunas onzas de arroz, una tinaja de leche o algunos huevos, aunque terminó siendo más práctico quitándoles un par de gallinas y un par de cabras. Ellos tenían bastantes, de sobra. También les robó el maravilloso *koto*, ninguno de ellos sabía tocarlo con acierto y para él fue el mejor aliado frente a la soledad. Aquellas trece cuerdas aliviaron muchas veces su melancolía y calmaron su incertidumbre o su rabia, fueron una salvación en las peores horas y siempre le ayudaron a vencer al miedo. Cuando consiguió sacar adelante su propio huerto dejó prácticamente de visitarlos y robarles. Al principio los viejos achacaban las rapiñas a los espíritus del bosque, de esa forma les cobraban por la salud y la vida que les daban, supusieron. Luego, tras una noche en que casi lo descubren, en que lo vieron huir, concluyeron que el ladrón era un demonio. Fue precisamente cuando se llevó el pesado instrumento. Un diablo les había robado el *koto* y desde entonces lo hacía sonar cada tarde, nada más y nada menos.

Aquella inesperada visita seguía en su cabeza. ¿Habría sido un juego macabro?, ¿una siniestra advertencia?, ¿lo habrían encontrado al fin y se disponían a matarlo?

¿O pretendían solo asustarlo? ¿Advertirle? Le molestó sobremanera tener que hacerse tantas preguntas, sentir de nuevo tanto desasosiego, inquietarse cuando su vida transcurría tan serena y feliz, tan completa, tan carente de emociones estúpidas e indeseadas. Tal vez se tratara de una burla de los dioses, una broma de espíritus traviosos. Ya habían jugado otras muchas veces con él, pero nunca adoptando forma humana. El intruso no parecía haber entrado en su casa, solo curioseó un poco alrededor antes de escapar.

No pensaría más en ello, no permitiría que nada alterara su plácida existencia. Kento volvió a sus cosas, a las rutinas cotidianas, e intentó apartar de su cabeza aquello. Fuera quien fuera no era una amenaza, eso estaba claro. El desconocido podía ser algún *kodama* atolondrado con ganas de jugar al pilla pilla, nada más, aunque muy raramente abandonaban lo más profundo de las arboledas. Tal vez volvería a verlo; estaría atento.

Avivó el fuego y puso a hervir en la marmita agua para el té. Apuró un cuenco de arroz y cortó otro trozo de asado de la pata del venado. Después de cenar se tumbó junto a la lumbre a descansar. Aún siguió cavilando un rato sobre lo acontecido antes de quedar dormido. Aquella noche una mujer se apareció en sus sueños, una joven lo esperaba desnuda dentro de su cabaña, acucillada junto al fuego; no pudo ver su rostro a contraluz, pero le pareció muy hermosa. «Te estaba esperando, Kento —le decía—, llevaba mucho tiempo buscándote y al fin te he encontrado...»

Mei estuvo inquieta toda la noche y dio muchas vueltas en la cama. A la mañana siguiente todo lo acontecido el día anterior parecía formar solo parte de sus sueños, de algún sueño muy vívido y extraño. Amaneció un día precioso y lo primero que pensó nada más despertar fue en regresar allí arriba, comprobar que todo era cierto. Se sintió estúpida por sus prejuicios y su espantada. La luz de la mañana apartó sus temores y otra vez se sintió valerosa, picada por el aguijón de la curiosidad.

Después de desayunar sería capaz de volver a subir, al fin y al cabo no estaba demasiado lejos, aunque esta vez recorrería el camino a lomos de una de las mulas, pensó. Y esta vez no lo haría a escondidas, se lo diría a Sayu y a los demás, aunque seguro que para ellos sería incomprensible aquel afán, en cierto modo también lo era para ella. Claro que tuvo miedo al ver aparecer a aquel hombre a lomos de un ciervo, pero también experimentó una reconfortante emoción, un sentimiento raro y desconocido para ella. Tal vez era el resultado de atreverse a ser osada. En cualquier caso quería verlo de nuevo, verlo de cerca, saber más de él. ¿Quién era aquel hombre? ¿Qué hacía viviendo allí arriba, aún más lejos y más perdido que ella? ¿Sería realmente humano? ¡Claro que lo era!, idiota, se respondió contrariada por dudarle siquiera. No había ningún demonio allá arriba, solo un hombre solitario y misterioso. Su extraño aspecto no iba a asustarla, no lo permitiría. Si había conseguido el sueño imposible de llegar hasta Yonsú, ¿de qué iba a sentir temor

ahora?

El tiempo pasado con los viejos en la aldea había transcurrido lento y gozoso, también excesivamente monótono incluso para ella. Mei ya no era aquella Mei que un día dejó atrás Tokorozawa. ¡Había cambiado tanto! Se sentía absolutamente llena de vida, traviesa como una niña, ansiosa por sentir y vivir. De conformarse con una vida tranquila y una muerte callada cuando llegara la hora, había pasado a quererlo todo, a desearlo todo, absolutamente impaciente por sentirse más y más llena de vida. Estaba eufórica, muy alegre, como nunca lo había estado. Algo la había transformado por completo, a mejor, ahora era mucho mejor. Ya no se sentía enferma ni asustada. Ya no alimentaba ninguna ansiedad. Tenía siempre ganas de jugar, de correr y saltar, de nadar en las pozas, de lanzarse al agua desde los riscos o deslizarse resbalando por las cascadas. Deseosa de amar, tal vez, tal vez también era eso. Quería a aquellos ancianos, deseaba con frecuencia abrazarlos y besarlos, bailar y divertirse con ellos, reír con sus ocurrencias y sus bromas, tomarles el pelo. Era muy cariñosa con ellos y ellos con ella. La existencia en Yonsú resultaba embriagadora, se sentía muy dichosa estando allí, por todo, por nada. Tras ayudar en las tareas de la aldea reunió a sus abuelos y abuelas y les comunicó su decisión: subiría de nuevo por el sendero prohibido y no debían intentar convencerla de lo contrario. Averiguaría quién era ese hombre que había visto. Mientras les hablaba llena de entusiasmo, el viento trajo una vez más hasta ellos el lejano sonido del *koto*. Las notas la hicieron impacientarse aún más, reafirmarse en su deseo.

—Tengo que volver, Sayu, ¿lo entendéis? Debéis entenderlo. No me pasará nada, veréis. Si sobreviví al ataque del oso, ¿qué puedo ya temer? Iré a conocer a nuestro vecino, nada más. No hay nada malo ahí arriba, estoy segura, casi segura. Si ese hombre hubiera querido alcanzarme, lo habría hecho, no me persiguió ni disparó sus flechas contra mí, me habría dado caza fácilmente de haberlo deseado. Seguramente sea tan viejo como vosotros, no pude verlo con claridad. Algo me dice que... debo hacerlo, que será bueno conocer al morador de esa montaña sagrada. Presiento que ahora mismo está sintiendo tanta curiosidad como yo. Estoy convencida de que desea saber quién subió ayer a visitarlo.

Los ancianos comprendieron muy a medias sus argumentos, pero aceptaron su decisión, ¡qué remedio! Aunque sabían que Mei ya nunca regresaría al mundo que había dejado atrás, a la existencia de los mortales en Tokio, no si quería seguir viva, era muy libre de regresar a aquellos altos riscos para ellos vedados, que quedaban tan lejos como la luna. Mei los besó a todos en la frente, uno por uno, luego corrió al establo alborozada, montó en un asno y se alejó trotando lentamente, seguida por Hachi, el perrillo de Sayu, que ladraba feliz jugueteando hábilmente entre las patas del pollino.

Los tres subieron por el mismo camino del día anterior, esta vez sin ningún miedo, deseosa de llegar arriba cuanto antes y disculparse con aquel hombre por su maleducado comportamiento, por su inoportuna visita del día anterior, y quién sabe,

descubrir algunos de los misterios que seguramente encerraba...

El camino a lomos del dócil burro se le hizo corto esta vez. «La senda se hace más llevadera cuando ya la conoces», pensó. No era tan larga como recordaba, como le había parecido al subir a pie. Debió de tardar una media hora hasta salir de nuevo de la arboleda y llegar a la explanada verde y florida. Allí se detuvo, pero no pudo evitar que Hachi echara a correr hacia la cabaña como loco, ladrando y meneando su graciosa cola cortada. Subió veloz la cuesta y se plantó frente a la puerta de la cabaña alborotando el silencio con sus ladridos. Sin duda el hombre estaba en el interior. Picó con los talones en los lomos del animal y este echó a andar de nuevo. Mientras ascendía la pendiente vio cómo, efectivamente, salía de la casa. Nada más verlo aparecer, el perro se tumbó manso y en silencio a sus pies. Él se agachó para acariciarle la cabeza, diciéndole unas palabras que Mei no pudo oír. El hombre avanzó unos pasos, saludó desde lejos con la mano y se quedó allí esperándola con los brazos en jarras. Un poco más arriba tres bellísimos ciervos rojos de *sika* rumiaban hierba fresca, también ellos alzaron la cabeza para mirarla. Mei se sintió más y más observada y azorada a medida que, lentamente, avanzaba hacia él. Al acercarse pudo apreciar mejor su aspecto. Parecía un anciano, debía de serlo. Era un hombre alto, de buena planta, con barba y melena largas, descuidadas y grisáceas; tenía algunas briznas de paja enredadas en el pelo. Vestía un sayo oscuro, largo y descolorido, como de tela de saco, anudado a la cintura con una cuerda de cáñamo. De esta colgaba una espada corta dentro de su funda. Aunque la túnica le llegaba hasta los pies, pudo ver que estaba descalzo. Tenía unos bellos ojos verdes, como dos esmeraldas que parecían brillar con luz propia. Sonreía silencioso y con gesto amable sin quitarle la vista de encima. Mei frenó al animal a un par de metros de él y desmontó despacio, intentando hacerlo con soltura y dignidad. Nada más poner los pies en el suelo se inclinó respetuosa ante el anciano uniendo las manos. Con la cabeza gacha lo saludó y le pidió disculpas por su intromisión.

—Mi nombre es Mei Tanaka, señor —le dijo con voz monótona y algo solemne, hablando a la vez demasiado rápido, como quien recita una especie de mantra—. Siento profundamente si ayer cometí la indiscreción de fisgonear alrededor de su hogar, siento haberme atrevido a tocar su preciado instrumento, siento mucho haberle importunado y haber salido corriendo de forma tan estúpida y precipitada, como una maleducada, sin darle siquiera una explicación, siento mucho mi inesperada intromisión en su privacidad, en su territorio, siento también si ahora mismo mi presencia pudiera resultar inoportuna o molesta para usted...

El hombre interrumpió su monocrorde discurso soltando una profunda risotada.

—¿Puedes parar, muchacha? —le dijo aún riendo—. No tienes que disculparte por nada, no sigas. Este también es tu «territorio», eres bienvenida.

Mei guardó silencio sin mirarlo, todavía con la cabeza gacha y las palmas de las

manos pegadas.

—¿Me oyes? Eres bienvenida, hoy tanto como ayer, no temas, como también lo serás mañana. Al verte pensé que eras un chico o un duendecillo —siguió hablando entre risas. Tenía la voz grave y muy hermosa—. Pero mira por dónde ¡eres una chica! Mei Tanaka, yo te saludo lleno de dicha por tu inesperada visita. Tu llegada se agradece y no imaginas cuánto. Es la primera vez en muchos años que alguien se aventura por aquí, así que por favor relájate y acepta que te ofrezca un té y algo de comer en mi humilde casa.

Mei alzó la cabeza y se quedó mirándolo un tanto perpleja y a la vez fascinada ante aquellos ojos inauditos, deslumbrantes. Nunca había visto una mirada igual, tan limpia, serena y profunda. Aunque su cara quedara oculta en parte tras las barbas, enseguida se dio cuenta de que no era un anciano. Tenía un bello rostro, era un hombre muy apuesto. Sus manos grandes, de dedos largos, también dejaban ver que se trataba de una persona madura, pero para nada de un viejo. Él quedó también como hechizado mirándola a los ojos, hacía mucho que no veía a otra persona, a una mujer, y menos tan hermosa. Eso le pareció. Así estuvieron durante un rato, observándose el uno al otro, en completo silencio. Cuando la situación resultó ya un tanto embarazosa el hombre volvió a hablar, quién sabe por qué, empezó a llamarla de usted.

—Señorita Tanaka, yo también debo disculparme, siento mucho haberla asustado ayer. No era mi intención, pero la sorpresa al verla fue inmensa. Como le digo, llevo mucho tiempo sin otra compañía que la de esas bestias —dijo señalando hacia los ciervos que seguían pastando ajenos al encuentro—, es un placer poder hablar de nuevo con alguien en vez de conmigo mismo y mirar un rostro tan amable y bello como el suyo.

Mei, visiblemente ruborizada, solo acertó a balbucear algo ininteligible como respuesta.

—¿Cómo ha dicho, señorita?

—Le decía que todavía no me ha dicho usted su nombre, señor, perdone mi curiosidad, pero ¿cómo se llama usted?

—Es cierto, no me he presentado, disculpe mi falta de cortesía, he debido olvidar los buenos modales. Hace mucho que no pronuncio mi nombre, ¿sabe?, ni siquiera sé ya si lo recuerdo con certeza —dijo esto muy pensativo y con la mirada perdida en la montaña—. Sí, sí que me acuerdo de mi nombre, me llamo Kento, señorita, Kento Yokoto, para servirla —le confesó con cierto orgullo mientras le hacía una leve reverencia. En ese instante desterró de su mente, tal vez para siempre, su otro nombre, el nombre del asesino, y se sintió inesperadamente aliviado—. Ahora que ya nos hemos presentado, señorita Tanaka, venga, acompáñeme, siéntese ahí —le dijo señalándole el banco donde aún reposaba el *koto*—. Mientras preparo el té puede ir contándome a qué debo el honor de su visita, o si lo prefiere —le dijo guiñándole un ojo—, puede hacerlo sonar de nuevo, toca usted realmente bien y estoy harto de oírme a mí mismo. Siéntase como en su casa, señorita Tanaka, mi hogar es muy

humilde, pero puede considerarlo también suyo.

Kento subió por la rampa de entrada y se perdió en las sombras del interior de su cabaña. Mei se acercó despacio al instrumento. Mientras él trasteaba en el interior calentando agua y buscando hierbas, ella dejó que sus dedos volvieran a acariciar las trece cuerdas. Se sentía profundamente embriagada e inspirada. De la caja de resonancia empezaron a surgir sonidos lentos y sutiles, una melodía encantadora que se atrevió a acompañar con su voz, *Daigo No Hanamy*, la preferida por su madre, su favorita, la que ella siempre le tarareaba de pequeña, la que también entonó para Oboshi. Mientras tocaba y cantaba, empezó a llorar emocionada, enajenada. Era un llanto diferente a todos los que conocía, sereno y feliz, con lágrimas muy lentas y abundantes. Una llorera purificadora y amable que brotaba al son de las notas del arpa.

Dentro de la casa, Kento se detuvo a escuchar un instante y también notó que unas cuantas gotas se deslizaban por su rostro. Algo completamente inaudito en él, no en vano eran las primeras lágrimas después de muchos años, tantos que ya no lo recordaba. De hecho, Kento no recordaba haber llorado jamás más allá de su niñez...

Los dos intentaron disimular su aturdimiento, su inequívoca complacencia, algo inexplicable y muy cercano a la felicidad. Ni Kento ni ella habían sentido jamás algo similar, algo que bien podría desembocar en eso que los humanos llaman *estar enamorados*. «¿Acaso puede suceder así? ¡Qué estupidez!», pensó Mei. Pero su corazón y sus sentidos estaban desbocados y también los del hombre que tenía enfrente.

Kento sirvió el té siguiendo el ceremonial, insuflando pureza al agua y a las hojas, recreándose en cada paso, en completo silencio, hasta que finalmente lo sirvió en las tazas. Le pasó una con gesto de respeto, haciendo una reverencia. También puso sobre la mesa unos pastelillos de arroz algo toscos pero deliciosos. Bebieron y charlaron sin prisas, escuchando cada uno con gran interés lo que el otro decía.

Kento le contó a muy grandes rasgos las peripecias que lo habían llevado a las montañas. Mei también le resumió sus circunstancias, los avatares que la condujeron hasta la aldea de Yonsú. Al narrar su flamante aventura le pareció mentira que, en tan poco tiempo, pudieran haber sucedido tantas cosas.

—La vida puede ser muy sorprendente, ¿no le parece? —le dijo a Kento.

Qué raras condiciones habían provocado su encuentro, cuántos sucesos dispersos y aparentemente inconexos hasta ponerlos allí, frente a frente, en torno a dos tazas de té.

La charla fue muy grata y se prolongó durante algunas horas. Sentados o paseando por los alrededores de la cabaña, hablaron y hablaron deseosos de saber más y más el uno del otro, seguidos siempre de cerca por el pequeño Hachi. El sol había hecho ya un largo recorrido sobre sus cabezas cuando Mei decidió que era el momento de regresar, no quería que la noche cayera antes de llegar a la aldea. Sintió una pereza inmensa, de buena gana hubiera pasado la noche allí, pero le pareció

excesivo, inoportuno. ¿O no? Un torbellino de sensaciones perturbaba aún sus pensamientos.

—Debo irme —le dijo un tanto apesadumbrada, después de tomarse un tiempo para convencerse de pronunciar esas palabras.

—Sí, es tarde. —Kento asintió con la cabeza—. Le acercaré su asno, parece que ha hecho buenas migas con los ciervos, mírelos, como si se conocieran de toda la vida.

—Eso mismo parece habernos sucedido a nosotros, ¿no cree? —se atrevió a añadir Mei.

El hombre no dijo nada más. Trajo al animal y ayudó a Mei a montar.

—Espero volver a verla, señorita Tanaka, ha sido un inmenso placer recibir su inesperada visita.

Aquellas palabras aliviaron el callado e insólito desconsuelo que embargaba a Mei.

—Por supuesto, si le parece bien, vendré a verle alguna vez —le respondió con voz y mirada encendidas, ilusionadas.

—Estaré encantado de recibirla, claro.

Mei azuzó al animal para que echara a andar y se alejó lentamente de Kento que, de nuevo, permaneció en jarras mirándola hasta que desapareció por el camino del bosque. Mei dejó que el burro y el perro la condujeran, sabrían llegar, mantener el rumbo con certeza, porque ella hizo el camino de vuelta un tanto absorta, con la mente extraviada en abstractos y reconfortantes pensamientos, con la mirada perdida aún en la mirada de Kento. Dichosa, despreocupada, tal vez ya enamorada. No, no, no, eso no podía ser, ¿cómo iba a sucederle a ella algo así? Todo eso no eran más que bobadas, ¿o no?...

Llegó a la aldea flotando, embriagada, con una sonrisa estúpida e indeleble dibujada en los labios. Sayu, una vieja curtida en mil batallas amorosas, no tardó en darse cuenta. Nada más verla notó que regresaba distinta. Tal vez la delataba ese gesto bobo que a veces se nos pone, la tremenda lasitud con que descabalgó, su lánguida alegría, el mimo con que trató al animal y a todo aquel que se cruzó en su camino.

—Se ha hecho muy tarde, Mei —le dijo Sayu—. ¿Cómo ha ido?, ¿lo has visto? —tras preguntarle esto, a la anciana ya no le cupo duda.

Mei asintió con la cabeza y con un inconfundible esplendor en los ojos, brillaban tanto como los primeros luceros que ya lucían en el cielo.

—Todo ha ido muy bien, es un hombre encantador, como supuse, nada de demonios. Mañana te contaré —le dijo bostezando—, ahora estoy tan cansada que necesito ir a dormir.

—¿Pero no tienes hambre, muchacha? ¿Te preparo algo?

—No, muchas gracias, no tengo apetito ahora mismo —dicho esto, besó su frente y se fue levitando hacia su cabaña. Aquella respuesta, aquella actitud, confirmaron definitivamente la sospecha, Mei se había prendado de quienquiera que fuese ese hombre, y de forma fulminante, por lo que parecía—. Buenas noches, Sayu —le susurró desde la puerta.

—Buenas noches, pequeña, ten dulces sueños.

—Los tendré, estoy segura —le respondió.

A pesar del agotamiento, le costó conciliar el sueño y las horas de oscuridad pasaron en un plácido y febril duermevela, aquella fue una de las noches más maravillosas en la vida de Mei...

A la mañana siguiente, durante el desayuno, todos los viejos se sentaron en torno a ella y no pararon hasta que consiguieron sacarle algunos de los detalles de esa visita. La mayoría de ellos respiraron aliviados al convencerse, al fin, de que allí arriba no habitaba ningún leviatán, ningún ser maligno, sino un ser humano, un hombre de carne y hueso, y al parecer bastante gentil. Todos coincidieron en decirle a Mei que, si se presentaba la ocasión, le propusiera bajar un día a la aldea para que todos pudieran conocerlo, saludarlo como buenos vecinos, honrarlo con una buena comida y una buena conversación. Tal vez podrían hacer una fiesta. Así confraternizarían con el extraño, le darían su visto bueno y, de paso, los más escépticos se convencerían de una vez por todas de hasta qué punto era inofensivo para ellos.

Mei demoró su segunda visita de forma intencionada. No iba a correr hasta él de nuevo como una chiquilla loca, era una mujer, aunque los viejos la trataran como a una niña, no podía olvidarlo. Era una mujer de cuarenta años. Una mujer invadida por deseos e impacencias que no deseaba demostrar y que era incapaz de confesarse y asimilar.

Tres días después ya no pudo más y volvió a subir a la casa de Kento. Cuando llegó no estaba, tampoco los gamos, por lo que dedujo que habría salido a cazar. No se equivocaba. Al poco regresó llevando un cabrito al hombro. Kento estaba muy distinto, había recortado de forma considerable su melena y su barba, y parecía mucho más aseado, olía a limpio y a romero, no como en su primer encuentro, tal vez por la cantidad de ramas que recogió para avivar el fuego.

Asó en las brasas lentamente el pequeño animal. Hacía mucho que no comía carne. Mei se deleitó devorando con las manos y a bocados aquel manjar tierno y jugoso. Llevaba mucho tiempo sin probar algo tan delicioso. Acompañaron la comida con muchos tragos de un embriagador licor encarnado que Kento elaboraba con bayas y otros frutos del bosque, una especie de vino fuerte y dulce. Pasaron el día

charlando y riendo, contándose detalles de sus vidas. El alcohol desbocó las lenguas y los corazones y los dos se fueron sincerando más y más, aunque Kento no llegara a hablarle de su larga y cruel vida como Haru. Gozaron de cada segundo juntos ese día hasta que otra vez Mei creyó llegado el instante de regresar. «Pídeme que no lo haga —pensó al decírselo—. Pídeme que me quede aquí». Pero Kento no lo hizo, la acompañó a la linde de la arboleda y allí se despidieron afectuosos hasta la próxima vez.

Durante un tiempo se repitió esta misma situación tras cada encuentro. Mei subía, pasaban el día juntos, felices como chiquillos, y después regresaba a la aldea. Primero subió a verlo una vez a la semana, después cada dos o tres días, más tarde un día sí y otro también. Aunque Mei se lo propuso un par de veces, Kento parecía aún reticente a bajar a Yonsú. Todo ese ir y venir camino arriba y abajo, todos esos immaculados encuentros no hicieron sino acrecentar su naciente amor y su deseo. Mei nunca había experimentado algo similar, nunca se sintió así antes. Él tampoco había probado jamás tan casto apetito, tan puros embates. Su vida sentimental, si así podía llamarse, se resumía en haber saboreado y gozado de los placeres del sexo, algo que Mei siquiera había aún probado. Kento nunca se prendó de ninguna mujer, nunca en toda su vida había estado con ninguna mucho más allá de una semana, y siempre perdido y apacentado en el vicio y la lujuria. Nunca sintió amor por una mujer. Aunque al parecer eso había cambiado...

Una mañana, mientras ascendía por el camino, Mei se encontró a Kento bañándose en una de las lagunas cercanas. Se detuvo a mirarlo a escondidas. Casi no lo reconoció. Nadaba en las oscuras y humeantes aguas de la enorme poza, pasando de vez en cuando bajo la cascada, disfrutando del agua, del juego. Se quedó muy impresionada, Kento se había rapado completamente la cabeza y se había afeitado la barba. La sorpresa fue enorme, parecía otro. Aunque no pudo ver con claridad su cuerpo desnudo, le pareció que su piel, al menos en parte, estaba tatuada. No guardaba un buen recuerdo de los tatuajes. Mei lo observó un buen rato desde unas rocas, oculta tras las piedras y la maleza, le pareció impúdico vulnerar así su intimidad, pero no podía dejar de mirar. Era un hombre muy guapo, pensó de nuevo, ahora tenía el aspecto de un fornido monje. Después de un rato cotilleando, Mei siguió por el camino hasta la casa y allí esperó su regreso. Tocó una bella melodía, el sonido del instrumento anunciaría su nueva visita, sería un buen reclamo, volvería pronto.

Kento regresó, en efecto, a toda prisa, medio desnudo, cubierto solo por un taparrabos. Se mostró bastante azorado al encontrarse con ella con ese aspecto, con su nuevo aspecto.

—Estaba ya harto de que el pelo se me enganchara con las ramas al galopar por el bosque —le dijo intentando justificar una decisión que, a todas luces, obedecía a un

arrebato de galanteo masculino. Seguramente lo hizo por ella, por gustarle más, por serle más atractivo.

Mei bromeó respetuosamente sobre su aspecto, sobre su repentino rejuvenecimiento, era un hombre completamente distinto. Le preguntó por los tatuajes que le cubrían buena parte del cuerpo. Él le contestó con evasivas, le dijo que aquello era fruto de una larga y lamentable historia que ya le contaría en otro momento. Le aseguró que no era algo de lo que se enorgulleciera y corrió pudoroso a cubrirse con su sayo.

Después de pasar una larga y agradable jornada juntos llegó el momento de separarse, pero aquella tarde Kento ya no pudo más. Cuando Mei ya se disponía a despedirse, subir en el burro y emprender el camino de vuelta, Kento se atrevió a tomar su mano y retenerla suavemente.

—¿Por qué no te quedas a pasar la noche aquí? —le suplicó casi en un susurro y sin mirar sus ojos.

Al oír sus palabras el corazón de Mei se disparó, vibró como una cuerda bien afinada, llena de emoción. Dio media vuelta y le sonrió asintiendo con la cabeza y la mirada. Luego, sin decir palabra, los dos caminaron hasta la casa cogidos de la mano. Mientras se acercaban a la cabaña Mei cayó en la cuenta de que solo había entrado en ella un par de veces en todo ese tiempo, y cuando lo hizo fue solo por un instante, en el umbral. Entraron y subieron las escaleras, primero él y después ella, siempre en silencio. En el parco y amplio altillo circular no había nada salvo un lecho de paja en el centro de aspecto muy acogedor. Tentador. Varios cuenquillos llenos de incienso humeante llenaban la estancia de una niebla cautivadora. Mei vio por la ventana triangular cómo el sol se ocultaba tras las montañas, sus largas sombras se proyectaron sobre la casa haciendo cada vez más densa la penumbra en el interior. Kento encendió unas lamparillas de resina y ella pudo ver mejor. La concupiscencia y el temor hacían temblar todo el cuerpo de Mei. Tiritaba aunque no tenía frío. El hombre se aproximó a ella y la abrazó por detrás con ternura. Después, tomándola en sus brazos, la llevó hasta el tálamo donde la depositó con mucho cuidado, como si no pesara lo más mínimo, y se tumbó a su lado sobre la mantas que cubrían el mullido heno, mirándola. La besó con ternura en la frente y volvió a abrazarla. Sus cuerpos chispeaban aún vestidos. En el profundo silencio de la noche solo se escuchaban algunos grillos y el anhelante ardor de sus resuellos, acompasados, ansiosos por ir mucho más allá. La estrechó aún más, con delicada fuerza, y Mei sintió que su cuerpo se evaporaba, literalmente, que ya era solo esencia.

—Así deben de sentirse los espíritus cuando revolotean por ahí —le susurró ella deshecha de placer, entregada por completo a los instintos, contoneando lentamente sus caderas de forma involuntaria, movida por el ancestral empuje del deseo.

Una cálida y oportuna brisa entró por la ventana y apagó una de las candelas. Ya apenas dos llamas y la luz de la luna iluminaban tenuemente la escena. Notó en su vientre cómo el miembro de Kento se tensaba como la cuerda de un arco, rígido y

férreo como la vaina de una espada. Él se desnudó primero sobre el cobertor y después, con gran delicadeza, la desnudó a ella. A media luz Mei no pudo ver su cuerpo con claridad, pero sí sentirlo pegado al suyo, suave entre sus manos, terso, musculoso, sudoroso, henchido. Mei se sintió desvanecer, de hecho debió de perder el sentido durante unos segundos. Al fin los labios se unieron lentos y dóciles. Se besaron apasionadamente. Las manos de Kento acariciaron su cuello, sus hombros y su espalda como lo hacía con las cuerdas del *koto*, como si ella fuera un arpa. Así fue bajando hasta sus nalgas y sus piernas, sus largos brazos alcanzaban también a acariciarle los pies. Mei se derretía con cada leve gesto de los dedos, líquida y febril, enajenada por completo, como si hubiera muerto y traspasado las mismas puertas del paraíso. Atrapó cariñosamente el cuerpo de su amado entre las piernas, rodeándolo con ellas, absorbiéndolo, empapándolo. Desde ese instante entró en otra dimensión, en otro estado físico y de conciencia. Ya no fue capaz de distinguir dónde empezaba un cuerpo y acababa el otro. Se fundieron por completo, se traspasaron, absolutamente unidos. Temblorosos y plenos fueron descorriendo uno tras otro todos los pesados velos de virtud que los separaban. Los dos saciaron esa noche una sed muy antigua e ilimitada. Todo, la habitación, la choza, las cordilleras, los lagos, el cielo y sus estrellas, sus almas, sus amorosos ademanes, todo giró deshecho en el gozo y la alegría de ese encuentro. Al penetrar Kento por primera vez lenta y dulcemente dentro de ella, Mei sintió que la vida entraba en su cuerpo como un viento fabuloso, como una primavera imparable. Sintió un placer infinito que apartó con su luz todas las sombras que guardaba dentro de sí. El amor y el sexo hicieron reverberar todo su ser. Mei creyó entonces entender la verdadera y única razón de la vida. Amar, amar, amar así, una y otra vez. Sentir una y otra vez esas oleadas de amor que devoraban las tinieblas de sus entrañas, que hacían relucir la existencia como un sol. Olas que rompían en sus caderas, que entraron en ella como espuma, como una indomable y ardiente marea, dándole una nueva forma a su cuerpo y a su espíritu...

Después de muchas horas disueltos en un éxtasis casi inextinguible, cayeron rendidos. Al fin murió la noche y con ella la callada luz de la luna y las estrellas. Justo al alba se durmieron entrelazados, aferrados, inertes, arrullando con sus manos las espaldas desnudas. Mei no regresó a la aldea aquella noche y ya no volvió a hacerlo en mucho tiempo. Pasaron varias semanas embriagados en esa alegría, absolutamente entregados al amor, a ese primer amor recién nacido y todopoderoso, casi adolescente. Eran sin duda dos hojas caídas de la misma rama.

Mei descubrió en Kento a un ser maravilloso, capaz de obrar prodigios en ella y a su alrededor. Realmente era un hechicero. En su retiro, quién sabe cómo, había desentrañado algunos de los secretos del mágico territorio ainu y así aprendió a dominar algunas fuerzas de la naturaleza, y eso fascinaba a Mei. Estando a su lado se sentía el ser más dichoso sobre la tierra, el más feliz del universo. Pensando en esto se puso de puntillas frente a Kento, se abrazó a su cuello y quedó colgando de él, de su cuello, mientras le besaba con absoluto deleite por todo el rostro y los labios

dándole las gracias por haberle regalado un sueño, el mejor sueño, el deseo más irrealizable y antiguo que recordaba. Amar, amar de verdad.

Pasaron el resto del día entrelazados, desnudos frente al fuego. De tanto en tanto Kento miraba las llamas pensando en que aún no le había contado nada de su vida como *yakuza*, ni una palabra de cuando Kento era Haru. Temía espantarla con aquella macabra historia, decepcionarla, asustarla. No se avergonzaba de su pasado, no sentía remordimientos por todo lo que hizo en aquel tiempo, pero confesarle a Mei que había sido un implacable asesino de la mafia no le parecía algo sencillo ni apetecible.

Por la tarde Mei se atrevió al fin a preguntarle, llena de curiosidad, por esa especie de altar repleto de fotografías que tenía en su hogar.

—¿Quién es toda esa gente a la que veneras? —le dijo—. ¿Son antepasados tuyos?, ¿familiares acaso? Ahora que me fijo no se parecen demasiado entre sí.

Mei nunca había reparado con demasiado detalle en aquellos retratos que colgaban de la pared enhebrados en varias cuerdecillas. Se acercó para verlos mejor. Los rostros en blanco y negro apenas se distinguían en la penumbra, iluminados solo por la leve y centelleante luz de las velas. Kento guardó un largo silencio antes de contestar...

—Son hombres a los que maté.

Aquella frase sonó grave y rotunda, tremendamente extraña, irreal hasta para el propio Kento. Mei se quedó muy pensativa.

—¿Mataste a todos estos hombres?, ¿de verdad?, ¿lo dices en serio? —le preguntó incrédula mientras acercaba la luz de una candela a las imágenes.

—A todos —le respondió Kento—, con mis propias manos.

—¿Y por qué? —insistió Mei sin demasiada emoción.

—Era mi trabajo, matar. No me atrevía a contártelo, temía espantarte. Durante unos años fui un *yakuza*, anduve metido en ese mundo de muerte y violencia. Cuando me encargaban eliminar a algún miserable me daban un sobre con su fotografía; las fui guardando y las colgué ahí. Cada día rezo ante ellos mis oraciones. No los conocía personalmente, pero les debo respeto por haber segado sus vidas. Es mi manera de honrarlos, de pedir perdón a mis víctimas por haber truncado sus días de manera repentina. Casi todos ellos eran malas personas, gente muy mala, hombres crueles y perversos, Japón fue un lugar mejor una vez desaparecieron. Aunque había tanto que «limpiar» que era imposible acabar con todos los malos —bromeó—. Hay demasiada gente en este mundo que no merece seguir con vida, yo solo cumplí con una pequeña parte de esa tarea, cumplí con mi deber, eso creo. Disculpa mi turbación, hacía mucho que no pensaba en todo esto.

No daba crédito a lo que escuchaba, era imposible que un hombre tan puro, tan noble y bueno como Kento hubiera asesinado a tantos hombres a sangre fría. Fue cogiendo con delicadeza las ristas de fotos y mirándolas una por una.

—¿Recuerdas cada uno de sus nombres? —le preguntó.

—No, solo algunos, muy pocos. Apenas sabía nada de ellos.

—Entonces, ¿cómo sabías que eran malas personas?

—Eso me dijeron, tenía que fiarme. Las atrocidades que llenaban sus historiales eran terribles, mis jefes no tenían por qué engañarme, aunque tal vez fueran aún peores que ellos.

Mei se detuvo en una de las fotos, un escalofrío recorrió su espalda. Entre los retratos de esos hombres a los que Kento decía haber dado muerte, había uno que le resultó siniestramente familiar. No podía creerlo.

—¿Qué puedes decirme de este? —le preguntó en un susurro, con la voz algo temblorosa.

Kento se levantó y se acercó para ver mejor a quién se refería.

—Déjame ver —le dijo tomando la marchita instantánea—. Creo recordar que se llamaba Daisuki, o así se hacía llamar. Era un tipo gordo, enorme, un repugnante pederasta, pervirtió y violó a la hija del jefe de una facción, un importante *oyabun*, la niña tenía apenas catorce años, una mala decisión que le condenó a muerte, se lo merecía. ¿Por qué me lo preguntas? —quiso saber Kento.

—Porque ese hombre era mi padre.

Kento retrocedió unos pasos como espantado.

—¿Pero qué dices? —Eso sí que era una macabra jugada del destino—. Mírala bien.

—Así es —le respondió Mei—. Es él, sin duda. Pero no temas, no te inquietes —casi le suplicó a su amado—, este realmente era un mal hombre, seguramente merecía acabar así.

Mei contó entonces a Kento los pormenores de su infancia, las amargas etapas de su niñez en que tuvo que convivir con su padre. Ahora se explicaba algunas cosas, quién era aquella gente extraña, aquellos hombres siniestros y tatuados que se reunían con él en su hogar para desesperación y sufrimiento de su madre, quiénes eran y a qué se dedicaban aquellas mujeres pecaminosas y rastreras que tantas veces lo acompañaban, de dónde salía todo el sucio dinero que ellas raramente disfrutaron, las drogas, las armas, toda aquella inmundicia que rodeaba a su progenitor, incomprensible para una niña. Kento escuchó muy atentamente su relato. Mei se desahogó por primera vez en su vida, vomitó todo el odio y el miedo que aún llevaba en su sangre, contaminándola, llenándola de impurezas hasta hacerla enfermar.

Vomitó todo, luego salió de la cabaña y lloró y gritó y maldijo sus malos recuerdos. Una vez se hubo calmado, Kento se acercó a ella y la abrazó tiernamente.

—Eso ya quedó atrás, ya no existe, ya no puede hacerte ningún daño —la consoló.

Casi sin que se dieran cuenta cayó de nuevo la noche. Empezó a lloviznar. Los

ciervos relincharon al viento. Refrescaba. Entraron y volvieron a amarse en silencio al calor de las llamas y las pieles con que cubrieron el lecho. Aquella madrugada, muy abrazados, recapacitaron sobre las insólitas maneras que tiene la vida de jugar con los humanos, cómo cierra sus círculos, cómo dicta indultos o condenas.

Sus vidas eran como dos líneas rectas, perpendiculares, como dos estelas viajando por los días hasta cruzarse, hasta encontrarse y unirse en una sola, hasta amarse de aquel modo impensable. Aturdía pensar en cómo los días o los dioses conspiran a favor o en contra de los seres humanos con sus improbables juegos, con sus carambolas imposibles. ¿Cómo poder siquiera imaginar cuando su padre desapareció de su vida que algún día amaría con locura al hombre que lo hizo desaparecer? Era la típica trama inverosímil que se cuenta en una novela aun a costa de resultar increíble. Pero era completamente real. Aquella idea fascinó y sobrecogió a Mei.

—No te sientas mal por ese pasado, mi amado Kento —le dijo susurrándole al oído—, creo que nada es casual. Creo que de esta increíble locura se deduce que ya mucho antes de conocerme, de algún modo, velabas por mí. Tú liberaste a una niña de su opresor, de aquel canalla que la vida le otorgó como padre, y por ello te debo estar aún más agradecida. Solo entonces —continuó diciéndole Mei—, solo cuando él desapareció, mi madre, mi hermana y yo pudimos respirar, ser felices de algún modo, y sucedió así gracias a ti, aunque tú no supieras nada de nosotras ni de nuestra desgracia. ¡Es fascinante!, ¿no crees? No me importa, Kento, lo que fuiste o hiciste en ese pasado que ya no existe, tampoco cuántas veces cambiaste de nombre o a cuántos mataste ni por qué, o a cuántas mujeres amaste siendo él...

»No me importa nada de eso, no quiero saber más de Haru, no quiero volver a hablar de ello, salvo que tú lo desees, salvo que tú quieras compartir alguna pesadumbre conmigo. No volveré a mencionar nada de esto, nunca más, créeme —sentenció Mei con una enorme dulzura—. Lo único que importa ahora es que cada uno a su manera, cada uno siguiendo su camino, dos inusitados caminos, ha llegado hasta aquí, hasta este precioso abrazo en el que estamos, hasta aquí nos ha traído la vida y es maravilloso que haya sido así. No juzgaremos la forma en que lo hizo, cómo nos manejó para conseguirlo. El fin era extraordinario, los medios son ya insignificantes. Lo único que me importa ahora eres tú, mi amado Kento, cualquier sufrimiento pasado ha merecido la pena, cualquier desasosiego fue necesario y hermoso porque me condujo hasta ti.

Mei se durmió apretada a él, muy ceñida a su amado, a aquel hombre indescriptible, deslumbrante. Convencida por completo de cuán poco le importaba el pasado, cualquier pasado...

Despertó sintiéndose rotundamente feliz. Qué maravillosa sensación fue la de abrir los ojos y experimentar una absoluta placidez, una total despreocupación. Aquel era un nuevo día, así lo saboreó, así sabía, como el primero de una nueva y larga vida

por venir. Dio la bienvenida al sol que entraba generoso y cálido por la ventana. Se giró en el lecho y miró a Kento, su amado, su primer y único amante, un humilde y fabuloso dios. Se quedó un rato admirando su rostro, su cuerpo desnudo, su piel delicadamente tatuada. Eran dibujos enrevesados y de una rara belleza, llenos de furia y tristeza, de melancolía. Intentó imaginar cómo sería el artista que los diseñó, cuánto sufrimiento le habría supuesto a Kento haberle servido de lienzo. Las figuras multicolores recorrían sus piernas desde los tobillos cubriendo la piel por completo hasta las ingles, subían por el trasero y por la espalda hasta el límite del cuello para luego envolver los costados y las costillas, ajustándose a su torso como un chaleco. Solo la parte central del pecho hasta el ombligo y su pene, más abajo, quedaban libres de las tintas. Dormía respirando en paz, con los labios entreabiertos, absolutamente perdido en el sueño. Sus pulmones y su vientre se elevaban y descendían rítmicamente, muy lentamente. Le pareció una hermosa bestia, un bellísimo animal de aspecto humano. Indomable tal vez.

Los días a su lado transcurrirían llenos de amor y armonía, estaba segura de ello. Kento era un hombre sabio, en eso se había convertido tras vivir tantos años solo en el bosque. Tras una vida tormentosa, su existencia en las montañas le transformó en un ser casi mitológico, mágico, único en su especie. ¿De qué prodigios no sería capaz? No alardeaba jamás de sus extraños poderes, de esas proezas que realizaba de forma natural, casi inconsciente. Su simbiosis con la tierra, el agua, el viento y el fuego era total. Él era ya un elemento más de la naturaleza, un espíritu más de la foresta, un extraño espíritu de carne y hueso. Se comunicaba y se entendía bien con ellos, con los *kodamas* y con las otras ánimas que vagaban perdidas entre los árboles del bosque.

Recordó una mágica tarde en que él se ejercitaba con la *katana* sobre un peñasco, arriba, en la ladera, y ella pudo ver cómo varias presencias luminosas bailaban a su alrededor siguiendo sus movimientos. Pequeñas esferas, alientos, estelas, vapores de luz, almas, en definitiva, que revoloteaban al son de sus evoluciones con la espada. Alguna vez lo había visto correr al galope junto a sus ciervos, de forma tan veloz que llegaba a sobrepasarlos si lo deseaba. Trepaba a los árboles como un simio, nadaba como un delfín, saltaba como un tigre. Su pericia con el arco era inconcebible, podía disparar a lomos de su montura y acertar en el blanco a muchos metros de distancia y a la primera.

Kento por fin despertó y Mei se decidió a preguntarle por el origen de todos esos poderes sobrehumanos, de esos milagros. Era evidente que algo sobrenatural sucedía en Yonsú y en sus alrededores. Él, al igual que los ancianos, le aseguró que el secreto estaba en el agua que brotaba de los caudalosos manantiales que surgían de la tierra mucho más arriba, en las cimas de esas montañas.

Cuando se hubieron levantado, la tomó de la mano y juntos pasearon hasta la orilla de un lago cercano. Sacó la espada de la funda con la mano derecha y con la izquierda agarró el filo con fuerza, la deslizó para provocarse un profundo corte en la

palma, la sangre brotó enseguida generosa. Mei deseó gritar y apartó la vista horrorizada, pero él le suplicó que mirara. Metió la mano ensangrentada en las aguas cristalinas enturbiándolas durante un instante de rojo. La corriente fue arrastrando la sombra de la hemorragia, mientras la herida iba lentamente haciéndose más pequeña ante sus ojos, cerrándose de forma casi imperceptible, hasta sanar por completo. Solo quedó una marca rojiza que desaparecería en unas horas.

—¿Ves? El misterio está ahí, dulce Mei —le dijo Kento mirando hacia las cascadas—, en estas aguas portentosas. Por eso aquí se deja de envejecer, por eso los viejos están tan fuertes y sanos, por eso nos sentimos tan extraordinariamente llenos de salud y de vida. Imagina qué sucedería si alguien llegara a conocer este secreto, si algún desalmado ávido de riquezas intentara sacar tajada de este portento, prometiendo salud y vida eterna. El planeta entero enloquecería. Si los humanos son capaces de las peores atrocidades por controlar las fuentes del petróleo, piensa cómo acabarían si descubrieran los prodigios que obran estos manantiales. Serían capaces de exterminarse unos a otros por dominar esta «agua filosofal» que convierte la vida en oro.

»No llego a comprender el enigma, seguramente nunca lo conseguiremos, solo lo acepto agradecido. No sé siquiera si surte el mismo efecto en todos los seres, pero parece que sí, también los animales que pueblan esta región son peculiares, desde las abejas o las hormigas a los alces o los osos. Es algo a la vez tan natural que pronto deja de sorprenderte. Cuando llegué aquí estaba muy malherido, casi desangrado, absolutamente exhausto tras una frenética huida.

»Una vez en Hokkaido, todo se complicó. Nada más bajar del *ferry* supe que me estaban esperando, dispuestos a darme caza y muerte. Tras una larga persecución, conseguí dejarlos atrás, pero recibí un disparo en una pierna y después sufrí un brutal accidente con otra moto robada en la que escapé. La dejé tirada en una cuneta, me hice un torniquete y empecé a correr como pude adentrándome más y más en los campos, primero sembrados, después completamente salvajes. Caminé durante días hasta llegar a las escarpadas montañas. Luego empecé a ascender por laderas y laderas, alimentándome como pude, como un animal, no faltaban agua e insectos, larvas de todo tipo. Llegué a estas tierras arrastrándome, así crucé esas arboledas llenas de muertos, pensé que mis huesos acabarían formando parte también del siniestro paisaje. Quedé tendido junto a un riachuelo cubierto de hojas, ya casi muerto, al pie de un gigantesco castaño, entre sus raíces.

»Cuando ya creía desfallecer definitivamente, cuando ya me había rendido a la muerte, bebí sediento del agua del arroyo y allí me desmayé. Al despertar, después de muchas horas inerte, me sentía mucho mejor. Lavé bien mis heridas y seguí bebiendo y bebiendo de forma casi insaciable. Casi noté cómo todas las moléculas de mi cuerpo iban transformándose de manera asombrosa. Recuperé fuerzas y continué subiendo montaña arriba siguiendo el cauce del río salvador. Así caminé durante muchos días y noches, durante semanas, hasta llegar aquí. Pasé cerca de la aldea de

Yonsú, pero no quise dejarme ver por los dos o tres viejos que acerté a adivinar. ¡No podía creer que en estos parajes perdidos pudiera vivir nadie y aún menos unos cuantos ancianos! Todo resultaba inconcebible. Ascendí por la ladera, por ese mismo camino por el que tú llegaste hasta mí. Luego, palo a palo, fui levantando esta cabaña. Al principio apenas era un pobre refugio, como los que construyen los pastores. Después se convirtió en una pequeña choza. Poco a poco fui alzando esta casa con enorme paciencia y esfuerzo. Cierto es que robé algunas herramientas y otras cosas a los ancianos, cuerdas, clavos, mechas y cera para hacer velas, algún que otro utensilio para hacer fuego y cocinar, todo eso fue de gran ayuda. Me proporcionó muchas comodidades. También me llevé de la aldea algunas armas, un arcabuz y una *katana*, la que me pareció mejor entre todas las que se amontonaban en su insólito almacén.

»Dejé que creyeran que eran los demonios los que les hurtaban, el miedo los ha mantenido alejados de aquí. Al igual que el miedo mantiene a la gente lejos de este entorno, lejos de estos bosques que un día fueron de los ainu, lejos, muy lejos de Yonsú. Mejor que tengan miedo, mejor que piensen que todo son leyendas, que teman este territorio, que lo crean maldito, que lo imaginen como un siniestro paraje repleto de diablos y malos espíritus. Es bueno que sea así, es bueno que nadie se atreva a adentrarse por aquí, o casi nadie. Por eso me sorprendió tanto tu visita...

El prodigio estaba en esos torrentes que emergían aún hirvientes desde las profundidades y se mezclaban con las gélidas aguas de los deshielos. Tempestuosos o mansos arroyos que descendían templándose por las laderas, formando saltos y cascadas de una belleza sublime, hasta llenar, aún calientes, las lagunas y las pozas en las que ellos se bañaban, de las que bebían. Las aguas de esas montañas volcánicas escondían el secreto.

El agua milagrosa había salvado sus vidas, como también salvó las de los ancianos que consiguieron llegar a las inmediaciones de Yonsú. Posiblemente también ellos bebieron cuando ya estaban al borde de la extenuación y se sintieron revivir. ¿Hasta qué punto ralentizaba el agua el envejecimiento?, eso era imposible saberlo con certeza, pero parecía que bebiendo con regularidad la buena salud podría prolongarse de forma indefinida. Kento apenas había cambiado de aspecto en los últimos quince años, desde que llegó. Su transformación solo había sido positiva, era mucho más fuerte, mucho más sano, mucho más sabio. ¿Beber el agua suponía vivir eternamente como contaban las leyendas? Tal vez, ¿quién sabe?

¿Pero qué importaba eso para ellos? Dejaron pronto de planteárselo, simplemente vivían, gozaban de cada instante, de cada día y cada noche, disfrutando de existir en el eterno presente, como siempre desearon los antiguos samuráis, viviendo ya sin pasado y sin tener que pensar jamás en el futuro. Kento y Mei se recreaban cada instante en esa idea y en la inmensa dicha de estar juntos, ronroneando de placer y de alegría al abrazarse, dando gracias a los dioses que los guiaron a ese encuentro. Llenos de amor, libres, pletóricos, rebosantes de lozanía y bienestar, viviendo en un extraño paraíso, en el que seguramente pudiera ser el lugar más maravilloso del

planeta Tierra. Un lugar secreto e inconcebible que compartían con un puñado de abuelos y con los espíritus del bosque, con los fantasmas ainu que al parecer estaban encantados con su presencia humana. Tal vez llegaría un día el momento de unirse a ellos, de dejarse morir juntos, serenamente, como al parecer ya hicieron algunos de los viejos. Era su decisión. Ya no era ley de vida la muerte.

Cuando regresaron a la cabaña, Mei se arrodilló al lado del arpa y dejó que los dedos se movieran a su aire por las cuerdas, improvisando una melodía de belleza indescriptible, una música fantástica que interpretaba con la mirada perdida mientras sus manos se movían de forma sutil, inmaterial. Empezó a cantar también sin saber de dónde provenían las palabras, escribiendo en el aire con su voz la letra de una canción jamás compuesta, nunca escuchada. Hablaba de cómo la vida siempre sigue su curso, muerte a muerte, vida tras vida, sin extinguirse jamás, saltando de generación en generación, desapareciendo y volviendo a aparecer cada vez que alguien fallece o un nuevo ser nace a este mundo.

*La vida sigue siempre su curso,  
muerte a muerte, vida a vida,  
y algún día la tuya y la mía, amor mío,  
también se extinguirán, desaparecerán  
como la de tantos hombres y mujeres,  
pero no importará, seguiremos juntos  
revoloteando por el espacio,  
al igual que la madre Tierra  
viajaremos flotando en el vacío,  
rumbo a nuestro encuentro  
quedaremos convertidos en cenizas  
abrasados por el sol..., amor mío...*

Esa misma tarde bajaron juntos paseando por el camino hasta la aldea de Yonsú. Los viejos se arremolinaron al verlos aparecer, alborotados como niños al salir al patio de la escuela. El pequeño Hachi corrió hacia ellos ladrando y moviendo el rabo loco de alegría, hasta saltar en los brazos de Mei, dándole lametones en las manos y en el rostro. Sayu abrazó a su nieta adoptiva llena de emoción por su regreso. Habían pasado seguramente muchos meses desde la última vez, desde que partiera en busca de lo desconocido para encontrar la compañía de ese extraño hombre. Todos besaron a Mei y abrazaron al recién llegado.

—Os presento a Kento, él es vuestro «demonio» —les dijo Mei bromeando—. No, no es un ángel de las tinieblas, ni un espíritu malvado, es un hombre noble y bueno, es el hombre al que amo y que seguro terminará conquistando también

vuestros corazones. A todos os debo la vida, esta nueva y maravillosa vida, humilde y plena, y os estoy infinitamente agradecida por ello. Primero a este perrito —dijo acariciándolo entre las orejillas—, que supo encontrarme cuando estaba medio muerta; después a Sayu, que me curó y me trajo hasta aquí, donde todos vosotros, que me mimasteis como a una hija o a una nieta; y por supuesto a Kento, este ser maravilloso que quiero que conozcáis, que también me acogió en su hogar, que ha sido tan gentil y generoso conmigo, que me ha revelado incontables secretos, que me ha enseñado inimaginables prodigios, que ha abierto con ímpetu a mi alma las puertas de este amor inconmensurable. Este es el mayor prodigio de todos cuantos me ha mostrado, esta sensación de amor infinito por él, por todos vosotros, por estas montañas y por todos los seres que en ellas habitan. ¡El amor es el prodigio! Todos vosotros me habéis hecho inmensamente feliz —les recalcó Mei llena de emoción—, y nunca sabré expresaros hasta qué punto os estoy agradecida, nunca viviré lo bastante para compensaros tanto.

—No hay nada que agradecer —le replicó Sayu jocosa hablando en nombre de todos los ancianos—, aunque te equivocas, pequeña, seguramente vivirás cuanto deseas, tendrás tiempo de sobra para darnos las gracias cada día si eso es lo que quieres hacer. —Dicho esto, la anciana abrazó y besó de nuevo a Mei, después agarró su mano y la de Kento y tiró de ellos dulcemente—. Ahora venid conmigo —les dijo—, dejémonos de palabrerías, seguro que la caminata hasta aquí os ha abierto el apetito. Dejad que os preparemos una buena comilona, hay mucho que celebrar, cenaremos todos juntos y después beberemos mucho sake y bailaremos alrededor del fuego hasta caer rendidos.

Mei miró a Kento un instante, sonreía satisfecho ante las muestras de cariño y la hospitalidad de los ancianos. Alargó la mano hasta su rostro y lo acarició muy despacio, con inmensa ternura. Estaba radiante, bellissimo, iluminado por la aterciopelada luz de la luna llena que ya brillaba en el cielo estrellado. Mei agarró su mano y los dos caminaron hacia la cabaña donde los viejos ya se afanaban cocinando algunos manjares. Sus sombras se convirtieron en una sola alargándose sobre la hierba plateada.

—¡Vamos, muchachos, que la cena pronto estará lista! —se oyó decir a uno de los ancianos que los llamaba.

—¡Vamos, que la fiesta pronto va a comenzar! —gritó otro con voz de júbilo.

Uno ya tocaba la flauta y otro preparaba un tambor...

—¡Vamos, venid, tocaremos y cantaremos juntos viejas canciones de amor! — Los viejos no podían mostrarse más felices por el regreso de Mei en compañía de su amado. Los hombres se lo arrebataron—. ¡Suéltalo un rato, muchacha!, deja que venga con nosotros a beber mientras vosotras hacéis en la cocina.

Kento se dejó llevar por ellos, dócilmente, haciendo un gracioso gesto a Mei, que contemplaba la escena riendo. En medio de todo aquel alborozo pensó por un instante en su madre, en lo feliz que habría sido allí de haber llegado a tiempo. De improvviso

vio cómo ascendía ante ella una leve bruma luminosa, una especie de neblina azulada que parecía salir del suelo, de entre el pasto. El extraño vaho avanzó hacia su cuerpo hasta llegar a atravesarlo, entró por su pecho y salió después por su espalda haciéndole sentir un tremendo escalofrío, estremeciéndola al acariciar lentamente sus entrañas. Un olor y una sensación muy familiar inundaron todo su cuerpo cuando el espíritu de su madre la envolvió por completo. Notó perfectamente que era ella, sin ninguna duda, traspasó su alma haciéndole saber que estaba allí, a su lado, que al final también ella había conseguido el sueño imposible de llegar a Yonsú. En ese preciso instante también le reveló que no tardaría en darle una nietecilla, que estaba embarazada de algunas semanas, algo que Mei ya empezaba a sospechar. Se sintió la mujer más dichosa del universo. En ese momento Hachi se le acercó buscando más caricias. Las mujeres ya tendían los manteles y servían sobre la mesa los cuencos humeantes. Algo más allá los hombres holgazaneaban y soltaban risotadas escuchando muy atentamente alguna batalla que Kento les contaba haciendo expresivos y graciosos aspavientos, como quien empuña una *katana* frente a unos bandidos, enfrentándose a demonios o dragones, dispuesto a derrotarlos.

Sin ninguna duda, Kento sería capaz de conseguirlo...

## EPÍLOGO

Estoy convencido de que muchos lectores se preguntarán por qué he elegido Japón para ambientar esta novela. Yo también me lo pregunto todavía, eso de los escenarios es casi siempre un enigma entre los que escriben. Tal vez hubiera sido más sencillo para mí hacer que la trama transcurriera en Suiza, en Italia o en Polonia, en cualquier lugar de Europa, cualquiera menos España, eso ni me lo podía plantear en estos tenebrosos tiempos que vivimos. Necesitaba irme lejos de toda esta inmundicia moral, de esta miseria ética que abunda en estos tiempos extraños, aunque solo fuera con la imaginación.

Japón es para nosotros un país muy lejano y absolutamente ajeno por infinitas razones. Si miramos, aunque sea de refilón, hacia su cultura milenaria y exótica, nos quedamos boquiabiertos, siempre resulta seductora a pesar de nuestro profundo desconocimiento e incompreensión. Sus creencias y costumbres nos parecen tan raras como fascinantes, siempre misteriosas y lejanas. Imagino que tanto como las nuestras se lo parecerán a ellos. Aunque el país del Sol Naciente es particular hasta entre las demás naciones y culturas asiáticas. Japón es un mundo completamente distinto al nuestro, una sociedad en muchos sentidos alienígena para nosotros. Otro planeta. Un lugar donde el pasado siempre está impregnando el presente y condicionando cualquier futuro, aunque sea el paraíso del progreso y la tecnología. La sociedad japonesa es extremadamente moderna y avanzada, pero rotundamente arcaica a la vez, y entre sus habitantes cada vez hay más ancianos. Tal vez esta sea una de las principales razones que me llevaron a imaginar esta historia. Japón envejece muy rápidamente. La insólita longevidad de sus ciudadanos, algo que seguramente nos parezca envidiable, ha llegado a convertirse en un grave problema social y económico para ellos. Cada vez hay más viejos y menos jóvenes, no en vano su tasa de nacimientos es una de las menores del planeta. La población ha entrado en una preocupante tendencia descendente. Una cuarta parte de sus habitantes ya está por encima de los sesenta o sesenta y cinco años. Japón ya es el país del mundo más envejecido y el que más personas centenarias tiene en su censo. Es un país de viejos, aunque no para viejos. Lo más impactante es que muchos de esos ancianos viven solos y cada vez más mueren en absoluta soledad. No es raro que sus cadáveres aparezcan días o semanas después de haber expirado, cuando ya apestan. Otros cuerpos no aparecen jamás. Los servicios sociales, la Policía y otras autoridades, incluso los carteros, de tanto en tanto, intentan cerciorarse de que los ancianos más solitarios siguen aún con vida. Pero el contacto humano no es precisamente el fuerte de los japoneses, al menos no lo es para los que viven en las grandes ciudades como Tokio. En cualquier caso no es tarea fácil hacer ese tipo de comprobaciones, ya que, como decía, son millones las personas de la tercera edad que allí viven solas. Los japoneses, además, son enormemente discretos y muy reticentes a meter sus narices en las vidas de los demás, incluso en las de sus vecinos más próximos. Desde

Occidente los vemos como miembros de una sociedad que tradicionalmente respeta y venera a sus ancianos. Hasta hace algún tiempo fue así, pero eso parece estar cambiando y los viejos, los problemáticos viejos, cada vez malviven más desamparados y aislados.

No hace mucho que el ministro japonés de Finanzas, Taro Aso, que tiene ya más de setenta años, sugirió durante una comparecencia ante numerosos medios de comunicación que las personas mayores «debían darse prisa en morir», ya que así el Estado se ahorraría buena parte del dinero que tan inútilmente emplea en atenderlos. Esta ruin propuesta causó un gran impacto mundial, sobre todo en Occidente, donde la idea nos pareció especialmente cruel e incomprensible. Aunque por aquí más de uno seguramente piense lo mismo, nadie se atreve a decirlo con tanta claridad. Al menos de momento, porque al paso que vamos nunca se sabe...

No es de extrañar que en ocasiones sucedan cosas tremendas en algunos lugares de Japón. Cuando una familia, por el motivo que sea, ya no puede mantener a un anciano, cuando ya no pueden cuidarlos debidamente, algunos optan por abandonarlos, por dejarlos morir, algo similar a lo que por aquí se hace con los perros a los que se deja tirados en las cunetas. Pensándolo bien, nosotros también tenemos nuestros propios métodos para apartar a los viejos, formas más sutiles, claro, por aquí los mandamos a esperar a la muerte en los pasillos y las habitaciones de las tristes residencias. No, no es lo mismo, pero escuece pensarlo, ¿verdad? Por inconcebible que nos parezca, no son pocos los viejos que quedan desechados a su suerte en Japón, algunos terminan perdidos en remotos bosques, en las llamadas *arboledas de los abandonados o de los sacrificios*. Algunos ancianos, desesperados, eligen ese destino de forma voluntaria. Se adentran en la espesura y allí se inmolan, se hacen el haraquiri, se cuelgan de un árbol o toman una sobredosis de pastillas. Otros mueren de sed e inanición, de frío o de calor, de miedo o de hastío, más tarde o más temprano. Una lenta agonía que posiblemente no vería con malos ojos el tal Taro Aso, quizá le parezca una buena solución, económica y además ecológica. Los viejos son completamente biodegradables. Las palabras del ladino ministro nipón de Finanzas montaron tal escándalo que a los pocos días tuvo que reconocer públicamente que habían sido inadecuadas. ¡Qué miserable! Intentó rectificar alegando que era solo una opinión «personal», aunque estarán de acuerdo en que disculparle es algo realmente complicado con semejante argumento. No era la primera vez que este individuo decía cosas similares o incluso más graves, les voy a ahorrar los pormenores. Llegará el momento en que tenga que enfrentarse a sus palabras y a sus fantasmas, a todos nos llega la hora, aunque algunos hablen y se comporten como si fueran seres inmortales.

Creo que fue pensando en algunas de estas atrocidades, humanas o inhumanas, cuando de algún modo concebí la fábula de Yonsú, así llegó a mi imaginación la

historia de Tanaka, una mujer particular que se dedica, en cuerpo y alma, al cuidado de su madre, sobre todo cuando ya es una anciana. Una mujer a la que conmueve de forma inevitable la vejez de los demás.

Espero que este libro, como suele suceder con las viejas canciones, les haya conmovido, les haya hecho sentir nostalgia de cosas o sucesos que ya apenas recordaban. Ese es el prodigioso poder de la música y de la literatura, de las notas y las palabras. De todo ese misterioso arte con el que hoy en día mercadean oscuros y anónimos piratas, poniendo en peligro algunos de los dones más prodigiosos e inexplicables del ser humano...

田中



DAVID FERNÁNDEZ CANTERO (Madrid, 1961). Es periodista, pintor y escritor. Estudió Imagen y Sonido, Publicidad y Cinematografía. Como operador de cámara y director de fotografía recibió varios premios en sendos certámenes nacionales e internacionales.

Durante más de quince años fue reportero en RTVE. Desde Madrid, Sevilla o Roma cubrió todo tipo de noticias y sucesos. Ha viajado por los cinco continentes. Durante tres años fue corresponsal gráfico en Italia y El Vaticano, acompañó al Papa Juan Pablo II en numerosos viajes apostólicos por más de treinta países.

En 1997 debutó como presentador en los informativos del Centro Territorial de RTVE en Andalucía. Ha trabajado 20 años en RTVE; los últimos años, presentando los telediarios de fin de semana de RTVE y el programa *Informe Semanal*.

Su primera novela, *Amantea*, publicada en 2005, fue muy valorada por el público y la crítica.